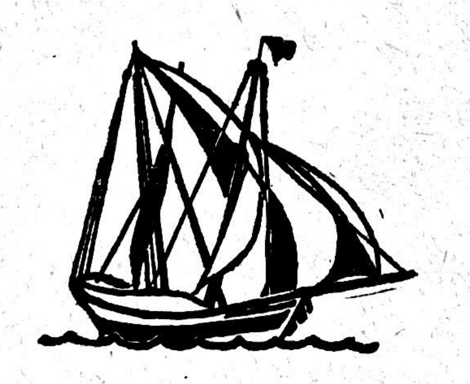
JULIO IRAZUSTA

BALANCE DE SIGLO Y MEDIO



EDICIONES LA BALANDRA
BUENOS AIRES

Escaneado con CamScanner

ADVERTENCIA PARA ESTA EDICION

A pedido de muchos amigos y compañeros de causa, así como de lectores que lo conocieron en ejemplar ajeno, damos a la prensa esta nueva edición de Balance de siglo y medio. *No hemos intentado ponerlo al día, con la reseña de los sucesos ocurridos entre la fecha de su primera aparición y el momento presente. Pero la tarea no es tan necesaria. El libro se publicó en vísperas del golpe militar que desalojó del gobierno al Dr. Illia e inició la administración instalada el 28 de junio de 1966, que con injustificada jactancia se denominó a sí misma "revolución argentina" para fracasar estrepitosamente en tiempo brevísimo.*

En uno de los capítulos finales, aludimos al cambio que ya se tramitaba en la sombra por los ambiciosos de poder y dinero. Y allí anunciamos que cualquiera fuese la forma del cambio, o por elecciones o por cuartelazo, fracasaría, porque no sería sino un cambio formal, un quítate de ahí para que yo me ponga; *porque sería otra cara del régimen, que si gobierna mal, sabe defenderse al amparo del aparato que domina al país para expoliarlo. Al producirse la deposición de Illia y encumbrarse Onganía, ratifiqué mi pronóstico, enunciado en el libro, en un reportaje periodístico que se me hizo en Concordia, donde me hallaba dando conferencias, desde el 26 de junio anterior al golpe. En un apéndice agregado a esta edición, reproduzco el texto de ese breve reportaje, en el que sostuve que el cambio era "para empeorar".*

A ese documento agrego otros papeles escritos para seguir la marcha de la pseudo revolución militar. Uno es de fines de abril de 1969, comentando la visita del Dr. Erhart a la Argentina y el plan económico de Krieger Vasena, al que también me referí en el tercer documento incorporado al apéndice. Este es un reportaje que me hizo el semanario Azul y Blanco, *dirigido por el gran perio-*

Escaneado con CamScanner

dista Marcelo Sánchez Sorondo, con cuya política lamento disentir, ahora más que nunca. En él di más razones para abonar mi pronóstico sobre el seguro fracaso de la economía de Krieger Vasena, no por ser la de una revolución mal llamada "argentina", sino por ser del régimen, que es absolutamente anti-nacional. El penúltimo papel trata de la reforma monetaria, llevada en las peores condiciones imaginables, con absoluta irresponsabilidad por parte de quienes la decidieron. El último, de la "historia de la entrega".

La situación creada por los pseudo dirigentes es de absoluta ignominia. La inflación galopante, el encarecimiento de los consumos, el endeudamiento masivo de las empresas estatales que las pone en peligro de ser vendidas por su pasivo, el continuo aumento de los impuestos y de las tarifas oficiales que rebajan el salario real, y la reacción popular consiguiente que por un lado se traduce en apatía ciudadana y por otro en la violencia guerrillera, no permiten augurar sino un porvenir sombrío. Las autoridades no cejan en su rutina de aplicar a la crisis las mismas recetas repetidas veces fracasadas, y la oposición no ofrece soluciones para la expoliación extranjera que es su causa primera, a no ser con vagas alusiones a los monopolios internacionales de que sòn dependientes buena parte de sus miembros principales.

Los motivos por los que pronostiqué el fracaso del gobierno que sucediera al del Dr. Illia, me permiten repetirlo respecto al que le sucederá al del general Lanusse. Las condiciones en que se desarrolla la discusión política en el país no han variado en un ápice. No se debaten más que cuestiones formales. La censura de las empresas privadas de información ejerce un control más estricto que el del gobierno sobre las opiniones de los verdaderos disidentes. Y si no hay un debate a fondo sobre la conducción nacional, no habrá cambio por el hecho de que a un militar lo suceda un civil, como no se produjo cuando los militares sucedieron a un civil.

Como hace muchas décadas que oímos decir: "esto no puede seguir así", "vamos camino al abismo", "la lógica de los hechos se impondrá a los errores de los gobernantes", soy bastante escéptico acerca de los pronósticos más agoreros. El país tiene una riqueza extraordinaria para la escasez de su población; la miseria se sufre en la periferia, pero no en las zonas donde se concentra mayor cantidad de poderío económico, capaz de influir en las decisiones políticas; y ese poderío económico, mayor por parte de los intereses extranjeros que hacen política diariamente, que por parte de los intereses

Escaneado con CamScanner

nacionales, que no la hacen, es absolutamente indiferente a la suerte de la población más afectada por la crisis. Por lo demás, el civismo y la moderación de nuestro pueblo, demostrados todas las veces que las multitudes quedaron en libertad de cometer los más enormes desmanes y no lo hicieron, favorece al régimen expoliador como en ninguna otra parte del mundo, salvo en las regiones sometidas a la despiadada tiranía comunista.

Una vigorosa reacción popular no bastará a provocar el cambio racional y conveniente de las cosas nacionales, si no se acompaña de una reacción intelectual, que guíe la voluntad colectiva. Por cierto que la acción no es acción hasta que no se ejecuta, como dice Santo Tomás; en consecuencia, la política depende de la voluntad más que de la inteligencia, porque el mismo santo filósofo dice: que nos mande el prudente y no el sabio. Pero antes de la opción, el que la va a decidir debe acopiar toda la información indispensable, propia y ajena, para elegir entre las alternativas que se ofrecen al político como soluciones probables, jamás seguras. Como la política es creación de futuro, y el futuro no es susceptible de conocimiento cierto, toda decisión que se tome es una opción entre dificultades, como dijo Indalecio Gómez al preguntársele si su reforma electoral de 1912 era una panacea.

El espíritu sistemático que prevalece en la política argentina conspira contra las nociones más elementales acerca del problema. Aquí, más que en ningún otro país del mundo civilizado, se cree en la validez universal de los sistemas rígidos. Unos creen que la libertad en todo arreglará las cosas más complicadas, sin tener en cuenta las circunstancias particulares. Otros, con igual fe de carbonero, creen que el dirigismo estatal, la intervención del gobierno en la economía como en todos los demás aspectos de la vida colectiva, es la marcha de la historia, el camino que conduce en seguridad al futuro inmediato y remoto. Para el común de la gente, el estadista debe ser un profesor de economía política, con una teoría escrita en un libro de texto, que va a dominar la escurridiza realidad con más fortuna que a un alumnado díscolo.

Muchos nacionalistas arrepentidos de su tradicional militarismo, acusan a los militares de la "revolución argentina" de haber servido al régimen, mejor que los civiles. Es una ilusión. Si éstos hubiesen gobernado desde 1966, habría ocurrido lo mismo. Ahora parecen dispuestos a pasar por el aro del diablo para recuperar las posiciones perdidas, y seguir haciendo lo que manda el régimen, como se los

Escaneado con CamScanner

impone el régimen, en una sociedad cívico-militar que en vez de ser alternativa, como hasta ahora, en adelante será permanente, para que "no haya más golpes", como Aramburu decía que no habría más tiranías. La ilusión de estancar la historia, para impedir que los políticos la hagan con vigilante y esclarecida voluntad, enceguece a los que Dios quiere perder. Lo malo es que sufriremos todos.

JULIO IRAZUSTA

Escaneado con CamScanner

PROLOGO

Este libro fue pensado y escrito, como su título indica, para intentar un examen de la empresa comenzada por los fundadores de la patria.

Esbocé el tema en un artículo de El Tiempo de Cuyo, *preparado para el 25 de Mayo de 1960. El ciento cincuenta aniversario de la revolución me sorprendía al terminar la clasificación del material reunido para la redacción de una historia argentina y abocarme a la época comprendida entre Caseros y nuestro tiempo. Labor de tres lustros, en la que el repaso continuo de las carpetas organizadas para cada año fue dejando en mi memoria el acopio de datos suficientes para que las conclusiones se desprendieran espontáneamente, como la fruta madura cae del árbol después de florecido. En varios artículos periodísticos y reportajes de radio expresé mi opinión sobre el 25 de Mayo, como una empresa comenzada en 1810, en cuyo examen interesaba más la apreciación de sus resultados, que el juicio de valor acerca de sus próceres.*

Yo había expuesto mi criterio en el libro sobre Tomás de Anchorena, o la emancipación a la luz de la circunstancia histórica. *En esa obra había interrumpido el análisis al morir el protagonista, en 1847. Y aunque en un Epílogo adelantara opiniones sobre la evolución posterior, en 1950 no tenía sobre ésta el conocimiento pormenorizado de los hechos que alcancé en los tres lustros siguientes. Esta circunstancia, coincidiendo con las vicisitudes de la interminable (y al parecer insoluble) crisis que atravesamos, me sugirió la idea de establecer este* Balance de siglo y medio *que ofrezco al público.*

Decía Groussac (creo que en su libro sobre el Don Quijote de Avellaneda) que los cervantistas rancios abrían la boca para mejor cerrar los ojos a los lunares de la obra maestra. Actitud muy común ante los próceres. Si los nuestros nos hubieran legado un imperio

Escaneado con CamScanner

preponderante en el mundo, tal vez no correspondiera otra cosa que cantar sus alabanzas. Pero como ello no ocurrió, debemos preguntarnos ante cada estatua: ¿cuál fue el resultado positivo de la acción desarrollada en vida por el hombre que honramos en ese bronce?, ¿qué enseñanza nos dejó?, ¿cómo se combina su aporte a la obra común de las generaciones con los de quienes le precedieron y le seguirán?

Preguntas ineludibles. Pues los países se gobiernan mejor que por obra de las grandes personalidades, por la operación de un sistema de política nacional elaborado en el curso de los siglos por la acumulación de los aciertos y el descarte de los errores de todos. Guardo entre mis carpetas todo un voluminoso libro[1] *sobre la experiencia más ilustrativa de los tiempos modernos para mostrar cómo se forma un sistema de política nacional: el imperio británico desde Chatham hasta Carlos Fox. Muestro allí hasta qué punto es decisiva la influencia del espíritu sobre los factores materiales, pero asimismo cómo en los hombres de acción suele ser menos fecundo el profetismo intelectual que la capacidad de comprender el sentido de la propia experiencia, una vez que ésta se ha concretado en una acción feliz. Enseñanza parecida resulta de la historia americana, cuyo paralelo con la nuestra sigo en todas mis investigaciones históricas, según el método de Mateo Arnold, de apreciar cualquier poesía por el cotejo de la que se tiene a la vista con los grandes modelos de la historia literaria. Y por cierto que las circunstancias iniciales de la República del Norte son comparables con las nuestras.*

Este libro aspira ante todo a desentrañar las vicisitudes que estorbaron la formación de un buen sistema de política nacional, que encauzase las voluntades individuales, aprovechando la capacidad de los mejores e impidiendo el daño que pudiese ocasionar el encumbramiento de los mediocres, o de los peores; en segundo término a puntualizar el desaprovechamiento de las enseñanzas dejadas por las acciones positivas del país y el fracaso de muchos dirigentes talentosos y despiertos a la comprensión de los errores cometidos en el curso de la evolución nacional; y por último el lamentable y necesario recuerdo de las circunstancias que contribuyeron a la formación de una política antinacional, que corrompe a los buenos e impide la redención de los malos.

[1] Obra ya publicada en Eudeba: *La monarquía constitucional inglesa.*

Escaneado con CamScanner

El régimen del interés privilegiado extranjero que actúa entre nosotros como superestado, se organizó en los últimos treinta años a favor de los tremendos errores de conducción cometidos por todos los gobernantes. Un país que en un mundo en bancarrota se despoja de la mitad de su oro para pagar deuda externa; que se compromete por el pacto Roca-Runciman a impedir que sus habitantes persigan fines de lucro privado en la elaboración de su principal materia prima (la carne); que deja manejar casi todo su comercios de exportación por los extranjeros; que despoja a los inventores de la mayor novedad en materia de transporte urbano (el colectivo) para mostrar benevolencia al capital extranjero; que prorroga la concesión de la C.A.D.E.; que arruina su moneda para evitarle a Gran Bretaña el pago de nuestros suministros de guerra; que no sabe compensar ventajosamente sus deudas con sus créditos; que malamente lograda dicha compensación por influencia de Norte América sobre Inglaterra, se entrampa en dos años por una suma próxima a la deuda externa contraída en más de un siglo; que entrega la extracción de su petróleo, a un precio mayor que el importado, al extranjero, cuando Y.P.F. tenía ya exploradas y cubicadas la mayoría de las reservas nacionales, es un país que merece los males que sufre. ¿Cómo no va a estar en bancarrota con semejante conducción nacional?

Mientras no se dé la importancia que tiene a este problema, y no se lo haga conocer al pueblo, el pueblo no podrá desenmascarar a los demagogos, ni restarles su apoyo, ni apartarse de ídolos fracasados, ni acompañar a resolver la crisis nacional. La responsabilidad sobre todo de los órganos de información —que paradójicamente tanto se quejan de los opresores— es inmensa, y mucho mayor que la de los electores, carentes de la completa información que ellos les niegan. Una democracia, como por otra parte cualquier régimen de gobierno, no es buena por sí misma y en sí misma, sino de acuerdo con la ilustración del pueblo que en ella vive. No ilustración iluminística, de conocer el alfabeto o poder leer los diarios, ni siquiera de ser docto o sabio en elevadas disciplinas intelectuales, sino de conocer, aun siendo analfabeto, los intereses concretos del país, tener voluntad de progreso, querer la libertad y estar dispuesto a defenderla porque se palpan sus beneficios.

Que el pueblo argentino se manejaría bien en la política si estuviera informado, lo prueba el empuje de su espíritu en las actividades más altas, cuando se le ha dado acceso a los conocimientos previos

Escaneado con CamScanner

indispensables para adquirir capacitación. Tenemos altísimos poetas como los mejores del mundo, cuya falta de celebridad mundial se debe al escaso peso de nuestro país en la balanza del poder; prosistas, pintores, músicos, arquitectos eximios, disminuídos en la misma forma ante sus colegas extranjeros; técnicos que empiezan a ser solicitados por las grandes naciones industriales, y una mano de obra eficientísima que asombra a los técnicos extranjeros por su capacidad y su inventiva; campeones en los deportes y juegos, que muestran la fibra del temperamento nacional. ¿Cómo es posible que un pueblo tan bien dotado ofrezca el espectáculo que tenemos a la vista, de multitudes extraviadas por mandones ordenancistas, ideólogos trasnochados y sistemas totalitarios en bancarrota, que se resignan a vivir en crisis permanente, cuando los pueblos europeos azotados por la guerra disfrutan nueva era de floreciente prosperidad? No puede ser sino porque desde su iniciación en la vida independiente, si bien tuvo héroes incomparables, le faltaron los mentores equilibrados, los verdaderos maestros políticos, capaces de orientar a un Estado naciente en el comienzo de su carrera. Compárese El Federalista, *clásico de la ciencia política mundial, con* Facundo *o* Bases, *y se tendrá la explicación del fenómeno. Los dirigentes formados por Sarmiento y Alberdi, responsables de la tradición que prevalece en el país, no podían recibir de aquellos maestros, ni de sus obras ni de sus vidas, la enseñanza necesaria para tener fe en el país y voluntad de engrandecerlo. Y así, luego de guiarse durante un siglo por la ilusión de lo perfecto en el papel, trayéndolo al caos en que se debate hace treinta y cinco años, insisten en pagarse de palabras y en descuidar los hechos. Con esta diferencia, de que si hace un siglo se guiaron por un liberalismo teórico, hoy se han plegado a un totalitarismo menos teórico, que acaba de sufrir en el país un fracaso experimental, con la tiranía derrocada. Así, mientras los maestros argentinos en las letras y las artes siguen inspirando a sucesores dignos de ellos, cuyo afán de superación se manifiesta en cada generación, los maestros de la política argentina siguen formando discípulos cada vez peores. Y el pueblo sufre las consecuencias.*

La falta de información resultante del iluminismo vacío que prevalece, es lo que permite que las multitudes extraviadas por falsos dirigentes se conformen con un nivel de vida inferior en un 50 % ó 70 %, según los casos, al de cualquier país civilizado; se resignen a andar en sulky los campesinos, en motonetas, bicicletas o en automo-

tores de veinte años los ciudadanos, y a que les cobren por cualquier auto nuevo varias veces su valor; a que sus bienes, mercaderías o servicios se malvendan por el envilecimiento de los precios de la exportación. El puchero barato, de que se enorgullece el argentino medio, es el engañabobos con que se mantiene a bajísimo nivel el precio de nuestros productos, mientras los demagogos piden para los obreros aumentos de salarios que no son sino baratijas, para ilusionarlos y ocultarles la colosal estafa de que se los hace objeto por medio de la inflación. Al punto de que uno de los dirigentes obreros que habló en la Casa de Gobierno, defendió el instrumento de esa expoliación, que sufren sus mismos representados, aunque menos que las clases con entrada fija.

El país está en liquidación por medio de la inflación y la economía dirigida. Cada argentino, propietario, industrial, comerciante, obrero, que vende un producto de exportación o el esfuerzo que sirvió para fabricarlo y distribuirlo, pierde más de un 50 % de lo que debería cobrar. Ahora bien, la inflación que cada vez nos descapitaliza más es inevitable, mientras no se libere la economía de las regulaciones totalitarias y no se reestructure el comercio exterior. Si por el contralor del cambio, el campesino debe vender sus productos con un quebranto del 50 % o el 100 %, según sea agricultor o ganadero, no podrá pagar réditos, ni el Estado equilibrar su presupuesto y desgravar la producción, medida esta última que es la primera que toman los gobiernos enfrentados por crisis como la que atravesamos.

Esta situación, que en lo económico no ha variado de Perón acá, en nada fundamental sino para empeorar según el ritmo de la inflación, que por otra parte es en todos los países uniformemente acelerado, como el de una rueda en la pendiente al abismo; además este fenómeno que merecía acres censuras de los opositores, ahora irresponsablemente se idealiza. Los que antes denunciaban la inferioridad del dictador depuesto, porque no tenía otro medio de gobierno que las promesas de aumento de sueldos y salarios, lo repiten al pie de la letra, en lugar de ilustrar a los obreros sobre la estafa que se les hace al concedérselos a expensas de la baja de la moneda, que aumentará el costo real de la vida. Los que reconocían que la intervención estatal en el comercio de las cosechas había reducido la producción agraria, quieren aumentar el intervencionismo. Y la reforma agraria es el slogan más a la moda en la mayoría de los partidos. ¿No advierten que un paso más en esa dirección desquiciará el campo? La re-

Escaneado con CamScanner

forma agraria de Perón fue la más avanzada. Pues la congelación de los arrendamientos equivalió a una confiscación, perdiendo los propietarios la mitad de sus capitales al vender campos ocupados. ¿Qué sistema de entrega de la tierra a los que la trabajan puede ir más lejos? Pero ahora, como en tiempos del dictador, si el campo está en bancarrota porque sus productos se malvenden a precios viles, ¿de qué le servirá al productor halagado con la reforma?

Para superar a Perón en esa demagogia deletérea tendrían que llegar al comunismo y las granjas colectivas, cuando los países de detrás de la Cortina de Hierro las están abandonando. ¿Pero no comprenden que el campo es lo único que no puede ser colectivizado? La reforma que más se preconiza dejaría al país no sólo sin dólares, como ahora por el malbaratamiento de las exportaciones agropecuarias, sino también sin alimentos. ¡Qué mucho? Si antes de llegar a ella, mucha gente ya no se puede pagar ni la carne ni el pan en el país mejor dotado para la producción de vacas y trigo.

Por el juego combinado de la inflación y el malbaratamiento de las exportaciones, el pueblo argentino está sometido al régimen de explotación más inicua que se conozca en el mundo contemporáneo, con excepción de los que gimen bajo la dominación comunista. Cuando todo el occidente de Europa y los Estados Unidos han acendrado su capitalismo, al punto de que los mayores capitales tributan hasta el 80 % de sus rentas; cuando los países africanos y asiáticos se han sacudido el yugo colonial, la Argentina es el paraíso de los pseudoinversores extranjeros, quienes en complicidad con la clase gobernante esfuman su ingente riqueza y la exportan como ganancia legítima. Mientras los argentinos gemimos bajo los impuestos más elevados que gravan por igual al pequeño productor que al gran terrateniente, en escala siempre creciente debido a la inflación, los extranjeros que manejan las principales fuentes de producción, o están exentos de gravámenes o trampean el pago de réditos, y remesan sus entradas al exterior. A esta evasión de capitales usuarios se une la del dinero arraigado en el país que trata de escapar a la bancarrota nacional. . .

Lo que antes Perón hacía por medio de las diferencias de cambio, quedándose con la mitad del fruto del esfuerzo argentino (comprando el cereal al precio de siete pesos el dólar, y vendiéndolo al de catorce pesos el dólar), lo hicieron sus sucesores, abrumando al productor con recargos de importación y gravámenes del ciento por ciento sobre todos los elementos indispensables a la mecanización del agro. Y los

Escaneado con CamScanner

últimos representantes del sistema agravaron la situación, reponiendo en vigor las diferencias de cambio, sin aliviar las otras cargas. Los mismos técnicos envejecidos en asesorar las idioteces que nos trajeron a la situación en que nos debatimos, son escuchados para orientarnos hacia la salida de la crisis.

Es con poca esperanza, pero sin desaliento, que ofrezco a mis conciudadanos este aporte a la discusión política de sus problemas esenciales.

JULIO IRAZUSTA

Escaneado con CamScanner

I

INTRODUCCION

A los ciento cincuenta y seis años de haberse instalado nuestro primer gobierno propio, y a los ciento cincuenta de haberse declarado la Independencia, hay que detenerse a establecer el balance de la empresa comenzada el 25 de mayo de 1810. El hecho político cumplido ese día por los criollos rioplatenses cargó sobre nuestro pueblo la responsabilidad de la autodeterminación. Con el andar del tiempo la tarea iniciada por los hombres de Mayo permitió organizarnos como nación independiente.

Más que esclarecimiento de las acciones y reacciones operadas en aquel entonces, vale la pena examinar sus consecuencias remotas, poner en relación dicho pasado con nuestro presente, para dar pleno sentido a la recordación que celebramos. La hermenéutica del suceso aún no está bien establecida. Un escritor de nota ha dicho con razón en estos días que el 25 de Mayo es una de las épocas de nuestra historia peor estudiada, sin excluir la dictadura de Rosas, tan sujeta a controversia. La breve síntesis que intentemos dar aquí, no pretende ofrecer conclusiones exhaustivas, ni tiene otro objeto que establecer un punto de partida al estudio de la evolución que estudiaremos.

¿Estuvo bien planteada la empresa? ¿Fue llevada a buen término? ¿Podemos estar plenamente satisfechos de sus resultados? ¿Formó una buena tradición, guía indispensable de una buena conducción nacional? Estos y otros interrogantes deben contestarse, si queremos aprovechar la experiencia cumplida, en vez de satisfacernos con abrir la boca ante la obra de nuestros antepasados, sin ánimo de corresponder con idéntica tensión de la voluntad al heroico esfuerzo realizado por ellos para darnos patria y libertad.

Los gloriosos aniversarios nos sorprenden en medio de una crisis

Escaneado con CamScanner

que parece respuesta anticipada contra todo optimismo. Pero como es evidente la euforia rememorativa se experimentó repetidamente en el curso de nuestra historia, y algunas veces estuvo justificada, debemos hacer el balance de las acciones argentinas positivas, para inspirarnos en ellas, y de las negativas, para corregirlas.

Escaneado con CamScanner

II

CAPACIDAD PARA EL GOBIERNO PROPIO

La instalación del primer gobierno propio reveló en nuestra comunidad una aptitud para manejarse por sí misma, tal vez la causa decisiva que provocó más tarde la declaración de independencia. El acierto casi infalible del caudillo y del pueblo despiertan la admiración sin reserva y fueron el origen de los éxitos posteriores. La previsión de Cornelio Saavedra adivina la llegada del momento dorado, y le permite prepararse a aprovecharlo. Sus dichos antes de la ocasión: "no es tiempo, dejen Vds. que las brevas maduren y entonces las comeremos"; y cuando ella se ha producido: "ahora digo no sólo que es tiempo, sino que no se debe perder una sola hora", encierran la mejor lección para el aprovechamiento de las oportunidades estelares, oportunidades que son los pivotes del engrandecimiento para las naciones. Cuando el jefe de Patricios dijo al virrey: "no queremos seguir la suerte de España, ni ser dominados por los franceses. Hemos resuelto reasumir nuestros derechos, y conservarlos por nosotros mismos", expresaba la voluntad de un pueblo conciente de su capacidad y de su fortuna. Igual acierto colectivo reveló el Cabildo Abierto del 22 de mayo, que Manuel Belgrano calificó de congreso modelo, completando su elogio de este modo: "No puedo pasar en silencio las lisonjeras esperanzas que me había hecho concebir el pulso con que se manejó nuestra revolución en que es preciso, hablando verdad, hacer justicia a don Cornelio Saavedra". Juicio tanto más valioso respecto de su compañero de causa, cuanto que varias divergencias los habían separado, antes que Belgrano escribiera su Autobiografía.

No interesa averiguar en qué medida se debe atribuir a unos, a otros o a todos la responsabilidad de los desaciertos inmediatamente posteriores, que no respondieron al éxito inicial y desembocaron en

Escaneado con CamScanner

la división del colegiado instituido el 25 de Mayo, la eliminación de Mariano Moreno, la instalación de la Junta Grande y las vicisitudes consiguientes. Martínez Zuviría ha escrito un panfleto contra el famoso secretario del cuerpo (exagerado como tal, pero ameno y necesario, piedra tirada a la ideología que obstruye la corriente de los estudios históricos y la convierte en agua muerta). Ahí se le niega a Moreno toda capacidad. Pero si es verdad que no había previsto la ocasión, ni en consecuencia querido el cambio, y fue el único tal vez que puso en cuestión su legitimidad, no es menos cierto que a poco de entrar en la Junta acaudillaba un partido tan importante que debilitó la posición de Saavedra, hasta hacérsela perder poco después de quedar eliminado él mismo. Fue desdicha de nuestra revolución que los dos cabecillas del primer gobierno patrio, en vez de complementarse y sostenerse recíprocamente, se destrozaran entre sí, al revés de lo ocurrido en Norte América, donde los iniciadores de la revolución tuvieron la fortuna de llevarla hasta su lógica conclusión en un trabajo de equipo que les permitió vencer dificultades mayores en principio que las halladas por nuestros hombres del 25 de Mayo.

Algo igualmente desafortunado sucedió respecto de la epopeya militar que consumó la independencia. Ella no tiene paralelo entre los pueblos que lucharon por su libertad. Pero ninguno de los héroes que la cumplieron logró prolongado ascendiente sobre sus conciudadanos, como para poner al servicio del Estado naciente el influjo carismático de un vencedor en la guerra, indispensable al afianzamiento de las instituciones. Wáshington, discutido y envidiado no menos que San Martín, tuvo, sin embargo, la colaboración y el apoyo sin reserva de los mejores. Por ejemplo, el genial Hamilton fue su secretario militar durante casi toda la lucha emancipadora. Y aunque le pesaba estar de segundón, y ambicionaba elevarse al primer plano, jamás se le ocurrió disputar el principado al Libertador, mientras que nuestro San Martín experimentaba el desvío del gobierno metropolitano (que le rehusó su concurso para las batallas finales de la independencia) y era vilipendiado y calumniado por los ideólogos porteños en su itinerario de la abdicación al exilio. Desde la ruptura entre Saavedra y Moreno, los cambios de gobierno habían sido una especie de ronda enloquecedora, en la que los dirigentes, cualesquiera fuesen los nombres que recibían como jefes del Estado —triunviros, directores, gobernadores encargados de las relaciones exteriores o presidentes de la república— perdían pie en una trampa abierta en

Escaneado con CamScanner

medio del escenario. En veinticinco años, desde 1810 a 1835, hubo veinte titulares del poder ejecutivo nacional (sin contar cada uno de los dos triunviratos sino como una unidad), con un promedio de quince meses de duración.

Semejante inestabilidad no era propicia al desarrollo de una fuerza nueva. Desde los primeros pasos, el espíritu imitativo y la influencia extranjera perturbaron a los dirigentes, apartándolos de la propia tradición y disponiéndolos a escuchar los peores consejos de las potencias interesadas en destruir el imperio español, pero también en estorbar la consolidación de nuevas naciones vigorosas. El liberalismo, aceptado por la metrópoli en su decadencia, convirtióse en el dogma económico del poder naciente. Y como resultado, al monopolio comercial de la madre patria se sustituyó el de Inglaterra, que a la vez nos disuadía de declarar la independencia y nos sometía a su influencia. Una vigorosa reacción del Consulado, órgano de los intereses locales, quedó frustrada por la debilidad de las efímeras autoridades que en Buenos Aires sucedíanse unas a otras en ronda interminable. El mismo gobierno que había convocado al Congreso de Tucumán, y que había de proclamar la independencia política, encarpetó un expediente abierto por el Consulado, renunciando a toda ambición de independencia económica.

Por suerte, los congresales de Tucumán exhibieron en sus procedimientos mayor entereza que los funcionarios porteños, y declararon la emancipación del país en el peor momento, desde el estallido del 25 de mayo de 1810 hasta el 9 de julio de 1816. En parte cedían a las incitaciones del general San Martín, cuya capacidad política era apenas inferior a su genio estratégico. El Gran Capitán, uno de los emancipadores que tuvo más porvenir en la cabeza, y que anunciaba con años de anticipación lo hacedero para realizarlo al pie de la letra, aguijoneaba al diputado mendocino en el Congreso, con expresiones de extraordinario relieve, de las que fue pródigo: "¡Hasta cuando esperamos declarar nuestra independencia! No le parece cosa bien ridícula, acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último, hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo? Por otra parte, ¿qué relaciones podremos emprender, cuando estamos a pupilo, y los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Esté V. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación. Por otra parte el sistema ganaría un 50 por ciento con tal paso. ¡Ani-

Escaneado con CamScanner

mo! que para los hombres de coraje se han hecho las empresas" (Mitre, *Historia de San Martín*, Ed. Lajouane, 1890, t. IV, p. 287, carta del 12 de abril de 1816). "Yo no he visto en todo el curso de nuestra revolución, más que esfuerzos parciales, excepto los emprendidos contra Montevideo, cuyos resultados demostraron lo que puede la resolución. Háganse simultáneos y somos libres"... "Y ¿quién hace los zapatos?, me dirá V. Andemos con ojotas; más vales esto que el que nos cuelguen, y peor que esto, el perder el honor nacional. Y el pan ¿quién lo hace en Buenos Aires? Las mujeres, y si no comeremos carne solamente. Amigo mío, si queremos salvarnos es preciso hacer grandes sacrificios"...; "yo respondo a la nación del buen éxito de la empresa" (Ibid., t. IV, ps. 291-192, carta del 12 de mayo de 1816). Como Godoy Cruz le contestara que la independencia no era *soplar y hacer botellas*, San Martín le retrucó: "Yo respondo a V. que mil veces me parece más fácil hacer la independencia que el que haya un solo americano que haga una sola botella" (Ibid., t. IV, p. 293, carta del 24 de mayo de 1816).

Cuanto al problema de Inglaterra, por cuya amistad se hacían enormes sacrificios políticos y económicos, San Martín decía en la misma carta a Godoy Cruz citada en último término: "Nada hay que esperar de ella". Si pese a la falta de ayuda exterior su ánimo no desmayaba, es porque conocía los recursos de su patria natal y porque, de ser bien manejados, los sabía suficientes para la empresa que aconsejaba. A las objeciones de los timoratos, basados en la escasez, respondía con lenguaje espartano traducido al criollo: "Si no tenemos qué ponernos, andaremos en pelota, como nuestros antepasados los indios"; "si no tenemos sillas, nos sentaremos en cabezas de vaca". Nunca la voluntad esclarecida brilló mejor en la Argentina que en el caso de San Martín, justamente llamado padre de la patria. Su formación militar (hecha en los libros de la mejor escuela estratégica de todos los tiempos, según Liddell Hart, la francesa del siglo XVIII), su carácter moral templado en el ambiente de la España eterna, su previsión a largo plazo, le permitieron llevar a cabo una epopeya sin paralelo en los anales de la humanidad: la de una colonia que se emancipó sin la ayuda de nadie.

Mucho más afortunada que la obra civil fue la hazaña militar de los emancipadores, no sólo por la elevación de su objetivo, que era de libertar y no de oprimir a hermanos, sino porque la perfección teórica del plan estuvo de acuerdo con la maestría de la ejecución. El

Escaneado con CamScanner

oficio gubernativo que decidió la campaña de los Andes en el ánimo del Director Supremo, es un papel de Estado digno de la cancillería de una gran potencia. Tal habría llegado a ser la Argentina, de haber los estadistas mostrado un acierto parecido al de los capitanes que consumaron la independencia.

Para ponderar el mérito de la colectividad comparemos las condiciones en que nos independizamos los hispanoamericanos, con las de los criollos anglosajones. En mi libro sobre Tomás de Anchorena (que es una interpretación de la independencia) expuse lo que ahora no puedo sino sintetizar en breve líneas. A grandes rasgos, digamos que ellos fueron ayudados y nosotros no. Francia reconoció la independencia de los Estados Unidos en cuanto fue declarada, mientras la Argentina esperó más de un lustro para que reconociera la suya Portugal, país ya entonces decadente. Desde aquel primer momento, Luis XVI empezó a prestar a los yanquis grandes sumas de dinero, con generosidad sin ejemplo, mientras nosotros recibíamos a los quince años del 25 de Mayo, en condiciones usurarias, un supuesto préstamo, contratado so pretexto de la escasez del metálico, que los prestamistas no enviaron sino en ínfimo tanto por ciento, dándonos la mayor parte en papeles que representaban las ganancias de los comerciantes británicos establecidos en el país. Empréstito funesto, firmado por ideólogos que propagaban *la utilidad de endeudarse* (como sus epígonos de hoy) y que no sirvió sino para confundir al espíritu argentino sobre el resultado de la experiencia hecha por el país en la guerra de la emancipación: a saber, que se había emancipado sin ayuda ajena. Las flotas francesas, pronto secundadas por las de Holanda y España, en imponente coalición marítima, equilibraron el inmenso poderío naval inglés en la costa occidental del Atlántico; mientras la flota de Inglaterra, aliada de nuestra metrópoli cuando nosotros llevábamos adelante nuestra empresa, dejaba pasar después de 1815 todas las escuadras españolas que Fernando VII logró cargar con los miles de veteranos que habían cooperado al derrocamiento de Bonaparte. Por último, en Yorktown, la batalla decisiva de la emancipación norteamericana, equivalente en el norte a la de Ayacucho, Wáshington mandaba " un ejército de 7.000 soldados, de los que 5.000 eran franceses y sólo 2.000 norteamericanos. Llegó de pronto la noticia de que el almirante francés De Grasse se hallaría a la entrada de Chesapeake, ... con una escuadra y 3.000 franceses más". (Truslow Adams, *Historia de los*

Escaneado con CamScanner

Estados Unidos, I, p. 153.) Poco después el generalísimo británico, Lord Cornwallis, se rendía a Wáshington y Rochambeau. Los hispanoamericanos, en cambio no recibirían ayuda sino de algunos voluntarios ingleses y franceses; jamás los auxilios estatales de una gran potencia mundial.

Escaneado con CamScanner

III

CONTRASTE ENTRE LOS RESULTADOS DE DOS EMANCIPACIONES

Así pudo escribir un dirigente de la Confederación Argentina, el 9 de julio de 1844: "El presente siglo y los anteriores han visto humildes provincias y colonias elevarse a la soberanía, y competir muy pronto con sus metrópolis. La Holanda fue antes española, la Suiza fue austríaca, los Estados Unidos fueron ingleses, la Bélgica fue holandesa, y la Grecia fue otomana; pero estas naciones, hoy tan respetables, no lucharon solas contra enemigos poderosos, y unas más otras menos, todas tuvieron aliados para verificar el peligroso tránsito de la sugeción a la independencia. Unicamente a la América, que fue española, estaba reservada la gloria de poder decir *ha triunfado la justicia de mi causa, y este triunfo es obra exclusivamente mía.* Séame permitido aquí atreverme a contradecir el encomio hiperbólico que hizo de sí mismo un ilustre ministro iglés al afirmar que *había evocado a la existencia un nuevo mundo para equilibrar la balanza del antiguo.* Así se expresó Canning, pero la América no ha visto en el sentido literal de esas palabras, sino una jactancia en contradicción con todos los sucesos de la historia contemporánea. Si la Inglaterra, por haber reconocido la independencia de las nuevas Repúblicas, se arroga el derecho de decir que *las evocó a la existencia*; los americanos le dicen y le dirán siempre, que en ello no hizo otra cosa que reconocer un hecho que ya existía indestructible y glorioso. Habían pasado ya las espléndidas victorias de Salta, Tucumán y Montevideo en las Provincias del Río de la Plata, las de Chacabuco y Maipú en Chile, las de Boyacá, Carabobo y Pichincha en Colombia, las de Junín y Ayacucho en el Perú, y tantas otras en que los estandartes americanos humillaron al soberbio león de

Escaneado con CamScanner

las Españas, sepultando para siempre, no sólo su poder colosal, sino hasta sus esperanzas de dominación en América. Todo estaba terminado, y desde un extremo al otro del continente resonaban himnos a la libertad y a la paz cuando los gobiernos europeos empezaron a entenderse con los republicanos a quienes poco antes habían calificado de *rebeldes o insurgentes!* ¡No! Los americanos no deben ni ceden a nadie sobre la tierra la gloria de su emancipación. Ella fue un don del Cielo, y ellos la defendieron con su valor, con sus recursos, y a costa de su sangre."

Si el esfuerzo fue glorioso, y probaba una capacidad inmensa, también resultó excesivo.

La mayor parte de las dificultades experimentadas por la Argentina y por la América Hispana en general en el proceso de su formación, resultaron, precisamente, de haber dado los pasos de la sujeción a la independencia sin ayuda de nadie. Es casi imposible para un Estado naciente enfrentar a su metrópoli, habitualmente una de las primeras potencias mundiales, y a la vez afianzar una autoridad nueva, sin que una feliz combinación de circunstancias históricas le ofrezca las alianzas imprescindibles. La emancipación lograda con nuestros solos recursos, da la medida del inmenso poderío existente en la América Hispana. Pero si bien al comienzo del movimiento, la oportunidad nos favoreció por la incontenible irrupción de los ejércitos napoleónicos en la península ibérica, ello no ocurrió sino durante los primeros cinco años, para volvérsenos en contra por casi un siglo.

Pues, en efecto, otra de las desventajas sufridas en el proceso argentino, e hispanoamericano, fue la dilatada paz europea de 1814 a 1914, esos cien años en los que no hubo una sola guerra general en el mundo, durante los cuales las grandes naciones de la civilización occidental en que se hallaba el mayor poderío mundial se dedicaron a trabajar en paz, expandir sus economías, aumentar la población, desparramarla por el globo, abrir mercados para sus exportaciones, y sobre todo a estobar el desarrollo de los poderes nacientes, según la regla que preside el concierto internacional en toda la historia conocida.

Los yankis, favoritos de la suerte, fueron tan afortunados para emprender la marcha de país independiente, como para alzarse contra la metrópoli. En la primera ocasión, los ayudaron decisivamente. En la segunda, los dejaron en paz durante los veinte años iniciales, mientras Europa se destrozaba a sí misma en las gueras revolucio-

Escaneado con CamScanner

narias y napoleónicas; nosotros en cambio atravesamos la etapa equivalente (y todas las posteriores) en el mejor período de las potencias europeas, en el que cuadruplicaron sus habitantes, hicieron la revolución industrial, intensificaron el desarrollo capitalista, y perfeccionaron los métodos de la expansión militar y económica como no había ocurrido desde la época del imperio romano.

Habría sido asombroso, hasta sobrehumano, que semejante contraste en las condiciones iniciales no produjera resultados diferentes, y aún opuestos. Así pudieron los norteamericanos crear la fuerza que les faltaba, como nosotros perdíamos la que teníamos. Haciendo a un lado los valores comparativos de las personalidades dirigentes en una y otra región, no es extraño que ellos acertaran cuando nosotros errábamos. Las ventajas que los favorecieron orientan la voluntad, como los obstáculos que se nos opusieron la confunden. Una guerra relativamente corta, con ayuda diplomática, financiera, naval y militar de una poderosa coalición desgasta y anarquiza mucho menos que la lucha a muerte llevada por nosotros durante quince años, sin ayuda de nadie. Ellos partieron de más abajo que nosotros, sin gobierno central, sin ejército nacional, sin rentas generales, ni cuadros administrativos, todos elementos políticos que cada uno de los virreinatos españoles tenía. El Río de la Plata cubría un territorio de cinco millones de kilómetros cuadrados, tenía "más de tres millones" de habitantes según "la opinión corriente en el país" (carta de Hullet a Canning, 31/VII/1824, en L. A. de Herrea, *Misión Ponsonby*, II, p. 10), y el último presupuesto virreinal era superior en cifras de moneda metálica al primero que pudo organizar la República Norteamericana en billetes inconvertibles, depreciados. Apenas nos superaban en población, contando los negros si nosotros contamos los indios; pero en territorio le llevábamos una ventaja de cinco a uno en millones de kilómetros cuadrados. Como los observadores carentes del sentido del pasado tienden a olvidar la deliberada expansión territorial emprendida por Norte América desde el primer día, que le permitió aumentar ocho veces su primitiva extensión, se comete el mismo error respecto de nosotros al tomar los datos relativos al actual territorio de la República Argentina para comparar las condiciones iniciales. De ahí que el paralelo trazado por los epígonos de la tradición política responsable del achicamiento nacional, y a la vez admiradores incondicionales del engrandecimiento yanki quede falseado.

Escaneado con CamScanner

A esas diferencias en los puntos de partida se debió que las agonías de la guerra parecieran mayores en el Norte que en el Sur de América, y se prolongaran allá hasta el final, mientras la emancipación hispanoamericana quedó consumada de hecho décadas antes de firmarse el primer convenio con la antigua metrópoli, y en el Plata jamás estuvo en duda: "en el fracaso general de las primeras empresas emancipadoras", ha dicho con acierto Groussac (*Liniers*, ed. orig., p. 159), "una sola colonia forma excepción. Desde la tarde de mayo en que, sin efusión de sangre ni excesos, Buenos Aires despidiera a sus gobernante peninsulares, no ha vuelto a conocer virreyes ni audiencias. Los cinco años transcurridos han sido por cierto harto fecundos en trabajos y zozobras. Todo ha corrido peligro y queda todavía en cuestión: forma de gobierno, fortuna pública, organización interna... todo, menos la independencia conquistada... Este solo punto brillante por el extremo sur revelaba una centella inapagada en la sábana obscura, vale decir, la posibilidad de otro incendio libertador. Cumplióse la amenaza; de Buenos Aires y Mendoza la llama se propagó a Chile y al Perú, y las combinaciones de San Martín sirvieron de apoyo y dirección a las proezas esta vez eficaces y decisivas de Bolívar".

Sólo que la gigantesca lucha, en un caso llevada exclusivamente con los propios recursos, y en otro con ingente ayuda ajena, desorientó a los hispanoamericanos pero no a los angloamericanos. Por añadidura, los del norte, siendo los primeros, no experimentaron la tentación de copiar las recetas del éxito ajeno, y desplegaron una espontaneidad de que nosotros carecimos. No interesa establecer si los dirigentes anglosajones fueron superiores a los hispanoamericanos, puesto que con menos recursos propios nos aventajaron en la marcha; o únicamente lo parecieron al recibir una ayuda ajena que agrandaba los méritos reales. Todo el público culto de nuestro continente conoce el paralelo, dicho imposible por Carlos Pereyra, entre *Bolívar y Wáshington*, panegírico del primero, diatriba contra el segundo. Desde el punto de vista político, aunque admitamos sus datos, debemos rechazar sus conclusiones. Pues aunque el prestigio militar del libertador yanqui se deba en parte al hecho de que la colaboración extranjera le permitió sobreponerse a todos los desastres sin perder la guerra, lo cierto es que su permanencia inamovible al frente de los ejércitos emancipadores fue la base del prolongado influjo del héroe a la cabeza de los negocios nacionales, sin el

Escaneado con CamScanner

cual la mayor capacidad de gobierno propio no hubiera resuelto el problema planteado por la emancipación.

Wáshington, censurando el régimen del gobierno congresional establecido en los Artículos de Confederación, decía que "influencia no es gobierno". Aludía a la carencia de poderes coercitivos en el ejecutivo nacional ejercido por los representantes de la nación reunidos en congreso. Pero el futuro gobierno constitucional reformado en 1789 se basó en el influjo del héroe, más que ninguno de los otros elementos arrojados en los cimientos del Estado yanqui. Y a fe que se lo necesitaba.

Porque la peor etapa atravesada por los norteamericanos, fue entre el fin de la guerra y la aceptación de la reforma que creó la presidencia, el período de seis años en que la nación recién nacida estuvo a punto de disolverse. Jamás en los ciento cincuenta años de vida argentina, sufrimos una anarquía tan espantosa como ese lustro largo de historia yanqui. Los Estados provinciales se negaban a cumplir las obligaciones admitidas por el congreso en el tratado de paz; rehuían todo compromiso de política común en el comercio exterior; retaceaban sus aportes al nominal gobierno central del congreso, cuando no los rehusaban del todo; desconocían las leyes generales, etc., etc Durante estos seis años, algunas provincias, como Delaware y Georgia, consideraban un despilfarro de los bienes públicos sostener a sus diputados, y no los nombraban. El promedio de concurrencia entre los representantes de las que los tenían, era de unos veintinco sobre un total de noventa y uno. La falta de quorum hacía frecuentemente fracasar las sesiones. La guerra comercial declarada por Inglaterra contra la flamante república, en represalia de las violaciones cometidas por los Estados a las cláusulas de la paz, en defensa de los leales durante la guerra (que debieron huir al Canadá para escapar de inauditos atropellos) arruinó el comerico exterior norteamericano, volatilizó el crédito de las finanzas estatales, rebajó la situación internacional del nuevo Estado que había vencido a la primera potencia del mundo, redujo al mínimo el volumen de la navegación oceánica de los armadores yanquis. Para colmo de males, una inflación desenfrenada descompaginó totalmente la economía del país. De no haberse llegado por la *influencia* de sus emancipadores, a la reforma constitucional, una completa disolución amenazaba a los Estados Unidos, porque estaba ínsita en sus instituciones y no por la guerra civil en sí, la cual, como en el caso nuestro, fue más el efecto que la causa de la anarquía.

Escaneado con CamScanner

IV

PROCESOS CONTRAPUESTOS

Era tan admirable el empirismo de los dirigentes norteamericanos como el de los constitucionales ingleses de 1688, cuyo elogio estaba difundido en el habla inglesa por los libros de Burke, en apoyo de la prudencia política. No se pagaban de formas con tal de sacar adelante el robustecimiento del Poder Ejecutivo. La convocatoria a la Convención de Filadelfia salió de una reunión de representantes provinciales con miras a concertar un acuerdo general de comercio; allí Hamilton elevó el debate al terreno constitucional, y persuadió a los Estados que se debía reformar los Artículos de Confederación. El Congreso, aunque se mostró indignado de la usurpación de funciones cometida por aquella comisión comercial de Anápolis, debió ceder al torrente de las opiniones autorizadas. Sin embargo, la Constituyente no tenía mucho mejor prensa que el Congreso permanente. Uno de los Estados tradicionales, Rhode Island, no concurrió. De los sesenta y cinco delegados, diez jamás asistieron a las sesiones. La redacción final del proyecto de reformas aceptado después de mucho tironeo entre los criterios opuestos (partidarios de robustecer el poder central o de conservar las autonomías provinciales) fue firmada sólo por treinta y nueve diputados sobre el total de los sesenta y cinco miembros titulares del cuerpo, y cuarenta y dos asistentes el día de la firma. Los debates habían sido rigurosamente secretos, bien guardado durante varios meses, al punto de que no queda diario de sesiones de la Convención.

Contra lo que se podía esperar luego de las diatribas contra Jorge III firmadas por los emancipadores, los principales constituyentes: Wáshington, Hamilton, Randolph, Dickinson, Madison, Gouverneur-Morris, eran partidarios de la monarquía. Pero no de la mo-

narquía constitucional entonces vigente en Inglaterra, sino de la que Jorge III había querido restaurar en todo el vigor de su prerrogativa, en el intento que hicieron fracasar los mismos liberales que habían abogado por la causa americana en el Parlamento de Londres. Hamilton llegó a confesar que desesperaba "de que se pudiera establecer un gobierno republicano sobre una extensión tan grande... En mi opinión privada, no tengo escrúpulos en declarar, apoyado como estoy por tantos hombres buenos y juiciosos, de que el gobierno británico es el mejor del mundo; y que dudo de que nada menos que eso servirá en América". En esta posición se apartaba de su maestro Burke, quien aún no se había decidido a favor de la monarquía, como lo haría después de su ruptura con Fox, en su *Apelación de los nuevos liberales para ante los viejos liberales.*

Las ideas reaccionarias de los monarquizantes quedaron derrotadas en el texto transaccional de la reforma votada el 89. Pero sus sostenedores eran demasiado realistas para aferrarse a soluciones rechazadas por la mayoría de la opinión. Todos los prudentes habrían querido un gobierno más fuerte que la presidencia creada en la nueva constitución, un senado electivo pero vitalicio, más estabilidad para las instituciones en general. Sin embargo, una vez aceptada la reforma por la mayoría de los Estados, esos mismos hombres se volvieron los mejores propagandistas del texto que sin éxito habían tratado de mejorar. Hamilton, en colaboración con Madison y Jay, empezó a publicar *El Federalista*, obra maestra de la filosofía política en el siglo XVIII. Allí Jay hizo una réplica admirable a la objeción al sistema republicano por el promotor de la publicación sobre la supuesta incompatibilidad de aquél para regir un territorio extenso, lugar común aceptado en la ciencia política por todos los autores desde la antigüedad hasta entonces. El ex secretario militar del Libertador, el futuro ministro de Hacienda del primer presidente, con exacta noción de la problemática política y el carácter evolutivo de las formas de gobierno, estaba decidido a sacarle a la constitución republicana (que habría deseado más aristocrática) todas las atribuciones de un gobierno fuerte. Es el autor de la teoría sobre los poderes implícitos de las instituciones federales, hoy afianzadas en una evolución muy poco conocida entre nosotros.

Esa destreza dialéctica está en la base de la grandeza norteamericana. Quienes creen que ésta es el fruto de condiciones iniciales dadas en el momento de la fundación, toman el efecto por la causa. Muchos sociólogos a la violeta sostienen que el espíritu yanqui par-

Escaneado con CamScanner

ticipa del gigantismo inherente a la descomunal extensión del territorio. No advierten que el tamaño territorial alcanzado por la república resultó de una voluntad de potencia afirmada desde el origen de la nación. Dice Lord Bacon que "La grandeza de un Estado en tamaño y territorio puede medirse, y la grandeza de las finanzas y las rentas computarse. La población puede aparecer en multitudes; y el número y grandeza de las villas y ciudades, en tarjetas y mapas. Pero con todo no hay entre los asuntos civiles nada más sujeto a error, que una recta apreciación y verdadero enjuiciamiento del poder y las fuerzas de un Estado. El reino de los Cielos se compara, no a ningún gran carozo o nuez, sino a un grano de mostaza; que es uno de los granos menores, pero tiene en sí la propiedad y el hábito de crecer y expandirse con rapidez. Así hay Estados, grandes en territorio, y sin embargo, incapaces de crecer o mandar; y algunos que pese a la pequeñez de su tallo, son sin embargo capaces de cimentar grandes monarquías. Ciudades amuralladas, arsenales repletos, buenas razas equinas, carros de combate, elefantes, ordenanzas militares, artillería y cosas por el estilo: todo esto no es sino la oveja con piel de león, a no ser el linaje y la disposición del pueblo a ser firme y belicoso." Página que parece anticipar el paralelo entre las emancipaciones argentina y norteamericana. Ellos pasaron del atomismo a la expansión; nosotros de la fuerza a la insignificancia. Pero la página de Bacon necesita correctivo. La cuestión no era de linaje o disposición popular, sino de espíritu. Espíritu guerrero y constancia en el esfuerzo no nos faltaron; al contrario. Pero la orientación espiritual falló. Repito que no creo se deba a la inferioridad en los antecedentes, sino a la confusión resultante de las agonías en que nos debatimos sin auxilio de nadie. Pero el hecho es que la fortuna que favorecía la causa norteamericana hacía las veces de una superioridad espiritual yanqui, mientras que las desdichadas circunstancias que nos tocaron en suerte nos acomplejaban y confundían. Dice Unamuno que el escritor afortunado, escribe cada vez mejor a medida que el éxito lo acompaña. Lo mismo ocurre con los políticos, sea que la buena acogida se deba al mérito propio o a una popularidad caprichosa, como la de los ennegrecedores de papel a factores extraliterarios, y no a una capacidad personal intrínseca. Lo seguro es que los aciertos de los dirigentes yanquis se acuñaron en aforismos fecundos, y los errores de los nuestros en proverbios desalentadores. "Hay momentos", escribió Bainville en su libro sobre *Las consecuencias políticas de la paz*, de 1919, "en que algunas ideas adueñadas

Escaneado con CamScanner

de los espíritus, algunas decisiones tomadas bajo la influencia de tales ideas, algunas palabras escritas en instrumentos diplomáticos a consecuencia de aquellas decisiones, provocan para muchos años resultados incalculables." Los principios sentados por los fundadores de la república del Norte iluminaron el camino para las generaciones siguientes. Hamilton decía: "o nos unimos firmemente bajo un solo gobierno, o infaliblemente habrá emulaciones y querellas: esto está en la naturaleza humana; "el poder sin renta, en la sociedad política, es un mero nombre"; "hay quienes sostienen que el comercio se regulará por sí mismo, y no es favorecido por alientos o restricciones de gobierno. Tales personas se imaginarán que no hay necesidad de un poder directivo común. Esta es una de esas extravagantes paradojas que han llegado a tener crédito entre nosotros, en oposición a la experiencia y el sentido común de las naciones más ilustradas"; "oprimid el comercio, la tierra pierde valor: haced florecer a aquél, ésta se levantará; gravad el agro, el comercio declinará; alentad la agricultura, el comercio revivirá"; "sólo queda ahora", después de firmarse la paz con la madre patria, "hacer un sólido establecimiento interno, perpetuar la unión, evitar que seamos una pelota en las manos de las poderosos europeos, que ellos arrojarían a su placer unos contra otros: en suma, transformar nuestra independencia en una verdadera bendición. Lamentablemente será una labor ardua; ya que para tomar un símil de la mecánica, la fuerza centrífuga es mucho mayor que la centrípeta en los Estados provinciales; las semillas de la desunión mucho más numerosas que las de unión". La preocupación por el factor externo es permanente en Hamilton, como en todo gran fundador civil; al comentar la falta de poder coercitivo del gobierno central en los Artículos de Confederación decíala equivalente "a la guerra entre las partes. Los poderes extranjeros no serán meros espectadores. Se interpondrán; la confusión aumentará, siguiéndose la disolución de la unión". Jefferson, el polo opuesto de Hamilton, el demócrata, partidario de un mínimo de gobierno, elevado al poder cuando el dilatado influjo personal de aquél había cesado, en lugar de aniquilar su obra la conserva y perfecciona. Su preocupación por la política internacional, que en la oposición descuidaba por los problemas internos, se vuelve aguda y constante. Cuando a principios del siglo XIX se habló de la posibilidad de que Inglaterra, en caso de conflicto con España, ocupara y conquistara posesiones españolas en Norte América, linderas de los Estados Unidos, el presidente escribió a su embajador

Escaneado con CamScanner

en Londres: " Deseamos ponga Vd. en conocimiento del gabinete británico que no podemos ser indiferentes a empresas de esa clase; que miraríamos con extrema inquietud todo cambio de vecinos nuestros y que un equilibrio político en nuestras fronteras, no es tan necesario como le ha parecido siempre al gobierno inglés, para su país, equilibrio político en Europa." Cuando algo después se habló de que Francia podría intentar la recuperación de posesiones que había cedido a España, como la Luisiana, Jefferson (el antibritánico, el ideólogo partidario de la democracia francesa y ex embajador en París) escribió al que en dicho momento lo reemplazaba en ese puesto: "En la superficie de nuestro planeta hay un enemigo natural: este punto es Nueva Orleans. Es imposible que los Estados Unidos continúen siendo amigos de Francia, si se encuentran en tan críticas circunstancias." El hombre que usaba ese tono para hablar de una ciudad que entonces le era ajena, no se iba a parar en escrúpulos constitucionales para adquirir territorios que codiciaba con fuerza irreprimible, cuando se le presentó la ocasión. Esbozó ya en 1802 la conquista de Cuba. Y al ver a Napoleón acosado por una nueva coalición europea organizada desde Londres, antes de que el ex primer cónsul y flamante emperador hubiese consolidado su restauración financiera, le ofreció veinte millones de dólares por la Luisiana, y se salió con la suya, a espaldas del Congreso: "Opino", dijo al respecto, "que será preciso apelar a la nación para legalizar este acto por medio de un artículo adicional a la constitución, que tal como está no nos autoriza para adquirir territorios de potencias extranjeras, ni menos para incorporar a nuestra nación, naciones extrañas. El poder ejecutivo se ha extralimitado en sus atribuciones constitucionales con la buena intención de prestar un gran servicio al país, aprovechando con presteza una ocasión favorable. La aprobación no hará más que robustecer nuestra constitución."

Entre nosotros, las grandes palabras de los antepasados que se honran y recuerdan transmitieron una enseñanza muy diferente. Desde Rivadavia, tan duro para conservar su poder como desmayado para defender el territorio de la patria, empieza la tradición que nos aconseja la abdicación y el renunciamiento. Fusila a Martín de Alzaga y sus cómplices pero ordena a Belgrano que se retire ante los españoles; por el armisticio con los de Montevideo, en 1811, renuncia a la Banda Oriental y a los pueblos orientales de Entre Ríos; reprime sangrientamente la conjuración de Tagle, pero rehúsa todo apoyo a San Martín y los patriotas que anhelaban formar

Escaneado con CamScanner

una división argentina para operar sobre el Alto Perú, cooperar a las batallas finales de la independencia y cuidar los intereses argentinos en la región. La monserga sobre falta de recursos, que alegaba, queda en descubierto en seguida cuando trata con unos camisionados de los liberales españoles, ya amenazados por los cien mil franceses que iban a restaurar a Fernando VII en el absolutismo, para comprar la independencia a quienes no se la podían vender, y cuyo reconocimiento no tenía ningún valor puesto que el hecho estaba asegurado. No digamos nada de la responsabilidad que le cabe en la pérdida de la Banda Oriental. Sus correligionarios, discípulos y admiradores procuraron la invasión portuguesa de la Banda Oriental, ofrecieron espontáneamente a Bolívar desentenderse de las provincias argentinas en el Alto Perú y cooperaron en masa para evitar que la Nueva Orleans del Sur, es decir Montevideo, cayera bajo la influencia de Rosas.

Los aforismos de esa escuela no tienen ningún parecido con los dejados por la que fundó la grandeza norteamericana. Un ex ministro de Rivadavia, del Carril, decía imposible la "inauguración de un imperio argentino", idea que atribuía a Rosas, Florencio Varela, su ex subsecretario de Relaciones Exteriores, decía que a Entre Ríos y Corrientes lo que les importaba era prosperar, y que "Para eso nada importa que sean provincias argentinas o un Estado independiente". Sarmiento, su admirador, decía en la página inicial de *Facundo*, que el mal que aquejaba a la Argentina era el tamaño. No sorprende que, caído Rosas, se reconociera la independencia del Paraguay, se abandonara toda voluntad de no dejar al Uruguay a merced del Brasil, y se olvidaran las Misiones Orientales, a la vez que por tratados sin reciprocidad alguna, se renunciaba a las regalías nacionales cuyo reconocimiento había arrancado Rosas a las primeras potencias del mundo, en años de heroica lucha.

La fuerza mostrada por la Argentina en las guerras de la emancipación y de la resistencia a la penetración imperialista anglofrancesa era inmensa. Y los hombres que colaboraron en producir dichas acciones positivas, nada tienen que envidiar a los norteamericanos que ellos emulaban. No digamos que la tarea de los yanquis fue más fácil en el orden interno porque, en realidad, ante problemas similares, las divergencias fueron tanto o más hondas entre ellos que entre nosotros. También la de ellos fue, como nuestra lucha emancipadora, una guerra civil, que dividió a los hijos del país, así como a sus compatriotas europeos, en dos bandos irreconciliables

enfrentados con el encono habitual en esa especie de conflictos dolorosos. También sus mejores patriotas sintiéronse un tiempo desgarrados entre el respeto a la madre patria y el anhelo de independencia. También sus primeros gobiernos vacilaron en definir su posición jurídica frente a la del imperio a que pertenecían. También allá, como acá, las rivalidades individuales, el choque de los intereses regionales contrapuestos, sumados a las agonías de la guerra, estuvieron a punto de impedir el establecimiento de un poder naciente. También sus asambleas tardaron, si no tanto como las nuestras, en dar al nuevo Estado la forma que convenía a su flamante situación. Allá también las voluntades detuviéronse un momento ante la bifurcación de caminos que llevaban, por un lado, a la monarquía añorada como un bien perdido, y por otro, a una república ideal vislumbrada al cabo de escabrosa senda. También ellos estuvieron, como nosotros, desgarrados por los partidos, entre los que predicaban la unión o el aislamiento, la conservación del ser originario, o la expansión territorial; y peor que aquí, tuvieron la grave disputa sobre la esclavitud o la emancipación de los negros, que casi dio al traste con la unidad del país en un momento decisivo de su historia. También ellos tuvieron facciosos extraviados, que se ponían a sueldo de los gobiernos extranjeros, de los gobernadores ingleses o españoles de las colonias vecinas; enconados opositores a la compra de la Luisiana, a la guerra de México, a la conquista de Tejas y California, a la guerra del 98, a las intervenciones en la gran política. En la época de la guerra civil, el secesionismo era tan grande en ambos bandos, como el aislacionismo en vísperas de la segunda guerra mundial.

Lo que decidió los destinos contrapuestos fue que allá prevalecieron siempre, aun luego de conflictos sangrientos, los pregoneros de la ambición y los realizadores de la grandeza, mientras aquí sucedía lo contrario. Las enseñanzas dejadas por unos y otros a sus respectivas posteridades, debían acarrear resultados opuestos.

Escaneado con CamScanner

V

EL DESARROLLO NACIONAL

Se explica el empeño de los partidarios de la pequeña Argentina por arrancar la historia de la evolución nacional de las cifras infinitesimales que ellos establecen. De otra manera, no se justificarían las alabanzas que prodigan a los responsables del resultado que tenemos a la vista. Si el país hubiese sido en 1810 como los pseudo-historiadores lo encaran en 1960, para enjuiciar el segundo medio siglo argentino cuya obra dicen gigantesca, ¿cómo habría podido llevar a cabo la revolución por el gobierno propio jamás perdido, la guerra de la independencia, la emancipación de Chile y Perú, la defensa del Uruguay contra la opresión brasileña y la intromisión anglo-francesa, sin apoyo de nadie y con nuestros solos recursos? No habría tenido ni el metálico atesorado por toda la población, ni el poderío humano necesario a tan magnas empresas. Pero esas tergiversaciones contribuyen a que el país no pida cuentas a la memoria de los responsables sobre lo que hicieron con su territorio originario. Bolívar se quedó estupefacto de la facilidad con que el gobierno de los rivadavianos renunciaba al territorio del Alto Perú, que tenía la mitad de la población nacional y una gran riqueza económica y financiera. Ideología o desmayo de la voluntad, esa renuncia hizo escuela. Y entronizados los enemigos del esfuerzo, los procuradores de las segregaciones, los partidarios de la intervención extranjera, los mediatizadores de la soberanía, no es extraño el resultado obtenido. Evidentemente, si no hubiéramos perdido el Alto Perú, la Banda Oriental, el Paraguay, las Misiones Orientales, el crecimiento de la población nacional no sería como el de la suma de los habitantes que hoy pueblan ese conglomerado virtual, sino mucho mayor, pues al tener éxito en su tarea de conservación del ser —la ley de la existencia, según el filósofo Espinosa— habríase acrecentado nues-

Escaneado con CamScanner

tro poder de asimilación, el incentivo ofrecido al mundo envejecido, de una empresa nueva de prosperidad colectiva.

Al triunfar los partidarios de la pequeña Argentina, a mediados del siglo XIX, creyeron que sus errores eran verdades. En consecuencia ignoraron la enseñanza que se desprendía de la experiencia vivida: la inmensa capacidad nacional para costear su propio desarrollo. No faltó, por cierto, un espíritu esclarecido que sacara rectas conclusiones de las premisas que estaban a la vista. Un cordobés ilustrado, que leía los economistas ingleses a libro abierto, Mariano Fragueiro, escribió una obra inspirada en la dictadura de Rosas, en la que se halla esta idea genial: que cuando un negocio está bien calculado, el capital está en la empresa que lo plantea, y no fuera de ella. Me refiero a la *Organización del crédito*, cuya verdad pudimos apreciar los que asistimos a la acumulación de riquezas surgidas, por así decir, de la nada en Y.P.F. y en el Frigorífico Gualeguaychú. Como hombre de floja voluntad (recuérdese lo que cuenta Mansilla en sus *Retratos y recuerdos* sobre el apocamiento de Fragueiro ante el financiero internacional Buschental), el economista cordobés cambió de opción práctica a raíz de Caseros, y denostó al caudillo que había ensalzado, pero no renegó de sus ideas. En sus *Cuestiones Argentinas* propuso el único plan fecundo de la nueva era: la repatriación de la deuda argentina en Londres, señalando un siglo antes que nuestra generación, el drenaje que significa para un país la exportación de los intereses devengados por los empréstitos extranjeros.

Por supuesto que su plan cayó en el vacío. No averigüemos si porque todos sus contemporáneos pensaban lo contrario, o porque el país estuvo dividido entre Buenos Aires y la Confederación de Urquiza. Pero como la verdad prevalece sobre el error, cuando los vencedores de Rosas lo esperaban todo de la ayuda ajena, el desarrollo nacional volvió a hacerse, como en las épocas de la emancipación y de la resistencia a la intromisión imperialista anglofrancesa, con recursos casi exclusivamente argentinos, de acuerdo con el esquema esbozado por Fragueiro sobre las bondades del crédito público. El capital extranjero, único que según los llamados organizadores de la nación, podía fomentar el desarrollo del país, no vino cuando se lo esperaba. No lo decimos nosotros los revisionistas, sino que lo dice un antirrosista tan definido como el señor Luis Sommi: "La Constitución Nacional de 1853, estableció las garantías legales necesarias para facilitar la entrada de capitales foráneos. Sin embargo, éstos no afluyeron de inmediato con el caudal y la intensidad propicia-

Escaneado con CamScanner

das... En el Viejo Mundo el capital aún no se había desarrollado y concentrado lo suficiente como para hacer posibles grandes inversiones en Sud América." (*Revista de Historia,* dirigida por E. M. Barba, 1957, Nº 1). A falta de los capitalistas extranjeros, los nacionales: Urquiza, Aarón Castellanos y muchísimos otros porteños y provincianos, acometieron las empresas que el país necesitaba. El gobernador de Entre Ríos fue un capitán de industrias, de magnitud aún no bien estudiada. Los dirigentes bonaerenses crearon el primer ferrocarril, el del Oeste, con una sociedad por acciones, de las que don Justo tomó un paquete. El segundo ferrocarril nacional, el Central Argentino, fue licitado por don Aarón Castellanos, en compañía de varios comerciantes rosarinos, perdiendo éstos el contrato por no haber podido depositar la garantía exigida por la ley de concesión. Pero el inglés Wheelwright, a quien finalmente se adjujdicó la licitación, tampoco depositó la fianza legal, y obtuvo del ministro Rawson otras ventajas, como la cesión gratuita de una legua de terreno a cada lado de la vía, elevación del capital a veinte mil pesos fuertes por kilómetro de vía, y ganancia del 15 % neto sobre la inversión antes que el gobierno pudiera intervenir para regular las tarifas. Por añadidura, había puesto como condición *sine qúa non* para intentar la colocación de acciones en Londres, que se colocaran en la plaza nacional acciones por 200 mil libras esterlinas, suma igual a la que pensaba emitir en Inglaterra. No es aventurado suponer que los capitalistas locales, en las condiciones acordadas a Wheelwright, habrían fácilmente invertido la totalidad del capital, de haber obtenido la concesión cuando Aarón Castellanos la perdió por no depositar la garantía, requisito de que se eximió al inglés.

Con excepción del Ferrocarril Sur, las otras empresas importantes: el Nord-Este de Entre Ríos, el Norte de Córdoba a Tucumán, el Andino, fueron hechos por el Estado nacional o las provincias, o por la colaboración entre los poderes locales. Por otro lado, léase en la *Historia de los Ferrocarriles Argentinos,* por Raúl Scalabrini Ortiz, la parte que el gobierno argentino tomó en fomentar la construcción de vías férreas por compañías llamadas extranjeras, que hubiesen sido creadas por ellas o hubiesen pasado a su poder, como el Ferrocarril Oeste, el Andino, etc. Aquí no vino, como fue a Norte América, un capitalista extranjero que invirtiese dinero en una empresa ferroviaria, sin el poderoso incentivo de un crecido interés garantizado sobre un abultado capital reconocido sobre cada kilómetro de vía. Las mayores obras de comunicación norteamericanas, dos de las líneas

Escaneado con CamScanner

del Atlántico al Pacífico, se hicieron con capitales europeos, sin interés garantizado ni contratos de concesión, atraídos por el crédito de la casa bancaria de Morgan, padre e hijo, cuya reputación mundial estaba asegurada mucho antes que tomara un empréstito francés, después de la guerra de 1870. Los capitales invertidos en tales empresas, libradas a la libre competencia en la edad de oro del liberalismo económico, se volatilizaron, y pasaron a manos de empresarios yanquis. Norte América no tenía crédito en Europa. Un economista inglés, Sydney Smith, decía a mediados del siglo XIX, que la nueva república nada podría en finanzas debido a aquella circunstancia. Por esto mismo durante la guerra civil, el gobierno federal no apeló, ni podía apelar, a los empréstitos extranjeros, inventando en cambio un agente financiero, Jim Cooke, quien se reparte con los socios de Morgan la segunda emisión de títulos de Reconstrucción y Refundición de la deuda nacional. Cooke quiebra poco después, pero Morgan alcanza prestigio mundial. Inglaterra y Francia eran hostiles a los Estados Unidos y procuraban desunirlos. La primera estuvo a punto de reconocer a los Confederados del Sur como nación independiente, aun a riesgo de una guerra, que bien pudo haberse iniciado cuando un crucero federal apresó a los comisionados sureños a bordo de un transatlántico inglés. La segunda intentó fundar un imperio europeo en México, aprovechando la ocasión que ofrecía la lucha intestina entre los yanquis. Durante esa época los alemanes eran casi los únicos europeos que compraban títulos norteamericanos; grandes núcleos de judíos alemanes emigran a los Estados desunidos, y crean allí una poderosa clase financiera. Quince años más tarde, Morgan dijo (al regreso de uno de sus viajes a Europa) haber encontrado una comunidad financiera británica como siempre "resueltamente hostil a invertir capitales en Norte América". Poco era lo que Morgan podía decir en defensa de sus compatriotas sobre el punto, para tranquilizar a sus clientes europeos, y se vio obligado a admitir que los promotores falaces o indebidamente codiciosos habían construido en los Estados Unidos el doble de líneas necesarias, emitiendo el triple o el cuádruple de títulos de los que era posible colocar en plaza para el pago de los intereses. Véase cómo describe Winkler, el biógrafo de Morgan, al promotor ferroviario sin escrúpulos:

"Éste percibió las lucrativas posibilidades que encerraba construir o amenazar con construir líneas rivales. En muchos de los casos tratábase pura y simplemente de estafadores y

Escaneado con CamScanner

chantagistas. La cosa era de una sencillez pasmosa. El promotor compraba un permiso por poco dinero. Esto le daba derecho a emitir obligaciones de primera hipoteca. El procedimiento le facilitaba un fondo circulante que podía ser empleado a su gusto. Únicamente las acciones tenían derecho a voto, y el promotor tenía buen cuidado de quedarse con la mayoría. Asimismo, solía dominar a la compañía constructora que había de tender el ferrocarril y contrataba el precio de ese trabajo como él quería. Enardecido por el espíritu de especulación, el público de dentro y de fuera adquiría valores ferroviarios a millones. Las víctimas creían contribuir al desarrollo de un gran país nuevo y que llegarían a disfrutar una parte de la ilimitada riqueza que los ferrocarriles estaban creando. En todos los rincones de las islas británicas, lo mismo en las chozas que en los castillos, la gente había trocado sus ahorros y su capital superfluo por tortuosos títulos de ferrocarriles norteamericanos. Pero a estas fechas, en 1885, habían descubierto ya que habían tirado el dinero al agua y, en su consecuencia, acusaban a los magnates de los ferrocarriles de piratas y cosas todavía peores... Los ingleses le preguntaron (a Morgan) categóricamente por qué los dividendos del Nueva York Central habían descendido al 4 % y menos, no bien había expirado el período de 5 años durante el cual se garantizaba el 8 %."

Esta garantía para intereses de capitales invertidos en ferrocarriles era privada, no pública. La había dado Vanderbilt en 1879, al colocar Morgan en el extranjero la mayoría de las acciones del Nueva York Central. El gran banquero yanqui explicó el desastre por la competencia ruinosa que las compañías rivales se hacían.

Poco antes había ocurrido un fenómeno similar. El F. C. Pacífico había sido construido por capitales holandeses, también sin intereses garantizados por el Estado. Después de la crisis de 1873, la empresa cae en poder del síndico. Los tenedores holandeses de los títulos se resignan a vender por treinta céntimos de dólar lo que habían comprado por un dólar. La langosta asolaba el país atravesado por la línea ferroviaria. Los yanquis compran, y la langosta se va. Los campesinos se quejan del ferrocarril, ahora en manos yanquis, más que cuando pertenecía a los holandeses, y exclaman: "Se fue una plaga, pero vino otra; los escoceses de Hill". El Pacífico del Norte y la Gran Red del Norte, de Hill, se fusionan por el contrato entre

Escaneado con CamScanner

Morgan, Hill y pequeños banqueros alemanes. La protesta de un accionista de la Gran Red arranca un fallo de la Suprema Corte contra la fusión. Pero Morgan y Hill no se sienten derrotados. Y el proceso de las fusiones ferroviarias continúa, no sin graves contratiempos, como el de la lucha entre el banquero Morgan y el ferroviario Harriman, a causa de la cual Inglaterra previene a sus inversores contra Norte América, y la bolsa de Nueva York queda insolvente durante más de dos horas. El duelo termina por una reconciliación que hace dar pasos de gigante al proceso que llevaba de la libre competencia ilimitada al monopolio.

Tenía este último su primer campeón en Morgan. Dice Winkler que Pierpont Morgan "no sentía una gran preocupación por el apuro de sus clientes ingleses" quejosos; "pero no quería que su padre sufriera daño". Para conservar el crédito que su banca privada tenía en Europa, y el prestigio de su padre, formuló su plan de concentración de las compañías ferroviarias rivales... Y al procurar la coalición de los ferroviarios con los banqueros, del capital invertido con el capital a invertir, inició una verdadera revolución económico-financiera. La crisis norteamericana de 1893 favorece sus planes; pone en manos de Morgan los ferrocarriles que deseaba controlar. En medio de huelgas revolucionarias, el crédito de los ferrocarriles desaparece casi del todo. El gran banquero acomete la tarea de reorganizarlos, porque estaba a la cabeza de sus tenedores de títulos: "A los cinco años de producirse el pánico, más de mil quinientos millones de dólares se hallaban comprendidos en los valores de las Compañías que Morgan había reorganizado." Los llamados "ferrocarriles de Morgan" abarcaban 33 mil millas, la sexta parte del total de la red nacional. Producían al año más de 300 millones de dólares. "Los ingresos totales del Gobierno de los Estados Unidos —escribe John Moody— sólo eran el doble de importantes que los de los ferrocarriles de Morgan. Claro está que estos ferrocarriles no eran propiedad suya, sino de sus clientes, los capitalistas del mundo entero. Pero él los manejaba con el espíritu nacional que le había inculcado su padre, tan patriota que rechazó la oferta de una tumba en Westminster, que la reina Victoria le hizo durante su última enfermedad, prefiriendo ser enterrado en el pueblito de la Nueva Inglaterra en que había nacido.

Hacia fines del siglo XIX, la posición de Morgan en el mundo era tal, que pudo socorrer al gobierno de su país en sus apuros. Durante la crisis norteamericana de 1895, el banquero apoya a Cle-

veland, y ante las dificultades para hallar los cincuenta millones de dólares en metálico que le pide el ministro de Hacienda, llora. El gobierno quería mantener el patrón oro, pero no confiaba en hallar crédito en Europa. Vacilaba entre un empréstito privado, y un empréstito popular. Pero la derrota de sus proyectos financieros en el Congreso, lo obliga a llamar a Morgan. El contrato Cleveland-Morgan salva al Tesoro oficial norteamericano. Poco después el gran banquero empieza a organizar el monopolio del acero; y la respuesta de Europa y América a su circular para constituir la Steel Corporation, prueba la confianza de un mundo en un hombre, mientras contemporáneamente el gobierno de los Estados Unidos tardó meses en colocar en la banca mundial un empréstito de doscientos millones de dólares. De paso, digamos que el aguamiento de los capitales por los promotores de la industria del acero fue superior al 100 %. Los anticapitalistas argentinos aceptan estos hechos en el mundo, pero rechazan que los capitalistas ingleses hicieran entre nosotros las mismas maniobras con sus pseudo inversiones de capital ferroviario.

Esta presbicia intelectual argentina, que ve bien lo que está lejos, y mal lo que tiene en la punta de la nariz, explica el movimiento opuesto ocurrido contemporáneamente entre nosotros, donde las fuentes de riqueza creadas por nacionales e inmigrantes nacionalizados pasaban a manos de empresas extranjeras. Pese a que el aporte europeo al desarrollo norteamericano (en tanto cuanto nos referimos a sociedades por acciones, y no a inversores privados) fue mayor y más efectivo que al desarrollo argentino, no pasó de la proporción de 1 a 400, entre lo que sumaba el capital ajeno o el nacional. Proporción que entre nosotros debe ser menor incluso para el caso de los inmigrantes que traían sus capitales consigo, en numerario o en papeles de banco, por la mayor cuantía de la inmigración hacia el norte, en comparación con el sur de América.

Asimismo, fueron obra del esfuerzo local, entre criollos y extranjeros indisolublemente asociados al país, las empresas con que nuestros pueblos se dieron los elementos del progreso moderno, a medida que él se desarrollaba en el exterior, a veces adelantándose algunas de las ciudades argentinas a las urbes europeas, por la resistencia que un interés creado puede oponer a las novedades de la inventiva humana. Así se costearon nuestros pueblos el gas, el acetileno, los tranvías a caballo y los eléctricos, por la iniciativa de los habitantes emprendedores, que muchos de nosotros hemos conocido en nuestra juventud.

Escaneado con CamScanner

VI

EL TRASLADO DE LAS FUENTES DE RIQUEZA A MANOS EXTRANJERAS

Como la experiencia realizada por el país en las guerras de la emancipación y la resistencia a la intromisión imperialista anglo-francesa no sirvió para mostrar a los vencedores de Rosas la pujanza nacional, tampoco el desarrollo económico hecho con recursos casi exclusivamente locales sirvió para asimilar las enseñanzas de un fenómeno semejante.

Pese a que la generación de los llamados organizadores empezaba a vislumbrar ciertas verdades antes por ellos desconocidas, sus tardías rectificaciones no hicieron mella en los discípulos, que se atenían a sus primeras y erróneas lecciones. Mitre, por ejemplo, al impugnar el proyecto de Sarmiento para construir el puerto de Buenos Aires por medio de una empresa concesionaria extranjera, abogó por la empresa estatal, y aduciendo el modelo yanqui, habló de poema económico, en un discurso de tres días que es una de sus mejores producciones. Sarmiento comprendió en el gobierno la necesidad de aferrarse a la integridad territorial que antes había despreciado (cuando aconsejaba a los chilenos ocupar el estrecho de Magallanes); y llegó a considerar peligroso el enquistamiento del extranjero que no se asimilaba, conservándose como habitante privilegiado en sus sociedades o colonias regionales o raciales. Vicente Fidel López fue de los primeros en ver que la industrialización era factor de engrandecimiento y prosperidad, en comparación con el estancamiento de la monocultura pecuaria; y de los primeros en denunciar que el valor de las exportaciones apenas alcanzaba a pagar los fletes de los barcos que llevaban nuestros frutos.

Pero el mal que sus errores habían acarreado a la mentalidad

Escaneado con CamScanner

nacional resultó irremediable. Sus discípulos y continuadores, lejos de revisar los principios recibidos de sus maestros, los agravaron. La generación del 80, que gobernó al país en el último cuarto del siglo XIX, dejó que se perdieran para la Argentina los frutos de un desarrollo que ella había hecho por sí misma, como sus anteriores acciones positivas. Bajo su dominación, con ribetes de un doctrinarismo abonado por la tradición, las fuentes de riqueza creadas por el esfuerzo de los habitantes, nativos o naturalizados, pasaron a manos extranjeras. Operación que alteró el ritmo de nuestro desarrollo, para hacerlo no en provecho propio sino ajeno, estorbarlo, estancarlo, hasta mediatizar al cabo la soberanía.

La primera en sufrir ese triste destino fue la Compañía de Consumidores de Gas, que en la capital federal había formado una especie de cooperativa para prestar a la ciudad el servicio de la luz. Cuando la fábrica estaba terminada y la empresa en plena prosperidad, organizóse en Londres una llamada Compañía Primitiva de Gas, al solo objeto de comprar la que funcionaba en nuestra urbe y había sido creada por sus habitantes. Tan paupérrima era dicha Compañía Primitiva, que al emitir acciones por un monto igual al valor de la sociedad que iba a comprar, agregó un paquetito por cinco mil libras, que le eran indispensables para el giro del negocio, pues carecía del dinero mínimo necesario para hacerlo marchar.

Aunque menos burda, el traspaso del Ferrocarril Oeste a propiedad británica fue una operación igualmente desastrosa para los intereses nacionales. La compañía extranjera no invirtió más capital efectivo que el necesario para "promover el negocio", como se lo explica con delicado eufemismo en la primera memoria social. Al vender la mitad de la red comprada, por la suma que debía entregar al contado pudo adquirir quinientos kilómetros de vía sin desembolsar una libra. El pago del 60 % del precio a largo plazo lo hizo con el producto de la empresa. Y al final recuperó la mitad vendida creando un emporio económico-financiero británico salido enteramente del trabajo nacional. Así, entre los años de 1889 y 1900, se fueron entregando el Nord-Este de Entre Ríos, el Norte de Córdoba hasta Tucumán, en forma, si no igual, similar a las dos operaciones anteriores. El gobierno nacional subvencionó al Central Argentino para que comprara la parte del Ferrocarril Oeste que le vendió la empresa que había hecho el brillante negocio descripto por Scalabrini. Intereses garantizados, exenciones de impuestos, adelantos de fondos, retención de la parte de las entradas que debían entregar al Estado al

Escaneado con CamScanner

cobrar los intereses, incumplimiento de las obligaciones asumidas en los contratos de concesión: la triste historia de los ferrocarriles argentinos es una demostración de lo que cuestan ciertos errores, esas "ideas adueñadas de los espíritus, algunas decisiones tomadas bajo la influencia de tales ideas", que "provocan para muchos años resultados incalculables", como decía Bainville. El país nada puede por sí, de afuera nos ha de venir la independencia sin que nosotros nos agitemos, la utilidad de endeudarse: esos aforismos los venía repitiendo el partido llamado de la organización nacional. El resultado no podía diferir del que tenemos a la vista.

Paralelamente a la entrega sistemática de las fuentes de riqueza creadas por nosotros a compañías extranjeras, se va modificando la legislación para librar a éstas de todo contralor nacional. En un principio, el movimiento de los Estados argentinos, central o provinciales, es tan natural a ejercer estrecha vigilancia, que por lo general no se daban concesiones sin obligar a las empresas foráneas a tener domicilio legal en el país. La provincia de Entre Ríos, por ejemplo, al conceder a un criollo el monopolio de los tranvías en Paraná, Concordia y Gualeguaychú, le exige radicar el domicilio de la empresa en el territorio provincial. So pretexto de que tales requisitos importarían, "si no proscribir el establecimiento de sociedades anónimas extranjeras para fomentar la prosperidad del país, al menos ponerles trabas", se los suprime por las reformas de 1889 y 1897 al Código de Comercio, ambas votadas sin debate, a libro cerrado y en ausencia de los líderes opositores, en el primer caso Aristóbulo del Valle, y en el segundo Bernardo de Irigoyen.

Escaneado con CamScanner

VII

PROTESTAS EMPIRICAS Y REACCIONES IDEOLOGICAS

La desdichada evolución no se produjo sin la crítica fundada de autorizados voceros de la opinión. La crisis del 90 abrió los ojos de todos. El ministro de Hacienda, don Vicente Fidel López, al fundar un proyecto de impuesto a los depósitos de los bancos particulares, acusó a los capitalistas extranjeros como principales culpables de la grave situación; y de repartir en Europa ingentes dividendos ganados con el capital argentino. "Estos bancos que se llaman particulares", dijo el historiador, "estrangulan al gobierno ... y será necesaria toda la autoridad pública y una mano firme para que pueda reducírseles a ser controlados". "No hay tal capital extranjero en los bancos particulares; que sus elementos están compuestos de los depósitos, que son capital nacional; depósitos que seis u ocho gerentes subalternos esquilman." Con asombro de los opositores, poco después el mismo ministro envió un mensaje proponiendo la supresión del impuesto que el Congreso le había votado a su pedido. Pero su denuncia contra el capital extranjero quedaba en pie, puesto que para pedir la derogación del gravamen no dio una sola razón.

El debate sobre el arrendamiento de las obras sanitarias de la capital federal, y la posterior rescisión del contrato, aportó luces deslumbrantes sobre las coimas de miles de esterlinas recibidas por funcionarios públicos para celebrarlo. (*Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 1891, 19/VIII).

El diputado Víctor Molina dijo, comentando la crónica de una asamblea de accionistas en Londres: "De esta exposición, de estas cosas que se ventilan allá a la luz del día y que, francamente, dejan el nombre argentino un poco mal puesto, se desprende una cosa muy grave, señor. Es un contrato en el que parece que hay muchas ac-

Escaneado con CamScanner

ciones liberadas, como se las llama, es decir, que no han sido pagadas. Trescientas veinte mil libras, por un lado, y muchas otras por otro."

El traspaso de fuentes de riqueza argentina a empresas extranjeras, por arriendo o venta, fue censurado desde 1890 por Alberto Martínez, eminente estadígrafo, quien dos décadas más tarde había de ser comisionado para dirigir el censo de 1910, en un libro sobre *El Presupuesto Nacional*, editado por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, prologado por el ministro de Hacienda, Wenceslao Escalante. Al estudiar las entradas del gobierno, empieza por contar las que representaban los ferrocarriles al "formar la renta total de que se compone el tesoro de la nación, ya sea por medio del interés de que gozan las acciones que el Estado tiene en algunos de ellos, como en el Central Argentino, ya sea por medio de la devolución de las garantías que él mismo anticipó, o ya por medio del producto bruto que el gobierno obtiene de la explotación de las líneas que él construyó, como el Cenral Norte y el Andino. El producido por este capítulo de los servicios públicos, ha sido en algunos años, considerable, particularmente en 1885, 1886 y 1887; pero con todo, está muy lejos de compensar los fuertes desembolsos que para la construcción, prolongación o garantía de líneas férreas viene haciendo el Estado desde muchos años." Y elevándose de la anécdota a la categoría, añade poco después: "En 1670 el congreso nacional se ocupó de la prolongación, hasta Jujuy, del ferrocarril Central que acababa de llegar a Córdoba; y después de un debate igualmente levantado (que el de 1862, sobre el mismo asunto) resolvió que el Estado acometiese por su cuenta la construcción de esta línea. Así ha seguido el Estado, emprendiendo directamente con sus recursos, en unos casos, las construcciones de ferrocarriles, o garantizando, en otros, los capitales que en ellos se invertían, *hasta que en 1888, reinando en las esferas gubernativas los principios de una política económica spenceriana mal comprendidos y peor aplicados, el gobierno se deshizo de sus ferrocarriles, vendiéndolos por poco menos que nada, a empresas particulares.* Pero al mismo tiempo que estos vientos de liquidación ferrocarrilera soplaban, el congreso, víctima de un extraño apresuramiento y de una imprevisión financiera de que hasta entonces no había habido ejemplo, se lanzó a desparramar, con mano pródiga, montones de garantías para líneas férreas que debían, según las fantasías de sus autores, cruzar la república por todos sus extremos y formar dentro de ella, algo como una tupida red de acero."

Adviértase que Martínez no emprendía una revisión a fondo de

Escaneado con CamScanner

la política ferroviaria del régimen que, por otra parte, no había sido censurable sino en cuanto no procuró que los empresarios nacionales dirigiesen el desarrollo de todos los ferrocarriles. Pero aún careciendo de la perspectiva que nos da el transcurso del tiempo, la opinión más autorizada se opuso a los errores señalados por Alberto B. Martínez.

La Nación, de Mitre, al año de producirse la venta del Ferrocarril Oeste, con motivo de discutirse en la legislatura de la provincia de Buenos Aires el resultado de la operación, dijo: "Los ferrocarriles de la provincia fueron vendidos contra la opinión manifiesta de las poblaciones que debían todo su adelanto y civilización a este importantísimo factor de progreso. La legislatura recibió sendos memoriales con millones de firmas, pidiendo que la gran empresa del Estado no pasase a manos extranjeras, ni cayese bajo la explotación del interés privado. *La Nación* fue heraldo de esta campaña que suscitó un verdadero movimiento de opinión . . . En cuanto a los ferrocarriles, ahí están. Han disminuido, es verdad, sus servicios y hoy se grita contra ellos más que antes; pero en cambio han triplicado sus tarifas. Gastan menos y ganan más, lo cual debe ser altamente satisfactorio para el spencerismo del país, que tan brillante victoria cuenta en sus anales." ¡Las sorpresas que depara la historia! *La Nación* de ayer contra el libreempresismo dogmático de entonces y de hoy! (Editorial del 13 de mayo de 1891).

Meses más tarde, Osvaldo Magnasco, al informar por cuenta de una comisión investigadora de los ferrocarriles garantizados, dijo en el Congreso que el ferrocarril inglés en la Argentina no era un negocio, una industria, sino una extralimitación insolente, un "robo" (palabra textual), que no pasaba día sin conflicto entre el Estado nacional y las empresas extranjeras, que éstas había subvertido los fines progresistas y civilizadores de las concesiones recibidas, trabando el comercio y el desarrollo industrial de la nación, con tarifas mayores que el valor de los artículos transportados, vinos de Cuyo, azúcares de Tucumán, petróleo de Jujuy y Mendoza, tabacos de Salta, maderas del norte, ganados y cereales del litoral. Magnasco nos informa en su discurso de setiembre de 1891, que en 1888 un decreto del Poder Ejecutivo había librado a las empresas británicas del contralor que les impedía abusar de los privilegios con que las favorecían los contratos de concesión. Habló de *tongo* o *matufia*. Y enumera, uno tras otro, los enormes abusos que cometían las empresas. Luego de cobrar las garantías, ellas no devolvían al Estado el 50 % de las entradas, como lo exigían las concesiones.

Escaneado con CamScanner

Cuando el decreto *matufia* se los permitió, abultaron sus gastos, para desligarse de todo compromiso de compensar las sumas recibidas por concepto de intereses garantizados. Como al fisco argentino, las compañías estafaban a los accionistas ingleses. Contra el expreso tenor de los contratos, incorporaban a los gastos de explotación el interés y la amortización de los empréstitos levantados para construir los ferrocarriles, llegando al extremo de incluir en ese rubro los desfalcos cometidos por empleados deshonestos. El abuso era tan grande, según Magnasco, que el Este Argentino costó menos de lo que cobró en pocos años por concepto de intereses garantizados. Otro de ellos costeaba en Londres un directorio más caro que toda la administración de la línea en nuestro país. Las diferencias de remuneración, entre los empleados, según fuesen criollos o ingleses, eran enormes, a favor de los segundos. Para no citar más que un caso, en las propias palabras del orador "el jefe de almacenes gana", decía, "505 pesos oro; pero el auxiliar del jefe, que es el que desempeña las funciones, en el hecho, ese gana 20 pesos oro (Risas)", acota el *Diario de sesiones*. Por último denunciaba el sabotaje sistemático a la producción de azúcar, a los cereales, al ganado, a la extracción de petróleo, que ya entonces ensayóse en las locomotoras y resultó mucho más barato y de mejor rendimiento, pero que las empresas británicas, interesadas en la importación del carbón, saboteaban, como todo lo demás. Una de ellas consumía leña y revendía el carbón que importaba exento de impuestos. El ministro del Interior, Zapata, abundó en la demostración de Magnasco, y dio otro dato, que también esclarece el problema respecto de los términos en que hoy se plantea. De un ferrocarril inglés dijo que mientras su directorio de Londres tenía un presupuesto de 124.000 pesos oro al año, el local costaba únicamente 27.000; y que los dos directorios administraban peor que el Andino, de propiedad aún nacional, espejo de buena administración y único que daba utilidades al país.

El proyecto, destinado a cortar los abusos denunciados, se aprobó por unanimidad. Pero quedó en el papel. El mal, lejos de cesar, se agravó, hasta convertirse en una *lúes* que envenenó la sangre del organismo económico-social. Los ferrocarriles garantizados, que para la época de Magnasco insumían la tercera parte del presupuesto argentino ("la mayor parte de la renta pública", según Larsen del Castaño, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 13 de julio de 1891), siguieron pesando con su peso muerto sobre nuestras finanzas, hasta constituir un Estado en el Estado, con influencia en la

política del país. Los ferrocarriles privados daban pérdida al gobierno nacional pero pingües ganancias a las empresas extranjeras y estaban mucho peor administrados que los estatales. Sin embargo no se nacionalizan, sino que absorben al Andino y otras líneas en poder del Estado, como entre los anémicos los glóbulos blancos devoran a los rojos. Y a fines del siglo XIX, según el ya citado estadígrafo Alberto B. Martínez, en otra de sus obras escrita en francés y aparecida en 1899, *Histoire financiere de la Republique Argentine*, los ferrocarriles argentinos costaban al erario nacional cinco millones de pesos oro, mientras al Estado australiano le reportaban los suyos una ganancia de dieciséis millones de la misma moneda.

Pero ese enjuiciamiento tan severo no implicaba una renuncia a corregir los errores cometidos ni un desmoronamiento de la voluntad política. Los argentinos del 900 habríamos dejado de ser lo que éramos, uno de los pueblos más civilizados por el mero hecho de nuestro origen histórico, si no hubiéramos participado de las ilusiones y esperanzas que alentaban las naciones rectoras del Viejo Mundo, de las que, a justo título, nos considerábamos herederos. El extraordinario adelanto contemporáneo no puede hacernos olvidar que nuestros padres y abuelos deben haberse hallado en un estado de ánimo semejante, pero sin que el progreso se mezclara con las aprensiones que experimentamos ante la amenaza atómica, indisolublemente asociada a las conquistas científicas. Nadie ahora dejaría escapar una confesión de euforia pura e ingenua, como la de un historiador del arte renacentista, a fines del siglo XIX: "También nosotros (como los hombres del Renacimiento) nos hallamos ebrios casi del sentido de las posibilidades humanas. También nosotros creemos en un gran futuro para la humanidad, y nada ha ocurrido aún capaz de echar por tierra nuestra avidez de conocimiento y nuestra fe en la vida".

Escaneado con CamScanner

VIII

EL PENSAMIENTO RENOVADOR HALLA EXPRESION EN EL GOBIERNO

Los argentinos no habían quedado ajenos a ese movimiento de los espíritus. Seguían con avidez la evolución del progreso en las naciones más adelantadas, y adaptaban sus conquistas a un ritmo a veces más acelerado que en los lugares de origen. Así, por ejemplo, en algunas ciudades argentinas el alumbrado público con electricidad se introdujo antes que en ciertas capitales europeas, donde por el influjo de los intereses creados a favor del antiguo sistema del alumbrado de gas, el cambio tardaba en producirse. Las maravillas de la automación de vapor o electricidad en agua o tierra; de la reproducción de la voz y la figura humanas por el gramófono y las fotos cinematográficas; de la incipiente aviación en globos y aeroplanos; de los nuevos aparatos mecánicos útiles para el laboreo del campo y el dominio de la naturaleza eran acogidas por los estudiosos y el público general, con atención que no denotaba una curiosidad simplista, sino el firme propósito de aprovechar al máximo los elementos del progreso contemporáneo. Ni siquiera faltaban entre nosotros espíritus inquietos (como los que en el resto del mundo habían sido factores importantes en adquirir los resultados positivos), que trataban de hallar por sí mismos las fórmulas de aquellos progresos, sin necesidad de comprar las marcas extranjeras, o de introducir perfeccionamientos en las invenciones ajenas. Hay criollos que hacen funcionar un automóvil eléctrico, un proyectil accionado por la misma energía, una mejora en la telegrafía sin hilos, desde principios del siglo XX. La terminación de la red telegráfica, que ponía a la capital en comunicación inmediata con los últimos rincones del país; la llegada de la red ferroviaria a los cuatro puntos cardinales de la frontera, la

Escaneado con CamScanner

canalización de los ríos, el balizamiento de la cuenca fluvial, la unión de las zonas productoras con los mercados de consumo o exportación por medio del transporte moderno, daban a todos una seguridad de progreso tan irresistible, que por la mentalidad de la época, se tendía a confundir con el movimiento necesario de la naturaleza.

Esta tónica optimista era sensible en los hombres de gobierno como en los particulares. El ministro de Obras Públicas, ingeniero Emilio Civit, desarrollaba desde su estreno en el gabinete, una intensa labor de expansión ferroviaria y fluvial, como de apoyo a toda acción de progreso. La crónica de sus andanzas por todo el país ocupaba más espacio que la de ninguno de sus colegas, en la prensa diaria, o los semanarios ilustrados. Inauguraba obras a empezar o terminadas, puertos, ferrocarriles, puentes, caminos, diques o edificios públicos en que la administración se instalaba con decoro y holgura correspondientes al aumento de los recursos estatales en constante ascenso. Pero sus movimientos no eran manifestaciones de una inquietud acéfala e irreflexiva. Si el progreso nacional le daba motivos para ser optimista, no por eso dejaba de pensar en los errores cometidos, y la necesidad de repararlos. Así, por ejemplo, sobre uno de los principales factores de la expansión económica, los ferrocarriles, Civit no compartía los prejuicios recibidos. Era un lugar común del debate público, que el aumento de la riqueza, la difusión del bienestar, la conquista incesante de nuevas zonas marginales para la producción, el afianzamiento de las instituciones, se debían principalmente al capital extranjero, invertido en ferrocarriles, en su mayoría británicos. Los comentarios al respecto rara vez dejaban de acompañarse con loas ditirámbicas a la benéfica acción del aporte financiero exterior. Pero la verdad era muy distinta, como ya lo habían mostrado Osvaldo Magnasco y Alberto Martínez. Pero hasta entonces nadie había señalado el ingente monto de la expoliación, en paralelo con el volumen total de la economía argentina, ni (algo más importante) revisado los títulos de propiedad ostentados por las empresas.

El ministro de Obras Públicas de Roca, en su segunda presidencia, ingeniero Civit, no subsanaría esta deficiencia. Pero planteó el problema político implícito en el asunto, mejor que el ex diputado y ahora colega suyo en el gabinete, y que el publicista, proponiendo la solución, que aconsejaban la razón y el buen sentido. Cierto, no podía expresarse en una Memoria ministerial con la misma libertad que un escritor independiente. Por eso, en la de 1901 arranca su exposición sin disentir de entrada con los errores imperantes. En

Escaneado con CamScanner

una amplia reseña histórica sostiene que la Argentina construyó su red ferroviaria siguiendo el ejemplo de las naciones mejor administradas, por medio de la empresa particular, pero con apoyo oficial, en forma de intereses garantidos, aportes de capital, exenciones de impuestos a la importación de maquinaria y otros útiles, concesiones de tierras, etc., etc. Rechaza con vigor los cargos a veces formulados contra algunos de lo contratos, como por ejemplo, el del Central Argentino. El error que admitía, lo disculpaba (al igual de Magnasco) por el patriótico afán de combatir el aislamiento y poblar el desierto. Pero, agrega a vuelta de página:

"sea lo que fuere, el hecho real es que la explotación de los ferrocarriles, en la forma en que han sido concedidos, han legado serios problemas en lo que concierne a las relaciones entre las empresas, el comercio y la producción, que la crisis que viene gravitando sobre el país, ha agravado, y de los que es indispensable preocuparse para resolverlos dentro de los principios de equidad y de justicia, y teniendo presente los intereses que por una y otra parte están comprometidos".

De la facultad que los contratos reservaban al gobierno, de fijar tarifas, dice que dicha

"cláusula en realidad, nada vale y nada importa; completamente ineficaz a los fines de moderar lucros excesivos, y de proteger la producción del país, desde que sin violencia ni dificultad alguna las empresas pueden, por su propio albedrío, y por medios conocidos, evitar que la renta exceda el límite fijado, resultando así completamente ilusoria la intervención morigeradora del Estado.

"He sostenido que todas esas concesiones importan *monopolios y privilegios que no deben mantenerse a perpetuidad, porque afectan al orden público, contra el cual nadie puede tener derechos irrevocablemente adquiridos, y que es necesario preocuparse de modificarlos con prudencia, para salvar al país de los perjuicios y peligros que comportan*".

Se refiere a la tendencia ya antigua en Europa (al extremo que Mitre la recordaba en sus discursos de 1869 contra la entrega al capital privado del Puerto de Buenos Aires), a rescatar los ferroca-

Escaneado con CamScanner

rriles para el Estado. Encara las dos formas de resolver el problema, por expropiación o por arrendamiento de las empresas privadas. Y si descarta la primera solución, para quedarse con la segunda, no es por temor al cuco de la estatización (postura ideológica extraña a todo verdadero estadista), sino por la dificultad de colocar el empréstito de 650 millones de pesos oro que insumiría la operación, "y la falta de fe y de confianza en la capacidad administrativa del gobierno, fundada, desgraciadamente, en hechos anteriores que, corregidos en el presente, no tienen aún poder bastante para modificar en tan breve término, una opinión pesimista profundamente arraigada desde largos años". El temperamento más al alcance de la administración a que pertenecía, era su plan de expandir la red de los ferrocarriles estatales, como el mejor instrumento para controlar a las empresas particulares. Anhelaba "*impedir los mayores males que el futuro nos traerá, si con anticipación no nos preocupamos de prevenirlos.* A este estado de cosas ha contribuido —agrega finalmente Civit— la enajenación de los ferrocarriles que la Nación poseyera primitivamente, *error imperdonable* que ni siquiera se atenuó después con la ejecución de otras obras de interés público, o con una aplicación provechosa para el país de los dineros que por aquel concepto ingresaron al tesoro". Cuanto más consciente era el argentino, dirigente o ciudadano común, de los errores colectivos en que por inexperiencia había incurrido el país, más firme se mostraba en su voluntad de repararlos, y más seguro de la capacidad nacional para lograr las mejoras anheladas. Como lógica consecuencia, el pensamiento de nacionalizar los transportes, se completaba en Civit con el de fomentar el desarrollo industrial. Al inaugurar el cablecarril a El Parrón, a quince kilómetros de Chilecito, dijo: "Cuando las riquezas que reposan en su seno, sean arrancadas por la expansión industrial; cuando al calor de la hulla argentina se funda el hierro de nuestras minas; cuando el oro nativo y el cuarzo aurífero, la plata, el cobre, el estaño, el petróleo y el azufre, salgan a la superficie, para librarlos al intercambio universal, la Nación habrá definido todos los caracteres de su organismo económico, será en el futuro una potencia manufacturera, como lo es al presente ganadera y agrícola".

Esta posición intelectual del único ministro que Roca conservó a su lado en todo el período de 1898 a 1904, explica que su colega Magnasco (quien conocía el problema ferroviario argentino tan bien como Civit) intentara reformar la enseñanza, con la mira de orien-

tarla hacia la técnica industrial. Hacía tiempo que los mejores espíritus insistían en la necesidad de encaminar a una parte de la juventud hacia las carreras de la industria y el comercio. En su discurso de la colación de grados de 1895, en la Facultad de Derecho, que por la armonía de la composición y la belleza del estilo, puede tenerse por el más perfecto de todos los suyos, Aristóbulo del Valle había prevenido a los jóvenes, así como a sus padres, contra la rutina de quererlos hacer en su mayoría abogados. No es que menospreciara su propia profesión. Al contrario. Pero ante los peligros que una plétora de curiales, en desproporción con el número de habitantes, podía acarrear al país, decía con noble orgullo: "La raza argentina es sobria, inteligente y fuerte, y debe pesar en los destinos del mundo. Cuando la América sea el centro de una nueva civilización, y con las perspectivas de tan altos destinos, no es posible consentir que las generaciones selectas de nuestro tiempo extravíen su camino para llegar oprimidas por la necesidad a las sórdidas contiendas de la curia, que depravan el carácter, o a enredarse en la enmarañada madeja de la política de aldea, sin horizontes y sin ideales, dejando de lado las artes, la industria, el comercio, la verdadera ciencia y las verdaderas letras". A la vieja universidad le aconsejaba en adelante asumir la misión de "levantar la enseñanza del derecho a las regiones de la verdadera ciencia, la Facultad de Humanidades sobre la sólida base de la filología, de las letras clásicas y de la crítica histórica y reclamar con su poderosa autoridad moral la creación de *universidades del trabajo,* que podrían comenzar con una escuela de artes y oficios, con una escuela de las bellas artes, que no por ser bellas dejan de ser útiles". El admirable pronóstico del gran orador, que modulaba su canto de cisne (pues murió antes de que transcurriera un semestre), se cumplió en casi todo, menos en el papel que asignaba a su país como uno de los protagonistas en el futuro del mundo. Y no porque no se lo escuchara, ni porque se frustrase el intento de quien proyectó una reforma de la enseñanza, siguiendo la línea de sus consejos. A la larga, muy larga, tuvimos escuelas de artes y oficios, de bellas artes y universidades del trabajo. Pero las facultades de medicina y derecho siguen abarrotadas en su mayoría de aspirantes a los diplomas útiles como herramientas de trabajo, mientras las carreras prácticas, industriales o agropecuarias están poco pobladas o desiertas, y la cultura universitaria en baja. La buena universidad es fruto de la buena política, antes que la buena política fruto de la buena universidad. Y sin duda

Escaneado con CamScanner

alguna la conducción nacional ha desmejorado desde Aristóbulo del Valle, pese a que éste vivió quejándose del régimen y tratando en vano de cambiarlo.

Es digna de llamar la atención la coincidencia entre el hombre de cultura más acendrada en la generación del ochenta y el joven perteneciente a la que le sucedía, en el propósito de reformar la enseñanza, para orientarla en sentido práctico. Como del Valle era un magnífico representante de la vieja raza argentina, hijo de un funcionario de Rosas y puro descendiente de criollos españoles, Osvaldo Magnasco encarnaba la nueva, que junto con aquélla, había merecido del gran orador los calificativos de "sobria, inteligente y fuerte". Era argentino de primera generación; su padre chapurreaba el castellano hasta el final de su vida. Pero Benito Magnasco había sido el más distinguido capitán mercante del Río de la Plata, y tratado a Sarmiento y Mitre en términos de amistad personal. La educación que procuró a su hijo, con sacrificios que éste recordaba agradecido y orgulloso, prueba su propia cultura. Liberal, no había renegado de los clásicos. Había hecho de su hijo uno de los mejores humanistas, cuando las humanidades iban de capa caída. Educado en el Colegio del Uruguay, Osvaldo había alternado con la juventud dorada de la provincia, sin que ni él ni sus contemporáneos advirtiesen la mínima diferencia entre los orígenes de unos y otros, como era habitual en el país hasta muy entrado el siglo XX. Lo que, junto con la frecuente ausencia de su padre en el hogar (debido a los forzosos embarques del capitán) explica que la media lengua de su progenitor no le impidiese aparecer como uno de los primeros oradores de su tiempo. Sus brillantes cualidades pronto le valieron altas posiciones y fama mundial, en una polémica con Lombroso sobre *L'Uuomo Delinquente;* y en cuanto tuvo edad reglamentaria para ser diputado nacional, una banca en el Congreso. El régimen, como los oficialismos provinciales que lo componían, acogía generosamente la capacidad intelectual a su primera manifestación, como si se tratara de una verdadera aristocracia abierta al mérito. Pero en seguida veremos, por el caso del mismo Magnasco, que la captación de los mejores no era incondicionada. Con gran disgusto de su padre, quien, como todos los liberales italianos, era garibaldino y mitrista, Osvaldo declaróse el 90 incondicional de Juárez. Pero si entregó la "bestia", como decía Mansilla en Paraná, no había entregado su pensamiento. Nadie menos incondicional que el joven Magnasco antes y después de la Revolución de Julio. Muchas veces votó en el Congreso

Escaneado con CamScanner

contra los proyectos del Poder Ejecutivo, a cuyo titular acataba como jefe de partido. Y en la prensa y en el parlamento expresó ideas nada conformistas sobre Rosas y la unidad nacional que procuró a tiempo evitando nuestra balcanización; sobre Mitre, restando a su influencia en la historia la parte excesiva que se le atribuía; sobre la corruptela de las intervenciones "invariablemente decretadas con uno de estos dos fines: o para ahogar una influencia o para restablecerla; o para levantar un gobierno local, o para derrocar un gobierno local desafecto a la política del central"; sobre las provincias afligidas por gobiernos de familia, "sustitución de la autoridad del pueblo por el capricho de los gobernantes".

¿Qué le valió al joven entrerriano, en el gabinete de consolidación del régimen que el mismo Roca había fundado, la cartera de Instrucción Pública, en cuyo patrimonio estaba la herencia de Eduardo Wilde? ¿El liberalismo garibaldino del padre? ¿Su embanderamiento definitivo en el roquismo después del 90, pero con una amistad de familia por Mitre? ¿Su incondicionalismo declarado hacia Juárez, que variado el beneficiario, podía suponerse igual? ¿Su comunidad de ideas con Civit acerca del problema ferroviario y la industrialización del país? ¿Su fervor por el progreso material, compartido entonces por muchos dirigentes, pero realzado en su caso por el prestigio de la elocuencia humanística? No lo sabemos. Lo que parece indudable es que Roca se equivocó del mismo modo en su caso que en el de Pizarro, cuando lo creía un católico fácil de enderezar contra la Curia.

Sea como fuere, Magnasco proyectó para la enseñanza secundaria aquella reforma de fondo, que era una verdadera revolución copernicana. Para un país formado por el iluminismo abstracto, de cultura enciclopédica a la francesa, persuadido por sus llamados organizadores de que era étnicamente inapto para darse por sí solo el progreso moderno, y de que su salvación estaba en el cultivo del saber universal, sin relación alguna con su realidad práctica (que debía ser manejada por europeos o yanquis, más civilizados), el joven ministro propuso cambios tendientes a preparar argentinos capaces de gestionar sus propios intereses concretos, y a ese fin, la devolución de las instituciones educacionales a las provincias, según la mejor tradición, para retomar contacto, como Anteo, con la tierra madre que debíamos fecundar para hacerla más nutritiva. El proyecto comportaba la fundación de colegios y escuelas agrícolas e industriales, o transformar algunos de los existentes, "para dar esa

Escaneado con CamScanner

instrucción especial que se propaga de preferencia, en otras naciones cuyo ejemplo debemos imitar". Pero, ¡oh manes de Sarmiento!, algunas de las víctimas señaladas para sacrificarlas al cambio eran escuelas normales, suprimidas por decreto. La oposición debió resultar sorprendente, incluso para el mismo Magnasco, y por supuesto para Roca, pues la opinión preponderante en el régimen al que ambos pertenecían era contraria a la reforma.

La derrota de Magnasco y su proyecto para dar impulso a la enseñanza técnica, cuyo pensamiento Civit compartía, no arrastró al inamovible ministro de Obras Públicas. Pero sin duda contribuyó a desprestigiar su política de nacionalización ferroviaria y de fomento industrial, y neutralizar la enseñanza que emanaba de su acción. El régimen no tardó en volver a las peores prácticas, fracasadas con Juárez. Ezequiel Ramos Mejía, sucesor de Civit bajo Figueroa Alcorta y Sáenz Peña, repitió el "error imperdonable", censurado por su antecesor, de vender ferrocarriles nacionales, y llegó a formular la teoría de la práctica seguida en nuestros días, de que el Estado debía costear obras de fomento y desarrollo, crear fuentes de riqueza, para luego entregarlas al capital privado. Lo que no estaría del todo mal si el traspaso estuviese sujeto a la condición de que jamás pudiese beneficiar a una empresa extranjera, exportadora de ganancias, como había ocurrido con la compañía del gas y el ferrocarril Oeste.

Pero si el pensamiento innovador fue derrotado en el gobierno, siguió siendo vigoroso en los sectores de la oposición. A lo largo de la primera década del siglo XX, la situación creada por la prepotencia de las empresas ferroviarias extranjeras era denunciada más o menos bien por muchos personajes del régimen. El doctor Francisco Seguí las acusaba en 1903 de la ambición de "dominar de una vez la acción de viabilidad de la República", y al gobierno de no tener ninguna política para refrenarla. Lo que, según vimos, era injusto respecto de Civit, pero tal vez se refería al escaso resultado de una acción apenas iniciada. Luis V. Varela, en un libro sobre las guías de campaña, habla de la tiranía de los fletes ferroviarios. Federico Pinedo padre nos refiere en 1907 que Drago había estado contra la fusión del Central Argentino con el Norte de Buenos Aires, y contra la venta del Oeste, lo que no es extraño, puesto que *La Nación*, diario de su familia, también la había combatido. Y el diputado santafesino Pera, amigo de Rubén Darío, quien admiraba su ingenio y saber, sostuvo un memorable debate con el ministro Ro-

Escaneado con CamScanner

mos Mejía, repitiendo argumentos parecidos a los de Magnasco en 1891, sobre el sabotaje de las empresas británicas a la producción nacional. Por su parte, Rodolfo Moreno padre, al dirigir la palabra a la primera promoción de ingenieros de la Universidad de La Plata, decía: "Oprimida económicamente la provincia de Buenos Aires por los altos fletes ferroviarios, estaba sobre el tapete el problema de los transportes baratos; y los canales de navegación, que en todas partes del mundo realizan ese objetivo económico, eran objeto de viva discusión en cuanto a su posibilidad técnica... Los ingenieros del gobierno han salido a campaña ... y... han trazado las anheladas líneas... que se convertirán en otras tantas arterias poderosas de vida comercial por donde circularán triunfantes del flete excesivo las riquezas de la provincia, llevando al productor la pingüe y merecida utilidad de su trabajo".

Ellos consideraban la situación como un mal ciertamente pasajero y de ningún modo como un bien en sí o alguna especie de paraíso perdido, según las sospechosas añoranzas de los sedicentes herederos. Magnasco la atribuía a la inexperiencia nacional, que nos había hecho víctimas de nuestra generosidad, sentimiento noble pero irreflexivo, que se tornaba en prodigalidad dispendiosa e hipotecaba el porvenir. Rodolfo Moreno padre, haciendo gala de un organicismo social en boga, la atribuía a la brevedad de las etapas recorridas por el país. Francisco Seguí, a la desidia de los gobiernos. Pero cada uno de ellos tenía la seguridad de que, el uno con su nueva ley de control, el otro por medio de una red nacional de trocha angosta, el de más acá por el simple transcurso del tiempo, aquellos males se iban a corregir. "Hoy empezamos a reaccionar —decía el ministro de Gobierno de Ugarte— contra el prurito de llamar extranjeros para proyectar y realizar nuestras grandes obras públicas".

Y a fe que la pujanza del país parecía justificar esas esperanzas. Cuando la ciencia se entrometía, ellas quedaban del todo justificadas. José Ingenieros escribía en 1910: "Considerado el porvenir del Brasil y la Argentina, según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendidos sus factores climatérico y étnico, se advierte que en un porvenir remoto la superioridad argentina será real en todo orden de manifestaciones".

El intelectual nos la fiaba más fácil que los políticos. La situación se iba a corregir sola.

Escaneado con CamScanner

IX

LAS ILUSIONES DEL CENTENARIO

Ocurría que pese a las trabas opuestas al desarrollo nacional por el interés privilegiado extranjero, éste aún no mandaba como super Estado. Su juego era denunciado con vigor porque los argentinos sentían el orgullo de serlo, por la gloria del pasado nacional y el privilegio de la naturaleza. El problema no había madurado, y no se lo conocía muy bien. Pero sobre todo, el espectáculo del progreso en medio del cual vivían, les prometía un porvenir venturoso.

Pues, en efecto, el desarrollo, estorbado y todo como estaba por las empresas de transporte extranjeras, era enorme. Todas las principales fuentes de riqueza no se habían aún enajenado. Los pueblos del interior y la capital estaban llenos de empresas locales, de gas, de luz, de tranvías, de teatro, de innúmeras industrias, que daban a los habitantes un optimismo justificado. La integración completa de la economía argentina en la europea se produjo cuando Europa, al cabo de un siglo de paz, rebosaba de capitales y habitantes, y no tenía por qué ingeniarse como ahora para expoliar a los pueblos ultramarinos, que con ellas se complementaban, en un movimiento que parecía la cúspide de la civilización.

Las empresas extranjeras y los inmigrantes radicados o *golondrinas* (éstos eran los que venían para las zafras) exportaban ganancias. Pero, con todo, el país capitalizaba. En la primera década del siglo, las rentas aumentaban año a año en tal forma que pese a establecerse los presupuestos siempre en déficit, las entradas superaban a los gastos. El Estado se instalaba suntuosamente en los nuevos Tribunales, en el Palacio del Congreso, cuyas cuentas dieron mucho que hablar. La riqueza pública estaba en relación con la de los particulares. El oro se acumulaba progresivamente en la Caja de Conversión. Los inmigrantes venían a "hacer la América", pero en su mayoría se quedaban. El país tenía gran poder de asimilación

Escaneado con CamScanner

y atesoraba, ofreciendo a los argentinos nuevos y a los criollos viejos el poderoso incentivo de la fortuna, no muy tardía y al alcance de toda persona con espíritu de trabajo y ahorro.

Contemporáneamente, los mejores hombres herederos de la tradición liberal, que tras largo esfuerzo lograron posiciones claves, y llegar a la presidencia con Roque Sáenz Peña, creyeron justo y prudente poner de acuerdo el régimen representativo con la brillante realidad que creían resultado de la política iniciada en Caseros. No todos estaban bien orientados. En esa década se acabaron de entregar los mejores ferrocarriles que aún eran nacionales, como el Andino, se frustró el proyecto del intendente Casares para levantar una usina eléctrica en Buenos Aires, con los recursos de la Municipalidad. Pero los líderes (Sáenz Peña, Zeballos, etc.) veían los defectos, querían remediarlos, y se creían capaces del éxito.

Nadie mejor que los poetas para darnos la sensación del optimismo que en los años del Centenario embargaba al espíritu nacional. La intuición de la armonía alcanzada, luego de las vicisitudes del camino, está patente en esta estrofa de Lugones en la primera de las *Odas Seculares*:

Brinda a los oprimidos tu regazo
Con aquel ademán largo y seguro
Que designa en la estética del brazo
Una serenidad de mármol puro.

Como en los versos iniciales de la *Oda a los Padres de la Patria*, de Enrique Banchs:

Reina la paz entre los argentinos . . .
Contemplo la concordia de los hombres,
La justa imbricación de sus destinos,
la mutual armonía de los nombres,
la energía solemne de las urnas,
el fermento de las resoluciones
y laboriosamente taciturnas
las frentes graves de las vocaciones . . .
Mi individual dolor se desvanece
como hoja seca en selva que florece.

Notas tanto más dignas de atención cuanto que en ambos poetas la épica no tiene nada de los arrebatos románticos de la antigua musa patriótica.

Escaneado con CamScanner

X

LA TORRE DE CASANDRA

¿Cómo explicar la caída experimentada en medio siglo, de aquellas alturas al abismo en que nos debatimos? Ahora los poetas cantan angustiados:

oh necesaria y dulce patria
Que no sin gloria y sin oprobio abarcas
Ciento cincuenta laboriosos años

como Jorge Luis Borges. O:

No, no, no me equivoco, no confundo.
Cuando de pronto comprendí la vida,
Como en un sueño horrible y con profundo

dolor, miré los dones sin medida
de aquel solar, mas los hallé manchados,
vi su grandeza y la encontré perdida.

como Jorge Vocos Lescano.

Las explicaciones corrientes suelen atribuir el contraste a la aparición de un cuco, de un hombre malo que, sin que se sepa cómo, surge de entre las instituciones de un régimen perfecto para destruirlo por puro capricho individual. O de un brusco cambio ideológico, producido por las ráfagas espirituales del siglo, que habrían hecho desdeñar la admirable relojería sin relojero del sistema liberal, por las sombrías tentaciones de la planificación dirigista. Son explicaciones milagreras, y por lo general interesadas.

Escaneado con CamScanner

Más sencillo es averiguar la verdad de los hechos, la realidad velada tras las ilusiones del Centenario; en suma, la explicación histórica.

Si todo lo que hemos dicho en el parágrafo anterior era cierto y ofrecía base para la esperanza, no es menos cierto que la medalla tenía un reverso. Los hombres cuyas palabras hemos repasado vieron los defectos anejos a las virtudes, pero no dudaron de que éstas prevalecerían. El mal era mucho más grave de lo que ellos creían. Pero hubo un profeta: Estanislao Zeballos, que anunció los desastres inminentes. A la vez que esbozaba los correctivos indispensables, si se los había de evitar.

Lamento no tener espacio para trazar una silueta digna de ese apasionado patriota. Si algún argentino quiso a su país, en su pasado y en su presente, en sus viejas gentes, y en los recién llegados, en los jóvenes alumnos que lo escuchaban en clase y en sus contemporáneos, cuyas obras leía y comentaba asiduamente; en su música y sus danzas, en la época de la colonia y de la independencia, en los próceres unitarios y en los próceres federales; en sus guerreros y en sus letrados, en sus hombres de ciencia y en sus damas virtuosas, fue Zeballos. *Sentir la Argentina*, como dijo Leonardo Castellani de Lugones; don Leopoldo lo habrá experimentado con la misma intensidad, y lo expresó mejor como poeta. Pero *sentirla* más que Zeballos, imposible. Para no extenderme en esta digresión, recordaré el amor con que comentaba las tesis de sus ex discípulos, y la presciencia con que adivinaba sus respectivas carreras, de acuerdo a las vocaciones que les había visto demostrar en la Facultad .

Su *Revista de Derecho, Historia y Letras* es el más extraordinario repositorio de datos y reflexiones sobre las cosas nacionales. Un editor inteligente podría sacar infinidad de obras, de Zeballos y otros autores, sobre el primer cuarto de este siglo argentino, o sea la época siempre más oscura, la inmediatamente contemporánea, pero que no alcanzamos a vivir en plena madurez. Para ceñirme a nuestro tema, diré que don Estanislao, a la vez que trabajaba incesantemente en la revisión de la historia nacional, allegando información de todos lados con suprema imparcialidad y con criterio amplio aunque no muy seguro (debido a su formación en la peor época de la cultura occidental), comentaba la actualidad de su tiempo con pasión de patriota y con inteligencia de esclarecido estadista. Al censurar el pacifismo de cartagineses con que se predicaba la abdicación nacional a principios de siglo, observaba que después de cada renuncia

Escaneado con CamScanner

argentina, hecha so pretexto de no dañar el comercio, éste se deterioraba indefectiblemente; y señalaba que debido a la ignorancia de nuestros dirigentes sobre la gran política mundial siempre defendíamos los intereses comerciales de las grandes potencias usufructuarias del belicismo, incluso a riesgo de guerra. A lo largo de toda la década, cuando no está en la Cancillería tratando de hacer lo mejor posible en situaciones ya comprometidas por otros, señala los errores imperantes y propone remedios. Limitémonos a examinar su reseña más general, hecha en vísperas del Centenario, antes de que apareciese la candidatura de Sáenz Peña. El 25 de mayo de 1909 escribía: "Teóricamente organizada la República en la década histórica de 1852 a 1862, no lo está en los hechos. La constitución escrita en 1853 ha fracasado en su aplicación; y *desde la Independencia hasta el desarrollo normal de la vida institucional, todo está comprometido.* ¡No nos halaguemos exageradamente con el esplendor de los palacios de oro que custodian nuestros soldados, como reservas de las emisiones y de los bancos! ¡No basta ser ricos cuando existe el peligro de que dentro de ese oro, como en las talegas de las satrapías orientales, fermenten los gérmenes del dolor, de la desventura y de la ruina y *nos falten aptitudes y previsiones para prevenirlos!* ¡No nos halaguen incondicionalmente los éxitos que con facilidad improvisan fortunas personales, ni el trabajo general de nuestros campos y de nuestras industrias, testimonios de la energía, de la sobriedad y de las virtudes de nuetras masas, porque abundan también flores y mieses en terrenos que de pronto se cubren de escombros y de muerte! Nuestras reservas de oro y las mejores reservas de juicio, de labor y de honradez popular que las producen, no son conquistas en que debamos fiar plenamente, sino cuando hallamos (sic) garantizado su estabilidad, eliminando con sabiduría las causas de errores presentes y venideros". Por veneración filial elude mencionar a los hombres del pasado cuando se refiere a los errores, y aunque a veces supo también artibuírselos este sentimiento limitó el alcance de su examen. En seguida nos sorprenderá con una afirmación audaz: "la Nación no existe todavía con formas orgánicamente definidas, porque carece de aptitudes para gobernarse por sí misma". Dicho del país que había realizado la epopeya de la emancipación y de la resistencia al imperialismo armado de mediados de siglo XIX —incontenible en el mundo entero, salvo en América—, era demasiado, pero reflejaba el desaliento que le causaban los errores de sus contemporáneos: "Hemos jurado la libertad", prosigue, "y en la práctica consagramos la obe-

diencia pasiva; hemos recibido en herencia de los constituyentes del 53 la investidura gloriosa de ciudadanos de un país, que ellos soñaron fuerte y libre, y todos nos complacemos en substituirla por la pálida escarapela de subalternos del poder... Pero no es el momento de estudiar cada uno de los problemas, sino de plantearlos. La próxima presidencia será de crisis y de crisis profunda, porque no se torna a la vida normal los destinos extraviados de un pueblo, sin profundas controversias y sin amputaciones dolorosas". Los tópicos que propone son en parte de esos lugares comunes que el debate público arrastra como maleza de río. Pero en el cuarto, toca un punto neurálgico: "Defensa del prestigio exterior de la Nación Argentina y confirmación de su soberanía sobre el sistema de los ríos del Plata, como una reivindicación solemne contra el sibaritismo y la ignorancia que han proclamado la fórmula inepta: —*la República, rodeada de países fuertes y rivales, no debe tener, sin embargo, política internacional*— abandonando así su suerte y sus derechos al azar de los sucesos, cortejados por la política externa de sus vecinos, que quieren, al contrario, tenerla y se arman para cultivarla!". Pero es en el sexto donde da con la clave de la situación: "Reorganización de los ferrocarriles y demás medios de transporte, para reducirlos a un sistema en que predomine el interés nacional, como único medio de dar fundamento sólido a las finanzas del país y de defender los derechos de la producción argentina, contra *intereses privados legítimos, ciertamente; pero que comienzan a predominar en nuestras administraciones, en la prensa y en los círculos políticos, excediéndose de tal suerte que se debilitan las esperanzas de contralor, de administración económica y de reducción de tarifas*". El interés privilegiado extranjero, queda ahí sin nombrar, pero aludido y definido en sus comienzos de tumor maligno ya formado, que luego ha de minar todo el organismo social.

Que las críticas de Zeballos no obedecían al resentimiento de un actor desplazado, y convertido en espectador a la fuerza, lo confirma el discurso-programa de Sáenz Peña en 1909. Pese a que los mensajes de sus tres predecesores inmediatos eran cantos de triunfo, en parte justificados, como surgía de las propias palabras del candidato, éste señaló dos males gravísimos, el malbaratamiento de las exportaciones y el excesivo costo de los transportes. "Todas las vestiduras nos ajustan", decía, "todos los engranajes se vuelven deficientes, no por el correr del tiempo, sino por la expansión de este coloso, que al moverse pacíficamente revienta las ligaduras sin es-

Escaneado con CamScanner

fuerzos y sin enojos. Los puertos resultan estrechos, los ferrocarriles cortos y las techumbres escasas para las ricas germinaciones del suelo." Pero se preguntaba en qué medida eso resultaba de nuestros privilegios naturales, o del esfuerzo nacional. Y confesaba que "los productos argentinos no se encuentran suficientemente protegidos por el arma defensiva de la reciprocidad". "La estadística comparada —agrega— me ha enseñado que el transporte de nuestra producción es oneroso, y que está en una proporción de 100 a 200 con relación a los Estados Unidos del Norte. Esta desproporción es la que he mirado con alarma... el elemento nativo va a quedar en minoría: tratemos de que no quede en inferioridad... vigilemos y auscultemos la intensidad del espíritu argentino, pero hagamos todo eso de camino, sin interrumpir la marcha ni detener el avance de nuestro progreso... La previsión del conflicto ha de darnos diversas soluciones, pero nunca, en ningún caso, habremos de restringir la condición jurídica del extranjero... Si educamos y formamos niños argentinos, es difícil que obtengamos adultos extranjeros." Por último se confiesa proteccionista; pero con gran sensatez dice concebir el gobierno como "adaptación al proceso económico de cada Estado, y nunca como sujeto de teóricos ensayos entre doctrinas o escuelas extremas". Sáenz Peña se muestra en este discurso más preocupado de lo que racionalmente puede estarlo un nacionalista en un país de aluvión, por el excesivo aporte inmigratorio; y la solución que propone, de formar "niños argentinos", aunque buena, es vaga. Nada dice sobre la forma de lograrlo. Y el nudo del problema estaba en la "condición jurídica del extranjero". Si para no restringírsela, había que conservarle el privilegio que tenía sobre el nacional, ni ellos tendrían interés en arraigar y nacionalizarse, ni sus hijos se formarían como argentinos; o en caso de hacerlo perderían la condición de sus padres. Pero lo que yo deseaba señalar es la sensibilidad de Sáenz Peña ante los agudos problemas nacionales —algunos de los cuales siguen en los mismos términos que hace más de cincuenta años (carestía de los transportes, malbaratamiento de las exportaciones, extranjerismo ambiente)— y la sensatez del criterio general con que los encaraba.

Más precisión aún tiene otra opinión de esa época acerca del problema de fondo de la política argentina. En *La Nación* del Centenario, aparecieron el *Canto a la Argentina* de Rubén Darío y la *Oda a los ganados y a las mieses* de Lugones, y un extenso estudio sobre "La Inmigración y su influencia en los Destinos de la Repú-

Escaneado con CamScanner

blica Argentina", donde Aníbal Latino, publicista de gran prestigio, al tratar la importancia de la colonia británica, dice que habría "debido poner a los ingleses a la cabeza de este estudio, porque no obstante lo reducido de su número, tienen en la República Argentina una influencia superior a las restantes colectividades extranjeras". Agrega que todos los viajeros que nos visitaron, vieron por doquier aquí "las muestras del capital inglés", y cita a un sociólogo italiano, Lorini, quien decía en aquella época: "Todas las sociedades industriales, comerciales, agrícolas y mineras que figuran en la estadística argentina, llevan la marca extranjera: 'Limited'; de manera que se acaba por tener la impresión de que se está estudiando una colonia puramente inglesa". Aníbal Latino apreciaba entre 250 (cifra dada por Alberto Martínez) y 500 millones de libras (cifra admitida por Zeballos), el monto del capital inglés entre nosotros. Pero el publicista no se limitaba a describir el hecho, sino que enjuiciaba su significado. Aunque no discute el origen de la hipoteca que Inglaterra tenía sobre la Argentina como lo había de hacer nuestra generación, ni el prejuicio corriente acerca de los beneficios aportados por aquel seudocapital al desarrollo nacional, se plantea el siguiente interrogante:

"¿Adónde llegará este capital en el camino de la absorción que sigue impertérrito hace años con empujes y atrevimientos cada vez más grandes? No es posible preverlo. Los hombres públicos y publicistas argentinos —no todos, afortunadamente, por que los hay, aunque pocos, que penetran con clarividencia las entrañas de estas graves cuestiones—, se regocijan cada vez que una gran empresa que se ha formado con los esfuerzos y los capitales del país, es adquirida a precios ventajosos por capitalistas ingleses, y no parece preocuparles gran cosa que las grandes obras públicas sigan llevándose a cabo con capital importado. Lo que debía ser causa de disgusto y cavilación es motivo de satisfacción y orgullo. Y las demostraciones son más explícitas cuando son capitalistas franceses, alemanes o belgas los que intervienen en las operaciones, como si el problema no fuese siempre el mismo, venga de donde viniese el capital, si viene del exterior. Nada más lejos de nuestro ánimo que hacer el proceso del capital extranjero, gracias al cual, y a la inmigración, como ha dicho Ferri, ha alcanzado la república los progresos materiales que están a la vista. Su

Escaneado con CamScanner

presencia es indispensable, mientras no lo supla el capital nacional, como en los Estados Unidos, y será justo brindarle toda clase de seguridades y garantías. Pero queríamos indicar un hecho que es evidente, señalar un problema que es arduo, y demostrar una vez más el error en que se incurre al clamar indebidamente contra la multitud de los brazos que se nacionalizan en la primera o segunda generación, y al callar en absoluto lo relativo a los capitales que no se nacionalizan nunca. Diríase que no existe en el país la aspiración de bastarse financieramente a sí mismo algún día, esa aspiración que persiguen todas las naciones grandes y fuertes y que ha inducido recientemente al diputado italiano Abignenti a recomendar al gobierno que haga lo posible para que las compañías de navegación sigan siendo italianas. No hay tampoco el menor indicio de la política financiera que debería alcanzar ese desiderátum, pudiendo afirmarse, por el contrario, que se persiste en una vía completamente opuesta al logro del mismo."

El criterio del periodista no es muy coherente. Pues hay contradicción entre sus loas al capital ajeno como fecundador de la economía argentina, y su llamado de atención sobre los peligros que entrañaba el traspaso de las fuentes de riqueza creadas por los argentinos a manos de empresas extranjeras.

Escaneado con CamScanner

XI

LA REFORMA ELECTORAL

La inmadurez de la opinión periodística (aún en la prensa más alerta a los problemas nacionales) no contribuía a contrarrestar firmemente la reincidencia del régimen en los errores del pasado, remoto o reciente. Mas, pese al retroceso que la conducción económica de Figueroa Alcorta, representada por Ezequiel Ramos Mejía, significó respecto de la de Civit, el presidente del Centenario orientó la opinión política a favor de Roque Sáenz Peña, en el afán que la mayoría alentaba de vivificar la letra con el espíritu de las instituciones. El país tenía derecho a esperar del héroe de Arica, del prestigioso estadista que había resignado su temprana ambición ante la candidatura de su padre, del gran embajador, del internacionalista de fama mundial, del hombre que reaparecía ante sus compatriotas madurado por los viajes y la experiencia, una síntesis de los mejores elementos dispersos en las fracciones que desgarraban al Régimen —una síntesis del perfeccionamiento institucional con una mayor vigilancia de la expansión económica, no para beneficio de la expansión en sí, sino en beneficio del interés argentino.

Las esperanzas cifradas en Sáenz Peña se marchitaron pronto. El hombre llegaba tarde al gobierno, gastado y enfermo. Parece dudoso que, de haber vivido, hubiera hecho algo —además de la reforma electoral—, para cortar los grandes males que lo alarmaban, y dijo querer remediar. Los errores acerca del pasado, que se hallan también en su discurso programa, y el nombramiento de Ezequiel Ramos Mejía para orientar la conducción económica, no permiten afirmar que su muerte malogró oportunas soluciones. Como quiera, logró imponer la reforma electoral, a la vez que daba ocasión al país de apreciar en todo su valor una de las inteligencias más elevadas que haya figurado en sus elencos directivos: Indalecio Gómez.

Escaneado con CamScanner

Era el hombre predestinado a hacer votar la ley que constituye el principal título de la presidencia Sáenz Peña a la consideración de la posteridad. El espíritu de Gómez se elevaba con facilidad a los grandes problemas, como lo prueban sus mejores discursos. Pero en el conjunto de su oratoria, éstos aparecen como esporádicos, y muestras de una capacidad latente, pero no cultivada con perseverante disciplina. Lo que don Indalecio habría sido capaz de hacer intelectualmente, de haberse manifestado su vocación por el estudio y no por la acción, sólo es conjeturable a través de los extraordinarios atisbos que se contienen en sus oraciones magistrales. Y me atrevo a decir que su opción por la política privó al país de una inteligencia especulativa excepcional. Pero su orientación hacia la práctica, resultado de la espontaneidad con que actuó sin sentirse llamado a otro destino que el del ciudadano que cumple su deber más elemental, lo apartó de la vida contemplativa en que pudo descollar, y lo llevó a ejercer su talento en los problemas constitucionales como un maestro, aunque maestro en cuestiones formales. Y no hago esta restricción porque la política sea actividad espiritual inferior (lo que no es y en los países predestinados a la grandeza otorgó la preciada fama a tantos genios de la historia universal), sino porque en la Argentina de entonces debatíanse los problemas de forma, más que los de fondo. Nadie señaló mejor que Gómez esta característica del régimen imperante. En algunos de los discursos que dedicó a cuestiones prácticas, exhaló queja contra el formulismo ambiente. Habló de "la criminal incuria de nuestros gobiernos", de que el comercio y la economía, la organización administrativa y fiscal no estaban bien asentadas ni facilitaban las evoluciones necesarias, y de que las escasas investigaciones parlamentarias versaban "únicamente sobre juicios políticos". Dijo al país productor de brillantes inteligencias, pero estériles; "Los espíritus mejor preparados, los más cultivados y fuertes", agregaba, " son por lo general los más honestos. Por eso son ineficaces en nuestra política, que no se distingue precisamente por su sabiduría". El florecimiento económico, debería ser "sano y sólido, todos aspiramos y debemos procurar que en la presentida primavera económica no se repitan los errores pasados, que, si en parte se debieron a malos apetitos, fueron principalmente originados por una imprudencia, un aturdimiento y una inexperiencia que sólo habría podido evitar o moderar un conocimiento más perfecto de nuestra verdadera situación industrial y comercial".

Por otro lado, su disconformidad con el régimen no se limitaba

al problema de la conducción económica nacional; se extendía a la política. Jamás estuvo conforme con el falseamiento del sistema representativo, que había denunciado desde su estreno, hasta que logró corregirlo por la reforma en que hizo el papel descollante. Como hombre de orden, se avino a colaborar con quienes no estaba en un todo de acuerdo. Pero la verdad es que nunca aprobó el "régimen" y entró en política para combatirlo, incorporándose al parlamento como disidente de los oficialismos imperantes.

A la doble circunstancia de que el régimen educaba a sus dirigentes en el formalismo, y de que Gómez censuraba esa educación (que él también había recibido), atribuyo la predestinación de don Indalecio como promotor de la reforma electoral. Cuando el régimen, trabajado por sus contradicciones intrínsecas, llegó a un callejón sin salida, tenía un constitucionalista que por su talento era capaz de superarlas. Y la Ley Sáenz Peña fue persuadida a un congreso reacio por un magistral orador, de encargo para la tarea que el destino le tenía preparada. Por su mejor lado, el régimen había dado vigencia al Estado de Derecho. Por el peor, se basaba en el fraude. Pero los instrumentos de éste chocaban con aquél y caían bajo su sanción. Nunca hubo en el país tantos procesos electorales como en vísperas de la reforma, desde principios de siglo hasta el año de 1912. Aquélla fue imposición de las circunstancias, más que concesión graciosa de un régimen suicida, como se dio en decir a la luz del resultado que tuvo para el partido que la votó. Que dicho resultado no fue inevitable, y se debió a contingencias que pudieron ocurrir de otra manera, lo prueban el escaso margen de un voto que dio el triunfo al candidato opositor, y los errores del oficialismo, que Lisandro de la Torre señaló durante su campaña de 1916. Y las vicisitudes sufridas luego de la reforma electoral pudieron evitarse si el espíritu con que Gómez la preconizó se hubiera entendido mejor. No la daba como una panacea. Con su profundo sentido filosófico dijo en uno de sus discursos de 1911: "Pero, se me dirá: ese camino ¿es seguro? Tomar un rumbo del porvenir es siempre difícil e incierto. Nadie tiene la presciencia. *Es siempre una opción entre dificultades*". Se la tomó en cambio como una estampita milagrosa, que aplicada al lugar donde duele, quitaría cualquier mal. Y en cincuenta años aún no hemos aprendido a comprender el sentido de las palabras que nos dejó el mejor intérprete de la ley electoral.

Escaneado con CamScanner

XII

LA SITUACION ARGENTINA MEJOR VISTA DESDE AFUERA QUE POR DENTRO

Que Gómez tenía plena conciencia del problema crucial de la economía argentina, el de la influencia británica, resulta del pasaje de su carta a Pellegrini sobre los Pactos de Mayo, en que censura no solamente que se sometiese "a arbitraje el ejercicio de la soberanía", sino además, y principalmente, que el árbitro no fuese "otro que el gobierno inglés, es decir, el más poderoso de la tierra, el que mayor y más íntima influencia tiene entre nosotros; el soberano cuyos súbditos son nuestros acreedores, los dueños de nuestros ferrocarriles, de nuestras más proficuas industrias; el soberano con quien tenemos pendiente la reivindicación de las Malvinas". Esa magnífica epístola, la mejor reseña de nuestra deplorable historia diplomática, le planteaba a Pellegrini este dilema: ¿cómo se compaginaba su oposición al gobierno en su mala política interna, con la aprobación de su mala política internacional?:

> "Esto no es posible —agrega Gómez—. Si la opinión estuviera tan enervada que consintiera en los pactos, no veo esperanza razonable de que tuviera energía para oponerse a errores menos trascendentales. Pero, si perseverando en su movimiento contra aquéllos, persuadida como está de que son malos, se recibiese el agravio de su sanción definitiva, entonces sí que se levantará airada y que sabrá impedir que en adelante gobiernen al país hombres semejantes a los que ahora infligen tamaña injuria a la soberanía. Defender los pactos, tratar de persuadir a la opinión de que son buenos, no es otra cosa que conspirar contra el renacimiento que usted anhela."

Escaneado con CamScanner

La opinión consintió los pactos, como no había consentido la unificación de la deuda. Y llegado al gobierno, Gómez pudo ver por su cuenta que las mejoras de forma consolaban al país de su estancamiento de fondo. Ni la diplomacia ni la conducción económica sufrieron la menor modificación en la presidencia de Sáenz Peña en comparación con la de Figueroa Alcorta. Y lo que nos atrevemos a llamar estancamiento, podía tal vez considerarse entonces progreso, pues exportábamos por valor de quinientos millones de pesos oro, veinte veces más que Venezuela, que hoy se aproxima a esa suma, el doble que Cuba, Méjico y Brasil, que tanto nos aventajan ahora. Como importábamos la mitad de lo que exportábamos, la balanza de comercio nos permitía afrontar el crónico desequilibrio de nuestra balanza de pagos, fruto de la enajenación de las fuentes de riqueza nacionales. Esto era apenas entrevisto por los más avisados, pero quedaba oculto al mayor número. Y aún aquéllos no habían visto hasta entonces la realidad tal como era. Ni Zeballos, ni Magnasco, ni Rodolfo Moreno padre, ni Drago, ni Pinedo, ni Ignacio Irigoyen, ni Pera, ni Roque Sáenz Peña, ni Indalecio Gómez, ni Aníbal Latino, ni Emilio Civit habían señalado toda la gravedad del problema. Entre todos habían enjuiciado distintos aspectos del funesto resultado que había tenido en nuestro desarrollo el llamado aporte extranjero: elevado costo de las tarifas, sabotaje a la producción nacional, eventual peligro de que la influencia económica se volviera política. Ninguno había puntualizado el mal con la precisión que lo haría un futuro protagonista de la política mundial.

Como suele ocurrir en estas situaciones de estupenda burla, la situación se veía mejor desde afuera que por dentro. Nadie ha descrito mejor esa triste historia que el presidente Wilson en su primer discurso a los representantes de Hispanoamérica en vísperas de la primera guerra mundial:

"Habéis oído hablar", dijo, "de *concesiones* otorgadas a capitalistas extranjeros en la América española. Jamás oiréis hablar de concesiones a capitalistas extranjeros en los Estados Unidos. A ellos no se les otorgan aquí concesiones: lo que se hace es invitarles a invertir su capital. El trabajo es nuestro, si bien le damos una franca acogida al capital que invierten en él. Nosotros no les pedimos que suministren el capital y hagan el trabajo. Es una invitación, no un privilegio; y las naciones que, en virtud de estar fuera del campo principal

Escaneado con CamScanner

de las empresas y actividades modernas, se ven obligadas a otorgar esas concesiones, están expuestas a que los capitalistas extranjeros dominen acaso en sus asuntos domésticos: una condición nacional que siempre es peligrosa y que puede llegar a ser intolerable. Lo que esas naciones van a ver ahora, por consiguiente, es su liberación del tutelaje ejercitado por las empresas extranjeras —que se hizo inevitable— y la posesión perfecta del noble carácter que una y otra vez han demostrado, a despecho de esas dificultades. La dignidad, el valor, la ecuanimidad, el decoro de los países hispanoamericanos; los progresos que han realizado *a pesar de estas adversas circunstancias*, merecen seguramente la admiración del mundo. En materia de empréstitos han tenido que someterse a condiciones mucho más gravosas que cualquiera otro país de la tierra. El interés que se les ha exigido no se le ha impuesto a ningún otro, dando como razón que el riesgo que se corre con ellos es más grande. Por otra parte, las garantías obtenidas destruían toda probabilidad de riesgo —¡admirable sistema para aquellos que estipulan las condiciones! Nada me regocija tanto como el pensar que esos países se han de librar bien pronto de tales condiciones; y deberíamos nosotros ser los primeros en tomar parte en ayudarles en esta emancipación." (*Mensajes y discursos*, Appleton, N. York-Londres, 1919.)

Wilson creía que los componentes de su auditorio "se daban cuenta cabal" del problema. Si era así, no lo decían. Faltaba aún para que los argentinos más esclarecidos adquiriesen plena conciencia del cáncer que amenazaba la aparente prosperidad nacional.

Escaneado con CamScanner

XIII

VICTORINO DE LA PLAZA DEDUCE DE LA EXPERIENCIA BELICA TODO UN PROGRAMA NACIONALISTA

La muerte de Roque Sáenz Peña cerró la carrera política de Gómez e hizo pasar a primer plano (que el ministro del Interior había ocupado durante la enfermedad de su jefe y amigo) al vicepresidente en ejercicio efectivo de la presidencia de la República.

Salteño, educado en el Colegio del Uruguay, compañero de Roca en sus aulas, Victorino de la Plaza había sido brillante colaborador del caudillo en su primer período de gobierno en la cartera de Hacienda. Al producirse la ruptura entre Roca y Pellegrini, ¿por qué se apartó de su ex condiscípulo? Sin estar seguro de nada, me permito suponer que se debió a una grave disidencia sobre el problema monetario entre el presidente y el ministro. A Plaza le había tocado la desagradable misión de refrendar los decretos sobre la inconversión de la moneda en 1885. Con gran previsión, la medida disponía la inmovilización en los bancos del encaje metálico, que era superior al 40 % del circulante: veintiún millones de oro sellado por cincuenta y ocho de pesos papel. No tardaron en llover solicitudes de los banqueros, para que les permitiesen movilizar sus reservas metálicas. En el primer momento, el presidente se había mostrado firme. Pero al arreciar las protestas, cedió, abandonando a su ministro, quien debió renunciar, a la vez que el oro emigraba del país hasta desaparecer del todo. Al ver repetirse el caso con Magnasco, Berduc y Pellegrini, don Victorino tenía derecho a pensar que Roca era arena, en la que no se podía edificar nada sólido. Desde entonces quedó entre los adversarios del caudillo, en el partido oficialista. Mas siempre influyente y siempre aspirante. A cada renovación pre-

Escaneado con CamScanner

sidencial, los caricaturistas lo presentaban entre los candidateables. Ministro de Relaciones Exteriores en las postrimerías de Figueroa Alcorta, los entendidos le atribuyeron una influencia decisiva en el amaño de la fórmula en que apareció como vice.

Si tales versiones eran exactas, su ambición quedó justificada por la sensatez con que cumplió su tarea de gobierno.

A Victorino de la Plaza le tocó una situación difícil, pero resultó el hombre del momento. Más que el vuelo de la imaginación o el brillo de las ideas, se necesitaba entonces el prudente que ajustara su conducta a las necesidades de la situación, y que sin carecer de flexibilidad para reaccionar ante las novedades presentadas por las circunstancias, no se dejara llevar por las tentaciones del arbitrismo, siempre fértil en épocas de crisis. Para mejor explicarnos el acierto con que enfrentó la experiencia de la guerra, a medida que ésta afectaba al país en los tres años de su presidencia, variando el enfoque según los resultados de esa evolución, convendrá citar una página suya de años anteriores, reveladora de su matizado criterio sobre los problemas de gobierno. En los primeros meses de la presidencia Quintana, se atribuyó a su canciller Carlos Rodríguez Larreta el propósito de denunciar el tratado de 1854 con los Estados Unidos. Entrevistado por "La Prensa", su respuesta apareció en las ediciones del 8 y 9 de diciembre de 1904. Luego de trastear el asunto por todos lados, se dijo en principio partidario, como los mejores de su generación, de revisar todos aquellos tratados de comercio por los que habíamos otorgado sin reciprocidad la cláusula de la nación más favorecida, para recuperar la libertad de negociación comercial que nos habían hecho perder, con la mira de estrechar vínculos con los países hermanos y vecinos. Sostenía la capacidad que teníamos en derecho para denunciarlos; pero aconsejaba examinar con extremo cuidado el pro y el contra de casa caso, y no se mostraba muy inclinado a favor del proyecto en debate. Pero lo que interesa aquí es conocer su conclusión: "La imparcialidad y desprendimiento de espíritu preconcebido con que he tratado de exponer los puntos en cuestión —decía— demuestran que no procedo como afiliado a un *orden* de ideas enteramente favorable, o enteramente hostil al mantenimiento o exclusión de la cláusula en los tratados. Pienso por mi parte, que como cuestión de interés y altas conveniencias y no de sentimentalismo ni de entusiasmo, debe abandonarse el terreno de las teorías abstractas, y juzgar económicamente cada caso según su mérito, y políticamente según las ventajas que se tengan en vista."

Escaneado con CamScanner

La sensatez era tan grande como la de Sáenz Peña en su discurso programa.

En lo que había constituido la obra positiva de su compañero de fórmula, el problema electoral, Plaza completó su acción. Pero en el manejo de los intereses materiales, las circunstancias le dieron en seguida oportunidad de individualizar su gobierno respecto de su antecesor. En 1914, cuando el vice en ejercicio del poder ejecutivo, por enfermedad del presidente titular, debió dar cuenta al congreso de la tarea anual, ya se había insinuado una crisis económica, anterior a la más grave que provocaría el estallido de la conflagración europea. El intercambio con el exterior acusó una sensible disminución, de un 25 % en comparación con 1913. Aumentaron las importaciones libres de derechos, mientras disminuían las gravadas con impuestos, lo que hizo bajar la recaudación fiscal, entonces basada principalmente en el producido de la Aduana. El mercado financiero interno mostró síntomas parecidos: restricción del crédito, baja de los cambios exteriores, extracción de oro de la Caja de Conversión, y consiguiente reducción del circulante, con general menoscabo de las transacciones. En natural respuesta a las dificultades fiscales el gobierno redujo sus gastos en proporción con la disminución de sus recursos. La caída del circulante, que no llegaba al 10 % del monto de la emisión, no le pareció afectar las necesidades de giro de la empresa nacional. Luego de hacer un balance entre el pasivo y el activo, dijo con orgullo: "no se registra caso alguno en que un pueblo al que se le supone abatido por los rigores de una crisis, se haya encontrado en plena posesión de tales elementos de riqueza". Aludiendo a las famosas palabras de Avellaneda sobre otra crisis, agregó: "Las cosas han cambiado hoy en proporciones considerables; y el poder de recursos, de riqueza y de laboriosidad argentinos, son apreciados y proclamados por la opinión mundial. Cuestión es, pues, que el pueblo sienta latir sus propias fuerzas y en ellas encontrará su reparación."

Dos notas previsoras apuntan en el mensaje de 1914, que explicarán futuros desarrollos en los de 1915 y 1916. El abastecimiento de la escuadra con el combustible nacional, " a cubierto de contingencias que, en determinadas ocasiones, podrían comprometer la capacidad defensiva y ofensiva de nuestra fuerza naval". Y la apertura de nuevas salidas para la carne argentina, "en competencia con el viejo mercado de Inglaterra".

La guerra de 1914 agravó en un primer momento la situación de

Escaneado con CamScanner

crisis atravesada por la Argentina antes del estallido. Los conflictos se encadenaban unos con otros, envolviendo la fortuna pública como la privada. Conmoviéronse las industrias, las empresas, y las fortunas más sólidas. El crédito suspendióse casi por completo. La abundancia había provocado el abuso; su corte repentino, provocó pánico. Antes de la crisis que precedió a la guerra, el encaje metálico había llegado a la cifra más alta en el país: casi 267 millones de pesos oro sellado. Para el 30 de abril de 1914, se habían retirado más de 35 millones, reduciéndose la circulación de billetes en 78 millones de pesos papel. En los tres meses siguientes, del 1º de mayo al 1º de agosto, se retiraron otros 37 millones y medio de pesos oro, y el circulante bajó a poco más de 700 millones de pesos papel. Para evitar una corrida a los bancos y a la Caja de Conversión, el Poder Ejecutivo presentó sus proyectos de emergencia, suspendiendo la convertibilidad y disponiendo una moratoria, autorizando a los bancos a no pagar más del 20 % de los depósitos exigibles. Entretanto, los arbitristas ya habían empezado a pregonar el emisionismo, tan conocido en el país como solución de emergencia. Mas el Poder Ejecutivo, de acuerdo con el Legislativo, no cedió a la corriente, negándose a la emisión en descubierto que pedía parte de la opinión. En cambio, por medio del redescuento se autorizó a los bancos a descontar documentos comerciales, que llevados a la Caja por el Banco de la Nación, serían canjeados por billetes emitidos al efecto para cubrir su monto. El tope fijado a esa emisión fue de 1.250 millones de pesos papel, o sea 550 millones más que el circulante de 700 millones existente al 1 de agosto de 1914. Estas medidas atajaron el pánico. El promedio de billetes emitidos no pasó de 32 millones mensuales. Y el 1º de mayo de 1915, el Presidente anunciaba que no había sido necesario alcanzar el tope autorizado al redescuento por la ley.

Entretanto el bloqueo inglés y el contrabloqueo alemán habían cortado el tráfico marítimo del oro. Imposible vender nuestros frutos al exterior, si queríamos cobrarlos en metálico, como era entonces usual para las transacicones internacionales. Una ley del Congreso autorizó a recibir oro en las legaciones argentinas, para entregar aquí a los productores las sumas equivalentes en moneda nacional. Esa situación causó temor e intranquilidad, tal era en el mundo de aquel momento la costumbre de cobrar en metálico la venta de la riqueza nacional. No faltaron quienes aconsejaran dejar librado al ingenio de los intermediarios internacionales, el azaroso envío del

oro, que en parte habría ido al fondo del mar. Con aquella medida, el encaje metálico pasó de 225 millones a casi 294. Por sobre todas esas medidas acometió un plan de economías, que tuvieron importantísima influencia en la solución. Pero el Presidente no tardó en ver que el vigor nacional hacía frente a la nueva situación creada por la guerra. La falta de importaciones, provocaba la aparición de sucedáneos producidos en el país. " El momento económico —dijo— ha caracterizado singularmente la imperiosa exigencia de industrias propias, la voluntad de arraigarlas, y lo que es más simpático y halagador, la marcada decisión del elemento nativo para contraerse a la labor y a la acción industrial, abandonando ese comercio fácil e inestable de la especulación sobre la tierra y el papel". Consideró deber del Estado alentar ese movimiento para arraigar "en el país esos enormes capitales que anualmente pagamos al extranjero por la transformación de las materias primas que debemos utilizar", y anunció para antes de poco la radicación de industrias con fomento oficial por setenta millones de pesos, que hoy serían más de diez mil millones. Con el mismo espíritu, aunque lamentando la falta de recursos para aumentar la producción de petróleo, se felicitaba de que la "magna empresa" de Comodoro Rivadavia, como la llamaba, fuese obra de ingenieros argentinos. Renacido el público bienestar "con mayor rapidez de lo que cabía esperar", señalaba "cómo se opera el enriquecimiento de los pueblos por medio de sus industrias y de su energía", a diferencia de situaciones anteriores en que el auge había resultado de "operaciones de crédito, o de importación de capitales en busca de colocación". "El hecho real y positivo —decía— es que todo el enriquecimiento proviene de la producción", y como la producción era del pueblo, a éste pertenecía la riqueza, mientras la baja de la renta fiscal volvía pobre al gobierno. Esta antítesis de gobierno pobre en un país rico, lo mueve a plantear el problema del sistema rentístico creado por los fundadores de la Constitución, y lo declaró bueno y respetable. Por nada seguiría los consejos de quienes proponían gravar la exportación. Prefirió las economías estatales, que ya habían dado fruto. La prosperidad se recobraba por las privaciones que el pueblo se había impuesto, "por su honestidad, por sus esfuerzos, su trabajo, su industria y su energía".

Hasta aquí Plaza no había hecho más que entrever algunas novedades aportadas por la guerra, pero su último mensaje, el de 1916, es todo un programa nacionalista. Desde el comienzo afirma la con-

Escaneado con CamScanner

fianza del país en sus propias fuerzas, para enfrentar la necesidad de valernos de nuestros recursos, impuesta por el conflicto bélico. La recuperación financiera, lejos de inducirlo a aumentar los gastos, lo movió a reducirlos. El dinero disponible en el interior, y en el exterior, era abundante; los títulos nacionales se cotizaban en las plazas extranjeras por arriba de los emitidos por las grandes potencias; la recaudación aduanera mejoraba; la garantía metálica del papel sobrepasó el 73 %; los depósitos bancarios y en caja de ahorro aumentaban, siendo argentinos el 80 % de los ahorristas. Pero el gobierno rebajaba los impuestos y seguía haciendo economías. En orientación que Plaza dice anterior a la conflagración europea, el país tendía a utilizar su propia materia prima y la mano de obra nacional. El Presidente se felicitaba de que en el Instituto Bacteriológico inaugurado hacía poco, en los arsenales de guerra y marina, en Comodoro Rivadavia, se produjesen artículos que antes se importaban: "no está lejos el día —afirmaba— que podamos independizarnos de los elementos que aún debemos pedir a la industria extranjera. Los beneficios de esta industrialización son incalculables, pues no sólo gana la economía nacional, sino que llegaremos a producir los materiales necesarios a la defensa nacional". Atribuía el mejoramiento de las relaciones laborales al despertar industrial. Y en su pensamiento, el incesante progreso de la explotación petrolífera se destinaba a asegurar el porvenir industrial del país, sobre la base de combustible propio suficiente. Al mencionar las enormes cantidades de dinero existentes en depósitos bancarios, lamentaba que los propietarios particulares prestasen con parsimonia y cobrasen alto interés, lo que conspiraba contra el desarrollo; y que los depositantes no mostrasen mayor conciencia inversora para promover las empresas que solicitaban del gobierno.

Escaneado con CamScanner

XIV

LA VOLUNTAD DE LOS HOMBRES Y LA CIRCUNSTANCIA HISTORICA

Antes de proseguir con este balance de siglo y medio, para completar el examen de la única época en que el país capitalizó los frutos de su trabajo, disfrutó de verdadera prosperidad, realizó un sincero esfuerzo por adecuar el espíritu con la letra de las instituciones, y mostró un optimismo hasta entonces utópico y basado en meras teorías, pero en adelante abonado por la práctica (y hoy desaparecido), queremos averiguar en qué medida aquellos resultados positivos se debían a la voluntad de los hombres, y en qué medida a la circunstancia histórica —factores que siempre integran el juicio acerca de cada etapa en la evolución de los pueblos y de la humanidad en general. Así estaremos en condiciones de apreciar con precisión el valor de los panegíricos o las diatribas de que ha sido objeto, fruto de la ignorancia o el falseamiento de los hechos, y de las pasiones banderizas encontradas.

El período que examinamos, nos da el primer indicio de la superficialidad que ofrecen las contrapuestas apreciaciones formuladas por la polémica partidaria. De hecho, la edad de oro argentina —no por supuesto del punto de vista del heroísmo, que siempre será la gesta de la emancipación, sino del adelanto material— abarca alrededor de un cuarto de siglo largo, desde mediados de la segunda presidencia de Roca hasta las postrimerías de la presidencia de Alvear. Ese lapso comprende el final de la preponderancia de Roca, el hombre en quien los radicales personificaban lo que llamaban el "régimen falaz y descreído"; el encumbramiento de la generación que preparó y llevó a cabo la reforma electoral, y que al ser derrotada en 1916, resultó un grupo de transición; y la instalación al frente

del país de los dos mandatarios más genuinamente surgidos de la operación regular del régimen teóricamente representativo que nos rige. Esa continuidad de una economía en ascenso, a través de las vicisitudes provocadas por el cambio aludido, muestra la parte que en el proceso se debía a la evolución nacional, más que a los factores individuales aportados por cada personalidad dirigente.

El examen bastante detenido de algunos hombres responsables de la etapa intermedia, nos muestra en ellos elementos dignos de estudio y reflexión, susceptibles de ilustrarnos sobre el pasado y orientarnos hacia el porvenir. Es cierto que tal vez actuaron en la circunstancia histórica más feliz para la Argentina, cuando en un mundo armónico la realidad parecía a punto de confundirse con la utopía; cuando la paz universal — a despecho de incidentes bélicos marginales— y el intercambio entre las naciones espejeaban a los ojos de la humanidad esperanzada como la meta de la evolución histórica; cuando el pujante desarrollo de las grandes potencias les daba tan sincero deseo de incorporar a su prosperidad los países jóvenes, como voluntad de aprovechar al máximo las ventajas de su preponderancia entre todos los pueblos del mundo. Entre las conferencias de La Haya y el estallido de la primera guerra mundial del siglo XX, tres lustros excepcionales en la historia de la humanidad ofrecieron a unos hombres que merecen figurar entre los mejores argentinos, la ocasión de ambicionar el perfeccionamiento de las instituciones, y de iniciar la acción que de ellos dependía. Aprovecharon la oportunidad hasta donde les era asequible, y las enseñanzas que dejaron son algunas de las más fecundas que existen en el acervo nacional, y tienen vigencia aún en nuestros días. La verdad es que si su pensamiento no nos legó un sistema bien elaborado acerca del interés nacional, esto se debió más al utopismo mundial ambiente y a los errores de la propia tradición (que ellos veneraban, aunque tratando de superarla), que a falta de inteligencia, pues todos la tenían clara y robusta, y en algunos llegaba al verdadero talento.

Tal vez parezca desproporcionado el espacio que dedicamos a Victorino de la Plaza, el menos brillante de todos. Pero ocurre que su gobierno señala un final de régimen, y permite establecer un contraste con el nuevo que había de sucederle. Así mismo, sus remotos antecedentes, su larga actuación, su especial competencia en materia económica y financiera, su prudencia de anciano y su juvenil frescura de espíritu para reaccionar como era debido ante la inesperada situación de la guerra, permiten atribuirle una influen-

Escaneado con CamScanner

cia decisiva en los episodios del cambio que presidió en su etapa final, y explican la fecundidad de las conclusiones a que llegó en el momento de registrar su acción de gobernante.

Con todo el mérito que le reconocemos, debemos decir que Plaza no se había despojado en un todo del hombre viejo de su tradición y de su partido. Al comentar en su último mensaje el exceso de numerario existente en el país, apuntó a una "combinación sobre retiro de títulos de la deuda pública nacional" como posible solución del problema monetario; pero en seguida se retrajo, agregando que eso le parecía poco factible porque decía "problemático que a la nación le *convenga o se encuentre en condiciones* de retirar deuda". Expresión enigmática, que no sabemos si interpretar como fidelidad a la tesis rivadaviana sobre la utilidad de endeudarse, o como temor de contrariar la voluntad de nuestros acreedores extranjeros, de mantenernos endeudados.

Escaneado con CamScanner

XV

UN RADICAL BERNARDISTA, JOSE BIANCO, PLANTEA EL PROBLEMA DEL BALANCE DE PAGOS

Como quiera, aquella generación que estuvo a la cabeza del país en la primera mitad de su *belle époque*, que implantó la reforma electoral, que señaló con agudeza graves errores del pasado y manifestó su voluntad de repararlos, no introdujo ningún cambio fundamental en las líneas generales de la conducción nacional. Peor aún, no llegó a tener conciencia mucho más clara que las anteriores de la verdadera situación del país. Tenía que aparecer un hombre de otra procedencia, un argentino de primera generación, militante radical, ex secretario de don Bernardo de Irigoyen, para que la comprensión del problema crucial de la economía y las finanzas nacionales (y por ende de toda su vida política) diera un paso adelante. El joven José Bianco, nacido en Córdoba el 9 de julio de 1870, "en humilde hogar de padres italianos", según su biógrafo anónimo (*Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, nos. 73-76, 1937-1938), figuró entre los fundadores de la Unión Cívica del 90, fue amigo de Alem, polemizó vigorosamente a favor de su partido en 1893, y al enfrentarse la intransigencia de Hipólito Yrigoyen con "las paralelas" de don Bernardo, siguió a éste en su gobernación de Buenos Aires, quedando en adelante en los cuadros del régimen como alto funcionario de carrera. Recibido de maestro, luego de profesor de historia, y por fin de abogado, es nombrado sucesivamente catedrático, inspector general de Justicia y director del Registro de la Propiedad (cargo que aprovechó para estudiar a fondo la situación económica del país), para jubilarse como defensor de menores.

No es aventurado suponer que su colaboración con don Bernardo, como secretario, y con Adolfo Saldías, como redactor de *El Argentino*, que el historiador de la Confederación fundó y dirigió

Escaneado con CamScanner

en los primeros años del radicalismo, abrió los ojos del joven Bianco sobre la historia nacional, dándole luces que sus solos estudios no le habrían proporcionado. Así fue como en un folleto de 1903, sobre la "misión de don Bernardo de Irigoyen a las provincias en 1852", Bianco esbozó vigorosa revisión del período dictatorial, previa queja contra el inveterado hábito intelectual de dividir a los argentinos en réprobos y elegidos. Declarándose emancipado de los odios basados en los prejuicios, trazó esta silueta de Rosas:

> "Cuando la anarquía había agotado todas las fuerzas sociales y la inseguridad, en todas sus manifestaciones, era la característica dominante de la época, aparece Rosas como un elemento moderador. Para muchos su nombre todavía significa usurpación, ferocidad, astucia, tiranía: para nosotros encarna el fanatismo de los espíritus fuertes.
>
> "Tenía Rosas la contextura de los hombres superiores que se imponen y triunfan por el vigor de su talento, la claridad de sus vistas, la firmeza de su carácter y las sinceras convicciones que profesan. Administrador severo y escrupuloso, político sagaz y absorbente, no admitía la contradicción ideológica ni el fracaso de sus teorías, cuando los hechos no se ajustaban a su cartabón doctrinario. Durante veinte años encauzó, con mano férrea, las tendencias autonómicas de la vida nacional, para modelar la unidad orgánica de la República. Hizo respetar el principio de autoridad, manteniéndose inflexible, hasta la injusticia, en sus resoluciones. Llegó hasta el crimen, sin remordimientos, para salvar al país de los furores de la anarquía. Mientras rigió los destinos de la nación, las insignias de la patria fueron saludadas por las potencias europeas como el símbolo de la independencia americana."

Hagamos a un lado los dos epítetos, *injusticia y crimen*, que se deslizan en esa página, aullando de verse juntos con los juicios de valor a que van acoplados. El fondo, lo único que nos interesa, revela un pensamiento revolucionario para su época, que asombrará menos cuando conozcamos su enjuiciamiento de la realidad que tenía a la vista expresado en su libro sobre *La crisis, nacionalización del capital extranjero*. Bianco es uno de los pocos economistas criollos que sabe observar los hechos vivientes, las costumbres de los habitantes, nativos o de adopción, sin las anteojeras de teorías ex-

Escaneado con CamScanner

trañas. Por añadidura, la compulsa de noventa mil títulos de propiedad le aclara mejor el panorama económico argentino. Para no dar sino un ejemplo sobre la agudeza de sus observaciones, citaré ésta: que el ahorrista europeo acumula dinero, mientras el ahorrista argentino (incluso el inmigrante llegado de la misma Europa, pero sin ánimo de retorno) adquiere propiedad raíz; a lo que agrega que si bien el segundo pierde en los primeros años los réditos que el primero gana, a la vuelta de una década "cubre con exceso la pérdida de los intereses, cuyo quantum no es posible precisar".

Pero no son las teorías particulares de que está lleno su libro lo que nos interesa aquí, sino su tesis sobre "el déficit permanente de nuestra balanza de pagos", que nadie hasta entonces había señalado como él.

> "El capital extranjero —dice— llega al país, escudado por la ley y la fe pública. La estabilidad social, fundamentada por las garantías constitucionales, precisan este concepto. Como nación organizada, se deben mantener los derechos adquiridos. Si fue empleado como capital lucrativo, aceptó esta situación caracterizado por las propias modalidades. El país no se ha preocupado de nacionalizar ese capital, incorporándolo a la riqueza individual y colectiva, o por lo menos transformándolo de lucrativo en productivo. Con las perspectivas de ilusiones engañosas, bosquejadas por la facilidad en los negocios, como realidad concreta, facilitó el país la intervención del capital extranjero en una de las modalidades menos eficaces para la riqueza pública y privada. ...Los intereses del capital extranjero están perfectamente garantizados, sobre todo y especialmente en su faz lucrativa. Ésta es la realidad. Y ésta es también la situación que la crisis exhibe en uno de sus rasgos más salientes...
>
> "Éste es el grave mal que aqueja a la econocía del país. Por esto la crisis es permanente, cualesquiera que sean las facilidades —manteniendo siempre las exigencias de los contratos bilaterales— que se proporcione al país, para que pueda, en apariencia, soportar con mayor holgura *el gravamen del capital extranjero.*"

Desde los tiempos de Mariano Fragueiro no se escuchaban conceptos tan claros y precisos acerca de la economía nacional. Bianco

Escaneado con CamScanner

enumera así mismo los corolarios de esa tesis: la falta de marina mercante propia, que hace pesar sobre la producción un interés del 15 % al ser exportada, la cuantía de la deuda pública, las numerosas comisiones de los distintos intermediarios, que "monopolizan, en su enorme mayoría, el significado real de la energía productiva de la República"; intermediarios que ganan "sin riesgo las comisiones que se cobran diluidas entre las diferentes entidades que intervienen"; todo lo cual permite contemplar el contraste entre "el productor empobrecido y la abundancia pletórica de las cosechas anuales"; con el resultado de que "no hemos alcanzado, al determinar nuestra política económica, la independencia que surge cuando un país elabora y consume sus propios recursos". Pero el mayor adelanto que Bianco procuró al conocimiento de la realidad económica argentina, fue el balance de pagos que trazó, sobre la base de las estadísticas de 1915, que no podemos menos que transcribir:

Balance de pagos. Año 1915

DEBE

Importación	$ c/l.	515.665.302.27
15 % correspondiente a aforo sobre la importación	„	77.349.998.86
Deuda pública consolidada de la Nación y Municipalidad de la Capital Federal, según planilla Nº 5, $ 1.812.232.020.68 c/l. Interés al 6 %	„	106.733.921.24
Deuda pública flotante calculada según planilla anterior, en $ 389.265.554.08 c/l. Interés al 8 % anual	„	23.355.933.24
Capital industrial $ 4.045.454.545.45 c/l. Interés al 8 % anual	„	323.636.363.64
Capital hipotecario $ 2.391.479.372.80 c/l. Interés al 8 % anual	„	191.318.349.82
Capital bancario $ 269.431.656.63 c/l. Interés al 8 % anual	„	21.554.532.53
Ahorro exportado	„	45.454.545.45
Turistas argentinos	„	20.000.000.00
Transporte marítimo	„	327.130.993.25
Total	$ c/l.	1.654.199.940.30

Escaneado con CamScanner

HABER

Exportación	$ c/l.	1.268.819.643.18		
15 % intervención de comisionistas ...	„	190.322.946.48	$ c/l.	1.078.496.696.70
		Saldo deudor	$ c/l.	575.703.243.60

A lo que sé, es la primera vez que se plantea en el país el problema del balance de pagos, siempre deficitario, por encima del permanente superávit que arrojaba el balance del comercio exterior. Bianco no discute aún el origen de la hipoteca que el capital extranjero, principalmente británico, tenía sobre la riqueza nacional. Da por efectivamente ingresado aquel capital, que ahora sabemos no fue en su mayoría sino trabajo nacional contabilizado a nombre de empresas extranjeras, o traspaso de fuentes de riqueza, creadas por los argentinos viejos o nuevos, a manos extranjeras, por coimas para los gobernantes. Pero el mal queda señalado.

La crisis de José Bianco acabó de imprimirse el 15 de setiembre de 1916, según resulta de su colofón. Antes del mes, Hipólito Yrigoyen asumía el mando como presidente de la República.

Escaneado con CamScanner

XVI

LUCES Y SOMBRAS DE DOS GOBIERNOS BORRASCOSOS

El asombro experimentado por la opinión culta del país ante el triunfo, al parecer sorpresivo e inesperado, de aquel hombre que detonaba con sus "patéticas miserabilidades", sus "nítidas probidades", sus "piquetas de mis empujes", etc., etc., no se disipó hasta después de su muerte, cuando los primeros intentos de exégesis historiográfica (Gálvez, Del Mazo y tantos otros) revelaron la trayectoria inicial del gran caudillo. Entonces diose en un extremo opuesto, el de elevar a la categoría de mito intangible la intransigencia empleada por el caudillo como segura escalera para subir al mando supremo. Yo mismo, al comentar la gran biografía escrita por don Manuel Gálvez, discutí su paralelo entre el acuerdismo de Mitre y la intransigencia de Yrigoyen, en el que establecía un contraste inaceptable: a saber que el primero era civilizado, y la segunda bella y viril. Pero no lo hacía para pronunciarme sobre el caso, sino para restablecer la exactitud de los hechos, y aclarar las categorías del juicio. Pues no era del todo verdad que Mitre hubiese sido siempre acuerdista, e Yrigoyen siempre intransigente, desde que el primero se pasó la mayor parte de su vida haciendo oposición con las armas en la mano, y el segundo mostró en el gobierno una longanimidad, un espíritu conciliador que su intransigencia supuestamente fanática y apriorística no permitía explicar. Ni la intransigencia o el espíritu conciliador se pueden apreciar en política sino de acuerdo a las circunstancias y al fin que se persigue.

No hay duda de que el "gran Rifiuto" opuesto al régimen por Yrigoyen apela a todo catador de grandes personalidades, como una de las acciones argentinas mejor logradas. Porque aquel régimen era intrínsecamente malo, estaba cimentado en una apostasía nacional,

Escaneado con CamScanner

y era una Sodoma que necesitaba un justo cuyas denuncias eran lo único que podía salvarlo. Por otro lado, la parábola entre el objetivo, concebido en la remota juventud, y la tardía ejecución alcanzada en una madurez algo excesiva, establecía esa conexión entre la previsión a largo plazo y lo hacedero, que define más que nada al verdadero político.

Pero, ¿no habría que preguntarse, ante lo incompleto de los resultados que tuvo su experimento, si aquella intransigencia no fue un despilfarro inútil de capacidades como la de Alem, y todo el grupo que lo rodeaba, por ejemplo? Como prueba de habilidad personal para prevalecer sobre sus rivales en la puja por el poder, toda su carrera, hasta la asunción del mando, es de gran caudillo. Pero aquella intransigencia tan radical, desdeñosa de los sacrificios que costaba, ¿no parece algo estéril si la miramos a la luz de las frustraciones impuestas al objetivo revolucionario por el acceso legal al poder? Ya es de consenso público que la oposición de Yrigoyen a concurrir al comicio (oposición irreductiblemente sostenida hasta la víspera misma de la elección que le daría el triunfo), se basaba en una justa apreciación de los obstáculos que una llegada a la presidencia por las vías legales opondría a sus objetivos revolucionarios. Pero, ¿no era excesiva jactancia suya creer que su capacidad personal y la de su equipo gubernamental le habrían permitido realizar una revolución, para conquistar el poder y fundar un nuevo régimen, con más facilidad y mayor eficiencia que la demostrada al tener que transigir con el antiguo?

Como quiera (y esto es revelación reciente), Yrigoyen se exhibió entre su iniciación política y su asunción del mando como uno de los más hábiles caudillos criollos, por otra parte nada raros en el país de los Rosas, de los Mitre, de los Sarmiento, de los Roca. Y digo que la revelación es reciente, porque hasta el *Yrigoyen* de don Ricardo Caballero, nadie había sabido explicar racionalmente el extraño fenómeno de que un hombre de manifestaciones tan incongruentes como eran sus expresiones habituales, hubiese prevalecido sobre un grupo dirigente de formación regular. En efecto, el veterano político santafesino hizo ver, digamos que hizo tocar con la mano, el mérito del caudillo en lo que era de su esfera específica. A saber, que en la dirección del partido, para trazar planes revolucionarios y ejecutarlos o para guiar a sus correligionarios en la negociación con Sáenz Peña sobre el sufragio limpio y la concurrencia a los comicios, Yrigoyen indicaba el paso a dar, la palabra a decir, el

Escaneado con CamScanner

expediente oportuno, cuando todos los otros estaban desorientados. Su jefatura no fue así ningún misterioso arcano, ni pudo deberse exclusivamente a las maniobras tortuosas que le atribuyen sus recalcitrantes adversarios. Resultó sin duda, como siempre sucede en todas las asociaciones naturales de los hombres, de que algunos ven las soluciones convenientes, y la mayoría los sigue por el más elemental interés bien entendido. Y porque como decía el doctor Johnson, "hay un placer recíproco en gobernar y ser gobernado", cuando la conducción acatada se traduce en ventajas indudables, que siempre son mayores para los que siguen que para el jefe, cuando éste es digno del nombre. El beneficio resultante de un éxito colectivo, que para la masa dirigida es sin mezcla, puede no compensar para el conductor, ante la confusa maraña de lo contingente, la agonía de transformar lo posible en acto, so pena de perderse junto con los que tiene misión de guiar.

Como jefe de partido, Yrigoyen puede soportar cualquier paralelo entre los primeros caudillos. Es difícil admitir que como gobernante se mantuvo a la misma altura.

El estreno de Yrigoyen en 1916 sorprendió a sus partidarios, por lo que llamaron sus timideces; y a sus opositores, por lo que llamaron sus excesos. Por su tendencia era gobierno revolucionario, pese al modo regular de su instalación, de modo que estaban más justificadas las reprimidas lamentaciones de los primeros, que las quejas de los segundos. Antes de intentar un balance de su obra gubernativa, digamos que advirtióse en su actuación falta de plan de conjunto, e improvisación en el elenco gubernativo, lo que contrasta con movimientos similares surgidos poco después en otros países, donde caudillos de larga acción revolucionaria asumieron el gobierno con planes de vastos alcances, equipos administrativos previamente entrenados, y la mayor osadía para acometer la realización de los programas sostenidos en la oposición. Cierto es que entonces la planificación no estaba en boga, sino que llegó como resultado de estas revoluciones, pero la diferencia de fechas no es tan grande para que no nos preguntemos, ¿por qué no se inició aquí una acción de esa especie?

La respuesta no me parece difícil. Y se basa en razones que explican el relativo fracaso y el relativo éxito del caudillo argentino. Durante los años en que éste se formó, y hasta su llegada al poder, el país atravesaba un período de estancamiento intelectual como jamás lo había conocido. La lucha de ideas, después de la trágica

Escaneado con CamScanner

polémica, salpicada de sangre, que dividió a federales y unitarios, había cesado por completo en torno al problema político. El pseudofederalismo, el pseudoliberalismo imperantes eran acatados por todos en principio, aunque las facciones disputaban sobre la aplicación. El debate sobre las leyes laicas apenas había rizado la superficie de aquellas aguas quietas. La historia misma comenzó a revisarse entre fines del siglo XIX y principios del XX, sin que el debate afectara la base ideológica del régimen imperante, ni impulsara a los espíritus cuyas tradiciones familiares podían tener interés en rehabilitar el régimen caído en Caseros, a enorgullecerse de sus antepasados. El más ilustre de los que se hallaban en esa posición confesó un día que en aquellos tiempos agradecían a los vencedores que les permitiesen vivir en el seno de la sociedad argentina.

Ahora bien, ninguna gran revolución es posible sin un prolongado y osado desafío intelectual a la organización existente. Sin remontarnos a la Revolución Francesa, y su preparación por los filósofos iluministas, entre nosotros la revolución liberal de mediados del siglo XIX estuvo precedida por la vigorosísima polémica de los literatos emigrados, verdaderos vencedores (mucho más que Urquiza) de Juan Manuel de Rosas. Al punto que los decretos del Director Provisorio tradujeron de inmediato las soluciones propuestas por Florencio Varela, Sarmiento, Alberdi sobre navegación de los ríos, inmigración, régimen del extranjero en el país, exportación de la moneda metálica, etc., etc. Nada semejante en la época precedente al gobierno de Yrigoyen, entre la gestación del Partido Radical y su llegada al poder. Su ideario era el muy vago de una reacción contra la deshonestidad administrativa y el incumplimiento del régimen representativo. Contenía en verdad algunos atisbos sobre urgencias sentidas por un país en desarrollo: temor ante el avance excesivo de la finanza internacional y las enajenaciones de fuentes de riqueza, anhelo de un desarrollo industrial que integrase la unilateral economía agropecuaria, cuyas insuficiencias se experimentaban ya. Pero todo eso se hallaba al estado de nebulosa. Y el país no tenía un equipo intelectual que hubiese expresado con precisión esos problemas, que por lo demás no habían madurado aún.

No es aventurado conjeturar que, de haber sido Yrigoyen un hombre de formación más regular que la que tuvo, no sólo habría fracasado como revolucionario de envergadura, más de lo que en realidad fracasó, sino que ni siquiera habría tenido los conatos que iniciaron un cambio en las cosas nacionales; y que la cultura de

autodidacto fue precisamente lo que dejó su mente abierta a las intuiciones que le permitieron señalar su paso por el gobierno, en contraste con la marcha impresa al país por el régimen que no supo reformar a fondo. Por otra parte, a esa misma improvisación nacional se debió la ausencia de un gran equipo gubernamental capaz de transformar aquellas intuiciones en ideas claras y distintas, y de llevarlas a la práctica. Hagamos a un lado la cuestión de saber si Yrigoyen rehuía o buscaba las capacidades que habrían podido hacerle sombra. Aunque hubiese tenido el más fino discernimiento del mérito ajeno y la mejor voluntad de asociárselo, no lo habría hallado para la tarea revolucionaria implícita en la orientación que un poco a tientas dio a su gobierno. Pero esa falta de capacidades influyó sin duda en el relativo fracaso de su experimento, aun en el terreno que lo destacó entre los políticos argentinos de su tiempo.

Como quiera, lo cierto es que tuvo iniciativas originales y devolvió a la política nacional un tono olvidado desde los tiempos de Rosas. Entre la confusión de los desórdenes obreros, el desquicio de la administración, la subversión de las instituciones, el desborde electoralista y demagógico, la inferiorización del personal dirigente, señaláronse actos felices que en la perspectiva del tiempo quedarían como la parte positiva de su obra, mientras aquellos errores, como negativos, tendían a ser olvidados.

A mediados de su primera presidencia, Yrigoyen dijo en uno de sus mensajes: "Mientras dure su período, el P. E. no enajenará un adarme de las riquezas públicas ni cederá un ápice del dominio absoluto del Estado sobre ellas". Y en efecto, veló por el desarrollo de Y.P.F., impulsó la ampliación de los ferrocarriles del Estado, fomentó algunas industrias nacientes, etc., etc. En otro terreno, más elevado, tuvo la osadía de no creer incompatible la democracia con el respeto de las tradiciones nacionales, y señaló una reacción contra el anticlericalismo de sus antecesores liberales: protegió la enseñanza libre, o sea la de los colegios religiosos, nombró embajador a un prelado de la Curia Metropolitana de Buenos Aires, y se opuso al divorcio, basado en el criterio de que una legislatura ordinaria no podía decidir tan grave materia, de competencia, según arguyó, de poderes constituyentes. Un correligionario suyo en el Congreso proyectó una ley de fomento para los territorios australes, y otro la nacionalización del petróleo. Mantuvo con firmeza la neutralidad contra formidables presiones exteriores, y habló de igual a igual al presidente electo de Norte América, Mr. Hoover; se negó a la farsa de la Socie-

Escaneado con CamScanner

dad de las Naciones y fue el primer neutral que se atrevió a protestar contra la desigualdad de trato impuesta a los vencidos en la primera conflagración mundial del siglo XX.

Con todo, no aprovechó bien aquella brillante oportunidad que una voluntad más esclarecida hubiera utilizado para dar comienzo a un gran desarrollo nacional. En lugar de emplear las ganancias obtenidas por los suministros de guerra (que por lo menos cobró en oro), para repatriar la deuda y recuperar las fuentes de riqueza enajenadas por su predecesores, otorgó liberales créditos a los acreedores del país, que les conservaron las cuantiosas hipotecas a través de las cuales sangraba nuestra economía. No se anticipó a su época, y siguió fomentando el desarrollo ferroviario cuando el automotor ya estaba en auge. Y así de otros defectos que empañaron su actuación aun donde era más defendible.

No diremos que la insuficiencia de su revolución provocó la caída, pues algunos responderán que la motivó su demasía, al querer nacionalizar el petróleo. No se puede ignorar ese factor, que tuvo alguna influencia, pero de atribuirlo sólo a él, caeríamos en el sofisma habitual sobre la impotencia del país para lograr una soberanía plena. Los factores internos fueron mucho más numerosos y de mayor poder que los extraños, los cuales por cierto no faltaron. Sin duda no fue el menor la frustración de una reforma nacional, que la Argentina necesitaba, y el caudillo intuyó pero no supo realizar con la plenitud requerida para que diera beneficios apreciables de inmediato y se transformara en factor de estabilidad.

Escaneado con CamScanner

XVII

LOS ESPLENDORES DE UNA PUESTA DE SOL

La crisis mundial que estalló casi contemporáneamente con la iniciación de la segunda presidencia de Yrigoyen (y fue su sino adverso), era independiente de la crisis argentina, cuya principal causa señalara tan bien José Bianco. La guerra de 1914 a 1918, que fue para Europa occidental el comienzo de la evolución que le haría perder la preponderancia política en el mundo, lejos de afectar nuestra prosperidad, pareció aumentarla. Las dificultades financieras de los últimos años de la presidencia Plaza, no tardaron en desaparecer. Hay quienes dicen que la guerra conjuró una grave crisis. Y no cuesta creerlo, pues el mal señalado en el déficit del balance de pagos, pesaba sobre la expansión nacional. Pero muy luego se vio que los suministros a los aliados arrojaban pingües ganancias. Las desdichas ajenas parecían traducirse en venturas propias. Los presupuestos nacionales aumentaban de año en año, pero también los recursos fiscales. A través del conflicto mundial, del advenimiento del radicalismo al gobierno, y de la sucesión de Yrigoyen por Alvear, y durante casi toda la presidencia de éste, el desarrollo del país siguió una curva ascendente. El progreso nacional incesante parecía justificar el optimismo del Centenario, cuyo sol, entre su cenit y su ocaso, puso varios lustros en llegar a la entrada de la noche cuyo amanecer no se vislumbra. La ciudad alegre y confiada olvidó las advertencias de los prudentes nacionales o extranjeros, que habían señalado los principales defectos de nuestra economía.

Pese al *wilsonismo* que invadió a la Argentina al otro día de la primera guerra mundial, no hicimos caso de la salvadora lección que nos había dedicado en su discurso de Mobila, publicado por Zeballos

en la *Revista de derecho, historia y letras*. Hay calles de algunos pueblos de provincia que aún llevan su nombre, pero el meollo de su enseñanza se perdió para nosotros. Así es nuestra cultura. Nadie más al día que los argentinos en la información cultural, los problemas mundiales y los maestros de moda en el universo. Pero cuando las inteligencias más autorizadas nos dicen las mayores verdades, de nada nos enteramos. Contamos con uno de los mejores expositores del keinesianismo, según dicen. Pero cuando Maynard Keynes escribió en 1919, en sus *Consecuencias económicas de la paz*, que el tributo pagado por la Argentina a Inglaterra en el medio siglo anterior, era de tipo medieval, e incompatible con la naturaleza humana, ¿quién aprovechó el dato? Si fue el citado expositor, ¿no sería para desmentir a Keynes?

En cambio nos dejábamos lisonjear por los huéspedes o visitantes que *n'y voyaient que du bleu*, como dicen los franceses. El escritor vascongado Francisco Grandmontagne, autor de una buena novela de costumbres criollas e ilustrado colaborador de *La Prensa* durante años, publicó en 1928 un folleto bastante considerable sobre el "origen del progreso argentino", titulado *Una gran potencia en esbozo*, fruto de la amistad, más que de la reflexión. Después de su larga residencia en la Argentina, el "indiano" repatriado nos miraba con los ojos del optimismo juvenil. Pero la luz que describía era el último reflejo visible de una estrella decadente. Grandmontagne se hacía gárgaras con las cifras de la estadística, hasta entonces siempre crecientes. La comparación entre los modestísimos comienzos y nuestros días, entre un año y otro, con un gigantesco índice de crecimiento, estaba hecha más que "al pelo": en 1926 exportábamos once millones de toneladas de frutos del país, y en 1927, diecisiete millones; la Caja de Conversión tenía en 1912, doscientos veintitrés millones de pesos oro, y en 1928, quinientos; a fines del siglo XIX Buenos Aires tenía cuatrocientos mil habitantes, y al cuarto de siglo posterior, dos millones. Pero la mayoría de esos datos pertenecían a un proceso detenido (salvo el gigantismo de la urbe), cuya parábola sería a partir de aquel momento descendente. Grandmontagne no advierte el menor síntoma del mal que nos aquejaba: déficit del balance de pagos, superior al superávit del balance de comercio. Es más: alaba el "capitalismo ejemplar" de los ingleses, del que dice que "supo en todo momento coordinar los propios intereses con los permanentes del país". De la traba al desarrollo nacional que él significó, según Magnasco, Pera, Moreno, etc., Grandmontagne no tiene la menor idea.

Escaneado con CamScanner

No es extraño que su trabajo no encierre un solo atisbo de los desengaños venideros.

La presidencia de Alvear acababa cuando Grandmontagne escribía, entre lo que podríamos llamar los esplendores de una puesta de sol, que parece más grande cuando está más cerca de ocultarse bajo la línea del horizonte. Los que vivimos nuestra primera juventud en aquella época sabemos que el lustro de 1922 a 1927 fue tal vez el más brillante de la historia nacional. Nunca el signo monetario argentino se cotizó mejor entre las divisas mundiales. Después de la apertura de la Caja de Conversión, el metálico se ofrecía en los mostradores de las sucursales bancarias de provincia como si, de acuerdo con la ley de Gresham, fuera inferior al papel argentino. Éste era recibido en todo el mundo como la libra o el dólar, cual moneda de valor universal. La euforia que esta situación producía en el ánimo del presidente, se trasluce en uno de sus últimos discursos, al colocar la piedra fundamental del monumento a Nicolás Avellaneda, el 15 de setiembre de 1928. Dijo allí: "En estos momentos, en que *la nación desenvuelve sus progresos sin dificultades políticas ni morales dignas de ser mencionadas*, sería difícil, no mediando los esclarecimientos históricos en vías de realización, ponderar debidamente el mérito de los precursores de la situación actual. Avellaneda ocupa un lugar prominente entre aquellos que, como Mitre y Sarmiento, sus antecesores inmediatos, cubrieron la etapa de nuestra iniciación constitucional". Si todo estaba bien en la mejor de las Argentinas posibles, tenía razón en volver su pensamiento agradecido hacia los próceres que habían planteado las causas de los efectos que le daban tanta complacencia. Ninguno de sus predecesores mostróse tan confiado como Alvear en sus expresiones optimistas. Y sin embargo, cuando él pronunciaba aquellas palabras, "nuestra evolución económica y social siempre ascendente", de que se jactaba en uno de sus primeros discursos, en la Bolsa de Comercio de Rosario, en 1923, había empezado a bajar, para no levantarse ya más.

Es que la prosperidad de aquella época no se debía a un progreso efectivo en el arreglo de las cosas nacionales, a que se hubiesen corregido los defectos de nuestra economía señalados por las opiniones más ilustradas (que hemos reseñado), sino a que en el revuelto mundo de la posguerra nuestro país, con sus inmensas posibilidades, con sus instituciones representativas al parecer consolidadas, su inalterable liberalismo, y su buena administración, ofrecía lisonjeras perspectivas a los empresarios de naciones inversoras que, además de poseer

capitales sobrantes, querían escapar a los elevados gravámenes impuestos por los ex beligerantes a los aprovechadores de la guerra. A la vez que los empréstitos oficiales argentinos, por sumas cuantiosas, se colocaban en la plaza de Nueva York a bajo interés y largos plazos de amortización, capitales privados norteamericanos en grandes cantidades afluían al país ininterrumpidamente; ambos aportes remediaron el déficit crónico de nuestro balance de pagos, que nadie había hecho nada por corregir, permitiendo sostener la cotización del peso a la par con la libra. Las finanzas quedaban prósperas, mas la economía nacional seguía tan maltrecha como siempre.

Pues en efecto, si el valor de la exportación había alcanzado niveles jamás conocidos, no por eso superábamos la crisis. La que afectaba a la ganadería, que procuraba un 40 % de las divisas nacionales, constituyó la principal causa de la oposición conservadora al gobierno de Alvear, pese a todos los motivos de acuerdo entre ambas fuerzas políticas, que habían de unirse en la elección de 1928.

Fuimos testigos oculares de los desastres individuales y colectivos sufridos por el gremio ganadero. Vimos llorar a muchos estancieros arruinados. Pero no me detendré en el examen de aquella crisis para recordar las desdichas personales de amigos o parientes, sino para decir que jamás, en todo el curso de nuestra historia, los dirigentes de la clase exhibieron más conciencia de sus propios intereses, ni más voluntad de defenderlos. Una agria disputa trabóse, desde el advenimiento de Alvear, entre los ganaderos que atacaban al monopolio frigorífico, acusándolo de explotador, y el ministro de Agricultura que lo defendía, negando su existencia. Debe señalarse que Le Bretón había estado entre los primeros, como embajador en Washington, en comunicar a su gobierno las maniobras del *trust* denunciadas en Norte América, para expoliar a los ganaderos con precios ínfimos y a los consumidores con precios exorbitantes (*Comercio de carnes*, Pub. Of., Bs. As., 1922, ps. 6-10), época en que según el mismo personaje, cuando era ministro, los damnificados alababan a sus expoliadores. Al empezar la campaña contra él, Le Bretón recordó en la Cámara de Diputados, el 13 de abril de 1923, su memorial de 1919, diciendo: "Con posterioridad al envío de este informe, que fue como he dicho en el año 1919, se reúnen en los años de 1920 y 1921 los principales ganaderos, los más altos funcionarios de nuestro Ministerio de Agricultura y elogian en términos ditirámbicos la obra de los frigoríficos, el bien que hacen al país y los declaran poco menos que los salva-

Escaneado con CamScanner

dores de la industria ganadera argentina." (*Mrio. de Agricultura,* Sección Propaganda, hoja suelta con el discurso de Le Bretón.)

La verdad es que tanto el ministro de Agricultura de Alvear como el gremio ganadero, cambiaron; el primero para negar la existencia del monopolio, y el segundo, para combatirlo. El gobierno, bajo el apremio de la opinión interesada, envió al Congreso un mensaje y proyecto de ley sobre inspección de los frigoríficos y control del comercio de carnes, a principios de 1923; y en seguida otro, para levantar un frigorífico municipal. Ante los abusos del *trust,* como siempre ante los de las compañías ferroviarias, el Estado argentino se hallaba inerme e impotente. El gobierno declaró su propósito de recabar los medios legales para una acción efectiva. Pero frente a la inoperancia de las medidas votadas por el Parlamento, los ganaderos exigen protección. En un Manifiesto del Comité Nacional de Defensa de la Producción, presidido por José Tomás Sojo, dicen a los productores, el 22 de mayo de 1923:

> "Gobernar es defender a la producción que es capital y trabajo, y no propender, y menos consentir que la arruinen empresas extranjeras, pues si la nación ha conquistado con la inteligencia de sus gobernantes y la abnegación y el esfuerzo desinteresado de sus hijos, su independencia política, debe conquistar ahora su independencia económica."

Así vemos cada tantos años, lustros o décadas, repetirse el reclamo de que la independencia económica complemente la independencia política, como lo veríamos en épocas más recientes, sin que jamás se dieran pasos efectivos para el cumplimiento de ese anhelo. Pero debemos reconocer que nunca se estuvo tan cerca de ver la realidad nacional tal cual era, aun en el sector más conformista de la sociedad, que siempre fue el de los terratenientes. Sus voceros del Partido Conservador estuvieron entre los más entusiastas procuradores de la ley de precios mínimos, que contrariaba el liberalismo tradicional del país. Fue en el debate sobre ese punto que el ministro Le Bretón hizo su cambio de frente acerca del monopolio, denunciado por él desde su embajada en Washington: "Aquí se habla de una corporación de los frigoríficos radicados en el país y esa corporación no existe", y acabó su discurso arguyendo que habría que reformar a fondo el régimen existente antes de tomar medidas de especie intervencionista. Los opositores en cambio echan mano

Escaneado con CamScanner

a la lupa para ver lo que antes percibían a simple vista. Al tratarse en el Senado los inconvenientes que se habían observado en el cumplimiento de la ley sobre precio mínimo, el representante por Corrientes, Juan Ramón Vidal, acusó al gobierno de haber buscado el fracaso de la medida, en complicidad con los frigoríficos. Y dijo:

> "si el poder ejecutivo procede en la misma forma en la aplicación de las otras leyes, sólo podrán aplicarse aquellas que los frigoríficos lo permitan. Los frigoríficos podrán vetar todas las leyes, lo mismo la del precio mínimo como la de control, la anti-trust o cualquier otra."

A treinta y tantos años de distancia, esa queja se parecía a la de Vicente Fidel López, cuando decía en el Congreso que los bancos extranjeros *estrangulaban* al gobierno.

Con su discurso de fines de 1923 en el Senado, Vidal empezaba una campaña contra el monopolio frigorífico que nada tiene que envidiar, por su coraje y su elevación intelectual, a la de Lisandro de la Torre, doce años más tarde. El 1º de julio de 1924, presentaba en el cuerpo a que pertenecía un proyecto, autorizando al Poder Ejecutivo para retirar la personería jurídica o prohibir la exportación a toda empresa elaboradora de carne que suspendiera su faena, o la redujera en exceso "como resistencia al cumplimiento de la ley nº 11.227 (de precio mínimo), o sin causa justificada a juicio del Poder Ejecutivo". Si la suspensión sobrepasara diez días, la empresa podía ser expropiada, con fondos de rentas generales. En apoyo de su propuesta pronunció un discurso lleno de buena doctrina, muchos de cuyos pasajes son aún de actualidad, tan semejante es nuestra situación a la de entonces. Su tónica se puede apreciar en una de las primeras frases: "La inacción de los poderes públicos importaría aceptar la existencia en el país de una sociedad comercial extranjera más poderosa que el gobierno, que se mantiene por encima de las leyes, e impone su voluntad y su interés, colocándolos por arriba de la voluntad del gobierno y de los intereses del pueblo". Pero de todo el discurso surge que, lejos de haber inacción del gobierno ante los abusos del *trust*, hubo acción oficial en su favor. Según sus denuncias, Le Bretón saboteó la ley de precio mínimo, hasta lograr suspender su aplicación. No menos del 50 % de la carne exportada como *chilled* había sido pagada a los productores como congelado. En Smithfield subían la demanda y los precios, a la vez que aquí se pagaba

menos al ganadero. Desalentado éste, liquidaba sus planteles, para dedicar su campo a la agricultura, lo que aumentó la crisis, y provocó una gran matanza de vientres, viejos y jóvenes. Por medio del *dumping* (eliminado de la ley argentina contra los *trusts*), los frigoríficos pagaban más a los productores cuando pedían amparo legislativo, y menos en cuanto habían logrado apartarlos de ese propósito. Temer la competencia de otros países, decía Vidal, era no conocer el problema ganadero. Al argumento de que la ganadería argentina había ganado mucho durante la guerra, oponía la objeción de que tales ganancias habían sido un 50 % inferiores a las de la ganadería yanqui. Si los frigoríficos habían sido factores de progreso, hoy lo eran de ruina. Según Vidal, el mundo entero anhelaba comprar nuestra carne, pero el monopolio cerraba el mercado para pretextar falta de demanda y bajar los precios; y además, para distribuir nuestra carne en Europa, desde Inglaterra, cobrando a los nuevos clientes precios exorbitantes.

La parte doctrinaria del discurso de Vidal es tan buena como la expositiva. Recuerda el gran debate norteamericano acerca de los monopolios, y el intervencionismo estatal durante la guerra en la mayoría de las naciones civilizadas. Recuerda asimismo que aún antes de la conflagración mundial, en 1913, Inglaterra pidió al gobierno de Sáenz Peña su intervención contra el *trust* yanqui en el mercado argentino. Reconoce que pese a todo, los monopolios habían llegado a ser admitidos en Norte América como factores de progreso (según ahora lo registran economistas norteamericanos, como Galbraith y otros), pero sin que jamás el Estado abandonara su derecho a controlarlos. Vidal dice comprender las razones del *trust*, "como producir con menos gastos, y aún el de aumentar sus beneficios, sin herir el derecho de los demás", pero como tiene inmenso poder, la autoridad debe moderarlo o reprimirlo. Como soluciones propone: cooperativas, búsqueda de nuevos mercados, prohibición de matar vientres, frigoríficos nacionales, precio mínimo y expropiación. No sería necesario expropiar todas las empresas; bastaría con una o dos. Pero aun hacerlo con todas, no sería problema financiero. Para un Banco de la Nación que prestaba más de trescientos millones en prenda agraria, no sería gran esfuerzo afrontar el gasto de 100 a 200 millones que costarían los frigoríficos extranjeros:

"Cuando todos los mercados del mundo —dice hacia el final— se abren a nuestro noble producto, no puede permanecer

Escaneado con CamScanner

cerrado por el monopolio nuestro mercado y en manos extranjeras. Aceptar esta situación impuesta por las empresas extranjeras trustificadas, con una actitud pasiva por parte de los poderes públicos, importa renunciar a la soberanía financiera y económica, que es condición de vida y progreso para el país, cayendo en una situación de dependencia y subordinación, cuya tolerancia importaría una vergüenza nacional...

"Para esto, todo lo que se necesita es que el P. E. no confunda lo que es un acto lícito de comercio o industria, con lo que es un abuso de especulación dolosa. Que haga esa distinción, como se hace en todos los países civilizados."

El ingeniero Pedro T. Pagés bregaba desde 1921 por una solución similar. En una de las primeras asambleas gremiales, realizada en el Príncipe George a fines de aquel año, había dicho:

> (La organización de los frigoríficos nacionales)... "se hará a base de capitales de Gobierno y particulares, y para el caso de que no se cubriese la parte correspondiente a éstas, a base de conscripción del capital del productor a quien se va a amparar y defender. La forma mixta de administración que se proyecta es, a mi juicio, la más racional. La nacionalización de la industria frigorífica ha dejado de ser una aspiración para convertirse en una necesidad ineludible, *impuesta por la más amarga y aleccionante experiencia*".

Como presidente de la comisión directiva de la Sociedad Rural, el ingeniero Pagés reiteró su programa, en un Memorial publicado pos los *Anales de* la institución, 15 de julio de 1924. El precio mínimo era una medida de emergencia, contra una amenaza de ruina inminente. Mas

> "para restablecer el imperio de la competencia —decía el documento— es indispensable participar en las actividades que se desea normalizar, poseyendo frigoríficos en proporción suficiente para poder hacer valer la influencia de esa competencia en el mercado de carnes...
> "la construcción de una gran Frigorífico Nacional susceptible de estas funciones resulta, a juicio nuestro, una obra ingente, morosa y de resultados dudosos, siendo preferible la adquisi-

Escaneado con CamScanner

ción por compra o expropiación de fábricas en pleno funcionamiento, que hayan hecho sus pruebas, y que, por su inmediata producción, logren sus fines e infundan confianza a los capitalistas particulares dispuestos a participar en el consorcio, o permitan la conscripción de capitales.

"El Estado deberá concurrir necesariamente a la implantación y explotación de los frigoríficos que se expropien o adquieran. Sin ello ninguna empresa privada estaría en condiciones de afrontar una competencia desleal que puede descontarse, siguiendo el precedente de lo que ocurrió con el "Frigorífico Argentino" y "La Blanca".

Con el cambio de hombres en la directiva de la Sociedad Rural producido en 1927, se advierte un matiz menos agresivo en las críticas al monopolio frigorífico, pero no el abandono de los reclamos por la protección oficial. Un folleto editado en dicho año, se intitula *El Pool de los Frigoríficos. - Necesidad de la intervención del Estado.* Luis Duhau como presidente, Miguel Angel Cárcano como secretario y Raúl Prebisch como asesor técnico, aparecen ya formados en equipo. Ciertamente, dicen no considerar a los frigoríficos como enemigos de la ganadería nacional; ni pensar siquiera en que el Estado intervenga por compra o expropiación en el negocio de las carnes; y coincidir "con la actitud del P. E. cuando con razones irrefutables se opusiera al monopólio del petróleo". Pero reclaman la inmediata intervención del Estado contra el *pool*, disuelto en 1925 y reconstituido en 1927, que había suprimido la competencia en nuestro mercado, provocando "el descenso espectacular de los precios".

Escaneado con CamScanner

XVIII

ALVEAR ENTRE EL CONFORMISMO DE LE BRETON Y EL REFORMISMO NACIONALISTA DE MOSCONI

La alusión del nuevo equipo dirigente de la Sociedad Rural a la oposición del gobierno al monopolio estatal del petróleo llama nuestra atención sobre una notable paradoja que ofrece la presidencia del Dr. Alvear. Pues, en efecto, de los dos títulos indiscutibles que tiene su administración al respeto de la posteridad: la ley de armamentos y el nombramiento de Mosconi como director general de Y. P. F., este último debióse indudablemente al conocimiento de los hombres que tenía don Marcelo. El famoso propulsor del ente petrolero oficial dice en su libro *El petróleo argentino* que debía su nombramiento a un reportaje de Bohigas en el que había referido cómo había organizado en dos años la Dirección de Aeronáutica del Ejército "con recursos normales de El Palomar". (Reportaje aparecido en *La Nación* el 6 de octubre de 1922.) El 19 siguiente Mosconi era nombrado por Alvear director general de Y. P. F. Ahora bien, si alguien abogó por el monopolio oficial de hidrocarburos fue Mosconi; y éste tuvo la plena confianza del presidente que lo había nombrado, hasta expirar su mandato en 1928.

Todo se ha dicho sobre la actividad de Mosconi en Y. P. F. Pero no lo bastante sobre su pensamiento, que es una de las luminarias de la resurrección argentina. El hizo pasar la producción de un promedio diario de 942 metros cúbicos en 1922, a más de 2.000 en 1926; logró un decreto del P. E. para construir la destilería de La Plata en diciembre de 1923, inició las obras en enero de 1925, y las inauguró en diciembre de 1926; elevó el activo de la empresa, que era de 68 millones de pesos en 1922, a 125 millones en 1925, etc., etc. Pero mucho más importante que su obra positiva, comprometida por

Escaneado con CamScanner

otros gobiernos, fue el pensamiento, causa primera de su acción. Antes de estar en el cargo un semestre, exponía un informe oficial: “la industrialización del petróleo obtenida en los yacimientos fiscales constituye un asunto de capital importancia, que se impone resolver con la mayor urgencia a fin de brindar al país los subproductos que de él pueden obtenerse a bajos precios, y contribuir, con los importantes beneficios que de su industrialización se derivarán, al mayor desarrollo de los yacimientos, y por consiguiente, *la futura independencia económica en materia de nafta, kerosene y combustible líquido*”.

Presidente del Círculo Militar, habló en nombre de los oficiales del ejército y de la marina, reunidos en comida de camaradería, el 8 de julio de 1926, con una pertinencia desde entonces desacostumbrada: “En todas las naciones”, dijo en el párrafo fundamental de su discurso, “la virtud militar culmina por la grandeza pasiva, que es abnegación, obediencia y resignación; por la grandeza activa, que es energía, carácter y aptitud de mando, y por la *grandeza intelectual, que es técnica, ilustración y conocimiento de los complejos factores integrantes de la vida moderna que un comando en jefe debe dominar, porque la organización militar es hoy la nación en armas*”.

Ascendido de coronel a general mientras dirigía Y. P. F., Enrique Mosconi fue objeto de una demostración con ese motivo, el 2 de setiembre de 1926. En esa oportunidad sintetizó sus primeros años al frente de la repartición oficial cuyos datos aprovechamos en este examen. Nos queda por señalar que ahí Mosconi definió las respectivas posiciones de los poderes públicos ante el problema del petróleo: “Esta industria del Estado”, dijo, “se desarrolla con eficacia y sólo tiene dificultades inherentes a las organizaciones de la misma índole. Y si su progreso no ha sido más vigoroso aún, débese ello a la carencia de la ley de petróleo, que tan insistentemente el Poder Ejecutivo reclama del Congreso”. Todos los cronistas de la materia permiten apreciar la permanencia de aquellas modalidades, desde la aparición del petróleo en el país, hasta nuestros días.

El espíritu de Mosconi respondía —probablemente sin saberlo, como M. Jourdain hacía prosa —al criterio de Burke, según el cual la política es ciencia experimental, o no es nada. Como al negarle el gerente de La Wico la entrega de nafta para aviación a no ser al contado, se propuso combatir a los *trusts* en nuestro país, y fue deduciendo ideas de su manejo de Y. P. F. con las que elaboró todo

Escaneado con CamScanner

un sistema de política nacional. Por algo es que su trabajo intitulado "El Petróleo y la Economía Latinoamericana", escrito en 1927 e inserto en su libro *Dichos y hechos*, lleva por subtítulo estas palabras: "Concepto Motriz". Su exégesis histórica de la situación alcanzada por el contienente, es bastante floja. El liberalismo de las instituciones argentinas, desde sus más remotos antecedentes, le parece irreprochable, aún en lo que tenía de exagerado: "Hombres y capitales eran necesarios para utilizar los productos del país; para fomentar y acrecentar sus valores; para mejorar las condiciones de vida en las ciudades y en la campaña...; para utilizar los ríos navegables y construir ferrocarriles y puertos...". Nada sospechaba acerca del empréstito trampa de 1824, de las trabas al desarrollo (denunciadas por Magnasco, Pera y muchos otros) opuestas por el pseudocapital extranjero invertido en la expansión ferroviaria. Con todo, llegado al momento en que habla, opone un *pero* a todas sus admisiones:

> "Sesenta y cinco años de trabajo han elevado la riqueza pública a valores muy considerables, si se observa su relación por habitante. Sin embargo, necesitamos aún de hombres y capitales extranjeros para acelerar y completar nuestro desarrollo; *pero* los deberes de nuestra época y la aspiración de un más grande futuro nos indican que el internacionalismo económico que nos ha formado y hecho nación debe estar sujeto a una influencia gradual, que tienda a transformarlo paulatinamente en una organización económica *nacionalista* hasta donde lo permita la independencia de los pueblos modernos. Los conceptos constitucionales y normas legales que fueron excelentes a mediados del siglo pasado, son pasibles de modificaciones si hemos de acelerar nuestra marcha y alcanzar los objetivos magníficos del preámbulo de nuestra carta magna.
>
> "Ha llegado ya el momento de seleccionar hombres y capitales y establecer asimismo protección para hombres y capitales nacionales. Organizando el trabajo y las explotaciones de las riquezas nacionales con hombres y dinero del país, mejoraremos evidentemente nuestras condiciones de vida, lo que es indispensable si, como lo hemos manifestado, nos encontramos aún en la necesidad de continuar atrayendo la inmigración deseable. Estimulando el espíritu de empresa en el capital nacional, refugiado hoy en la inacción o en el interés de los títulos

Escaneado con CamScanner

o cédulas hipotecarias, aprovecharemos los mayores saldos del trabajo y en ello tendremos otra razón más de mejoramiento. En las actividades industriales, en las grandes organizaciones agropecuarias que, coordinadas en el intercambio mundial, controlan y fijan, no siempre con toda la equidad que sería de desear, la remuneración del trabajo de la campaña; en las industrias de los transportes fluviales, marítimos, terrestres y aéreos, en el comercio y las organizaciones bancarias, es tiempo ya que la inteligencia y el capital argentinos intervengan en más vasta escala y *recojan los beneficios colectivos que hoy se nos escurren de las manos.*

"Con la cooperación de Europa hemos organizado el país y lo hemos equipado, colocándolo en condiciones de emprender la explotación de sus riquezas y posibilidades en mayor escala; en los últimos años los Estados Unidos, con el envío de capitales y representantes de sus grandes empresas, se incorporaron a nuestras actividades. Podemos, pues, elegir ahora el elemento que nos convenga; pero, en primer término, nuestro deber es realizar con nuestros propios medios una máxima tarea y luego aceptar la colaboración de hombres y capitales, sin distinción de nacionalidad, siempre que éstos se sometan sin reparo a las imposiciones de nuestras leyes. Capitales, que pretendan condiciones especiales, exigiendo un tratamiento de excepción que algunas veces no ha de poder acordarse a los del país, no favorecen a la nación; capitales que aspiren al dominio económico, que tengan el propósito de tomar ingerencias políticas en los países en que operan, que empleen por sistema procedimientos y normas inmorales que pretendan no ser regidos por las leyes en que se basa nuestra soberanía, deben ser rechazados, porque esos capitales llevan en sí gérmenes de futuras dificultades y perturbaciones internas y externas."

La necesidad de que los argentinos aplicasen su actividad a desarrollar el país, había existido antes, cuando se hizo lo contrario, y no sólo en el momento que lo preconizaba Mosconi. Si no, ¿cómo habría ocurrido que el fruto del desarrollo *se nos escurriese de las manos*? Los capitales cuyo aporte él aún consideraba benéfico, habían llegado en condiciones especiales, que el presidente Wilson dijo únicas en el mundo. De todos modos, lo que Mosconi reclamaba para el futuro era en verdad requisito impostergable. Su pensamiento

no se detenía en las fronteras nacionales; abarcaba a toda la América hispana:

"La situación de la República Argentina —decía— es semejante a la de los demás países de Latinoamérica, que bregan por la consolidación de su economía y de su progreso moral y material.

"En esta organización económica, el petróleo desempeñará en lo futuro un papel trascendente, pues es el elemento indispensable para fomentar y proteger el crecimiento y desarrollo de la industria nacional y seguir así el proceso evolutivo de los pueblos que, en plena expansión de su fuerza creadora, han arribado a un positivo bienestar y consolidado su nacionalidad.

"Los países de Latinoamérica que, como el nuestro, explotan petróleo y no poseen yacimientos carboníferos, o que los que tengan no sean comercialmente explotables, deben preservar las fuentes de combustible líquido de toda influencia que no sea *eminentemente nacionalista;* el combustible constituye la plataforma sobre la que se levantará su futura organización industrial.

"Por otra parte, esto tiene una importancia capital, pues la evolución de nuestros países podrá substraerlos de la lucha tenaz que por la posesión del petróleo libran los grandes imperios mundiales, lucha que dificulta el desarrollo, perturba la vida económica y social y muchas veces oprime la soberanía y la libertad de los pueblos menos organizados y menos fuertes; lucha inevitable en la conquista del predominio industrial y comercial, generadora del enriquecimiento de la colectividad triunfante; lucha que dará al vencedor los privilegios y la seguridad de defender y mantener esos beneficios.

"Es menester nacionalizar y resguardar por el Estado las fuentes de petróleo, sobre las cuales se cierne el propósito de acaparamiento de los sindicatos y *trusts* extranjeros: los gobiernos de los países de Sud-América que para mantener la certidumbre de su futuro progreso así lo hagan, ejercitarán una alta previsión patriótica. Nacionalizar y explotar con criterio que consulte el interés de la nación los yacimientos de combustible líquido, es robustecer la propia economía, y al mismo tiempo restar predominio a los *trusts* acaparadores que absorben y oprimen con sus imposiciones y refuerzan su poder ex-

plotando nuestras riquezas naturales y utilizando en su provecho los enormes beneficios, muchas veces extraordinarios de las explotaciones, es menester que los hombres de Gobierno den prueba de gran espíritu de previsión y obtengan en oportunidad la adecuada legislación.

"Las leyes de petróleo, como lo he manifestado en otro lugar ,*pueden sancionarse con toda facilidad cuando no existe petróleo. Esta observación es de interés para los países donde aún no ha alumbrado yacimiento alguno, lo que puede ocurrir en forma inesperada*[1]. La experiencia argentina constituye un amplio e incontrastable ejemplo. Entre nosotros, a pesar de toda la labor cumplida en cuanto a legislación se refiere desde que se descubrió petróleo en Comodoro Rivadavia, hace 20 años, no hemos definido aún la ley que dé unidad de doctrina e interpretación a la aplicación de las normas para la explotación metódica y racional de los yacimientos; que modere, si así fuera necesario, el interés particular; que aleje los perjuicios que la ignorancia y la incapacidad pueden producir en los depósitos naturales; que dé, en fin, a la Nación, la verdadera posesión de sus minas y que la Nación y las provincias usufructúen equitativamente sus beneficios.

"Dotar a la Nación de la conveniente legislación del petróleo cuando por imprevisión se han acordado derechos y se ha puesto en acción el interés del capital privado nacional, y especialmente del capital extranjero, es obra ardua y patriótica. La tarea es digna de los grandes partidos políticos y de los hombres conductores de clara visión. Una nueva adecuada solución dará a los pueblos latinoamericanos beneficios de orden moral económico, político y social. Una mala solución producirá efectos diametralmente opuestos como nos lo demuestran las graves dificultades y los grandes males que han experimentado los países que no han resguardado debidamente su riqueza minera. El problema argentino espera aún esa grande y definitiva solución.

A simple vista, el enfoque de Mosconi parece tan unilateral como otros que más adelante veríamos: defensores del petróleo, que descuidaban la protección de la ganadería, o defensores de la ganadería que descuidaban la defensa del petróleo. Pero leyendo entre-

[1] El subrayado es de Mosconi.

Escaneado con CamScanner

líneas, se advierte que su lucha contra los *trusts* alcanza a todos los que explotan "nuestras riquezas naturales", "utilizando en su provecho los enormes beneficios, muchas veces extraordinarios, de las explotaciones". Esta interpretación queda confirmada por el discurso de Mosconi en el Paraninfo de la Universidad de Méjico, a principios de 1928, en el que trazó un a modo de cuadro general de la economía argentina, donde caracteriza la intervención del capital privado inglés en la industria petrolera en la Argentina como de origen ferroviario. Pese a las cifras de estadística comparada, favorables a nuestro país, respecto de las naciones hermanas, dice: "El desarrollo económico de la Argentina es apreciable... no nos enorgullece, porque debiéramos marcar un nivel mayor". Con explicable satisfacción, comenta que "la manufactura argentina impide un drenaje anual que puede calcularse en 500 millones de pesos". Cuanto a la producción de petróleo, subraya el estancamiento de la que se debía a las compañías privadas (más empeñadas en establecer reservas que en producir), en comparación con el aumento notable de Y. P. F. Con tal motivo, da toda la importancia que tiene a la nueva política petrolera norteamericana, de impulsar la expansión de las propiedades de súbditos yanquis en el extranjero. Ante esa novedad, reitera sus consejos de someter a severa fiscalización la actividad de los *trusts* internacionales entre nosotros. Para concluir que "si esa fiscalización fuera difícil o imposible de efectuar, más conveniente sería para la tranquilidad económica y política del país renunciar a la cooperación del capital extranjero". Y aquí, por primera vez no formula el distingo, infaltable en su prédica cada vez que aludía a los peligros eventuales del aporte yanqui, de que nos habíamos desarrollado con el concurso de Europa: "Tanto el grupo europeo como la Standard Oil", dice, "el poderoso norteamericano de funesta tradición ante la justicia de su país, *son indeseables para toda nación que quiera fecundar en paz su trabajo creador*". Para que nada falte en su matizado pensamiento, Mosconi sostiene que Y. P. F. es una prueba palmaria de la capacidad estatal argentina para administrar grandes empresas industriales, en "forma" que "la organización de Estado vincula a su suerte al capital privado nacional". Más tarde, en su libro sobre *El petróleo argentino*, aparecido en 1936, Mosconi daría un paso de gigante en la comprensión del drama que afecta a la economía hispanoamericana. Insistiendo en su error de admitir que el continente había "emprendido su constitución económica e iniciado la explotación intensiva de sus riquezas:

Escaneado con CamScanner

naturales" con la "cooperación de europeos y en los últimos tiempos de norteamericanos" (cuando de sus propios temores y resevas surgía lo contrario), agrega: "En cambio de esta cooperación, ha sufrido *cinco siglos de vasallaje, que aún vive, pues la mayor parte de los beneficios de sus explotaciones no quedan en su poder*".

Alvear sostuvo con la misma decisión al conformista Le Bretón y al reformador nacionalista Mosconi. ¿Cuál de ellos expresaba el pensamiento compartido por el presidente? ¿Los dos o ninguno? En sus discursos de primer magistrado, don Marcelo es el más ortodoxo de los liberales argentinos. En consecuencia, podríamos suponer que estaba más de acuerdo con su ministro de Agricultura que con el director general de Y. P. F. Sin embargo, para dar a éste todo su apoyo, se necesitaba comprensión de su tarea. Ahora bien, quienes conocimos a Alvear, sabemos que era inteligente y culto de modo que no tenemos dificultad en aceptar que ponderaba adecuadamente no sólo la acción, sino también el pensamiento del gran propulsor de la empresa petrolífera estatal. En la elección de colaboradores, Alvear parece haberse guiado por un criterio renovador. Su ministro de Relaciones Exteriores, Angel Gallardo, se había manifestado partidario decidido de un cambio en la conducción nacional, en sus Informes como embajador en Italia: "Debemos procurar la mayor autonomía económica" —había escrito en marzo de 1927— "tratando de fomentar nuestras industrias, a fin de librarnos de la necesidad de comprar tantos artículos al extranjero". Su primer ministro de Hacienda, Herrera Vegas, propuso elevar la tarifa de avalúos y la reforma del régimen fiscal, previo asesoramiento del comercio, la banca y la industria. El propio Víctor Molina, que le sucedió, había sido partidario de la industrialización en su lejana juventud como diputado juarista.

Para explicarnos el motivo de que todas estas buenas intenciones no dejaran otro saldo positivo que Y. P. F., debemos tener en cuenta que para la mentalidad del presidente el sistema liberal, perfecto en su operación puesto que funcionaba en su apogeo, no reclamaba el ejercicio de su inteligencia; que la relojería del gobierno constitucional, no necesitaba del relojero sino para darle cuerda; y que bien elegidos los ministros y demás altos funcionarios, el jefe del Estado no tenía que preocuparse por nada. El resultado de su administración parecía abonar el acierto de su actitud prescindente, que tanto se le reprochó durante su ejercicio del cargo. La perspectiva histórica nos permite ver que ese enjuiciamiento era infundado.

Escaneado con CamScanner

Con la presidencia de Alvear la *bélle époque* llegaba a su fin. La curva de la prosperidad, hasta entonces ascendente, alcanzó entonces su punto culminante. Desde aquel momento empezó a bajar para no recuperarse ya más.

Pero una vez explicada la ecuación Alvear, quedan en pie los interrogantes relativos a sus ministros. ¿Por qué Le Bretón, antimonopolista en Washington, negó la existencia del monopolio en la Argentina? ¿Por qué Víctor Molina repitió como hacendista radical la política de equilibrar las finanzas a base de empréstitos, que había visto fracasar como diputado juarista?

Escaneado con CamScanner

XIX

EL NACIONALISMO APARECE

Por odioso que sea el "yo", no tengo más remedio que referirme a la aparición de *La Nueva República,* primero quincenario y luego semanario, que en el subtítulo se declaraba "órgano del nacionalismo argentino", entre cuyos fundadores figuré, y cuyo primer número salió en Buenos Aires el día 1 de diciembre de 1927.

No voy a profetizar el pasado, ni a decir que al iniciarnos en la acción renovadora por la pluma veíamos el problema nacional tal como era, según ocurriría pocos años después. Ni discutíamos el aporte del pseudocapital extranjero, que todo el mundo decía fecundador de la expansión argentina, ni dábamos al factor externo el valor que tenía. Los factores internos nos parecían de importancia más decisiva. En la presentación, decíamos:

> "La absorción por el Estado de las autonomías municipales da a nuestro pueblo, el aspecto de un enorme imperio asiático donde todo estuviera supeditado al capricho del déspota. Sólo los países que tienen municipios pueden gozar de los beneficios de la libertad individual. La verdadera limitación a un poder excesivo, no es la que se la pueda crear en su propia esfera. Es menester sustraer a su natural expansión, las ciudades y las provincias, creando fueros distintos que obren en órbita diferente y paralela. Es necesario que nuestras ciudades no sean sólo aglomeraciones de viviendas. Es preciso que haya ciudades para que haya ciudadanos."

Pero si no veíamos bien la causa del mal, su efecto se nos presentaba en toda su gravedad:

Escaneado con CamScanner

"Nuestro sistema económico —decíamos al final de la misma presentación— mal adaptado a las condiciones del país, está en profunda crisis.

"Las industrias madres soportan el enorme tributo del capital extranjero que rige las transacciones por medio de los frigoríficos y de las grandes firmas de acopiadores de granos. El régimen financiero del Estado formado en la época del gran desarrollo comercial es inapto para proteger la producción que sostiene la economía del país. El crecimiento enorme de la población urbana y el espíritu de derroche que mantine en ellas el Estado, corresponde a un debilitamiento de la población rural y a la falta de estímulo al trabajo. *La gran ilusión de nuestra riqueza inagotable acarreará al país en un porvenir no muy lejano un gran desengaño cuyas consecuencias pueden ser fatales.*"

En mi polémica con Manuel Gálvez, acerca del obrerismo de Yrigoyen, a mediados de 1928, señalé la inercia del caudillo ante aquella situación, diciendo: "durante la guerra no tomó una sola medida eficaz contra el capital extranjero que entonces realizó pingües e injustas ganancias a costa de la producción nacional". Mi hermano Rodolfo Irazusta sería más preciso, pero no en la primera época de *La Nueva República,* sino más adelante, y como fruto de la experiencia adquirida en el curso de una dilatada campaña política, en el periodismo y la propaganda callejera, en la segunda época de nuestra hoja.

Pero estábamos lejos de sospechar la enormidad de la situación. Teníamos una disculpa. El pensamiento nacional había retrogradado, respecto de la época en que José Bianco había denunciado la gravedad de la crisis por el déficit permanente de nuestro balance de pagos. A mediados de 1930, la revista *Humanidades,* publicación oficial de la Universidad Nacional de La Plata, imprimió un trabajo del profesor Romualdo Ardissone, escrito en 1926 y revisado en 1929, sobre *El idioma y la nacionalidad como factores del comercio,* en el que, so capa de establecer una tesis sociológica, la primacía de la lengua sobre la política, en sus respectivas influencias sobre el comercio, se ensalza la dependencia en que Inglaterra tenía a la Argentina. El parágrafo cuarto de la extensa monografía, dedicado a *Los británicos en la Argentina: número, distribución, ocupaciones, influencia,* no tiene desperdicio. Aporta un dato estadístico, que él

Escaneado con CamScanner

no subraya, pero que para nosotros tiene enorme importancia: el de que los ingleses, si eran los primeros en los transportes, no figuraban siquiera en la industria. Pero en seguida se llena la boca con una transcripción de Alejandro Bunge (otro economista que habría de influir decisivamente, por medio de sus discípulos, en las décadas siguientes, sobre el destino nacional), para señalar la cuantía de las inversiones británicas en el país:

"En un prolijo estudio realizado por *The Times*, y publicado el 16 de febrero de 1924, se estimaba en 396.114.573 libras esterlinas el capital invertido en la Argentina... Corresponden, pues, al capital británico tres cuartas partes del capital extranjero en la Argentina." "De nuestra magnífica red ferroviaria, de 36.000 kilómetros, también alrededor de tres cuartas partes corresponden a la iniciativa, al capital y a la administración inglesa."

En 1924 ascendían a 233.000.000 de libras esterlinas los capitales británicos colocados en ferrocarriles en la Argentina... Los capitales invertidos en Bancos, estancias, tranvías, hipotecas y varias industrias, ascienden actualmente a unos 84.000.000 de libras esterlinas."

Por su parte, el profesor Ardissone comentaba:

"Si a esto se agrega la *formidable influencia financiera en empresas particulares y en los poderes públicos,* y además el considerable intercambio comercial, se tendrá explicada la frase de que *la Argentina pertenece a la categoría de las colonias británicas sin bandera.* En cuanto a poderío económico, los pocos ingleses que aquí residen, colectiva e individualmente, valen mucho más que el promedio de tantas otras nacionalidades. Bien pudo decirse que, si el rápido desenvolvimiento económico y social argentino se debe, en líneas generales, al brazo italiano y a la cultura francesa, es cierto asimismo que debe mencionarse, en primer término, al capital británico... El intercambio anglo-argentino, en el comercio exterior argentino, durante un largo período, ha tenido casi el carácter de un monopolio... *Estamos en presencia de un hermoso ejemplo de dos naciones que son verdaderamente complementarias del punto de vista económico.* (*Humanidades*, La Plata, 1930, t. XX, ps. 262, 281 y 284.)

Escaneado con CamScanner

A dos décadas del artículo en que Aníbal Latino lamentaba en *La Nación* del Centenario el aspecto de colonia británica que presentaba el país, y el creciente influjo del seudo capital inglés en nuestra economía y nuestras finanzas, las expresiones del profesor platense significaban un fabuloso retroceso. A la queja por la triste situación, se ha sustituido una gozosa aquiescencia. El fenómeno que algunos tenían por un mal cuando era menor, empieza a verse como un bien cuando se había agravado. Por añadidura, el profesor Ardissone, al encarar el comercio mundial inglés, cuya radiografía era susceptible de explicar la expoliación que sufríamos, dice: "No es la ocasión de hacer notar la diferencia existente entre el valor de la importación y el de la exportación, ni es el caso tampoco de señalar ahora las causas que contribuyen a corregir los defectos de una diferencia comercial desfavorable, para determinar que la balanza económica británica sea favorable a los intereses de ese país". Ahí estaba la clave del problema; y el profesor no quería mostrarla. Pues de haberlo hecho, su conclusión a favor de nuestra dependencia, habría caído por la base. Inglaterra vivía de sus rentas en el exterior, importando por mil doscientos millones de libras esterlinas, y exportando por setecientas treinta, y saldaba sus deudas comerciales con créditos financieros, los llamados "exportaciones invisibles". Entre esos tributos de "tipo medieval" (Maynard Keynes *dixit*) el que nosotros pagábamos no era de los más desdeñables. El profesor Ardissone habría hecho bien en fijar su monto para ilustrar a la opinión argentina. Al contrario, se felicitaba del "hermoso ejemplo" dado por el monopolio inglés sobre nuestro comercio, y al igual que sus colegas de la Universidad de La Plata y las demás, denostaba al monopolio español, supuesto origen histórico y racial de nuestros males.

Para que se aprecie la relación entre aquel retroceso intelectual y la vida pública, me referiré a uno de los actos más importantes del gobierno de Yrigoyen en sus postrimerías, el tratado que firmó con la misión presidida por Lord D'Abernon. Siguiendo las características señaladas por los mejores jueces de la política argentina, el debate exhibió al desnudo la supina ignorancia de todos los sectores de la Cámara sobre los problemas mundiales que afectaban la economía nacional. Por lo menos no repitió la increíble desidia del Senado de 1918, cuando aprobó en minutos el crédito a los aliados para la venta de los saldos de la cosecha, sin una disidencia entre el prepotente oficialismo y la furibunda oposición, pues en 1929 los socialistas

Escaneado con CamScanner

impugnaron el arreglo con violencia, y la derecha (en cuyo nombre decía hablar de la Vega), mencionó significativas palabras del Lord a su regreso en Londres, sobre lo que había hecho ganar a su país, según lo mostraría el futuro: "Sir Malcolm Robertson estima —había dicho el noble diplomático— que los resultados de esta misión no consistirán únicamente en obtener órdenes del gobierno argentino que montan nueve millones de libras, sino también *el comienzo de enormes cosas para Gran Bretaña*". Cierto también que los socialistas viejos y nuevos señalaron con eficacia la falta de reciprocidad en los compromisos, pues mientras los ingleses no comprarían aquí ni más ni menos que antes, a los mismos precios, nosotros nos obligábamos a comprar manufactura en el mercado inglés, que antes conseguíamos en otros mercados (sobre todo el norteamericano) a un precio menor en un 30 %. Pero les faltaba a todos perspectiva histórica para interpretar las palabras de Lord d'Abernon, sobre aquel primer tratado bilateral anglo-argentino, que nos había de llevar al tratado Roca-Runciman y al estatuto del coloniaje. Sin excepciones celebraban y encarecían la supuesta deuda con Gran Bretaña, y sobre esto no había discrepancias entre oposición y gobierno. Alguno de ellos —Pinedo— llegó a recordar "manifestaciones de descontento" con los británicos, surgidas en otros sectores de la Cámara, para diferenciarlas de las "palabras más cordiales" emitidas por el suyo. Pero en una expresión del diputado Dickman se puede apreciar de modo conspicuo la ausencia del único dato que les faltaba a los padres de la patria para comprender el comercio anglo-argentino. Al cantar loas al liberalismo de Inglaterra, que nunca nos había puesto trabas aduaneras ni de otra especie, dijo: "Le vendemos más de lo que le compramos. Existe siempre saldo favorable a nosotros." Sí, pero le debíamos más de lo que le vendíamos, y en ese déficit del balance de pagos, jamás cubierto por el saldo comercial favorable, estaba el secreto de nuestra dependencia económica, admitida explícitamente por los universitarios, e implícitamente por los legisladores. El defecto esencial del convenio logrado por Lord d'Abernon consistía precisamente en la tentativa de equilibrar el balance comercial anglo-argentino, mientras el de pagos era enormemente deficitario, lo que volvería nuestra dependencia intolerable.

La Nueva República había cesado de aparecer cuando se firmó el convenio Oyhanarte-Robertson, y no reapareció hasta mediados de 1930, cuando yo estaba en Europa. Así como la aparente prosperidad de la presidencia Alvear no había logrado confundirnos acerca de la

Escaneado con CamScanner

crisis de fondo, mis amigos no dejaron de señalar la evolución que iniciaba aquel instrumento diplomático a fin de agravar nuestra situación. Rodolfo Irazusta escribía el 30 de agosto de 1930:

"Si el laicismo es el instrumento de nuestro sometimiento espiritual a los anglo-sajones, el librecambio es el instrumento de nuestra dependencia económica a los mismos anglo-sajones. Por cierto que nosotros no tenemos doctrina económica pues lo consideramos innecesario y aún perjudicial. La política económica de un pueblo debe depender de sus necesidades temporarias y variar, según las circunstancias.

"No lo creen así los doctrinarios liberales que se empeñan en mantener el país indefinidamente en el actual estado de dependencia económica, dependencia que impide el desarrollo y la prosperidad de la industria nacional.

"Se dice habitualmente que si el país quiere conservar su clientela de productos alimenticios, debe mantener sus puertas abiertas a los productos manufacturados en el extranjero. Más aún, se pretende que el país los adquiera en los países que son mercado para nuestros productos. Si esto fuera posible, el librecambio se destruiría a sí mismo. Si nos obligáramos, por convenios parciales, al intercambio con nuestros clientes los ingleses, a comprarles a ellos los productos industriales que actualmente adquirimos en los Estados Unidos, la dependencia económica se acentuaría fuertemente y la esperanza de poseer una industria propia sería diferida hasta las calendas griegas.

"Los ingleses nos ayudaron a libertarnos del monopolio español para implantar en nuestro país otro monopolio, que si menos evidente, es mucho más perjudicial. Últimamente en la construcción de la industria frigorífica, con la cual ha progresado indudablemente nuestra producción rural, pero aumentado la dependencia.

"En efecto, mientras los productos principales de la industria agropecuaria fueron el cuero y la lana, sin contar el hueso y la grasa, nuestra producción podía encontrar diversos mercados, pues estos productos son materias primas de la industria en muchos países. Podían, además, industrializarse en el país, y seguramente la propia ganadería se hubiera interesado en fomentar la creación de esa industria. La valorización de la carne como producto de exportación, absorbió la actividad de

Escaneado con CamScanner

la ganadería trayéndola al estado actual, en que cualquier amenaza de competencia en el mercado británico la hace temblar . . .

"El beneficio mayor de este comercio tenía que quedar fácilmente en manos del capital británico por intermedio de los ferrocarriles, que transportan las haciendas hasta los frigoríficos, hábilmente centralizados para aumentar el tráfico y dueño también de los frigoríficos que regulan los precios del producto. Total: monopolio ferroviario, monopolio frigorífico: ¡monopolio!

"Ahora la industria ganadera se empeña en mantener tal estado de cosas, creyéndolo beneficioso para ella. No lo es, porque con tal sistema se la mantiene en constante crisis desde el año 20. Y de ella no podrá salir si no se decide a gestionar de los poderes públicos, no que éstos le conserven el cliente, a costa del interés general, sino que traten de formar la industria que emplee las materias primas, industria del tejido, del cuero, de lubricantes animales y vegetales, etc., etc.

"La dominación económica de Inglaterra ha fomentado el desarrollo excesivo del comercio. Pero sólo del comercio de importación, pues ha monopolizado el de exportación con los frigoríficos y con las grandes empresas de acopiadores de cereales. Al mismo tiempo ha organizado el régimen financiero de manera que toda evolución económica sea imposible. El contralor de las finanzas es el tercer instrumento de predominio.

"Ocurre entonces que cuando el mercado británico, trabajado por las influencias políticas de los dominios, disminuye la consumición de carne, la ganadería argentina sufre trastornos que repercuten en el comercio de importación por falta de medios adquisitivos. Y todo el mundo se acuerda para buscar solución en Inglaterra, con lo que el monopolio inglés asegura y mantiene su predominio.

"Que el capital inglés no haya tratado de ayudar a la industria nacional se explica perfectamente. Lo que no se explica es que nuestro gobierno no haya sentido la necesidad de hacerlo. Es decir, que no se le haya presionado en tal sentido . . .

"No hay salida para la crisis si se mantienen las circunstancias actuales. Precisa variar el régimen financiero de la República; iniciar la implantación de industrias que elaboren las materias primas de producción nacional; restringir el comercio de importación; disminuir la cuantía del consumo de

productos extranjeros; establecer economías en el presupuesto. Tal programa será posiblemente antipático en el primer momento; las privaciones se harán sentir. El régimen del derroche es agradable para todos mientras no se experimentan sus efectos...

"Si el actual régimen cesarista y plebiscitario ha sido incapaz de remediar la crisis económica, la oposición liberal triunfante será aún menos capaz."

En números posteriores a la revolución del 6 de septiembre de 1930, Rodolfo Irazusta iría señalando cada vez mejor que "la finanza internacional" era "dueña del país" (edición del 4 de octubre de 1930); y que era "necesario asegurar la remuneración del trabajo, que las operaciones de la finanza internacional tienden naturalmente a desmedrar" (edición del 22 de noviembre siguiente). A una primera etapa, en que *La Nueva República* acometió el debate sobre problemas de forma (sin descuidar los de fondo) había seguido otra de intenso análisis de la circunstancia histórica en que se hallaba el país. En el "Programa de Gobierno" ofrecido a Yrigoyen en octubre de 1928 habíamos propuesto la representación de los territorios nacionales en la Cámara de Diputados, la creación de un consejo de Estado, la fundación de pueblos, la creación de la gendarmería, el ministerio de Salud Pública, el aumento de los obispados y las provincias eclesiásticas y de las divisiones militares, la paulatina supresión de la enseñanza laica, la entrega de los colegios nacionales a las universidades, el profesorado *full-time*, la instalación de fábricas de armamentos, la fundación de una escuela de marina mercante y de una flota nacional, la creación de un banco agrícola, el desarrollo de caminos pavimentados sobre la base de un impuesto a la nafta, una ley de arbolados y la estabilidad de los miembros del tribunal de cuentas. Medidas adoptadas en su mayoría por los gobiernos que se sucedieron desde 1928 hasta ahora, pero que no dieron ningún resultado por la forma incompleta y desconectada en que se llevaron a cabo. Y sobre todo, por neutralizarlas el factor examinado en la segunda etapa de *La Nueva República*, el interés privilegiado extranjero, la dependencia de la finanza internacional en que el país se hallaba, agravada hasta hace poco en forma increíble.

Las discrepancias de los redactores de *La Nueva República* con los sectores liberales que eran nuestros forzosos aliados en la campaña contra el cesarismo plebiscitario, se agudizaron al otro día de

Escaneado con CamScanner

la revolución de septiembre. En uno de sus primeros artículos sobre la lucha de tendencias entablada entre los revolucionarios, Rodolfo Irazusta escribió: "Nuestro triunfo ha sido positivo; el de los políticos liberales ha sido negativo. A quién corresponderá el triunfo definitivo es cosa que no podemos prever. De lo que estamos seguros, es de que *su triunfo significará el prólogo de un nuevo plebiscito y de un nuevo cesarismo*".

Tanto este anuncio como el de que los liberales no acertarían donde los demócratas habían errado, se cumplieron. Pero era difícil sospechar que se continuarían equivocando y que la situación dejada por Yrigoyen, sería agravada por quienes le sucedieron.

Escaneado con CamScanner

XX

LA OLIGARQUIA VACUNA, ¿YUNQUE O MARTILLO?

Cuando el gobierno de Uriburu restauró a los derrotados por el radicalismo, yo ignoraba la campaña que una parte de los conservadores había llevado contra el monopolio frigorífico. Cuando Vidal pidió en el Senado que se les quitara a las empresas extranjeras el derecho de exportar la carne argentina, estaba en Europa. En consecuencia, no podía valorar en su real importancia el cambio de frente operado por algunos voceros de aquella campaña, sobre ese punto decisivo de la conducción nacional. Eso, sin tener en cuenta que el contraste no se apreciaría en seguida, sino unos años más tarde.

En el primer momento, lo que saltaba a la vista era que en el problema de la carne, el cambio de gobierno no había provocado un cambio de política. Los intereses del campo argentino seguían tan perjudicados después, como antes de la revolución de septiembre. En un artículo escrito a fines de marzo de 1931, para un número de *La Nueva República,* que no llegó a publicarse (y que lleva en letra de Ernesto Palacio, la indicación de: *Editorial*), yo escribía: "Si los miembros de las clases productoras estuvieron, individual o colectivamente, privados de representación bajo el gobierno depuesto, ese estado de cosas no cambió con el gobierno provisional." La tendencia del artículo era a separar la causa de "la oligarquía conservadora" de la de "los estancieros". De la primera, admitía su "desprestigio" como "justo", "aumentado enormemente por su deshonesta política de los últimos meses". De los segundos, decía: "Es absurdo presentar como influyente a una clase que no ha obtenido nada, absolutamente nada, del presente gobierno."

"Los estancieros como clase —agregaba— no tienen nada

Escaneado con CamScanner

que ver con la oligarquía conservadora, ni mucho menos con el gobierno provisional. ¿Cuál es, en éste, el ministro o personaje influyente, que sea estanciero, o que lo sea primordialmente? Nadie pretende negar que los haya entre los miembros de la oligarquía conservadora. Pero es dudoso que ésta los cuente en mayor número que los otros partidos, o haya obtenido su adhesión, más que los otros partidos, con un programa de aspiraciones de clase. El sufragio universal, antítesis de la representación corporativa, se opone a la identificación del interés partidario con el interés de clase; y la realidad no ha corregido entre nosotros el efecto de aquella institución. Los dirigentes políticos son en los grandes partidos, con diferencias de más o menos, miembros de las profesiones liberales, abogados, médicos, etc. Los que también son estancieros, se han convertido en tales gracias a la influencia política, o al fruto de sus tareas profesionales, fruto que en gran parte se confunde con la influencia. Los que eran estancieros antes de ser políticos llegan generalmente a tener influencia cuando se han arruinado con los gastos que les costara obtenerla, quedando ajenos al interés de la clase cuando estarían en condiciones de favorecerla. Los menos, que son los que no se arruinan, se contentan en lo que respecta a su industria, con el precio especial que el comprador extranjero paga a todo vendedor de influencia presente o probable en el Estado liberal. Y los que no llegan a personajes, aceptan por disciplina partidaria o convicción de que el hecho es irremediable el olvido de las reivindicaciones por los correligionarios influyentes que pertenecen a la misma clase.

"Es pues insostenible la confusión entre la oligarquía conservadora y los poseedores de la tierra en cuanto a tales. Estos representan la verdadera fuerza de conservación, la suma de intereses particulares más coincidentes con el interés general del país; aquella no trata de conservar más que el régimen liberal, en que la influencia política se traduce en provechos mayores que los producidos por las industrias madres, víctimas del intermediario extranjero que tiene a sueldo al personaje influyente. Sólo los peores enemigos del orden pueden explotar una engañosa apariencia y achacar el empobrecimiento general causado por la indefensión de nuestra riqueza a quienes la producen, que son los más perjudicados en la emergencia. La

derivación social de la presente situación es otra de las absurdas consecuencias de las premisas planteadas por los iniciadores del movimiento revolucionario. Ayer era el ejército, ahora son los poseedores de la tierra, mañana será el clero, en una palabra todos los elementos de "conservación" del país, a quienes se pretenda hacer pagar las culpas de la oligarquía que en cuanto a conservar no conserva más que los apetitos."

Este enjuiciamiento de la situación se vio ampliamente confirmado por todos los gobiernos postseptembrinos. Pero a diferencia de lo que se pudo pensar en el primer momento, la conformidad de la clase terrateniente con políticos en el régimen no autorizaba el distingo que yo trataba de mantener en aquel artículo nonato. A medida que se desarrollaban las consecuencias del cambio operado en 1930, se veía con más claridad que los terratenientes argentinos no tenían conciencia de clase, o la habían perdido, desde sus vigorosas protestas gremiales contra la política ganadera de Alvear y Le Bretón. La "oligarquía vacuna", de que habla *La Vanguardia,* podía no tener influencia decisiva en el Estado, pero nunca estuvo tan cerca de tener audiencia en las altas esferas, no desde la oposición, sino en el gobierno. Sin embargo, en el período iniciado el año 30, en que muchos "vacunos" ocuparon importantes posiciones directivas, no se oyó ninguna protesta vigorosa contra la política prevalente, que si a alguien perjudicaba, era a ellos. En un país productor de materias primas alimenticias, se defendió la moneda (con enorme sacrificio para la economía y las finanzas nacionales) y se abandonó la producción agropecuaria a su triste suerte. Cuando los socialistas que gobernaban en Alemania daban un subsidio a los "junkers" para salvar sus latifundios de las hipotecas que sobre ellos pesaban; cuando Getulio Vargas hacía una quita del 50 % en las deudas de los "fazendeiros", los "vacunos" argentinos se dejaban despojar de sus estancias, consolándose con puestos públicos para sus hijos o parientes. Un inmenso traslado de propiedad inmobiliaria se produjo en el país, afectando sensiblemente el espíritu ciudadano en su raíz económica. Política por otra parte tan mal llevada, que estaba condenada al fracaso. De modo que no era aventurado pronosticar, como lo hicimos nosotros, que "después de los productores, liquidará a los tenedores de títulos" (*La Nación,* 30 de diciembre de 1932).

No todo fueron factores locales. La crisis mundial de 1929 en adelante mucho tuvo que ver en ello. Pero nosotros, en vez de reac-

Escaneado con CamScanner

cionar, nos dejamos caer por la pendiente, atiborrados de literatura antiimperialista en abstracto, pero sin saber lo que nos pasaba, y como si quedáramos al margen de la evolución mundial. No fue un cataclismo, sino un lento descenso al abismo. Yrigoyen había dejado, pese al desquicio de sus finanzas, quinientos millones de pesos oro en la Caja de Conversión, mientras Inglaterra no tenía más que ciento setenta millones de libras en metálico, o sea ochocientos cincuenta millones de pesos oro. Pero había desperdiciado la oportunidad de compensar nuestras deudas con nuestros créditos, al fiar a los aliados los suministros de guerra sin cobrarse con los llamados capitales extranjeros invertidos en el país (cuyos réditos equivalían a la mitad del valor de nuestras exportaciones a Gran Bretaña) a un interés de amigo generoso, mientras ellos seguía tratándonos como a deudores insolventes. Admitamos que la experiencia universal no servía para guiarnos, pues Norteamérica cometió el mismo error, acarreándose el tremendo problema de las deudas de guerra entre las dos conflagraciones del siglo. En seguida veremos que nosotros reincidimos, a diferencia de los yanquis quienes se rectificaron al estallar la guerra de 1939.

Entre los muchos méritos que se le deben reconocer al gobierno de Uriburu (la firmeza con que mantuvo el equilibrio del presupuesto; la rebaja de los sueldos, incluso para las fuerzas armadas; la negociación con Mr. Ford para traer al país la fábrica de coches A, que la terminación de la red de caminos pavimentados en Norteamérica había dejado en desuso, etc.), se le debe enrostrar un error garrafal: la extracción de la mitad del oro existente en la Caja de Conversión, para pagar intereses de la deuda externa. En un mundo en que ningún país que se respetara cumplía con sus compromisos financieros internacionales, era verdadera locura despojarse del oro que se tenía como última reserva, para salvar la cara ante los acreedores, pero no para redimir la hipoteca que la deuda externa hacía pesar sobre la economía y las finanzas nacionales como una túnica de Neso. Los mismos especialistas locales como Alejandro Bunge, censuraron esa política. No sé si los dirigentes del momento con más audiencia ante la opinión se ocuparon en el problema. Pero tengo la satisfacción de decir que un grupo de hombres asociados en una entidad titulada *Acción Republicana*, integrada por escritores y profesionales liberales, hicimos llegar nuestra protesta, discreta pero firme, ante los poderes públicos. A iniciativa de Rodolfo Irazusta, don Leopoldo Lugones y don Angelino Zorraquín redactaron un memorial

Escaneado con CamScanner

luminoso, que muestra lo que puede hacer la inteligencia asociada a la voluntad esclarecida. Fracasada nuestra acción, el escrito quedó inédito.

En vez de intentar la solución por nuestros propios medios, como lo hacían todos los países civilizados e independientes, Justo intentó buscarla en Londres, con el resultado que pronosticó *La Nueva República* desde 1930: aumentar nuestra dependencia. Como siguiendo el plan ideado en Inglaterra, en 1929, para reparar en América latina los efectos de la crisis mundial, nos dejamos sacar "las enormes cosas para Gran Bretaña" que había anunciado Lord d'Abernon a su regreso de la Argentina. La misión Roca, despachada sin ningún elemento de negociación, fue derrotada en todas las pretensiones argentinas: admitió la reciprocidad comercial pese a nuestro desfavorable balance de pagos, a la vez que le dábamos al acreedor facilidades para remesar sus ganancias, pese a nuestro control de cambios; cedimos el control de la cuota de exportación al comprador, salvo un 15 % teórico, que en los hechos se redujo a menos de un 10 %; nos comprometimos a estancarnos en la economía agropecuaria, mientras Inglaterra se reservaba su derecho a evolucionar hacia el intercambio interimperial, o proteccionismo contra nosotros; admitimos que el capital argentino no podía perseguir fines de lucro privado en la industria elaboradora de la carne, y prometimos trato más favorable del que ya dispensábamos a los capitales británicos supuestamente invertidos en nuestro país.

La acogida que tuvo el tratado Roca-Runciman en la opinión fue una novedad en las relaciones anglo-argentinas. Por primera vez en muchas décadas, importantes dirigentes del país se atrevieron a discutir con espíritu realista los compromisos contraídos por un gobierno surgido del fraude, con el imperio en decadencia que seguíamos creyendo primera potencia mundial, sin advertir que nosotros éramos uno de sus más fuertes sostenes. La gran prensa misma se alarmó al conocer las expresiones de increíble rendimiento ante los británicos dejadas escapar por los componentes de la misión Roca.

Pero la reacción más vigorosa se produjo en el sector nacionalista de la opinión. Por nuestra parte contribuimos a ello con un libro sobre *La Argentina y el imperialismo británico*, del que sin jactancia podemos decir que inició el revisionismo contemporáneo, tanto en la historia, como en la política y la economía. Por la misma época, el principal experimento de industria ganadera moderna in-

Escaneado con CamScanner

tentado en el país había empezado a dar sus frutos: el frigorífico Gualeguaychú inició la faena de reses vacunas apenas un año antes de firmarse el tratado Roca-Runciman. Hecha la fábrica a crédito en un 90 %, antes de dos años la empresa había pagado gran parte de sus deudas, trabajando únicamente con el tercio de su capacidad de producción, porque su cuota era insignificante, y el ministro Duhau no quiso aumentarla, dándole parte del 11 % que el tratado de Londres permitía fuese manejado por ganaderos argentinos. Los que asistimos de cerca al proceso por el cual pequeños accionistas, en parte sin relación con el gremio pecuario, juntaron doscientos mil pesos para levantar una fábrica que había de valer millones (hablo de una proporción entre valores intrínsecos), empezamos a ver cómo el capital no es ni más ni menos que trabajo contabilizado. Concepto que entroncaba en el del mejor economista argentino, Mariano Fragueiro (aunque nosotros entonces lo ignorábamos), de que cuando una empresa está bien calculada, el capital está en ella, y no fuera de ella. Idea básica de su libro sobre *Organización del crédito*, preconizado como el instrumento ideal para procurar el desarrollo sin hipotecar el país.

Por la época en que el régimen imperante empezó a manifestarse mejor que nunca tal como era, la reacción patriótica cobró inesperado vuelo. Con diferencia de días, fue en agosto de 1934 que Lisandro de La Torre y Scalabrini Ortiz dieron nuevo vigor al problema central de la economía argentina: nuestra dependencia de la Gran Bretaña. El senador por Santa Fe había impugnado severamente el tratado Roca-Runciman en el Senado (como Repetto en Diputados). Y proseguía su campaña contra la política ganadera del gobierno de Justo, que en nada difería de la de Alvear, en cuyo gabinete había sido ministro de Guerra. Pero su planteo no tenía la misma amplitud que el de nuestro compañero de generación. En su dictamen en minoría de la Comisión Investigadora sobre el comercio de carnes, dejó bien sentado que "no buscaba herir a Gran Bretaña"; y en su discurso de 1934 pidiendo la investigación, parece no creer en las maniobras del monopolio cerealista. Scalabrini en cambio enfocó desde el principio el problema en todos sus aspectos. Pero ambos señalaron auspiciosos síntomas de reacción popular en los elementos de la sociedad afectada por la crisis, uno entre los ganaderos, el otro entre éstos y los agricultores. En el segundo de los dos artículos con que el autor de *Política británica en el Río de la Plata* inició en 1984 su gran investigación sobre el tema, reproduce un

volante que ese año difundieron los campesinos de Roberts, provincia de Buenos Aires:

"El hombre de campo argentino trabajó desde 1930 para alimentar a la cruel sanguijuela de la Nación que es el ferrocarril inglés."

En el primero, aparecido el 4 de agosto de 1934 en *La Gaceta de Buenos Aires,* dirigida por Pedro Juan Vignale y Lizardo Zía, titulado "Una nación sin realidad", habla de la desilusión provocada en los argentinos por la crisis, y el fin del optimismo en que hasta entonces habían vivido; dice que "las leyes argentinas parecen lucubraciones literarias"; y expone la triste situación de un país cuya fortuna pública se halla principalmente en manos de extranjeros no domiciliados. La inconciencia de todos los partidos acerca del problema, le hace escribir:

> "En Yrigoyen se resumían las incipientes ansias de liberación popular. ¿Liberación de que, si nada ostensible encadenaba al pueblo en ese régimen tan liberal exterioridad? El pueblo no lo sabía. Desgraciadamente Yrigoyen tampoco: era un instintivo que obraba a tientas y acertaba y erraba con igual probabilidad. Había adoptado como bandera la libertad política y seguiría proclamándola hasta cuando la libertad política estaba subordinada a la capacidad económica... Poco pudo hacer Yrigoyen a favor del país. Desde el punto de vista de la economía los gobiernos "radicales", tal es la denominación de sus adeptos, no se desemejan en muchos de sus antecesores. La calidad de los nuevos problemas económicos escapaba de la órbita de sus posibilidades."

Aunque el artículo terminaba con una nota favorable a Yrigoyen, por su firmeza en mantener la neutralidad y el fervor popular que lo siguió hasta su muerte, el enjuiciamiento del caudillo y su obra no dejaba lugar a dudas. En el segundo artículo de Scalabrini Ortiz, aparecido en el mismo periódico el 22 de septiembre, precisa los detalles de la expoliación sufrida por agricultores y ganaderos a la vez y recuerda viejos hechos por desgracia olvidados: la absorción de la cooperativa local de teléfonos por la Unión Telefónica, la del tráfico fluvial por la Mihanovich Limited, los privilegios disfrutados por las compañías extranjeras de luz y fuerza, la capitali-

Escaneado con CamScanner

zación de los bancos norteamericanos prestando los depósitos de los ahorristas argentinos, etc., etc.

"El país está en manos de los capitalistas extranjeros —agregaba— "que han obrado subrepticiamente, escudados en sus denominaciones engañosas: Ferrocarril Central Argentino, Fábrica Argentina de Cemento Portland...

"La liberalidad del régimen ha servido para eso. El pueblo comprueba sorprendido que el factor económico que se le enseñó a despreciar, tiene fuerza activa equivalente a un hecho guerrero; que se puede conquistar por las armas y por el dinero. El número y la necesidad individual se han soldado en la constitución de un espíritu: el nacionalismo económico nace en él."

En un tercer artículo, Scalabrini Ortiz se acercaba más al meollo del problema; en él decía que jamás se había publicado en nuestro país un balance oficial de pagos, lo que repito bajo la responsabilidad de nuestro querido compañero. "Los únicos balances de pagos conocidos —sostiene— fueron preparados por la casa bancaria Torquinst, agente en Buenos Aires de prestamistas londinenses." Balances que según Scalabrini disimulaban "las exportaciones invisibles". Había aquí un error de información. Pues José Bianco había establecido un balance de pagos para 1915, del que resultaba que los saldos comerciales favorables para nosotros nos dejaban con un saldo en contra superior al 30 %. El que Raúl Scalabrini había tomado en fuentes extranjeras y nacionales más recientes mostraba que casi dos tercios de la fortuna total argentina, estaba en manos extrañas. "El mito en que se asentaba nuestro optimismo se va disipando", comentaba el articulista. Y con cifras dadas por el ingeniero Alejandro Bunge, probaba que "las pérdidas de nuestra exportación agrícola ganadera alcanzaron a 1.132 millones en 1932", sobre un total apenas superior a dicha suma. "Así —epilogaba nuestro amigo—, en un pueblo exportador de materias alimenticias, puede haber hambre." Desaparecida la *Gaceta de Buenos Aires*, Scalabrini prosiguió su campaña en *Señales*, mostrando el malbaratamiento de nuestras exportaciones, progresivo de año en año, según este cuadro:

Escaneado con CamScanner

Año	Toneladas exportadas	Dólares oro por tonelada	Total en dólares oro
1930	11.027.000	47.00	518.269.000
1931	18.477.000	23.17	418.112.090
1932	15.826.000	20.79	328.620.540
1933	13.776.000	20.69	285.025.600

Pero hasta su folleto de 1936, editado por F. O. R. J. A., sobre la *Política británica en el Río de la Plata,* Scalabrini Ortiz seguía admitiendo (como antes nosotros) que el llamado capital extranjero, principalmente británico, se había invertido realmente en el país. "Supongamos —dice en la página 14, 2ª columna de ese trabajo— que en los primeros años (a partir de 1880) se hubiesen ahorrado 20 millones anuales hasta constituir un capital de 200 millones de pesos oro. Supongamos que esa suma se hubiese invertido en 1885 en las mismas condiciones en que *el capital inglés se invirtió* aquí. Hoy el país tendría un capital propio de 4.209.000.000 pesos oro". Vale decir que a las tasaciones del momento, podrían ser nuestros los frigoríficos, los tranvías, las usinas de luz en capital y provincias, además de una flota mercante de doscientos barcos de ultramar, diez lujosos paquebotes, usinas metalúrgicas en Brasil, minas de cobre en Chile, plantaciones de cáñamo en la India, olivares y fábricas de aceite en Italia y ochocientas toneladas de oro, en la Caja de Conversión. El gran descubrimiento, de que los supuestos capitales británicos invertidos en la Argentina, eran una trampa, no lo hizo Scalabrini hasta acometer la *Historia del Ferrocarril Oeste,* por la que averiguó que el único capital invertido por los compradores del primer ferrocarril argentino era el millón de pesos que necesitaron para "promover el negocio": *for promotion.* Fijado el precio de la compra-venta en algo más de ocho millones de libras esterlinas, se dedujeron de él las sumas de tres empréstitos que pesaban sobre el ferrocarril, por casi cinco millones de libras, cuyos servicios de amortización e intereses haría la empresa compradora. El saldo de alrededor de tres millones de libras, única suma en efectivo que la Western Railway, sucesora del Ferrocarril Oeste, debería pagar al

Escaneado con CamScanner

gobierno de la provincia de Buenos Aires, lo sacó de vender la mitad de la red: un ramal de Luján a Pergamino en dos millones y pico de libras esterlinas, al Central Argentino; otro de Merlo a Saladillo, en más de un millón de libras al F. C. Sud, y otro de Ringuelet a Ferrari en doscientas cincuenta mil libras. Total, que los compradores no invirtieron una sola esterlina. Pero quedaban dueños de quinientos cuarenta y cuatro kilómetros de vía férrea, a un precio admitido de sesenta y cuatro mil pesos oro sellado por cada uno, en capital inglés supuestamente invertido en el país. La primera vez que Raúl Scalabrini expuso este criterio fue en una conferencia dada en el Centro de Estudiantes de Ingeniería de la Universidad de La Plata, el 16 de junio de 1937, editada en folleto de 29 páginas.

De aquí en adelante, la radiografía de la estructura económico-financiera de la Nación Argentina empezó a hacerse con método moderno. La enormidad del despojo sufrido por nosotros, a manos del Imperio, supuestamente amigo, que procedió con la nueva nación como un estuprador con una menor de edad, fue viéndose y apreciándose cada vez mejor, a medida que avanzaba la revisión histórica y política. Con sus trabajos sobre el primer empréstito, los ferrocarriles y Y. P. F., Scalabrini aportó los mayores esclarecimientos a ese desarrollo intelectual.

El nacionalismo, tomada la palabra en un sentido lato, había descubierto por sí solo dónde radicaba el mal del país, la verdadera causa permanente de la crisis. Los que más habían ahondado en el origen de los fenómenos que se ofrecían a nuestros ojos, tenían conocimientos históricos, y de ellos tomaron muchos elementos de juicio: por ejemplo, Scalabrini Ortiz, de las denuncias hechas por Magnasco, Cibils, Emilio Civit, Pera, sobre las trabas opuestas al desarrollo nacional por el capital ferroviario inglés; Rodolfo Irazusta sobre la interferencia del imperialismo británico en la diplomacia argentina, y su derivación en la actualidad. Pero ninguno de los dos conocía el balance de pagos para 1915, establecido por José Bianco en su libro sobre *La crisis. Nacionalización del capital extranjero*, ni el origen espúreo de la hipoteca que la finanza internacional había trabado sobre los bienes del país, sobre las fuentes de la riqueza argentina. Hallada la clave, fue fácil hallar todos los testimonios dejados por los mejores argentinos, de sus protestas contra esa situación. Pero lo mejor estuvo en que esa clave le permitió interpretar el futuro en gestación, como peor que todo lo que se había vivido hasta entonces.

Escaneado con CamScanner

XXI

EL ESTATUTO DEL COLONIAJE

En cumplimiento del pacto Roca-Runciman, el gobierno de Justo inició una seudo reforma de la economía y las finanzas nacionales. Más que benevolencia para los capitales británicos, había que entregar a los ingleses la dirección económico-financiera del país. Dije en otro lugar, sobre la base de datos confidenciales que se me proporcionaron de muy buena fuente, que desde 1912, la casa Baring buscaba un argentino influyente, tanto en el Congreso como en la presidencia de la República, que figuraría como asesor, con un gran sueldo mensual, pero que no asesoraría nada, sino que recibiría órdenes de Londres cuando se realizaran negociaciones anglo-argentinas. Tentativa fracasada en aquella época lejana, por la negativa de la firma bancaria que, aunque aparentemente independiente de la casa británica, dependía de aquélla, pero no se atrevió a correr el riesgo de que la maniobra quedase en descubierto. Lo que osó el imperialismo inglés bajo la administración de Justo fue algo mucho más ambicioso: legalizar la dependencia de hecho en que estábamos respecto de nuestro principal acreedor, por medio de las leyes que nuestra generación llamó el "estatuto del coloniaje".

El primer paso dado fueron las leyes económico-financieras de 1933 a 1935; el segundo, la coordinación de transportes, y el tercero, la prórroga de la concesión de la CADE. No vamos a historiar esos tres episodios de la presidencia Justo, sino a desprender el sentido de su política. No daré importancia a los hombres, pues luego de la renuncia de Hueyo la tendencia siguió siendo la misma siempre, a pesar de diferencias en los detalles. Y toda ella se desarrollaba como consecuencia del tratado Roca-Runciman, instrumento diplomático que, según jurisprudencia aceptada en el país, era complemento

Escaneado con CamScanner

de la Constitución nacional. De lo que se trataba era de contrarrestar el movimiento de la época, favorable a nuestra emancipación económica. El desarrollo del automotor amenazaba a los ferrocarriles, con formidable competencia. El desarrollo industrial, favorecido por la guerra, robustecía nuestra posición en las negociaciones anglo-argentinas eventuales. La primacía norteamericana en el mercado comercial y financiero de todo el mundo, orientaba nuestras compras y nuestro crédito público (hasta entonces abastecido por plazas extranjeras) hacia los Estados Unidos. Por último, la inflación alemana había provocado enorme expansión de las exportaciones de aquella gran potencia industrial, que año tras año ganaba terreno en Hispanoamérica, y especialmente en la Argentina.

Los empréstitos llamados de "desbloqueo" le dieron al gobierno de Justo un alivio financiero, con los trescientos veinticinco millones de pesos en que se transformaron las ganancias de varios años acumuladas por los capitales británicos invertidos en el país (ya sabemos cómo). Pero a los ingleses les aseguraron la estabilidad de esas sumas bloqueadas, pues quedaron fijadas en su valor metálico, en el momento que nuestro gobierno empezaba a desvalorizar la moneda. Una de las bellezas del arreglo, ponderada por sus panegiristas, consistió en lograr de los prestamistas una postergación de las amortizaciones para después que hubiese terminado el período del gobernante que arrojaba sobre los argentinos la carga de un empréstito innecesario, a no ser para desahogo del Tesoro: práctica que tenía antecedentes en la historia de la deuda argentina, y que en adelante sería continuada por todos los gobiernos, hasta llegar al colmo en los últimos tiempos.

La revalorización del oro fue otra de las grandes reformas monetarias. Antes de que el flamante ministro de Hacienda, sucesor de Hueyo, asumiera en el congreso el papel de mago, o Pitt el Joven, que nos iba a hacer ver lo que va de la oposición al gobierno, habían llegado de Londres los buenos consejos de que ya no quedaríamos libres en adelante. El *Financial News* de mayo de 1934 escribió:

> "Hemos ya expresado que la Argentina posee la facultad de exportar oro. La Caja de Conversión posee actualmente un depósito de oro metálico por valor de 256.922.668 dólares, lo que constituye un respaldo de 44 % sobre la emisión circulante, mientras que la tasa normal es de 40 % y la mínima revisada del 35 %.

Escaneado con CamScanner

> "Si, por consiguiente, el gobierno argentino consintiera en rebajar a esta última tasa la cobertura oro de la emisión circulante, obtendría una importante suma de oro, aún desprendiéndose de 47.000.000 de pesos oro, que sería más del 60 % del servicio normal de su deuda externa."

Si los aventureros navegantes que entonces tripulaban la nave del Estado argentino resistieron al canto de la sirena británica en lo que se refería a un mayor traslado de oro para pagar la deuda externa, cedieron en lo que respecta a su revaluación. Con lo que se hicieron de recursos por setecientos millones de pesos.

Por las leyes financieras destinadas a proteger la agricultura y la ganadería, se le sacó al campo, en diferencias de cambio, casi doscientos millones en pesos de veinte centavos oro cada uno, en menos de un lustro. Recursos que fueron a rentas generales, en lugar de fecundar el agro, que así fue sostenido como la cuerda al ahorcado.

Por las que reformaron el sistema monetario, basado en la Caja de Conversión, para sustituirla por un Banco Central, en cuya dirección se dio intervención al capital privado extranjero, se quitó el rígido *plafond* de las emisiones en moneda papel, que la ley anterior condicionaba al ingreso de oro en las arcas de la vieja institución. Según De la Torre (*Diario de Sesiones* del Senado del 21 de marzo de 1935) el proyecto autorizaba "una emisión posible de cinco mil ochocientos millones, notoriamente superior a las exigencias del mercado". Contestando a la réplica de Pinedo: "No se va a emitir", el gran parlamentario dijo:

> "Admito que el gobierno actual no tenga la intención de emitir; pero ¿sabe acaso el Sr. Ministro qué gobierno va a suceder al actual? ¿Sabe acaso... qué gobiernos van a suceder después al que suceda al actual? ¿Y no teme por la suerte del país, que mañana alguna de esas situaciones futuras use esta autorización ilimitada que él propicia y emita 5.800.000.000 de pesos, redescontando cualquier clase de papeles?"

Luego de comentar el fallido anuncio ministerial, de que sus correligionarios iban a ganar las elecciones de Entre Ríos, don Lisandro agregaba:

Escaneado con CamScanner

"Los cálculos electorales del Sr. Ministro de Hacienda son tan erróneos como sus cálculos financieros. Siempre está seguro de lo que no va a ocurrir *(Risas)*. En la Cámara de Diputados lanzó una especie de clarinada, una especie de ruego emocionado a los representantes de todos los partidos existentes, para concurrir unidos a impedir el triunfo posible de hombres a quienes llamó «de otra civilización». Pongámonos en el caso de que esos hombres «de otra civilización», trogloditas o negros del Africa Central, lleguen al gobierno y sean emisionistas. ¿Por qué les allana el camino imprudentemente? ¿Por qué no los deja que tengan mañana que afrontar ellos a la Nación, votando una ley que los autorice a emitir 5.800.000.000?"

No tuvo Pinedo que esperar hasta el advenimiento al poder de hombres "de otra civilización", para ver cumplido el anuncio de su impugnador. Sus propios correligionarios de la Concordancia, asesorados por el mismo Prebisch que a él le llevaba la mano para trazar sus palotes financieros, decretaron cinco años más tarde, que las emisiones de moneda papel argentina representaran el valor de las exportaciones a Gran Bretaña, que no estuviese cubierto por los intereses de los capitales británicos supuestamente invertidos en la Argentina. Así los sucesores de Pinedo, como él mismo cuando volvió a ser ministro de Hacienda en 1940, más que duplicaron la emisión de 1935, antes de que la revolución de 1943 los desalojara del poder que usurpaban. Y los revolucionarios, con el mismo asesoramiento que Pinedo, siguieron emitiendo, hasta llegar en 1945 a una cifra de emisión próxima a la calculada por el senador de la Torre: cuatro mil quinientos millones, en vez de cinco mil ochocientos millones de pesos. Parecerá suspicacia excesiva decir que el tope establecido por el gran tribuno había sido imaginado por los asesores británicos de los asesores financieros de nuestros gobiernos, para financiar el pago de los suministros argentinos de guerra con nuestra moneda. Pero si reflexionamos sobre la esmerada preparación para la guerra en la conducción nacional británica desde 1935, no podemos sino conjeturar lo que podían estar seguros de hacer con un país sin clase dirigente digna del nombre, al que por eso manejaban a discreción.

Por la ley que creó el Banco Central se quitó al Banco de la Nación, la función de respaldar con crédito a ciertas industrias na-

Escaneado con CamScanner

cionales, como por ejemplo los ingenios azucareros del Norte y los frigoríficos de la Mesopotamia (Gualeguaychú y Concordia), obligando a los industriales criollos a caer en manos de los prestamistas privados, es decir de la finanza internacional. Por si eso no bastara, la práctica fue en algunos casos peor que la teoría. Cuando la fábrica Ballester Molina produjo el automotor nacional con máquina Diesel, enteramente indígena, y mejor que las importadas, el ministerio de Hacienda, dirigido por el reformador, invirtió el arancel del hierro, que gravaba con cincuenta centavos el kilo en bruto y con cinco pesos el kilo elaborado, para gravar con cincuenta centavos el kilo elaborado y con cinco pesos el kilo en bruto.

La ley de coordinación de transportes y la ordenanza municipal que prorrogó la concesión a la C.A.D.E. completaron el estatuto del coloniaje.

La primera creó la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires. El organismo, deliberadamente mal planteado, no sólo constituía una iniquidad al quitar a los unos su legítima fuente de ingresos, para dar a los otros una ganancia abusiva, sino en que los despojados colectiveros, eran pequeños artesanos, criollos o extranjeros, pero todos radicados en el país, el fruto de cuyo negocio quedaba íntegro entre nosotros, mientras los favorecidos por el cambio eran, en su mayoría, tenedores de títulos extranjeros, cuyos cupones de renta debían pagarse con exportación de divisas. Y así toda la utilidad que debía producir legítimamente el trabajo de transportar a los habitantes de la Capital Federal, en vez de volver al torrente circulatorio de la economía nacional, por medio de los gastos que el colectivero bien remunerado realizaba al mantener una familia de pequeña burguesía, se sustraería de aquél, para irse al exterior, dejando al obrero conductor del transporte en un nivel de vida inferior, en la imposibilidad de formar una familia, o de afincar la que se atreviese a formar como proletario, y ya no como el artesano, dueño de su herramienta de trabajo que era hasta entonces.

Pese al planteo, absurdo y abusivo, no le habría sido imposible a la Corporación marchar con cierta regularidad, si no hubiese descuidado toda idea de progreso y eficiencia técnico-administrativa. Claro está que aquella desidia era consecuencia del germen nocivo que traía de su vicioso origen. Una coordinación hecha para mostrar benevolencia a los capitalistas británicos, y no para mejorar los transportes, como se lo había pretextado, no podía organizarse con miras de servicio público, sino de exclusivo lucro particular. Y así

Escaneado con CamScanner

la tendencia administrativa que se dio a la institución debía ser igualmente irracional.

En consecuencia no sólo se hizo pesar sobre sus finanzas los muchos millones que por intereses de los capitales abultados gravitaban sobre el negocio, sino que además éste se desarrolló según los peores métodos de explotación capitalista, dentro de un consorcio económico-financiero cuyos componentes eran a la vez tenedores de los títulos de la Corporación, y de quienes controlaban a la C.A.D.E y a C.A.T.I.T.A., empresas que suministraban a aquélla la energía eléctrica y los repuestos industriales y el trabajo técnico requerido por su material rodante. Y como pasa en todos esos consorcios, que no se organizan para beneficio de las colectividades, sino para la mejor explotación de los más por los menos, los gastos de explotación son abultados en exceso por una mayoría de administradores que ordenan en una empresa las compras con las que se beneficiarán en otra como vendedores. Empresa *sui-generis,* monopolio de servicio público pero de capital en su mayoría privado, la Corporación acumuló inconvenientes del estatismo industrial y de la concentración capitalista sin las ventajas de ninguno de los dos sistemas, porque ambos operaban falseados. Si el monopolio hubiese sido puramente estatal, el costo de producción habría podido llegar a ser, por la burocracia, tan abultado, o más que el de aquella empresa, pero no habría dado pérdidas mayores, pues no habría existido en el origen el escandaloso aguamiento de capitales, sobre cuyo producido se debía medir el rendimiento de la explotación comercial; el despilfarro burocrático habría redundado en beneficio de empleaditos criollos y no de tenedores de títulos extranjeros. Si hubiese sido enteramente privado, sin interés garantido, los capitalistas o sus administradores habrían tenido mayor cuidado por la eficiencia técnico-administrativa, pues el éxito del negocio habría dependido exclusivamente de su buen planteo, y no del eventual apoyo del Estado.

Así, ese monstruo desventajoso e híbrido, creado para coordinar los transportes de la urbe, le dio a la ciudad inventora del mayor progreso mundial contemporáneo en materia de tránsito urbano (el colectivo) el peor servicio conocido. La mayoría de sus congéneres de los países civilizados habían eliminado casi totalmente el tranvía de las calles céntricas, relegándolo al suburbio y la comunicación interurbana, cuando Buenos Aires aún lo conservaba metido en su riñón, donde envenenaba su sistema circulatorio; y todas las grasas de sus restantes órganos afines se gastaban en mantener al enfer-

Escaneado con CamScanner

mo. Pero esa enormidad no adquiere todo su relieve hasta que no se examina la historia del colectivo. Este no era una novedad en cuanto automotor, pues ya el ómnibus se conocía en todas partes, y su desarrollo había permitido a Londres y París modernizar su tránsito céntrico, eliminando al rígido tranvía. Pero el taxímetro convertido en microómnibus, capaz de trasladar al pasajero a una velocidad media entre la del taxi y la del ómnibus, por una tarifa de transporte en común y no de viaje individual, era una creación genuinamente criolla. De un expediente de emergencia, adoptado para enfrentar la crisis de 1930, el ingenio porteño había sacado un nuevo medio de transporte urbano, de los más aptos para resolver los problemas de la aglomeración en las ciudades modernas y para trasladar en común a los pasajeros, a la mayor velocidad conciliable con la baratura. Pero la inventiva criolla no se había detenido ahí. Había sabido organizar el servicio prestado por aquel originalísimo medio, en una institución de pequeños capitalistas autónomos, que eran a la vez obreros, con la misma regularidad que una sociedad anónima de gran poder financiero pero sin el característico gigantismo administrativo de ese tipo de empresas, reducía al mínimo el costo de explotación. La eficiencia del organismo como servidor del público no tenía ese reverso de la concentración capitalista, al parecer indispensable a tal clase de servicio, que es la proletarización del trabajador en la industria moderna y la entrega exclusiva de las grandes explotaciones a la fortuna anónima y vagabunda.

La prórroga de la concesión de la C.A.D.E. fue el escándalo más revelador del "estatuto del coloniaje". Por lo que acabamos de decir sobre las relaciones entre las empresas de servicios públicos para el transporte y el alumbrado, podemos imaginarnos lo que era la C.A.D.E hacia 1936, cuando se le prorrogó la concesión. Desde sus remotos orígenes fue cifra y compendio del monopolismo. Cuando aún era la Compañía Alemana de Electricidad (antes de obtener la exclusividad de alumbrar a Buenos Aires), había celebrado un convenio con la General Electric, repartiéndose zonas de influencia, como si los mercados consumidores fuesen bienes mostrencos:

> "La Compañía Alemana de Electricidad de Berlín y la Compañía Eléctrico-General —estipulaba el arreglo— limitan geográficamente su radio de acción, cada una dejando a la otra sobre sus dominios, los beneficios de sus patentes y de sus experiencias. La Compañía de Electricidad de Berlín guar-

Escaneado con CamScanner

dará para sí el dominio absoluto de la Alemania, Luxemburgo, Austria-Hungría, Rusia europea y asiática, Finlandia, Holanda, Bélgica, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Turquía y los Estados Balcánicos. Se concluirán arreglos y convenios con las compañías filiales establecidas en Europa para el resto del mundo comprendiendo la América del Sud, en la cual las dos compañías trabajarán de acuerdo." (Revista *Estudios*, t. VIII, 1904, cit. por Ernesto de la Cárcova, en su discurso contra el proyecto de entregar el suministro exclusivo de luz eléctrica a la C.A.T.E.)

El pintor de los desamparados, y gran edil, logró postergar la entrega de la concesión hasta 1907. Compradas todas las usinas de electricidad que funcionaban en Buenos Aires (y que hacían buenos negocios, pese a estar en competencia), la empresa concesionaria C.A.T.E. pasó en 1919 a poder de los ingleses, como botín de guerra, aunque bajo la apariencia de filial de un *trust* financiero internacional, la S.O.F.I.N.A., con domicilio legal en Bélgica, pero que responde a las directivas del imperialismo económico británico. Dicho consorcio compró en 1929 la mayoría de las acciones de la Primitiva de Gas, amenazada de quiebra por el adelanto de la electricidad. "La S.O.F.I.N.A. —dice Jorge del Río (*El problema de la electricidad*, Cuadernos de FORJA, octubre de 1938)— adquiere el servicio público de gas, para liquidarlo; pero al mismo tiempo, para poderlo vender bien a la Municipalidad al fin de la concesión." Con el cuasi monopolio de la energía en el Gran Buenos Aires, la C.A.D.E. llegó a obtener ganancias tan enormes, que en 1929 alcanzaron casi a la mitad de las entradas del gobierno argentino: novecientos millones de pesetas. Tan suculento negocio no podía ser abandonado por los avisados dirigentes del *trust*. Y con anticipación de veinte años, no debieron esforzarse mucho para arrancar a un régimen podrido la prórroga de la concesión, que caducaba recién en 1957. En una sesión de veinticuatro horas, una mayoría compuesta por conservadores, radicales y concejales de otros pequeños partidos (menos los socialistas), el Concejo Deliberante de Buenos Aires se vendió a la C.A.D.E. *(Investigación Rodríguez Conde)*. Este episodio, que mostró a la infame sociedad como la cohechadora de los dirigentes argentinos, y como principal instrumento de la finanza internacional para dirigir a nuestros gobiernos como a dependientes feudales de un superestado extranjero, pareció la culminación de su poderío, más

Escaneado con CamScanner

allá de la cual no llegaría jamás. Nos estaba reservado ver cosas peores.

Una prueba congruente sobre lo que era el régimen, su modo de operación, la forma en que lograba que los políticos, de cualquiera de los partidos, abandonasen las posiciones mantenidas en la oposición, la tuvo el país en el debate de las carnes, promovido en 1935 por Lisandro de la Torre. Dijimos antes cuán vigorosa había sido la campaña del senador Juan Ramón Vidal contra el monopolio frigorífico, al punto de pedir en 1924 que se le quitara por ley el derecho a exportar la carne argentina. El caudillo correntino ocupaba, banca de por medio, uno de los lugares más próximos al interpelante de Pinedo y Duhau. Ni so pretexto de sordera senil, podía alegar que no oía las denuncias de su colega, pues el discurso del senador por Santa Fe ocupó varias sesiones, y aparecía día a día la versión taquigráfica. *Mutantis mutandis,* lo que decía de la Torre en 1935, repetía lo dicho por Vidal en 1924. Sin embargo, el precursor no levantó su voz a favor de su continuador; y acompañó a la mayoría en la votación final. De la Torre denunciaba en Duhau una conversión igual a la de Le Bretón, en la oposición denunciante del *pool,* y en el gobierno, su protector. Vidal sabía ya probablemente muy bien que los argentinos ambiciosos, que hubiesen imaginado en el llano medidas para mejorar las cosas nacionales, debían olvidarlas en el gobierno. Pues no tenían derecho a cambiar nada de lo que estaba decidido desde afuera. Y a ese conocimiento ajustaba su conducta, como en adelante veríamos hacerlo a tantos otros seudodirigentes.

Juntas Reguladoras, Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, manejo del cambio para orientar nuestro principal comercio al intercambio angloargentino, en desmedro de Norte América, Alemania y Japón, completaron el estatuto del coloniaje. La obra práctica fue coronada por la teoría, en los discursos de las autoridades que inauguraron el monumento a Jorge Canning, a fines del período. Las expresiones de anglofilia delirante no diferían de las habituales en la casta ignara de esos políticos. El nivel intelectual de los dirigentes nacionales había descendido mucho, desde Indalecio Gómez y Zeballos para acá. Pero los trillados lugares comunes adquirían, al trasluz de la experiencia, un sentido impensable en épocas anteriores.

Escaneado con CamScanner

XXII

LA ARGENTINA PAGA LA GUERRA INGLESA

La carrera a la ruina, al sometimiento por lentas etapas, era imperceptible, sin embargo. Hasta el estallido de la segunda guerra mundial, pese a todos los errores cometidos por los gobernantes de la llamada *década infame,* que no robó su nombre; pese al compromiso de no permitir a los argentinos perseguir fines de lucro privado en la industria frigorífica, a la coordinación de transportes, a la prórroga de la concesión a la C.A.D.E., al comercio orientado hacia Inglaterra con preferencias de cambio, la expoliación no era total. Cobrábamos en Nueva York dólares que nos debían los ingleses por las importaciones de nuestro país que sobrepasaban los réditos de sus capitales supuestamente invertidos entre nosotros; y que nos permitían enjugar el déficit habitual de nuestro comercio con los Estados Unidos.

Porque es imposible parar de golpe el desarrollo de un pueblo vigoroso, de inmensas posibilidades, con los antecedentes que tenía la Argentina, emancipada sin ayuda de nadie, libertadora de pueblos hermanos, única que en Hispanoamérica resistió con éxito la intromisión imperialista anglo-francesa del siglo XIX, irresistible en todo el mundo menos en Norteamérica y en el Plata.

Desde 1928, en que se alcanzó la mayor cifra en el valor de nuestras exportaciones (2.396.608.289 pesos), ésta habíase mantenido en un promedio de mil quinientos millones, con excepción de 1937, cuando las grandes potencias, en previsión de la guerra, pujaron por nuestras materias primas, sobrepasándose entonces los dos mil millones de pesos, aunque sin llegar a la suma del año en que se inició el descenso de la curva económico-financiera. Los presupuestos, en cambio, habían ido subiendo de año en año, salvo en los

dos de la segunda presidencia de Yrigoyen, y en los tres posteriores a la revolución de setiembre, durante los ministerios de Enrique Uriburu y de Alberto Hueyo. Los déficit aparecieron en 1937, pese al notable aumento en el valor de las exportaciones. Los manejos financieros de Pinedo dieron a Justo los mayores recursos fiscales en el menor tiempo acumulados por un solo gobierno. Pero ellos no sirvieron sino para desahogar las finanzas oficiales. La obra pública más importante de que se pudo jactar el hacendista fue principalmente la de los caminos pavimentados. Pero la red fue planeada de modo irracional. En vez de coordinarla con la de los ferrocarriles, para completarla, dando acceso a ella a las regiones que no lo tenían, sigue las mismas líneas troncales. Trazado que pudo favorecer una política destinada a jaquear el seudocapital extranjero invertido en ferrocarriles, para nacionalizar las compañías privadas (ideal de Civit en 1900), y suspender el drenaje anual de renta exportada; pero insensato, por la benevolencia prometida a los inversores extranjeros. Después de la coordinación otorgada al riel inglés, la red caminera no podía ser otra cosa que obra de turismo, fomento de importaciones inútiles y exportación de divisas, pues el aumento del consumo de nafta beneficiaba a Shell y Esso, luego del arreglo que les dio mayor parte del mercado que a Y.P.F. El resultado de las administraciones septembrinas era desastroso. El gobierno pagaba los sueldos al día, gastaba el dinero a manos llenas, en obras públicas de brillo y ornato, o de soborno político; se instalaba cada vez con mayor lujo en su capital; se jactaba de su desahogo financiero y del aumento de las exportaciones, como del fruto de su mágica habilidad. Pero no era más que apariencia. Ya vimos de dónde procedieron los ingentes recursos: las diferencias de cambio (despojo a la producción agropecuaria); el desbloqueo de las ganancias extranjeras retenidas por el control de cambios; revalorización del oro, la operación más inescrupulosa jamás intentada por ningún gobierno anterior; y a la orientación del ahorro nacional hacia los papeles públicos, lograda gracias a la apariencia del desahogo, y al premio dado a los títulos a expensas de la producción.

Lo que no significa que ésta se hubiese detenido en absoluto, sino que su desarrollo, trabado por la política oficial, era más lento y trabajoso del que habría sido natural en un país como el nuestro, de inmensas riquezas actuales y mayores posibilidades futuras. Hacia 1937, las exportaciones aumentaron en volumen y en valor. La extracción de petróleo pasó de un promedio de seiscientos cincuenta mil

Escaneado con CamScanner

toneladas anuales entre 1922 y 1925, a dos millones y medio de toneladas en 1936, aunque este índice de nuestro desarrollo estaba deslucido por la consideración de que mientras antes de 1930, el ente oficial producía un tercio más que las compañías privadas, después del 30 ocurrió al revés, gracias al arreglo con los monopolios extranjeros, beneficiados con la mayor cuota del mercado interno. Los cultivadores del algodón aprovecharon las restricciones que los yanquis se impusieron con el New Deal, para cortar la crisis de superproducción, y llegaron a trabajar más de cuatrocientas mil hectáreas en 1936, contra doce mil, veinte años antes. La elaboración de la materia prima produjo el 50 % de lo que antes importaba en el ramo del tejido; si hasta entonces la Argentina elaboraba la cuarta parte de la lana exportada, no fabricaba ni una tricota ni un par de medias, y los tejidos de algodón y de seda se importaban de Inglaterra, Alemania y Francia. En la época a que hemos llegado, la industria local abastecía las necesidades del mercado interno en un 80 %, cuando antes no llegaba al 20 %. Un observador extranjero veía el punto débil de esta evolución en la falta de un ahorro nacional "bien distribuido", para financiar el ulterior desarrollo industrial, o para hacer frente a eventuales vicisitudes. Pronto se vería la cuantía de los capitales acumulados por los ahorristas locales. El mal estaba en la falta de conciencia inversora. Pero ésta dependía, más que en la época que Plaza exhalaba la misma queja, de la educación económica del argentino, quien al ver al Estado proteger a la moneda y los bancos, y controlar estrechamente la industria y la producción agropecuaria, no podía orientar sus inversiones sino hacia los papeles públicos. En parte, aquella evolución favorable se debía a las industrias europeas y norteamericanas que "habían transportado al suelo argentino la fabricación de productos antes importados". (M. Lekwandowski, en *Revue des Deux-Mondes,* 15 de mayo de 1937.)

Muy luego quedó patente hasta qué punto los británicos se consideraban no sólo tutores, sino dueños de nuestra economía. Uno de los principales factores determinantes de la prosperidad argentina en las postrimerías del gobierno de Justo fueron las compras alemanas en previsión de la guerra, a que antes aludimos. En 1936 se concertó un importante tratado de trueque, argentino-germano, de cereales por máquinas. Al expirar en 1939, fue renovado en términos similares al anterior. Los periódicos londinenses especializados en la materia pusieron el grito en el cielo, diciendo cosas reveladoras; la

Escaneado con CamScanner

revista *The Statist*, en artículo titulado "¿Qué esperamos?", expresaba:

"La Argentina es un gran país, con una población relativamente pequeña. Tiene productos esenciales y espera vender su excedente al extranjero para pagar los intereses de las deudas contraídas en Europa y comprar productos manufacturados, de los cuales tiene necesidad.

"Es necesario no perder de vista que la actual economía argentina es la consecuencia de una acción deliberada de nuestro país. En el siglo pasado, nuestros banqueros y comerciantes llegaron a la conclusión de que los productos alimenticios que antes obtendríamos en su mayor parte en los Estados Unidos resultaban anormalmente caros. Se preocuparon entonces, con un propósito deliberado, de encontrar un país que pudiese suministrarnos los productos a precios relativamente más bajos. En las llanuras del Plata encontraron ese país y se suministraron los capitales necesarios para proveer a la Argentina de los medios de transportes que le permitiesen enviarnos los productos alimenticios que necesitamos.

Económicamente, la Argentina es, en gran parte, lo que hemos hecho de ella."

Ya sabemos en qué consistió el suministro de capitales para los transportes argentinos: sumas en efectivo, para *promover el negocio* de comprar por nada las fuentes de riqueza creadas por nosotros. Pero no por eso era menos cierto que por el influjo sobre nuestros gobernantes, los ingleses habían hecho de la Argentina lo que era: su coto de caza. Esto surge más explícitamente de un artículo publicado por *The Times*:

"Hasta ahora —decía— la Argentina había evitado el engaño de estos acuerdos de trueque, y su reciente *lapsus* es ciertamente excusable dadas las dificultades que tiene para dar salida a las grandes cantidades de trigo, acumulado en sus depósitos. Por otra parte, debe tenerse en cuenta el hecho de que la Argentina no ha podido comprar en Gran Bretaña (por no permitírselo el acuerdo de cambios, basado en las exportaciones de los diferentes países). No deja por ello de ser lamentable que haya tenido que recurrir a otro país para ha-

Escaneado con CamScanner

cer compras, privando así a los exportadores británicos de transacciones por 825 millones de libras esterlinas, sobre todo cuando la medida ha significado apartarse de la ley según la cual todos los contratos del gobierno deben estar sujetos a licitaciones. Si este acuerdo de la Argentina con Alemania puede ser excusable como hecho aislado, no debiera repetirse ni aumentar en gran escala...

Gran Bretaña no puede permitirse el lujo de ver sus intereses en la América del Sur compartidos con otros, o disminuidos en beneficio de terceros. *Para evitarlo, deberá adoptar todas las medidas que sean necesarias.* (*La Nación*, de Bs. As., del 11 de abril de 1939.)

Nunca se dijo en Inglaterra con tanta claridad que la libertad de comercio, proclamada como uno de los beneficios que daba al mundo, era una mentira.

No podemos afirmar si, de no estallar la guerra europea en 1939, la Argentina se habría abstenido de "repetir" los tratados de trueque con Alemania, para no contrariar las indicaciones británicas. Ni tampoco, si entre "todas las medidas necesarias", para evitarlos, se debe incluir la declaración de guerra. Lo cierto es que ésta interrumpió aquel bilateralismo argentino-germano, que tanto disgustaba en Londres, como allí agradaba el bilateralismo anglo-argentino.

Mas podemos darlo por descontado, pues al estallar inmediatamente la segunda guerra mundial, se tuvo una prueba mayor del dominio británico sobre nuestros gobiernos. ¿Qué hicimos para afrontar la emergencia? ¿Cómo nos preparamos a negociar la venta de nuestros productos a los beligerantes que los necesitarían más que en tiempos de paz, como indispensables suministros de guerra? En vez de imitar a nuestros modelos constitucionales, los yanquis, que compensaron exportaciones por capitales europeos invertidos en Norte América, abrimos a los aliados un crédito ilimitado, a expensas de nuestra moneda, que gracias a la reforma de Pinedo se iba a emitir en la cantidad necesaria para representar el valor de nuestros envíos a Inglaterra durante cinco años, desvalorizándose. Como en tiempos de Yrigoyen: la rutina, la negativa a aprovechar la experiencia.

Ahora no se podía decir que no la había. Los norteamericanos, que en la guerra de 1939 a 1945 habían de dar una de las mayores muestras de su espíritu experimental en política, nos señalaban el

Escaneado con CamScanner

camino desde el comienzo de las hostilidades. A la inversa de la ocasión anterior, cuando luego de decidir la contienda se desentendieron de sus consecuencias, fueron ahora más intervencionistas precisamente después de la lucha. En vez de librar la economía al *laissez faire*, como en la posguerra anterior, cayendo en la crisis de 1933, la dirigieron para evitar un desastre similar. Así, desde la apertura de las hostilidades, en vez de otorgar crédito ilimitado a Inglaterra y Francia (como en el conflicto anterior, con lo que se había creado el problema de las deudas interaliadas, que envenenó la posguerra), Roosevelt obligó a los beligerantes a pagar los suministros con sus inversiones en Norte América, por la ley de *Pague y lleve,* antes del generoso *Préstamo y arriendo,* el cual sin embargo reservó al prestamista la dirección financiera del mundo para después de la contienda. Así recuperaron los yanquis fuentes de riqueza por valor de cinco mil millones de dólares adquiridas por los británicos en siglo y medio de relaciones económico-financieras anglo-americanas. Y su ejemplo fue aprovechado por todas las colonias inglesas y por la mayoría de los países semicoloniales, para redimir las hipotecas que gravaban los bienes ultramarinos en beneficio de los prepotentes insulares; con excepción de la Argentina, el *sexto dominio,* como era llamado en el mundo, con aquiescencia de altos dirigentes de nuestro país.

Más anglófilos que canadienses, australianos y neozelandeses, nosotros decidimos no cobrar nada por nuestras exportaciones, ni oro (como en la primera guerra mundial) ni títulos de seudoinversiones existentes en el país, sino arruinar nuestra moneda, emitiendo los billetes necesarios para representar el valor de lo que exportábamos. No queda rastro en los registros diplomáticos del compromiso contraído por quienes asumían, gracias al derecho del fraude, la responsabilidad de perder otra ocasión dorada. No figura en la *Colección de los tratados* de la Nación con las potencias extranjeras, la última de las cuales se hizo en tiempos de Perón. Mas quedan huellas del estupro en documentos diplomáticos norteamericanos.

Estos negociaron con nosotros un tratado en cuanto empezó la guerra en Europa. Querían aprovechar la circunstancia para aumentar su comercio en la Argentina, a la que suponían obligada a cambiar de mercado abastecedor, mientras Inglaterra, empeñada en la producción bélica, no pudiera seguir con nosotros su intercambio de manufactura y exportaciones invisibles por frutos argentinos. Pero el arreglo tropezó de inmediato con obstáculos formidables. Un in-

forme del embajador Armour al Departamento de Estado, a principios de 1940, dice:

"Que los británicos no entendían perder a la Argentina como mercado para sus artículos, pronto resultó evidente. A su regreso de Gran Bretaña en la primera parte de nuestras negociaciones, el presidente de la Cámara Británica de Comercio local, mayor William A. Mac Callum, hizo la enfática afirmación de que Gran Bretaña pensaba seguir conservando a la Argentina como mercado, pero que a este fin los representantes británicos locales no podían contar con pleno apoyo de su gobierno.

"El camino que parecía ofrecerse a la Argentina estaba claramente indicado. Estaba en fuerte posición. Más que nunca Gran Bretaña necesitaba la carne y el trigo argentinos, en particular la primera. Mientras naturalmente la Argentina seguiría comprando lo que necesitaba de Inglaterra y lo que ésta pudiera darle, no parecía sino muy razonable que quedara en libertad de emplear su balance comercial favorable para comprar en otra parte, especialmente en los Estados Unidos. *Es difícil decir hasta qué punto la Argentina defendió su posición en este respecto*. Se sabe que cierta forma de acuerdo temporario sobre bloqueo de la esterlina estaba firmado, y debía expirar el 23 de enero de 1940. Un funcionario de la embajada británica le afirmó a un miembro del personal de la embajada, el 21 de setiembre, que *el gobierno argentino (queriendo tal vez decir el Banco Central) había él mismo sugerido al Gobierno Británico bloquear los saldos en esterlinas*. Como lo sabe el Departamento de Estado, en cierto momento de las negociaciones se discutió, informalmente, con algunos miembros de la sub-comisión argentina, la posibilidad de lograr nuestro apoyo para tratar de persuadir al Gobierno Británico que adoptara una posición más liberal en el asunto. De hecho uno de los delegados argentinos sugirió que nosotros pidiésemos detalles acerca del estado de su acuerdo con los británicos, requerimiento que se hizo sin formalidad, pero no se recibió ninguna respuesta. También propuso la Embajada la intervención del Departamento (ver telegramas de la Embajada, nº 216 de noviembre 3, 3 p. m., nº 230 de noviembre 21, 10 a. m., y nº 253 de diciembre 4, 8 p. m. 47), mas por razones sin duda sólidas, el

Escaneado con CamScanner

Departamento creyó mejor limitar sus instancias a un pedido, por intermedio de la Embajada de Londres, de informes sobre el estado de la situación. Se recordará que la respuesta de Londres (transmitida a esta Embajada en el telegrama del Departamento nº 223 de noviembre 18ª 4 p. m. 48), aunque de naturaleza algo negativa en cuanto concernía al Gobierno Británico, indicaba que la posición argentina era fortísima si el país deseaba aprovecharla.

Aunque no hay razón para creer que el Gobierno Británico hizo nada directa o indirectamente afirmativo para impedir un acuerdo entre la Argentina y nosotros el hecho de que no llegó a comprometerse en lo que se refería al futuro en lo concerniente a la acción que se proponía desarrollar sobre los saldos en esterlinas que podían resultar de sus grandes compras en la Argentina fue por cierto un factor importante. Ni puede pasarse por alto la llegada a Buenos Aires de un Director del Banco de Inglaterra, Mr. Guy Watson, el 20 de noviembre, durante las negociaciones, como el hecho de que según se dijo se le dio un despacho en el Banco Central de aquí, y de que era consultado en todas ocasiones por el Dr. Prebisch (ver telegrama de la Embajada, nº 16, de enero 10, 6 p. m. 48). Este factor parece tanto más significativo, cuando se tiene en cuenta que fue hacia esta época que la delegación argentina, o aquellos miembros de la misma en más íntima asociación con el Dr. Prebisch empezó por primera vez a dar señales de pesimismo sobre la posibilidad de que nuestras negociaciones fuesen llevadas a una feliz conclusión —pesimismo que pronto se reflejó en el propio ministro de Relaciones Exteriores. (*Foreign Relations of the United States*, vol. V, American Republics, ps. 294-302.)

En este documento (cuya dilatada transcripción excusará el lector en obsequio a su extrema importancia) queda registrado el procedimiento del superestado, en la cocina del gobierno argentino. Como su influencia es clandestina, no puede aparecer a la luz. Precisiones sobre las ventajas que logra, no se pueden dar. No solamente para ser transmitidas a un diplomático extranjero, pero ni siquiera para los responsables de la dirección estatal, ni mucho menos para el público argentino. Si queda constancia escrita del compromiso que contrajimos de arruinar el peso para costear los suministros de gue-

Escaneado con CamScanner

que [illegible] de 1941, sabemos que [illegible] Mas por el documento
bierno argentino (aludiendo al Banco Central con su Prebisch) al gobierno inglés, de congelar los saldos en esterlinas. Medida que si evitaba el aumento del intercambio argentino-estadounidense, también afectaría a nuestra moneda. Pues la congelación iba a afectar nuestros cobros. La maniobra no podía admitirse como indicación del gobierno inglés, so pena de mostrarnos como más vasallos del imperio que las llamadas colonias británicas, que no la habrían admitido, e hicieron lo contrario que nosotros. Ella estaba en la línea tradicional de las operaciones británicas en el Plata, desde que el gobierno de Montevideo mandó la misión de Florencio Varela a Londres, a solicitar la intervención armada de Inglaterra contra Rosas. Lord Aberdeen recibió la sugestión de un rioplatense; pero a éstos se las había sugerido el agente del ministro, comodoro Purvis.

Por añadidura, los ingleses debían proceder con pies de plomo para no malquistar a los norteamericanos (que financiaban con sus préstamos la guerra contra Alemania), quienes, según Liddell Hart, manejaban mejor que nadie el arma económica, y no admitían discriminaciones para su comercio. Cuenta el biógrafo de Maynard Keynes, Mr. Harrod, que su maestro lamentaba haber sido el inventor del control político sobre los préstamos de guerra, método copiado por los yanquis para aplicárselo a Inglaterra. Sin embargo, en lo que concierne a la Argentina, las consecuencias de tal situación no se harían sentir desde el principio. Y con sólo guardar las formas exteriores del respeto a la soberanía de nuestro país, los ingleses podían hacer lo que se les antojaba, incluso impedir un arreglo comercial argentino-norteamericano.

La presencia decisiva de Raúl Prebisch en el episodio, debe retener nuestra atención. Lisandro de la Torre había dicho en el debate de 1935 sobre las carnes, que el gerente del Banco Central era el inspirador de toda la política económica de que se responsabilizaban Justo, Duhau y Pinedo. Dejó asimismo caer esta definición del personaje, cuya verdad inmensa se vería veinte años más tarde: "Su capacidad de estudio y de trabajo es grande y maneja los números con una habilidad tal que les hace decir lo que necesita que digan a los efectos que busca (*risas*), y a menudo se le va la mano. (*Risas*)". A la vuelta de los años se vería que había más motivo para llorar que para reír de esas habilidades. Pero no anticipemos. Y por ahora digamos solamente que el documento citado por nosotros mues-

Escaneado con CamScanner

tra que Prebisch decidía más que el ministro de Relaciones Exteriores y que el presidente de la República, ambos deseosos de arreglarse con los yanquis. Pero a su vez ese "poder detrás del trono", como decía Chatham, obedecía a otro poder más alto, que era el de los directores del Banco de Inglaterra, que tenían despacho puesto en nuestro Banco Central, y a quienes Prebisch "consultaba en todas ocasiones". Y que "lo que Prebisch buscaba", cuando hacía hablar los números a su antojo, era lo que mandaban los representantes del superestado que tenía en la Argentina su mejor colonia, su *provintia nutrix* más desinteresada.

Escaneado con CamScanner

XXIII

LA ALTERACION DEL ORDEN CONSTITUCIONAL NO INTERRUMPE LA CONTINUIDAD DEL REGIMEN

Como no hay mal que por bien no venga, como dice el refrán, aquel enfeudamiento a Inglaterra tenía un lado favorable; en la imposibilidad de mandarnos ni un clavo, nuestro abastecedor monopolista cesó de trabar el desarrollo industrial argentino. No queda rastro de esta decisión, a no ser en los hechos. Si antes se manifestaba la protesta del interés extranjero en cuanto se perfilaba un buen producto manufacturado en el país, desde este momento la industria evolucionará libre de ligaduras aparentes, aunque siempre sometida al dominio eminente del gobierno, bajo la estrecha vigilancia del superestado por medio de sus agentes infiltrados en los cargos ministeriales. Así, por ejemplo, el Dr. Pinedo, ministro de Hacienda de Castillo, que se declaró agente de todas las grandes empresas extranjeras, al defender en el Senado su plan de *nacionalización* de los ferrocarriles privados, fingió ceder a la corriente industrializadora, con su plan de reactivación económica; pero advertía: "Debemos precavernos del error de promover aquellas producciones que tienden a disminuir las importaciones de los países que sigan comprando nuestros productos en la medida suficiente para permitirnos pagar esas importaciones". Este parto de los montes, proponía la solución en un vasto proyecto de construcción de viviendas, que ya había sido propuesto varias décadas antes por Alejandro Bunge; si insuficiente para las necesidades nacionales cuando lo propuso el primer campeón de la industrialización, ahora lo era mucho más. Si relacionamos la recordada declaración del Dr. Pinedo en el Senado, sobre sus vinculaciones con la finanza internacional, con las del Dr. Castillo al nombrarlo, se tendrá un buen indicio acerca de los motivos

Escaneado con CamScanner

de su nueva elección: "Vds. saben" había dicho a los periodistas el vicepresidente en ejercicio, "que tengo muchos amigos calificados y que me habría resultado grato llamar a colaborar conmigo en esta oportunidad, pero he prescindido también de ese orden de satisfacciones íntimas, preocupado por razones más importantes e inspirado en el bien general". (*La Prensa,* 2 de setiembre de 1940.) El agente extranjero que pasaba por indispensable estadista argentino dio uno de los primeros ejemplos de hacer lo contrario de lo que decía, o censurar lo que él mismo había hecho. Así, en el plan de reactivación dijo: "uno de los obstáculos que estorban el desarrollo de ciertas manufacturas, es el sistema de gravar las materias primas con derechos aduaneros más altos que los que gravan los productos fabricados por ellas". Precisamente, lo que él hizo en su primer ministerio con el hierro, cuando Ballester Molina empezó a fabricar automóviles y camiones. Pero su mayor hazaña de 1940 fue autorizar a la compañía del Puerto de Rosario, cuya concesión caducaba en 1942, a llevar su contabilidad a oro, lo que habría obligado al gobierno, según los términos de la misma, a pagarle sesenta millones de pesos, suma con la que se hubiera podido construir otro puerto colosal.

El presidente Castillo se deshizo de su ministro antes de aquella medida funesta; y emprendió una tarea de nacionalización de empresas extranjeras, y creación de entes nacionales, que resolvía problemas de la finanza internacional, como la compra de los barcos del Eje, bloqueados en nuestros puertos desde la declaración de guerra, que ponían bajo nuestras banderas bodegas para enviar a los aliados nuestros abastecimientos gratuitos; o de la Primitiva de Gas, llegada al término de la concesión, y en bancarrota debido a la competencia de la electricidad. Aunque dichas medidas respondían al afán de captar la opinión nacionalista, cuya fuerza pareció irresistible en aquelos momentos, debemos reconocer que en muchos puntos los sucesores del Dr. Pinedo hicieron las cosas como era debido. Así, al crearse la flota mercante del Estado, desoyendo a ingleses y yanquis, que aconsejaban la expropiación lisa y llana (método que tanto les repugna cuando los amenaza a ellos), el gobierno de Castillo negoció tranquilamente con Italia, propietaria de la mayoría de los barcos bloqueados.

Entretanto, la industria fabril había ido cobrando cada día mayor importancia. Las empresas de ese tipo eran en 1935 (cuando vimos que ya habían crecido enormemente respecto del período anterior a 1930) cuarenta mil; en 1941 llegaron a sesenta mil. En 1935

Escaneado con CamScanner

ocupaban a casi medio millón de obreros; en 1941 a ochocientos veintinueve mil. En 1935 los salarios alcanzaron a setecientos treinta y siete millones de pesos; en 1941, mil doscientos ochenta y cuatro. El monto de los productos manufacturados alcanzó en 1935, a tres mil quinientos millones; en 1941, a seis mil trescientos. La industria principal era la de la carne; luego la de la construcción, y después las de energía, petróleo, molinos harineros y fábricas textiles. Pero además hacia esta época ya el país podía fabricar sombreros, zapatos, medias, vajilla, aparatos eléctricos, refrigeradores, lavarropas, radios, coches de ferrocarril y la mayoría de los productos que antes importaba de Europa o Norte América. Y no había proseguido construyendo autos por las trabas que le había opuesto el gobierno, derivando su producción a la fabricación de armas; abastecía al ejército inglés de las *Para Bellum* Ballester Molina.

Ese desarrollo fue el que nos hizo encarar con optimismo la perspectiva de una guerra larga que tanto atemorizaba a los pesimistas profesionales. Desde marzo de 1941 escribíamos en nuestro semarario *Voz del Plata*:

> "La guerra... por larga que fuese, podría favorecernos si encarásemos la reforma fundamental de nuestro régimen económico, desligándolo del comercio intercontinental y llevándolo decididamente hacia el intercambio en el interior y con los países vecinos. Es vergonzoso oír hablar con temor de la crisis que provocaría la duración indeterminada de la guerra con su secuela de males, en un país como el nuestro, lleno de alimentos y de las materias primas necesarias para el vestido, el calzado, el transporte, etc., etc."

Lo que la colectividad no hizo de modo sistemático, guiada por su órgano oficial, sus miembros lo fueron haciendo empíricamente cada uno por su cuenta, ante el asombro de los que por su misión esencial de observadores profesionales de la realidad social estaban en la obligación de prever el desarrollo de los sucesos económicos. Dos años después, *La Nación* apelaba a la noción de milagro imprevisible para explicar el vuelo cobrado por la industria argentina desde 1939 a 1943.

Entretanto, la política seguía tan subalternizada como antes. La explotación que nos hacía e capitalismo internacional, era despiadada y volvía insuficiente el desarrollo. Los frutos del trabajo colectivo

Escaneado con CamScanner

no volvían al torrente circulatorio de la economía nacional, sino en ínfima proporción. No en la medida necesaria para dar empleo remunerativo a las nuevas generaciones, aunque éstas fueran las de un crecimiento vegetativo con bajo índice de natalidad. El proselitismo estaba reducido a la repartija de puestos públicos, en un presupuesto que crecía con frondosidad superior al aumento de los servicios. Los caudillos eran los meros distribuidores del maná oficial.

La evolución industrial mejor orientada debió corregir esos males, hacer cesar el desarrollo insuficiente, para inaugurar una era de recuperación de nuestras fuentes de riqueza. Pero la imprevisión de los unos y el espíritu colonial de los otros hicieron que el esfuerzo nacional no diera todos sus frutos y que el desarrollo siguiese siendo insuficiente. Si hubiese aplicado en la venta de los suministros de guerra, el sistema norteamericano del *pague y lleve* (que también fue, sin el nombre, el de todos los dominios británicos para abastecer a su propia madre patria), la Argentina habría sido desde entonces dueña de todos los capitales extranjeros que se decían invertidos en el país, y el problema económico hubiera cesado de incidir en la política con su característica ponzoña. Por el contrario, lo que debió ser una causa de prosperidad sin ejemplo, de recuperación económica y financiera, de moneda sana y estable, sería una causa de ruina y desorden. El sistema de pago inventado por el régimen, de emitir moneda argentina para representar el valor de las exportaciones a Inglaterra que no se pudieran compensar con los intereses devengados por los capitales británicos aquí radicados, ni con las importaciones procedentes de Inglaterra, caídas a su más bajo nivel, ni en el *clearing* internacional, se elevaron a dos mil millones de pesos, cifra que aumentó en más de una tercera parte la cantidad del medio circulante. La moneda se depreciaba en la misma proporción por esa causa; a la vez que en otra similar, por la continuación de las malas prácticas anteriores, de aumentar los gastos públicos con déficits saldados por letras de tesorería. Y en la medida en que la exportación aumentaba, los artículos que se ofrecían en el mercado interno disminuían para ser demandados por compradores provistos con una masa de billetes de banco cada vez más mayor. Consecuencia: uno de los pueblos más ricos del mundo, en razón de su escasa población combinada con la abundancia y la variedad de sus productos naturales, de la situación geográfica que le permitió mantenerse en paz mientras la mayoría de las naciones se hallaba en guerra, y de la inteligente actividad de sus habitantes, inició una crisis económico-finan-

Escaneado con CamScanner

ciera sólo imaginable en otros lugares como resultado de una derrota militar, seguida de la ocupación extranjera.

La revolución del 4 de junio de 1943 se produjo en medio de ese proceso, y como efecto de las causas antes enunciadas. Entonces unos creyeron que su móvil era resolver el problema; otros que mantenerlo en sus viejos términos por métodos nuevos. Sea de ello lo que fuere, sus errores iniciales harían fracasar sus objetivos reformadores, si los tuvo, ya que como dice Aristóteles, en las fundaciones o en las revoluciones políticas, "el comienzo es la mitad del todo". Para no decir nada de la caricatura de régimen totalitario —estúpida en nuestro país, en las circunstancias contemporáneas, pero que lo era más aún cuando los totalitarismos europeos fascista y nazista, los más imitados, se hallaban empeñados en una lucha de la que ya no podían salir enteros—, ni de la ridícula pretensión de fijar una política para cien años o para siempre, ni de la supresión de los partidos, reformas absurdas y por eso fatalmente efímeras.

Veamos cómo afrontaron los reformadores el problema que primero debió reclamar su atención. En vez de agarrar al toro por los cuernos, le tiraron de la cola. Los ferrocarriles extranjeros, que eran la base del colonialismo económico político, fueron dejados en paz, mientras algunas usinas norteamericanas de electricidad fueron confiscadas en provincias. La C.A.D.E. fue intervenida, para investigar el notorio soborno que pagó el voto de la ordenanza que prorrogó su concesión; pero el no menos notorio soborno que procuró la sanción de las coordinaciones metropolitana y nacional de los transportes, no fue investigado. Tal vez para acallar protestas de los revolucionarios sinceros, uno de ellos fue nombrado interventor en la Dirección de Ferrocarriles. Entonces pudo abrigarse la ilusión de que la revolución impostergable, que no es sino recuperar la llave de la economía argentina, en manos de la finanza internacional, tendría comienzo de ejecución. El nuevo titular de tan importante puesto de contralor, intimó varias veces a las empresas ferroviarias británicas que devolvieran a sus empleados y obreros el producto de los aumentos de tarifas que el gobierno de Castillo les consintiera para mejorar los salarios, y que ya se elevaba a unos sesenta millones de pesos. Pero cuando los patriotas ingenuos abrigaban las mayores ilusiones de golpe las perderían al realizarse la conversación del coronel Perón con Mr. Eddy, de la que éste sacó para los intereses que representaba un nuevo aumento de las tarifas, hasta de un 25 % en ciertos casos, aumento de las ventajas de cambio que las empresas disfrutaban antes

Escaneado con CamScanner

de la revolución, una rebaja en el precio del combustible y la paridad tarifaria con los Ferrocarriles del Estado y el transporte automotor, para evitar la competencia. En Londres se dijo que la noticia de estas concesiones era la mejor llegada de la Argentina en muchos años, y Mr. Churchill ordenó a la prensa inglesa que pusiera sordina a su entusiasmo, para no despertar la susceptibilidad de los norteamericanos.

La radiografía de la revolución quedaba hecha. El decreto del 31 de octubre de 1944 que acordó a los ferrocarriles ingleses las enormes ventajas mencionadas, abundaba en considerandos sobre la necesidad de dar a los empleados y obreros del riel las mejoras de salario que se les había prometido. Al consentir el gobierno que las empresas se quedaran con los sesenta millones de pesos mal habidos, que antes les intimara devolver a sus legítimos dueños y que ahora hacía pagar por el público, revelaba el propósito perseguido en la campaña de justicia social que tan ruidosamente desarrollaba desde hacía varios meses. En los sacrificios impuestos al capital en beneficio del asalariado no se distinguía entre el extranjero y el nacional y resultaba extraño que una revolución "nacionalista" no empezara por exigírselos al primero antes que al segundo, o que prometiendo recuperar las fuentes de riqueza no otorgara al capital argentino absoluta libertad en los incentivos particulares que debían colaborar en la empresa sedicentemente auspiciada por el nuevo gobierno. Se pudo al principio atribuir esos errores a la impericia de los elementos que preponderaron en el movimiento revolucionario, pero después del 31 de octubre de 1944, no quedaba una duda. La campaña por los aumentos de salario, dirigida por la Secretaría de Trabajo y Previsión, siguió con virulencia cada día mayor, pero mientras era implacable con el capital nacional, no afectaba al extranjero. Como las mejoras acordadas a los obreros y empleados del riel inglés, las que beneficiaron a los de la industria frigorífica extranjera y a los de la corporación de transportes de la ciudad de Buenos Aires, cuyo capital era en su mayoría también extranjero, serían costeadas por los argentinos: al pagarlas el erario público recaerían en definitiva sobre los contribuyentes, en su mayoría nacionales, (no sólo los asalariados que pagan únicamente impuestos indirectos, sino terratenientes, capitalistas, industriales o pequeños comerciantes, que además pagan impuestos a los réditos y contribuciones directas o patentes) quienes por otra sufrían todo el peso de las nuevas disposiciones adoptadas por la supuesta justicia social revoluciona-

Escaneado con CamScanner

ria. Los estancieros fueron obligados a aumentar los sueldos de sus peones de campo, los industriales los de sus obreros y los comerciantes los de sus empleados. Al mismo tiempo, a los últimos no se les permitía subir los precios de los artículos expendidos, ni a los primeros el de los arrendamientos, como a los ferrocarriles ingleses se les permitió el aumento de las tarifas. No sólo esto; a los terratenientes se les impuso la rebaja y la prórroga en los contratos de locación agrícola, como antes se hiciera lo mismo con los propietarios de viviendas urbanas.

Como los industriales protestaran contra esas medidas, se inició bajo auspicio oficial una campaña de denuncias sobre sus fabulosas ganancias; campaña que decía grandes verdades, pero que no decía toda la verdad, pues mentía por lo que callaba. Así omitía decir que toda industria naciente, en Inglaterra, en Alemania, en Norte América ofreció las mismas características, debido a las mismas causas; que la industria no protegida, y que surge a favor de una emergencia como la que dio auge a la nacional durante las dos últimas guerras mundiales, debía lógicamente buscar un beneficio proporcionado a las pérdidas sufridas anteriormente en sus comienzos, o las que debía presumir en el futuro no asegurado contra la competencia extranjera. Y sobre todo, esa campaña estaba viciada en la base por una injusticia insanable: mientras levantaba un dedo acusador contra los criollos viejos o los argentinos nuevos o los extranjeros que habían radicado sus intereses en el país, para denunciar su espíritu de lucro excesivo, el decreto de octubre del 44 convertía en legítima propiedad los sesenta millones que el mismo gobierno denunciara antes como ilegítima posesión, que las empresas ferroviarias con sede en Londres habían arrebatado a sus empleados y obreros. Paralelamente, los voceros oficiales declaraban que las industrias argentinas surgidas de la guerra debían cesar junto con ella, que no bastaba dejarlas sucumbir ante la competencia extranjera, sino que precisaba adelantarse a dicha competencia para evitar las perturbaciones sociales que ocasionaría el paro obrero cuando se cerrasen las fábricas de artículos cuya abundancia y baratura se debía antes a la importación; que para evitar la desocupación de los brazos empleados, en las industrias así amenazadas había que descongestionar las aglomeraciones urbanas y repoblar las campañas, por medio de una redistribución de la tierra. La sinceridad de aquel celo por evitar las perturbaciones anejas a un paro imprevisto o repentino, se pudo juzgar más tarde, a la luz de las que el gobierno suscitó con sus

Escaneado con CamScanner

medidas de soborno electoral y sus huelgas impuestas por medio de la coacción policial o de gremios oficializados. Por su resultado conocemos el móvil de tal política: los industriales, difamados o amenazados en su ramo de producción y afectados por las mejoras de salario que les fueron impuestas, cesaron de pensar en la expansión de sus actividades, o siquiera en la reposición del material y reinvirtieron sus ganancias en casas de renta o en estancias, para seguir haciendo trabajar sus fábricas a un ritmo lento, a la espera del fin que se les anunció o se les permitió entrever; su inteligencia, distraída hacia otra clase de negocios, ya no se aguzó en esa búsqueda del expediente feliz, del invento oportuno que permita alcanzar un progreso mecánico pese a la escasez de materia prima o de máquinas instrumentales importadas, del mercado posible en el interior o el exterior. Sin embargo, eran la misma inteligencia que antes, trabajando en pacífica colaboración con el obrero (ahora vuelto en muchos casos contra el patrón), permitió el milagro del esfuerzo nacional que culminó en 1943. La expansión industrial, que había sacado al país del estancamiento económico dándonos mercados que nos pagaban con oro, manufactura o artículos de consumo, y no con juego de papeles, y nos había devuelto el optimismo perdido hacía mucho tiempo, quedaba interrumpida; y sus creadores, en el banquillo de los acusados, a la espera de una sentencia ignominiosa, después de imaginar por breve plazo que la gratitud nacional habría de premiarlos.

Para volver al bajo nivel anterior eso no bastaba. Como fruto del esfuerzo y la riqueza nacionales, el país había acumulado un inmenso capital nuevo. Depositado en bancos argentinos e ingleses (si contamos aunque sea como elemento de negociación las libras bloqueadas por el sistema de pago de las exportaciones a Inglaterra), podía servir para muchas cosas: la expansión industrial, la fecundación de las provincias llamadas pobres, la recuperación de las fuentes de riqueza que funcionaban en manos del capital extranjero, como ferrocarriles, teléfonos, frigoríficos, usinas de luz y fuerza; el desarrollo de la red caminera, la creación de un ejército moderno, posibilidad de abastecerse de material bélico en el interior. Cualquiera de esas empresas habría procurado a la nación ventajas incalculables, creando por añadidura las condiciones necesarias para realizarlas paulatinamente a todas y elevando el nivel de vida del obrero por la demanda creciente de mano de obra, cuyo salario aumentado por aquélla se pagaría con una moneda ya no depreciada por emisiones destinadas a representar el valor de las exportaciones o a costear gas-

tos de consumo improductivo. Mientras esa masa de capital estuviese acumulada, podía recibir empleo fructífero, en beneficio de la colectividad entera y no de uno solo de sus sectores. Los partidarios del estancamiento y la vuelta a un pasado agropecuario, instalados en la dirección del Estado, resolvieron cortar esa posibilidad por dos medios infalibles: el despilfarro escandaloso de la fortuna pública y la continuación del sistema de pago de las exportaciones a Inglaterra (aumentadas hasta un casi monopolio) con emisiones del Banco Central de la República Argentina. Así se vio aumentar en el número de cincuenta mil los empleos administrativos nacionales, en el plazo de dos años, mientras los gobiernos postseptembrinos habían alcanzado ese índice de crecimiento en doce, y los radicales no lo habían alcanzado en catorce. El monto de los sueldos mensuales pagados por la administración nacional pasó en pocos meses de cuarenta millones a setenta y cinco. El déficit llegó de pronto a ser tanto o más grande que la suma global de los recursos ordinarios del Estado. Y las emisiones de letras de tesorería para cubrir mensualmente la diferencia, empezaron a drenar aquel capital, fruto del milagroso esfuerzo colectivo, cuya colocación en inversiones productivas el gobierno revolucionario evitaba por otra parte con su campaña contra los capitalistas, los terratenientes, los industriales, y por la elevación de los salarios.

Escaneado con CamScanner

XXIV

EL CAUDILLO REVOLUCIONARIO DEJA TODO COMO ESTABA

La camarilla que preponderó en el movimiento de junio reeditó, corregidos y aumentados, los métodos prerrevolucionarios al negociar con Inglaterra sobre el comercio de carnes. Cuando en el mercado libre éstas hubiesen duplicado por lo menos su precio, que además se podía haber cobrado en oro o mercaderías, prefirió seguir enviándoselas a nuestra principal compradora, en monopolio de hecho por lo crecido de la cuota asignada (80 %) y, como las administraciones anteriores, sin asegurarse medios de pago. Pero eso no fue todo. Las exportaciones de carne a Inglaterra, al iniciarse en 1933 los convenios bilaterales con ella por el saldo exportable, era de medio millón de toneladas, elevado durante la guerra en doscientas mil; ahora alcanzaron el millón. A cambio de un cuasi monopolio por una cuota aumentada con sacrificio del consumidor nacional, con desprecio de ofertas tentadoras provenientes de países ricos en oro o manufacturas, obtuvo una miserable mejora de precio por kilo vivo, que el sistema de pago volvía poco menos que nominal.

Si la Argentina no fue capaz de negociar la nacionalización de los ferrocarriles ingleses por un monopolio de cinco años para la exportación de carne con la cuota aumentada hasta el millón de toneladas, en un mundo hambriento, es conjeturable que en ningún otro momento la obligaríamos a pagar las libras bloqueadas, a no ser del modo que a ella le resultase más conveniente y a nosotros más perjudicial. La negociación comprendió otros artículos, como los huevos, la manteca, etc., exportables con el mismo sistema de pago, de emisiones del Banco Central para representar valores nominales de los productos argentinos. Sabemos, por ejemplo, que para el primero de aquellos dos

artículos el precio fijado por docena fue inferior en un 50 % al que los canadienses le cobran, al contado, a su madre patria. Aunque el precio hubiese sido el mismo, no nos habríamos beneficiado, pues en uno u otro caso recibiríamos en pago sólo lo nuestro, es decir los billetes de nuestro banco emisor, depreciados en la medida que exportábamos a Inglaterra, un total superior al tributo medieval mencionado por Maynard Keynes. De ese modo, aquélla debía tentarse a importar cada vez más productos argentinos, le fuesen o no asequibles en otros países, pero en cualesquiera de los cuales tendría que pagarlos al contado, pues ya no le quedaba, fuera del nuestro, entre los proveedores de materia prima, uno solo del que obtuviese réditos por capitales invertidos o créditos sin interés como el que representaba el tantas veces mencionado sistema de pago. Y así se produjo aquel tráfico, público y clandestino, de permisos oficiales para exportar a Inglaterra toda clase de artículos, aun aquellos de los que no había saldos exportables, como el azúcar y los tejidos. Del primero, se sabía cuánto escaseaba; del segundo, el gremio de las grandes tiendas pidió en 1945 al gobierno que prohibiera la exportación porque si esta seguía no habría con qué vestir a la población en 1946. Se explica que el exportador criollo, que no podía tener más consideración que nuestro gobierno por el interés colectivo, se dejase tentar por una mejora en el precio, que si era nominal en la transacción con Inglaterra, no lo era en el mercado interno; así como que el importador británico nos obligase a comprar al contado los artículos que escaseaban aquí porque los dejábamos llevar sin compensación efectiva. Consecuencia final de la transacción oficial y de las operaciones clandestinas que eran su consecuencia: las exportaciones a Inglaterra aumentaron extraordinariamente, pero no para acrecentar nuestra riqueza sino, al contrario, para cercenarla, porque depreciaban nuestra moneda en la medida que se emitían billetes para representar aquella parte de su valor que sobrepasaba el interés de los capitales británicos radicados en el país, y encarecía el costo de la vida no sólo por la baja del peso sino también por la disminución en el mercado interno de los artículos de primera necesidad, los más solicitados por el mercado exterior.

Un detalle faltaba para que la negociación de nuestros productos exportables se tradujera, no en un elemento de riqueza y expansión, sino de miseria y estancamiento. Cesado el bloqueo marítimo, durante el cual medraron nuestras industrias fabriles, a favor del intercambio con países excéntricos a los principales teatros de la

Escaneado con CamScanner

guerra, y buenos pagadores, las industrias agropecuarias podían haber recuperado para la nación el terreno perdido por la manufactura. Acabamos de ver cómo se negoció la exportación de carnes. Pasemos a considerar la de los cereales. Como Inglaterra absorbía también buena parte de nuestra exportación de trigo no había posibilidad de que un precio elevado hasta muy cerca del que tenía el producto en el mercado internacional constituyera una ganancia efectiva para la nación; el mismo sistema de pagos que para las carnes lo convertiría en causa de inflación por los motivos antes señalados. Pero con el lino sucedía otra cosa. El principal cliente de ese producto había sido siempre Norteamérica. Y ésta pagaba lo que compraba con oro, como lo hacía durante la guerra, o con mercaderías como pudo hacerlo después. Para ser consecuente con el método seguido en lo demás, había que venderle el lino a mitad de precio, como lo hizo el gobierno según la *Solicitada* difundida por la Sociedad Rural Argentina a fines de 1945. En la situación de tirantez que atravesaban las relaciones argentino-estadounidenses no dejó de ser meritorio que nuestro gobierno realizase esa operación con el de Washington, pues bien pudo enviar a Inglaterra toda la cosecha de lino para que ella la negociara al contado con quien quisiera, como hace con parte de la carne, ganando lo que nosotros perdemos. El sacrificio que la escasez de combustible, remediada por la transacción, nos habría hecho sufrir, sería uno más de los que soportábamos por Inglaterra sin queja *aparente* de la mayoría. Tal vez la explicación está en que ese suplemento de combustible era indispensable a la producción y transporte a los puertos de embarque y movimiento interior de la máquina que organizaba los liberales envíos a Inglaterra. De todos modos, la ventaja obtenida al cobrar en efectivo la mitad del precio real del lino era tan pequeña que no modificó las causas del nuevo estancamiento, creadas con los viejos métodos que la pujanza nacional había empezado a vencer gracias a las favorables condiciones ofrecidas por el mundo. Si el lino se hubiese vendido a cuarenta y un pesos en lugar de veinticinco, los campos descansados durante años por una explotación exclusivamente ganadera, habrían sido espontáneamente dedicados por sus dueños al cultivo del cereal. Los que no los trabajaban podrían haberlos arrendado al doble de lo que se les pagaba en 1945, y los dedicados exclusivamente a la explotación ganadera podrían haberse destinado en parte a la agricultura. Los trabajadores del campo que aún tenían donde sembrar y cosecharon, habrían sacado un beneficio que les hubiese permitido redimir sus hipotecas o comprar tierra sin la

ayuda que el Estado les ofrece de tiempo en tiempo en pequeñas dosis y sin ventajas coadyuvantes. Y esa congestión producida en los pueblos de campaña por los "colonos de estación", como uno de ellos se denominó a sí mismo, habría cesado. Pero el candidato de la camarilla militar a salvador del país no habría podido agitar con éxito el tema del reparto de la tierra, que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días fue siempre el caballito de batalla de los demagogos. Y, lo que es sin duda más importante, Inglaterra no habría podido llevarse durante cinco años un millón de toneladas de nuestra carne, sino a expensas de un hambre negra de la población argentina, capaz de comprometer la estabilidad de todo el sistema que hasta entonces le permitía remediar su miseria de 1945 con el cuerno de la abundancia que tenía en nuestro país. Pues la conversión de buena parte de los campos, de la ganadería a la agricultura, habría disminuido en mucho la producción de carne.

Si al desmantelamiento económico y financiero de un país que se encaminaba espontáneamente a ocupar uno de los primeros lugares en el mundo, pese a su mala dirección política, se podía agregar una guerra social, los partidarios del estancamiento argentino quedarían satisfechos. Para eso los organizadores de la maniobra debían cometer una injusticia más flagrante que la anterior, de atacar al capital nacional beneficiando simultáneamente al extranjero. El pueblo argentino, generoso de suyo, y educado desde hace mucho tiempo para no percibir dónde acaban los límites de la generosidad y dónde empiezan los de la imbecilidad suicida, no podía reaccionar rectamente contra aquel estupro. Hasta podía identificarlo con la virtud por excelencia: tanto le han predicado que debemos a Inglaterra una impagable deuda de gratitud, que nuestra grandeza consiste por tradición en los renunciamientos, que para no perder nuestras almas a causa de la excesiva riqueza de nuestro país debemos tener espíritu de pobreza y vivir como pobres, que el extranjero lo merece todo y nosotros nada. Hasta dónde la injusticia servía los intereses de Inglaterra, se la sufría con calma, y no daba motivo al comienzo de la guerra social. Había que cometer una que distinguiera entre criollos y criollos, que los volviera a los unos contra los otros, de modo irreconciliable. Y para eso sirvió el decreto sobre aguinaldos y aumentos de sueldos. Imponiendo por igual sacrificios a los industriales de las fabulosas ganancias y a sus pequeños colegas, los industriales menores, y al comercio grande y chico, en general; castigados estos últimos por reglamentaciones que les dificultaron la subsistencia, se

Escaneado con CamScanner

provocaba la reacción de los que se hallasen en absoluta imposibilidad de satisfacer las nuevas exigencias del gobierno en favor de los trabajadores asalariados, y se volvía a éstos contra sus patrones. El clima de la guerra social estaba alcanzado. Y la mayoría de los argentinos, en 1942 tan orgullosos por breve tiempo de la pujanza nacional y de nuevo tan confiados en el porvenir, deberían en adelante vivir acongojados por los peligros que día a día acechaban a sus vidas y a sus bienes. Para no descuidar detalle, y mantener el clima de la guerra de clases, después de haber despertado las esperanzas de todos los asalariados (trabajaran en casas que hubiesen obtenido ganancias o experimentado pérdidas), el gobierno explicó que se tendría en cuenta las circunstancias de cada caso; así el dueño de una firma que se hallase entre los segundos resistiría, y sus empleados quedarían con sus esperanzas frustradas y convertidos en enemigos de su patrón.

De paso, la medida serviría para apreciar hasta qué punto era o no verdad el aserto de los fundadores del régimen, los viejos liberales y sus discípulos actuales, de que el pueblo argentino es menor e incapaz y para obrar en consecuencia. Si las multitudes inclinadas a considerar como un salvador al representante de la camarilla militar triunfadora eran mayoría o podían creerse tales, sería feliz la tentativa de dar base popular por vez primera al régimen de la explotación extranjera. Un pueblo formado por ferroviarios incapaces de comprender que la miseria colectiva aumentada por las concesiones del decreto de octubre a las empresas no podía ser la base de una prosperidad duradera para ninguna clase en particular; por obreros dóciles hacia los que amenazaban la estabilidad de la industria; por agricultores agradecidos de antemano a un hipotético reparto de la tierra, al régimen que les arrebataba la mitad del precio del lino acumulado en sus galpones; por empleados que exigían a su pequeño patrón mejoras que podían causar el cierre del comercio en momentos en que no hallarían ocupación en otra parte, y por miembros de todas las clases modestas que aplaudían a los principales culpables de que el costo de la vida hubiese aumentado en un 100 % porque les procuraron aumento de un 30 % en los salarios, estaría maduro para el triste destino que se le preparaba. Si los elementos sociales afectados por esa confusión sumasen mayoría, el pueblo argentino podría aceptar por primera vez con todas las formas legales de una sanción legislativa auténtica, un estatuto de coloniaje, que comprendiese la prórroga de la ley Mitre, el monopolio total de los transportes aéreos, terrestres y marítimos a favor de las empresas ferrovia-

Escaneado con CamScanner

XXV

LA SOCIEDAD MIXTA, 'SISTEMA ECONOMICO DE LA REVOLUCION'

El éxito más completo coronó el plan. Como dije en mi *Ensayo sobre el año 20*: "El pueblo, una vez que deposita su afecto en alguien, rara vez lo retira, haga aquél lo que haga". Perón había conquistado el corazón de los ferroviarios con su antiimperialismo antibritánico; no lo perdió con las ventajas que otorgó a los ingleses por sus decretos de octubre de 1944. Ellos constituyeron el núcleo en torno del cual se aglutinó el movimiento de opinión que le daría el triunfo en las elecciones de febrero de 1946.

Su política económica de presidente constitucional siguió las directivas adoptadas como inspirador del gobierno provisorio, que era por otra parte la misma que seguía el régimen imperante desde su fundación, a través de sus diversos avatares partidarios o ideológicos. Lo que no impidió que se sumaran al movimiento del coronel demagogo muchos de los elementos que se declaraban en oposición radical al pseudogobierno dirigido por el superestado del interés extranjero. Nada tenía de extraño que ex conservadores, ex yrigoyenistas, ex antipersonalistas y ex socialistas se incorporasen a una campaña por la conquista del poder, en una coalición electoral que sostenida con todos los recursos del Estado, llevaba las de ganar. Muy poco era lo que separaba a los grupos del conglomerado, y mucho lo que los unía. Pero que el nacionalismo, hasta entonces nada populista y reacio a votar, que había tenido ocasión de beneficiarse con el desprestigio de los partidos tradicionales, y de bregar por una victoria propia, siguiera al demagogo, era un incongruencia.

Sobre todo por parte de los forjistas, quienes sin abandonar la afiliación radical, tenían más afinidades de posición y compañerismo

Escaneado con CamScanner

en el diario quehacer político con el nacionalismo, que con su viejo partido, cuya dirección discutían severamente. Pues ellos se habían destacado entre los más clarividentes expositores de las soluciones nacionales que la situación de hecho en el país reclamaba. Así, la Redacción de F.O.R.J.A. había escrito en el prólogo a un folleto de Jorge del Río sobre *El problema de la electricidad,* que ella:

> "Sabe que ni la brega por el solo comicio —objetivo de una etapa histórica superada y hoy simple cortina de ambiciones bastardas—, ni la restauración de un orden institucional injusto —verdadero estatuto de nuestro vasallaje—, ni supuestas nacionalizaciones de determinados servicios públicos —tapaderas de turbios negocios con pérdidas de soberanía económica— ni alharacas patrioteras, ni demandas inorgánicas de justicia social, llevan al camino de la verdad nacional.
>
> "No se llega a él por el atajo de la lucha de clases, ni por el surco abierto por odios raciales, ni por la guía estrecha de una conquista gremial, maleza de ilusión. El drama de la Patria enfrenta dos personajes solamente: el pueblo encadenado y la finanza imperialista. Lo demás no cuenta. Cuando están en juego los destinos de un pueblo, toda reclamación particular perturba y divide."

Raúl Scalabrini Ortiz, ofuscado por su justa ira contra los entregadores, descuidó los hechos que ya señalaban al coronel demagogo como miembro de la oligarquía servidora del extranjero, y le dio al caudillo improvisado un cheque en blanco, modalidad que rara vez exhiben los intelectuales ante los hombres de acción, pero sin abandonar las posiciones que constituían su mérito propio, su originalidad en el pensamiento argentino. Así, al plantearse el problema número uno que debía afrontar el gobierno surgido de los comicios de febrero de 1946, escribió uno de sus vigorosos opúsculos sobre los temas del día, *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino,* con el subtítulo de "Alegato en favor de la nacionalización ferroviaria".

En pocas palabras, el problema consistía en que por el sistema de pagos de la exportación a Inglaterra, inventado según el embajador yanqui Armour por nuestro Banco Central, bajo la dirección del inamovible asesor Prebisch, habíamos prestado a Inglaterra en un lustro lo que ella nos había supuestamente prestado en ciento veinte años.

Escaneado con CamScanner

El valor total de las empresas británicas de ferrocarriles, cuya historia hemos seguido a grandes rasgos, había llegado por medio de sus "compras" ficticias y aguamientos de capital, a una suma que los técnicos argentinos juzgaban inferior, y los ingleses superior, a los cien millones de libras. El valor total de nuestros suministros de guerra a Gran Bretaña, acreditado en el saldo de las libras bloqueadas en Londres, era de ciento cincuenta millones. Era pues el momento de compensar créditos y deudas recíprocas, de hacer un *clearing* en las relaciones financieras anglo-argentinas.

La solución propuesta por Scalabrini Ortiz era la que se imponía a toda persona sensata: la nacionalización de los ferrocarriles. Su proyecto no era muy ortodoxo, sino revolucionario, como él mismo lo proclamaba. Y para ejecutarlo, cifraba sus esperanzas en Perón, quien "en su carécter de mandatario", decía, "no es más que la personificación de la voluntad del pueblo argentino que quiere realizar en toda su amplitud la grandeza de su destino histórico". En polémica con la tesis opuesta, el autor del folleto reseñaba los desdichados antecedentes de la situación a que habíamos llegado, la venalidad de los servidores argentinos del interés extranjero, la vieja teoría regiminosa "según la cual las cosas y propiedades de mayor valor de la Nación deben entregarse a manos mercenarias", la propaganda de las empresas ferroviarias británicas "a favor de la formación de sociedades mixtas", que... es una manera de prolongar la servidumbre"; la "perfidia de F. U. B. A. al presentar a la nacionalización de los ferrocarriles como un acto de sometimiento al extranjero". Con motivo del vencimiento de la ley Mitre, o 5315, que traía atareados a los negociadores ferroviarios, Scalabrini historia su tramitación con palabras de un benemérito especialista, autor de un libro sobre *Legislación ferroviaria*:

"El 5 de agosto de 1907 —escribía el profesor Eduardo J. Tissone— el diputado Emilio Mitre presenta un proyecto de 21 artículos... que entra a discusión el 11 de septiembre del mismo año y es convertido en ley el día 30 del mismo mes. No deja de llamar un tanto la atención esa rapidez en discutir y sancionar una ley de tanta trascendencia. ¿Es posible que nuestros legisladores exceptuando por cierto al autor del proyecto, hayan tenido en ese corto lapso de tiempo la clarividencia necesaria para abarcar todas las consecuencia que esta ley importaba? La Cámara de Diputados termina su cometido el 24

de septiembre y cinco días más tarde en una sola reunión, la Cámara de Senadores, habiendo discutido únicamente los diez primeros artículos, la declara ley de la Nación, siendo notificada en la misma fecha al poder ejecutivo, quien al día siguiente dicta el decreto de práctica, registrándola con el número 5315.”

Y Scalabrini comentaba:

“Sólo se votaron en particular los primeros artículos de la ley, porque las doce campanadas fatídicas de la medianoche, en la última sesión, daban término constitucional al período legislativo de ese año. El presidente de la Cámara de Senadores le ganó la partida al reloj y antes que fuera emitida la campana postrera, intervino y dijo: “Queda convertido en ley” y nadie protestó hasta el día de hoy. Tanta diligencia no tenía parangón hasta el año 1936 en que se prorrogaron las concesiones de la C. A. D. E. y se aprobaron las leyes llamadas de coordinación.

“El pretexto empleado para formular la ley 5315 fue el de unificar las concesiones ferroviarias que en adelante se acordaran. El propósito efectivo fue el de prorrogar las exoneraciones de derechos e impuestos a las empresas cuyos privilegios se habían extinguido, como las del Central Argentino, Gran Oeste, Transandino y Central Córdoba o legalizar y prolongar en el orden nacional las exenciones precarias o de origen provincial, como las del Oeste, las del Sud, Entre Ríos y otros ferrocarriles menores.”

Por nuestra parte debemos señalar que en 1907, el general Mitre, campeón de la nacionalización de los ferrocarriles, había muerto y su hijo había quedado libre de la tutela intelectual paterna, como para tomar iniciativas opuestas a las de su padre. Y que al sancionar la perpetuidad de las concesiones en la Ley Mitre, se contrariaba el criterio de Civit, que las declaraba precarias en tanto cuanto contrariaban el interés público. Por sobre todo, el nuevo estatuto ferroviario tendía a conservar la exención impositiva de los más grandes capitales, que son los extranjeros, para mantener a los argentinos en la situación de sostenedores de una factoría, y no como ciudadanos de una nación ambiciosa de capitalizar para sí misma los frutos de su esfuerzo.

Por último, Scalabrini pondera los recursos que tenía el país para acometer la empresa de la nacionalización ferroviaria: “No enu-

Escaneado con CamScanner

meraré —dice— las premisas que están al alcance de cualquier estudioso, de las cuales se deduce que en la actualidad sólo hay tres países capitalistas en el mundo, es decir, sólo tres países que cualquiera sea su régimen social y distributivo pueden dar al exterior más de lo que necesitan pedir del exterior. Estos tres países son Estados Unidos, Rusia y la República Argentina. Los cuatro mil millones de pesos bloqueados sin interés en el exterior y los ocho mil millones estancados en las arcas de los bancos locales es la prueba palmaria de mi aserto. Podemos pagar al contado las expropiaciones y renovaciones o saldarlas con créditos que deberán, por lo menos parcialmente, cumplir las generaciones futuras".

Como no podía dejar de hacerlo, el autor de la *Historia de los ferrocarriles argentinos*, había señalado con relieve que la propaganda a favor de la tesis alternativa de la nacionalización: la sociedad mixta anglo-argentina, era de origen británico. Aduciendo elementos de juicio documentales, sobre las conversaciones de Mr. Eddy con representantes oficiales argentinos, en noviembre de 1943, muestra, amén de los errores de Mr. Eddy sobre el origen y las condiciones en que se había constituido el pseudocapital británico entre nosotros, que éste pretendía que el Estado Argentino pagara la indispensable renovación del material anticuado. Y pedía prórroga para las exenciones impositivas; facultad de explotar otro medios de transporte; garantía del gobierno argentino para el pago de servicio por £ 131.500.000 al 3 ½ % de interés y 1 % de amortización acumulativa; el reconocimiento de un capital de cuatro mil millones de pesos, al tipo cambiario de dieciséis pesos por esterlina; restricción en las franquicias oficiales; y cambio preferencial para el pago de servicios financieros. Es decir, comentaba Scalabrini, que los ferrocarriles se proponen... "construir una gigantesca Corporación de Transportes que abarque todo el territorio de la República y todos los medios posibles de movilidad".

Las conclusiones a favor de la nacionalización ferroviaria quedan en esta vigorosa síntesis:

> "1) Que quienes imaginan y hacen circular con más ardor los rumores y objeciones a la nacionalización de los ferrocarriles son los que vivieron, viven o aspiran vivir directa o colateralmente a la sombra del poder ferroviario o de la dominación económica extranjera: son los que perdieron el magnetismo de la tierra.

“2) Que sostienen esos rumores y objeciones asimismo, las grandes empresas cuyo poder vacilaría ante la potencia de los ferrocarriles manejados con un sentido nacional: los frigoríficos, los trustificadores de la producción agrícola y todos los pools cuya existencia depende de la circulación y el transporte.

“3) Que el progreso de la técnica del automotor y de la aviación no afectará en grado mayor al transporte ferroviario, que continuará conduciendo el mayor volumen de mercadería pesada y barata; los ganados, las cosechas, los minerales, aún el caso de que el desarrollo vial crezca en el futuro hasta más allá de las razonables conjeturas actuales.

“4) Que quienes impidieron con su influencia el desarrollo de los caminos y del tránsito automotor, fueron en el pasado los ferrocarriles, y seguirán impidiéndolo, si no los obligamos a someterse a un plan de armonía económica nacional, para lo cual es indispensable racionalizarlos, expropiándolos.

“5) Que el ferrocarril fue el arma principal que el extranjero empleó en su obra de sujeción de la voluntad argentina, puesto que la fuerza de los ferrocarriles es casi inconmensurable. La tarifa mata con más certeza que la barrera de aduana. En el pasado aniquilaron industrias y pueblos, o los crearon, cuando les convenía. y continuarán haciéndolo, si no los incorporamos al cuerpo nacional.

“6) Que la masa de capital que los ferrocarriles manejan les permite influir en todos los órdenes de la vida económica, financiera y social. Durante muchos años, las entradas brutas de los ferrocarriles igualaron a las rentas generales de la Nación y las manejaron discrecionalmente, sin fiscalización de ninguna especie. Por eso hicieron a su albedrío legisladores, jueces, gobernadores, ministros y presidentes. En lo que lleva del siglo, tres presidentes argentinos fueron personajes allegados a los transportes.

“7) Que tanto hoy como ayer y como mañana, el control de la energía y de los transportes presupone el control de la política del país, cualquiera sea su forma de gobierno.

“8) Que depende de nuestra voluntad, carácter y decisión el ser dueños de nuestro destino, y que serlo es un deber para con nosotros, para nuestros hijos, y para los hijos de nuestros hijos.”

Escaneado con CamScanner

Ni el vigoroso razonamiento, ni las elocuentes exhortaciones que apelaban al sentimiento surtieron el menor efecto en el caudillo a quien Scalabrini había dado su cheque en blanco. Como la tesis de José Bianco, sobre el déficit del balance de pagos como causa permanente de crisis, no ejerció ninguna influencia en el ánimo de Yrigoyen, la de Scalabrini no fue atendida por Perón. El folleto *Los ferrocarriles deben ser argentinos* lleva fecha del 28 de mayo de 1946; el presidente constitucional electo en los comicios del 24 de febrero asumía el mando siete días más tarde, el 4 de junio del mismo año, y fecha aniversaria de la revolución. Para no dar de mano al tema, Scalabrini completó su opúsculo con otros trabajos, publicando un libro con aquel mismo título, en agosto de 1946, durante el período crucial de las negociaciones anglo-argentinas. Todo en vano. Perón siguió los consejos de Sir Montagu Eddy, y firmó con el casi homónimo de éste, Sir Eady, el tratado del 17 de setiembre del mismo año, organizando una sociedad mixta del Estado argentino con las empresas ferroviarias británicas, que Pinedo dijo peor que la proyectada por él como asesor de las empresas, y a la que dediqué varios capítulos en mi libro sobre *Perón y la crisis argentina*. No puedo aquí detenerme en sus detalles. Sólo quiero señalar que la nacionalización anhelada por los mejores partidarios del caudillo no se hizo entonces. Y que la racional compensación de créditos por deudas recíprocas quedó pendiente, para frustrarse en definitiva, cuando se debió afrontar de nuevo el problema.

Si la sociedad mixta no se concretó en los hechos, no fue por la resistencia de la opinión argentina, oficialista u opositora, con audiencia en el mundo oficial y los medios influyentes. Si los nacionalistas peronistas protestaron, no se hicieron oír. Pero de pronto intervino un factor extranjero, único que puede producir cambios en la conducción nacional. Esos cambios que los políticos indígenas por lo general preconizan en la oposición y traicionan en el gobierno. En febrero de 1947, la Tesorería yanqui opuso insalvables objeciones a los acuerdos anglo-argentinos, que el ministro de Hacienda británico intentó contestar alegando las dificultades de la negociación en el Plata. Mr. Snyder replicó: "Estas dificultades no pueden sin embargo ser consideradas como justificativos de compromisos que contravengan los términos del acuerdo financiero (anglo-norteamericano). De lo contrario, estoy seguro que Vd. reconocerá que podría hacerse que el acuerdo entero careciese de sentido." Más adelante la nota del titular del Tesoro yanqui recordaba lo trabajoso

Escaneado con CamScanner

que fue en Norteamérica lograr la ratificación parlamentaria del préstamo financiero, como para dar mayor fuerza suasoria a la velada amenaza encerrada en el texto que acabamos de citar. El compromiso asumido por Gran Bretaña al recibir la ayuda de 3.500.000.000 de dólares era el de pagar a todos los países iberoamericanos sus deudas de guerra, y en dólares las exportaciones a partir de 1945. A eso debióse que desde el fin de la lucha en Europa y Asia se hablara de compra-venta de los ferrocarriles. Los ingleses, cuyas finanzas estaban en bancarrota, no tenían otro medio de pago para saldar su deuda con nosotros (como las que tenían con las naciones hermanas) que su emporio ferroviario en el Plata. Por eso lo habían ofrecido en venta, cuando el acuerdo financiero anglo-norteamericano estaba aún sin promulgar, a mediados de 1946. Pero seguros de que nosotros no se los íbamos a aceptar, siguiendo sus propias directivas. Por algo exultaron con el tratado de la sociedad mixta (que incluía arreglos sobre finanzas y carnes), sobre todo porque mientras nosotros les garantíamos un interés de un 4 % anual sobre el capital con que ingresaban en la empresa, admitido como cinco veces mayor (dos por "razones sentimentales") que la suma total reconocida por nuestra Dirección de Ferrocarriles, ellos nos prometían un miserable ½ % sobre el saldo de guerra que seguiría bloqueado en Londres. El *Sunday Times*, del 22 de setiembre de 1946, al enumerar las ventajas obtenidas por los negociadores ingleses dijo: "Por encima de todo, la Tesorería ha establecido una tasa de interés del medio por ciento, lo que sentaba un precedente en las negociaciones para el arreglo de la deuda británica de 3.300.000.000 de libras esterlinas (con otros países)."

Pero el efecto de la protesta yanqui en Londres fue por así decir instantáneo. La contrarréplica de Mr. Snyder a su colega británico lleva fecha del 7 de enero de 1947; el 13 de febrero se firmaba el acuerdo anglo-argentino sobre compraventa de los ferrocarriles británicos a pocos días de regresar el embajador yanqui en Buenos Aires, Mr. Bruce, cuando así mismo se conoció el intercambio de notas entre los ministros de Hacienda de Norteamérica y Gran Bretaña sobre el tratado de la sociedad mixta. Aparte de que el precio estipulado fue enormemente abultado, el error esencial del nuevo convenio estaba en que su pago no se haría con el saldo bloqueado en Londres durante la guerra (a no ser en mínima parte), sino con la exportación de 1948, valorada de antemano en cien millones de libras. El propósito de sanear las economías hispanoamericanas, que habían

Escaneado con CamScanner

tenido los yanquis al imponer a los ingleses la obligación de pagarnos sus deudas de guerra, quedaba frustrado. Y la economía argentina, lejos de recuperarse, empeoró de modo irreparable. Como dejó pasar la ocasión dorada, Perón malbarató el resto de nuestras ventajas, y sumió al país deliberadamente en la inflación y el desorden social, para que no estuviéramos entre los ricos del mundo como al final de la segunda conflagración mundial.

Imposible repetir en un capítulo lo que dije en un libro sobre esos tremendos errores. No negaré que de estar otros en el gobierno, habrían hecho lo mismo, pues así resulta de la conformidad con que los sectores tradicionales de la política argentina acogieron todos los compromisos de Perón con los ingleses. Pero su originalidad estuvo en comenzar un estilo que haría escuela, el de combinar "antiimperialismos verbales con entregas de hecho", según acertada expresión de Arturo Frondizi en el Parlamento, que luego le sería aplicable a él, cuando llegó al gobierno. A ese respecto, nada más funambulesco que la exposición del presidente del Banco Central ante el Senado, en 1947. Con motivo de las nacionalizaciones de los ferrocarriles y de los teléfonos, que habían sido muy censuradas por los voceros del interés privilegiado extranjero (lo que prueba que la compra-venta de las empresas británicas no fue ni iniciativa ni negocio de éstas), el dictador de las finanzas y la economía de Perón se lanzó a una campaña antiimperialista de alto vuelo. Hízose dar la tribuna parlamentaria; pero no en Diputados, donde habría tenido que debatir con la oposición, sino en el Senado, donde no la había. Y allí ocupó tres sesiones para impugnar el sistema de la expoliación de que nos hacían víctimas los extranjeros, tolerado por la oligarquía, y que él iba a combatir con el de la sociedad mixta, al que llamó "sistema económico de la revolución". Si la oposición lograra hacerlo fracasar, agrega:

> "volveríamos a tener que entregar nuestros ferrocarriles, nuestros teléfonos y todo lo que hoy tenemos, el anterior sistema, en manos de monopolios, llamémosles oligarquía, tanto de aquí como del exterior, sistema que hoy voy a poder demostrar al Honorable Senado que estaba tan bien hecho, tan científicamente hecho que se podía esquilmar la economía del país permanentemente. El país, a mi modo de ver, era una gallina amaestrada a la que todo el mundo desplumaba todos los días, para

Escaneado con CamScanner

que el extranjero principalmente, y que estaba tan acostumbrada que ya no gritaba más...

"Inglaterra fija la cuota de hojalata, pero a quién se la manda? A dos casas, y las dos son casas inglesas, y la diferencia que ganan, se gira. *Nos están desvalijando.*"

En una extensa interrupción, el senador mendocino Mathus Hoyos expuso, con anuencia de Miranda, el sistema de la expoliación extranjera en la pesca de altura. Refiere palabras del contraalmirante Anadón, cuando fue ministro de Marina, a los legisladores preocupados por las dificultades de la industria pesquera: "Con dolor nos encontramos en un momento en que trabajamos duramente para que Inglaterra nos fije un precio." A la asombrada pregunta de Mathus Hoyos, sobre *cómo* podía ocurrir eso, el ministro Anadón había respondido: "Sí, señor; Inglaterra nos fija el precio por el aceite y la margarina y luego redistribuye estos artículos por Europa." Momento en el que Miranda interrumpe a su interruptor, para decir: "Lo mismo que con la carne." Poco más adelante, en la misma sesión, Miranda admitió que:

> "Nuestra economía ha sido siempre dirigida de afuera y ahí está el caso de los fletes que se cobran, que son mayores para traer un buque para nuestros ríos, que lo que vale el buque. Costaron 45.000 pesos y pagamos 52.000 pesos de fletes."

Abundando en el mismo sentido, el senador Busquet dice: "Todos sabemos que esos precios básicos (del cereal y la carne) apenas dejan algo de utilidad o de ventaja a los agricultores y quizá también a buena parte de los ganaderos." En otra sesión Miranda prosiguió denunciando las preferencias de los institutos bancarios argentinos para con las firmas extranjeras, por sobre las nacionales:

> "Siguiendo con el tema de la política crediticia —agregó— debo expresar al Senado mi gran asombro al comprobar que a empresas extranjeras se les otorgaban créditos que importaban 100 veces su capital... Eso demuestra que esas empresas extranjeras que yo oía batir el parche de que venían al país a acrecentarlo con sus capitales, en realidad venían aquí trayendo un poco de dinero para aprovechar el dinero de los argentinos

Escaneado con CamScanner

para explotarlos. Me voy a referir ahora a un asunto muy grave: las emisiones hechas en contra de lo establecido por la ley del Banco Central antiguo. Me encontré con que se había emitido pesos 1.609.368.437 contra 113.369.884 libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra... Pero el país debe saber también otra cosa.Sobre ese dinero bloqueado, el país no cobrara un otra cosa. Sobre ese dinero bloqueado, el país no cobraba un por qué motivo, se emitían bonos de congelación para no aumentar la moneda, por los cuales el país pagaba interés, y se daba el caso curioso de que contra una letra que presentaba el Banco de Londres por un envío a Inglaterra, p. e., se le entregaba al Banco de Londres una letra de congelación y se le pagaba interés... los ingleses con gran habilidad nos cobraban por el dinero que nos debían. *(Risas.)*

"Pero eso no es nada todavía; hay más. Nosotros comprábamos todas las divisas de los envíos que el Paraguay hacía a Inglaterra y se empleaba el mismo procedimiento: quedaban esas divisas congeladas y seguíamos pagando interés por las divisas de lo que mandaba el Paraguay. Pero hay más. Podíamos suponer que estas libras que quedaban bloqueadas eran productos de la ganadería, pero era otra cosa: resulta que nosotros pagábamos con nuestros dólares la hojalata, los flejes, los clavos, el papel, las bordelesas, en fin todo lo que venía de Norte América para que estos señores hicieran su negocio y pasaran sus productos, su cebo, su grasa y lo que fuera, y lo enviaran; y cuando iba a Inglaterra quedaba bloqueado. Quiere decir que prestábamos plata gratis y pagábamos interés por ella... Mientras no cobrábamos un solo centavo por el dinero bloqueado en Londres, en ese lapso la Nación pagó a Inglaterra 194.000.000 de pesos de interés por los préstamos que nos habían hecho, que eran menos que el dinero que teníamos allí bloqueado... Veo que ahora los grandes órganos de la prensa se ocupan sobre el respaldo monetario, sobre la moneda, la inflación, y una cantidad de cosas parecidas. Parece que estuviese de moda ocuparse de la economía. Y bien, se me ocurre una pregunta, que quizá esté fuera de lugar: ¿por qué en aquel tiempo nadie dijo nada de todo esto?

El triunfo que pretende anotarse Miranda, al recordar que logró arrancarles a los ingleses un medio por ciento de interés sobre

Escaneado con CamScanner

el saldo de las libras bloqueadas (que él tuvo la ocasión de cobrar por la compra de los ferrocarriles, sin aprovecharla) es una jactancia infundada. Pese a todo siguió aportando datos sobre la expoliación sufrida por la Argentina:

> "Según un cálculo que se ha hecho —agregó— de diferencias en concepto de precios en los productos de exportación de los frigoríficos entre los años 1931 y 1935 —sólo cuatro años; no he tenido tiempo de ver más—, ei país ha perdido, en ese sólo concepto, mil millones de libras esterlinas .
>
> "*Sr. Molinari* .—¿En qué concepto?
>
> "*Sr. Presidente del Consejo Económico Social.*— El concepto es muy sencillo. Es un procedimiento muy conocido en el comercio. El frigorífico aquí puede perder dinero, pero manda las mercaderías en consignación, con un precio X, y las que ganan son las casas de allá, y no las de aquí. El que queda expoliado es nuestro país, somos nosotros. En el futuro, con nuestra propia flota y nuestro propio seguro, podemos vender CIF al comprador, y será muy difícil que se repita lo que he referido. Esa es la mejor forma de defender nuestro agro mejor que con discusiones raras."

Quien promovía *discusiones* raras, era el que hablaba. Pues lejos de evitar la repetición de los males que denunciaba, debió confesarla, al comentar su último tratado con los ingleses: "Hemos malvendido nuestra carne", aunque tratando de arrojar la culpa sobre quienes estaban más obligados a defender el precio del artículo: los ganaderos. Pero lo más extraordinario de todo era que la denuncia de la expoliación inglesa la hiciera el mismo hombre que un año antes había dicho: "Tengo la satifacción de poder anunciar que me ha sido posible entenderme con estos caballeros. El plan de nacionalizar los ferrocarriles, respetando y teniendo siempre presente lo que ha hecho el capital británico en nuestro país y reconociendo al capital los derechos que le pertenecen. No he hecho más que seguir las instrucciones del presidente de la República, y si alguna vez le habré parecido a Sir Wilfrid algo duro, le ruego que me disculpe, porque no hacía más que respetar las órdenes que tenía. Mi corazón siempre ha estado con Inglaterra, y en mi trayectoria lo he demostrado muchas veces." El mismo hombre que dijo haber dado,

Escaneado con CamScanner

en el precio de los ferrocarriles, una suma adicional de mil millones, por "razones sentimentales."

Este método de presentar al pueblo los peores estupros como acciones brillantes, a despecho de toda evidencia, y de las mayores contradicciones, con la seguridad de que aquel, no reaccionaría, volveríase en adelante usual, por parte de quienes lo inventaron, y de quienes lo imitarían. Pero hay que denunciar infatigablemente la tremenda malicia de tales aciertos. Por otra parte, el acontecimiento los juzgó. Y no habrá dialéctica parda que nos devuelva lo que nos hicieron perder las decisiones que ella intenta defender.

Para no insistir en demostraciones difíciles de sintetizar en pocas páginas, me limitaré a reproducir confesiones de voceros oficiales o representantes oficiosos del régimen sobre el malbaratamiento de la exportación de carnes. Miguel Angel Cárcano, que era embajador en Londres cuando Perón otorgó a los ingleses las ventajas que les daban los decretos de octubre de 1944, dijo en su libro sobre *La fortaleza de Europa*: "...le vendemos (a Inglaterra) nuestras carnes a crédito, sin interés y sin plazos para su cancelación, condiciones que sus propios aliados no le han concedido". Desde los comienzos del gobierno constitucional de Perón, su primer ministro de Agricultura dijo en la Cámara de Comercio Británica de Buenos Aires, que vendíamos a Gran Bretaña los tipos de carne enfriada, "con hueso y sin hueso, para citar los más importantes", a 69 y 83 centavos por libra, respectivamente. "En cambio, estos mismos productos han sido colocados en otros países a los preccios de $ 1.94 y 2.20" [1]. Al año de firmarse el Tratado Andes, el ministro de Hacienda Ares dijo que "el quebranto experimentado (con motivo del convenio) representaba una cifra superior a los 300 millones de pesos de 1949 [2]. Perón, en un mensaje a *Newsweek Review*, dijo: "nos vemos obligados a mandar ciertas cantidades de carnes al continente europeo... para permitirle a la industria ganadera resarcirse, por lo menos en parte, de las pérdidas que originan las ventas al Reino Unido" [3]. El ministro de Relaciones Exteriores, Remorino, dijo: "...nuestras entregas a Gran Bretaña fueron efectuadas en condiciones desastrosas para nuestra economía... a los precios de pregue-

1 *La Nación*, de Bs. As., del 21 de agosto de 1946.
2 *La Prensa*, de Bs. As., del 25 de marzo de 1949.
3 *La Prensa*, de Bs. As., del 7 de abril de 1949.

Escaneado con CamScanner

rra, pagadas con fondos bloqueados, produjeron una inflación que tuvimos que absorber exclusivamente"[4]. El embajador de Perón en Londres, doctor Hogan, dijo: "...nadie sabe que en los últimos tres años el abastecimiento de carnes argentinas a este país (Inglaterra) se ha hecho con pérdida para los contribuyentes argentinos"[5]. El asesor de todos los gobiernos, Prebisch, dijo en 1954 que: "la difícil situación de la balanza de pagos de la Argentina se debe a la imposibilidad en que se halla el país de emplear sus ganancias netas en libras esterlinas..."[6].

Cuando el sistema de las compra-ventas directas, entre gobierno y gobierno, con precios fijados en los convenios, había dado a los ingleses todo lo que les podía dar, se lo sustituyó por el de las ventas argentinas a consignación en Londrés, que habían de empeorar la suerte de nuestras exportaciones a Inglaterra. Pero como esto ocurrió en abril de 1954, y fue mantenido después de la caída de Perón, lo examinaremos en los parágrafos siguientes.

Entre todas las censuras que mereció esa política errónea, debe recordarse especialmente la que formuló el entonces diputado Frondizi (con asesoramiento nuestro) en su discurso del debate sobre el Tratado Andes. Nada faltó en él para mostrar nuestro enfeudamiento a Inglaterra: la falta de reciprocidad en los compromisos; el subsidio al consumidor británico por el malbaratamiento de nuestra exportación; el sistema de pagos, que congelaba nuestros saldos favorables en una cuenta bancaria de Londres para considerarlos como respaldo de nuestra declinante moneda; el pago por nosotros de los gastos posteriores al embarque de la mercadería (a diferencia de los otros compradores, que corrían con todos ellos); la severidad con que vigilaban el mantenimiento de su monopolio comprador, protestando cuando nosotros vendíamos miserables cupos en Europa continental, etc., etc. Todo lo cual dejaría Frondizi como estaba, cuando, incorporado al régimen, logró ser presidente de la República gobernando del modo deplorable que él denunciara.

Si los ganaderos protestaron una vez por la expoliación que sufrían, quejándose del efecto, sin jamás señalar la causa, los agricultores adoraron a Perón (que les arrebataba con las diferencias de cambio la mitad del fruto de su trabajo) por la prórroga de los arrenda-

4 *La Nación*, de Bs. As., del 19 de diciembre de 1949.
5 *Lo Prensa*, de Bs. As., del 7 de julio de 1950.
6 *Las inversiones extranjeras en América latina.*

Escaneado con CamScanner

mientos agrícolas. A *posteriori* resulta que en medio del despilfarro de las reservas acumuladas por el país, en el oro del Banco Central, en los créditos sobre Inglaterra y los Estados Unidos, en los depósitos particulares de los ahorristas locales, el gobierno de la dictadura hizo las nacionalizaciones. La primera, la de los ferrocarriles, le fue impuesta por los yanquis; las de las empresas alemanas, expropiadas como propiedad enemiga, también. Y todas (salvo las que acabo de mencionar) estuvieron mal hechas, como para que fracasaran. De una situación floreciente, en que, según lo decía Scalabrini, figurábamos a la cabeza de las finanzas mundiales, junto a Norte América y Rusia, descendimos hasta quedar sin oro, con una moneda envilecida por la inflación deliberada, comprometidos a vender nuestros frutos a pérdida, con la amenaza pendiente sobre el petróleo nacional por el contrato con la California.

El único saldo positivo, en medio de semejante desastre, eran las nacionalizaciones (pese a todo) y la repatriación de la deuda pública externa, aunque el endeudamiento ya asomaba de nuevo la cabeza, en los ochocientos millones de dólares que debíamos a distintos países en tratados bilaterales, por incumplimiento de algunos países en equilibrar sus compras con las nuestras. La descompaginación de la economía jamás habría decidido el derrocamiento de Perón (como su mayor deterioro no decidió el de ninguno de sus sucesores). Y a no ser por el conflicto del increíble caudillo con la Iglesia, y por el heroísmo de un puñado de valientes que se pronunciaron al amparo de la opinión sublevada por el incendio de los templos, pudo no producirse jamás. Pero el desconcepto de Perón entre sus propios partidarios, a raíz de todos sus errores y desmanes era tan grande, que lo dejó solo ante la voluntad de los pronunciados.

La caída de Perón fue prueba evidente del influjo de la opinión en la política, de que la opinión manda, aunque muchos de los que repiten el aforismo, no sepan apreciar hasta qué punto encierra una verdad fundamental. El lo tenía todo: derecho formal, dinero, armas, disciplina militar, etc. Pero le faltaba una cosa: opinión, incluso entre los peronistas. Y por eso cayó. Se la había quitado el conflicto con el poder espiritual. Pero la opinión puede mandar mal, si no es ilustrada sobre los intereses temporales de la colectividad.

Escaneado con CamScanner

XXVI

LAS REVOLUCIONES SANGRIENTAS NO INTERRUMPEN LA INFLACION, NI EL MALBARATAMIENTO DE LAS EXPORTACIONES, NI LA CRISIS ARTIFICIAL

Al producirse la revolución de 1955, una dilatada experiencia no nos permitía forjarnos mayores ilusiones. Recuerdo haber saludado a mis amigos, el 4 de junio de 1943, con estas palabras de Tácito: "El mejor día después de un mal príncipe, es el primero". Desde hacía un cuarto de siglo asistíamos a la evolución nacional, con observación vigilante, y habíamos podido comprobar que cada nuevo gobierno era peor que el precedente; y que a cada cambio formal, el país bajaba un escalón por la misma pendiente que lo tiene en la opresión y la miseria.

Pero el cuadro que presentaba el día siguiente a la asunción del mando por el general Lonardi, resultaba más desalentador de lo que era previsible. Los sectores de opinión que más habían sufrido durante la década anterior al 16 de setiembre de 1955, los círculos opositores al peronismo, que por ese sólo hecho influyeron en la orientación del gobierno provisorio, demostraron no haber aprovechado la tremenda lección que la crisis nacional ofrecía. Ofuscados por el ostracismo sufrido (en el interior o en la emigración), y luego de clamar durante años contra el totalitarismo, lo aplicaron a su turno, también con mano pesada; a una doctrina nacional se sustituyó otra, con parecido abuso del monopolio propagandístico estatal o privado, y la misma ojeriza contra toda discusión verdaderamente leal y libre, con las mismas declamaciones sobre la perfección del ortodoxo y la contumacia del opositor o disidente; el dirigismo económico siguió en pie, mientras se denostaba al caudillo que no había hecho sino per-

Escaneado con CamScanner

feccionarlo; los diarios y las radios en cadena oficial, el derecho de reunión supeditado a decisiones policiales y municipales, etc. etc.; todos los abusos denunciados en el régimen anterior, tuvieron el aplauso de quienes los habían sufrido, con muy pocas y honrosas excepciones. La cultura de que habían alardeado, y que en política consiste en sobreponerse al rencor y no sólo declamar libertad, sino vivirla, esto se manifestó en contadas ocasiones.

Los militares y marinos apremiados por la tremenda emergencia vivida, en que debieron apelar a las armas o ser disueltos, asumieron la responsabilidad de romper el orden aparentemente constitucional y reordenar el país, pero estaban en peores condiciones que las fuerzas civiles para orientarse sobre el camino a seguir. Cuanto más estrictamente profesionales hubiesen sido, menos politizados debían estar, y en consecuencia, más desprovistos de las nociones necesarias para afrontar la evolución que les tocaba presidir. ¿Con quién se iban a aconsejar? ¿Con los partidos nuevos, que se hallaban al estado naciente? No. ¿Con los elencos administrativos dejados por el peronismo, con muchos de cuyos componentes habían tenido relación por deber de estado? Eso era más explicable, y en cierta medida ocurrió, con el natural resultado de influir en el continuismo que en seguida se ofreció a la vista de todos los observadores atentos. Pero el asesoramiento que se imponía, y a que recurrió el gobierno provisorio, antes y después del 13 de noviembre, era el de la vieja clase dirigente, desplazada de la dirección nacional durante la década peronista, aunque en sus sectores económicos, financieros y sociales, se había adaptado a las modalidades de la nueva era (no tan diversa de la antigua, a no ser en las medidas vejatorias), y quedado como buena parte del espíritu argentino, remodelada por la impronta recibida.

¿Reclamó esa clase para sí el puesto de comando en la conducción del país, la asesoría económica del gobierno provisorio, vale decir, la función clave en una crisis de carácter principalmente económico? No. Como en 1933, en otra crisis parecida, la vieja clase seudo-dirigente abdicó en un extraño, en un funcionario internacional, por más que el de ahora fuera argentino nativo y no inglés como el de veinte años antes. Pero no por eso más entrañablemente asociados al interés nacional. No hubo un industrial, un terrateniente, un bolsista, un profesor, un periodista, un político, en suma un argentino que no hubiese emigrado a la fuerza, tenido por capaz de indicar lo hacedero en la peripecia más particular que atravesamos. O sino, ¿cómo

Escaneado con CamScanner

se produjo la unanimidad de todos los sectores sociales con más audiencia en la opinión, ante la llegada del asesor económico? Ni siquiera el hecho de que Perón, en sus apuros, lo había llamado a prestar el mismo servicio, en agosto de 1955, fue motivo de la menor desconfianza a su respecto. Y sin embargo, el candidato a mago de la nueva situación era una de las cartas más marcadas de la política nacional. ¿O era precisamente por eso que la vieja clase abdicó en él? ¿Olvidaba que había sido el principal instrumento del dirigismo económicofinanciero iniciado veinte años atrás? ¿O lo recordaba, y por eso lo acogió con universal beneplácito? Sea lo que fuere, el hombre no fue infiel a sus antecedentes. Y en una de las mesas redondas donde charlaba por los codos sin indicar una medida que remediara la situación, declaróse partidario del intervencionismo estatal, hasta un paso antes del totalitarismo. En economía, como en todo lo demás, el mal se iba a curar con lo que lo había causado.

Más flagrante demostración de incapacidad, imposible. La clase de los técnicos nos desgobernaba desde hacía un cuarto de siglo, pero el hecho de que los gobiernos pasaban, mientras los técnicos de la misma mentalidad quedaban, probaba que el país no tenía una política económica que pudiera llamarse suya, que si no se la soplaban desde afuera no podía orientarse en el laberinto de sus circunstancias. Decían los franceses de la Restauración que el duque de Richelieu, ministro de Luis XVIII, había sido llamado a gobernar Francia por ser el francés que mejor conocía Crimea, pues este personaje había sido gobernador de la lejana península durante la emigración impuesta por Napoleón. Prebisch fue llamado de la Argentina por ser el compatriota que mejor conocía Bangkok. Podríamos decir que los funcionarios internacionales acudidos en nuestro auxilio, observadores desde el avión, ven el bosque pero no los árboles, al revés del proverbio. Conocen el mundo, pero ignoran nuestro país. El asesor de Justo, Perón, Lonardi y Aramburu, apremiado por uno de nuestros amigos en Rosario, declaró que no conocía bien el problema ganadero; dicho equivalente al de un asesor económico inglés que hubiese confesado no conocer el problema del carbón o de las finanzas mundiales, o al de un asesor francés el del vino, o al de un brasilero el del café. Pero no era más que una escapatoria. Desde antes del año treinta, Prebisch había sido asesor de la comisión directiva de la Sociedad Rural. Lo que pasaba era que la política ganadera del gobierno provisorio era indefendible, y no hacía sino continuar la de Perón, que alimentó gratuitamente a Inglaterra. Y como los hechos

Escaneado con CamScanner

la condenaban, el infalible e indispensable asesor prefirió confesar una ignorancia parcial, para conservar su reputación, mientras su fracaso no quedara patente en todo lo demás.

Prebisch era el hombre que según de la Torre inspiraba todas las medidas del gobierno de Justo. Era el asesor del gobierno argentino cuando se firmó el pacto Roca-Runciman, cuando se revaluó el oro, cuando en una época de crisis mundial para los productos alimenticios nuestro país defendió la moneda y los títulos, arruinando el campo; cuando se votaron las leyes de coordinación de transportes y la ordenanza de prórroga para la concesión de la C.A.D.E.; cuando el Banco Central aconsejó a los ingleses bloquear nuestros saldos en Londres, para que no gastáramos nuestros dólares en Nueva York; cuando, en fin, la Argentina decidió arruinar su moneda para no cobrar a su metrópoli británica una sola libra del valor que asignábamos a los suministros de guerra.

Según lo sabemos por el ya citado *Informe* del embajador norteamericano Mr. Armour a su gobierno, en 1940, Prebisch nada hacía sin consultar al vocal del directorio del Banco de Inglaterra, que tenía despacho propio en la sede del Banco Central de la República Argentina. Su asesoramiento de 1955 confirmó ese dato. Como el *Financial News* londinense de mayo de 1934 aconsejó la revaluación del oro que Pinedo hizo en 1935, y Mr. Eddy en 1944 la sociedad mixta para los ferrocarriles que Perón hizo en 1946, otro inglés le sopló al asesor económico lo que debía aconsejar a Lonardi y Aramburu sobre el sistema del comercio exterior argentino. Mr. Tandy, ministro comercial de la embajada británica en Buenos Aires, llegado al país el 11 de octubre de 1955, a los veinticinco días del derrocamiento de Perón, no tardó en impartirnos la sugestión (que para nosotros era una orden) de cambiar el bilateralismo por el multilateralismo: "No podemos", dijo, "tomar por sentado la estructura bilateral y no competitiva en que estamos trabajando en la actualidad... Porque en este país el comercio está fluyendo por canales estrictamente bilaterales". Luego de calificar ese sistema como de "comercio en compartimientos estancos", y de invitarnos a entrar en el Club de La Haya, confesó que "en este movimiento hacia un comercio y pagos más libres, Gran Bretaña ha tomado un rol dirigente" (*El Economista*, Bs. As., 15 de octubre de 1955). Prebisch no tardó más que unos días en hacerse eco de aquella voz tan autorizada: "Puedo contestar con franqueza", declaraba públicamente, "que la Argentina *debe* incorporarse, en *mi opinión*, al sistema multilateral del comercio que propician Gran

Bretaña, Alemania Occidental y Holanda..." (*La Nación*, 16 de noviembre de 1955). *¿Su opinión?* De su propio texto fluía que era ajena. Como lo había sido la relativa al bilateralismo, que los ingleses nos aconsejaron desde 1929, y que se instrumentó en el tratado Roca-Runciman y sus numerosas renovaciones. Y que él había defendido con su dialéctica oportunista, escribiendo en un Informe de la C.E.P.A.L.: "Los acuerdos bilaterales firmados con diversos países, incluso con algunos de Europa Oriental, permitieron colocar importantes partidas en mercados con los cuales normalmente Argentina no comerciaba". Y en otra publicación de la misma entidad: "La Argentina tiene problema de mercado para alguno de sus productos, como consecuencia de las existencias acumuladas en los Estados Unidos y Canadá; y el aumento de la producción europea, *pero hasta ahora esos productos de difícil colocación han hallado salida en virtud de los convenios bilaterales*".

Con la misma facilidad que de opinión, el asesor económico cambió de datos estadísticos. En los Informes de la C.E.P.A.L. había expuesto los hechos esenciales de la economía argentina, tales como eran: a saber, que la inflación había empezado aquí en 1940 (como que la había decidido él desde la gerencia del Banco Central); que los ferrocarriles se habían comprado con la exportación de 1948; que la dificultad esencial de nuestras finanzas consistía en que la inconvertibilidad de la esterlina nos impedía aprovechar nuestras ganancias netas, etc., etc. Como asesor de los gobiernos revolucionarios (única condición en que se pronunció aquí, pues no llegó a informar como asesor de Perón, que lo acababa de llamar en vísperas de su caída), desfiguró aquellos hechos, diciendo que la inflación argentina había empezado con los salarios y sueldos políticos del dictador, que las empresas ferroviarias británicas aquí radicadas se habían comprado con el saldo de las libras bloqueadas durante la guerra; y ni se acordó de la inconvertibilidad de la libra; para remediar la dificultad que antes había señalado. Por añadidura, se atribuyó retrospectivamente haber sido opositor a la coordinación de transportes, partidario de la nacionalización de los ferrocarriles, como de la industrialización del país, los objetivos opuestos al régimen que había servido. En suma, como decía de la Torre, el asesor manejaba los números "con una habilidad tal" que les hacía decir "lo que necesita que digan a los efectos que busca". ¿Qué podía aconsejar para bien del país semejante muñeco de ventrílocuo del interés británico?

Nada. No sólo dejó todo como estaba en lo esencial, sino que

Escaneado con CamScanner

introdujo los cambios de forma impuestos por la necesidad de procurar el mismo fin de conservarnos en la dependencia de Inglaterra. Su plan económico se orientaba a hipotecarnos de nuevo, como lo había estado cuando él era asesor de los gobiernos preperonistas. So pretexto de que las nacionalizaciones y la industrialización hechas en tiempos de Perón se habían logrado mal (lo que era verdad), aconsejaba resolver la crisis con un retorno a las anteriores inversiones extranjeras que tan a desgano había redimido el caudillo, las cuales no habían sido inversiones; y que si no habían sido un bien en el pasado, tampoco lo iban a ser en el futuro. Si el país había pagado varias veces las fuentes de riqueza que recuperó después de la segunda guerra mundial, no era un motivo para que las enajenase de nuevo, como el invariable asesor lo proponía para todas las empresas que se habían estatizado, con la sola excepción del petróleo, y en una tardía rectificación, de los ferrocarriles. Al contrario, la cuantía de los obstáculos que se habían opuesto (dentro y fuera de la Nación) a la recuperación de las fuentes de riqueza nacionales, persuadiría la conveniencia de hacer los mayores sacrificios antes de vender nada. Pues era difícil que un país capaz de perder las doradas ocasiones que se le ofrecieron para redimir sus hipotecas (como lo reconocía el asesor en su Informe a Lonardi), supiese aprovechar las que se le presentaran en el futuro para liberarse de las hipotecas que él aconsejaba contraer de nuevo con las enajenaciones proyectadas. La inversión de capital extranjero es fecundante, cuando es pequeña y efectiva; pero esterilizadora cuando no es sino reinversión de réditos de anteriores inversiones, como resultaba de los propios Informes de la C.E.P.A.L. bajo la dirección de Prebisch, donde admitía que sacan más de lo que aportan. Norte América no pone trabas a la actividad económica del extranjero en su propia economía. Pero cuando se le ofrece la ocasión, como al volatilizarse los capitales europeos por la libre competencia o en la última guerra, no deja de nacionalizar las fuentes de riqueza que aquella actividad había constituido. Nosotros no supimos hacerlo ni cuando el tratado angloyanqui de 1945 le impuso a Inglaterra la obligación de pagarnos los suministros de guerra y las exportaciones a partir de aquel año en divisas convertibles.

Mientras el asesor se lo pasaba charlando sobre la necesidad de una moneda sana, y otros lugares comunes, como el equilibrio del presupuesto y los déficits de las reparticiones autárquicas, la máquina de fabricar billetes de moneda papel seguía funcionando con ritmo uniformemente acelerado, como corresponde a la inflación.

De modo que en dos años y medio, el gobierno provisorio duplicó el monto del circulante nacional existente a la caída de Perón, quien a su vez lo había decuplicado en doce años, como Frondizi había de triplicar en cuatro los cincuenta mil millones que él recibió. Pero no decía una palabra sobre el malbaratamiento de nuestras exportaciones, con las ventas a consignación en Londres, y descuento para los ingleses de todos los gastos posteriores al embarque de la mercadería, que era lo que privaba al país de su renta, sin la cual los empréstitos y las seudoinversiones extranjeras serían una maldición.

Y su principal genialidad consistió en aconsejar la transformación de una deuda comercial con el extranjero en una deuda pública nacional con la banca internacional, por nuestro ingreso en el Club de París. Fue una medida tan inteligente, como sería la de un particular que habiéndose obligado con un acreedor por medio de un pagaré, lo afianzara con una hipoteca sobre un bien raíz.

El fracaso del asesor económico quedó patente muy pronto, y él debió hacer mutis por el foro. Pero las directivas que dejaba presidieron la tarea de aumentar los males causados por la dictadura, y so pretexto de liberalizar nuestra economía y nuestras finanzas, desmantelarlas más de lo que ya lo estaban. El último embajador de Perón en Londres había prometido a los ingleses enviarles medio millón de toneladas de carne, en vez de las doscientas mil promedio que exportamos en los últimos años de la dictadura. El gobierno provisorio cumplió la promesa en la primera mitad de su gestión. El intercambio de nuestro país con sus vecinos de América descendió a niveles irrisorios, mientras los crecientes envíos a Smithfield echaban abajo los precios para nuestros frutos, y para los de los otros abastecedores de Inglaterra, que nos acusaron de hacer *dumping* contra ellos, cuando los más perjudicados eran nuestros propios productores. La crisis ganadera fabricada ex profeso en 1956 y 1957 fue tan grande que en esa época la gente de campo mataba los terneros para vender las vacas solas, provocando una merma en el plantel ganadero nacional cuyos efectos se harían sentir en un futuro inmediato.

Según planilla de un frigorífico, obtenida en 1956, que obra en nuestro poder, salía una tonelada de carne enfriada con destino a Londres, a un precio nominal de trescientos dólares valor F.O.B. (Franco a Bordo), y a diferencia de los embarques para otros compradores, que lo pagan íntegro, empieza a sufrir descuentos: por interés bancario sobre el adelanto del 80 % del precio; por margen de venta bruto, por el seguro, la merma en el precio de venta, los

gastos de descarga en el muelle, el acarreo a Smithfield, gastos del mercado, impuestos, flete, almacenaje y transporte de Londres a las provincias. Y el embarque había perdido en el viaje el 66 % de su valor. Total, que los trescientos dólares nominales, se habían reducido a noventa dólares. Pero como los frigoríficos recibían un subsidio, los nueve céntimos de dólar por kilo se volatilizaban aquí, como los veintiún anteriores allá. Como en tiempos de Vicente Fidel Lpez, el precio que cobrábamos por nuestros frutos en la segunda mitad del siglo XIX, apenas pagaban el flete de los barcos en que se los enviaba al exterior. El 50 % sufría mermas similares, en cuanto iba a Inglaterra, que absorbe el 40 % de nuestro comercio internacional, cuyo monto global se compone de una décima parte nominal de prestaciones inglesas (que se salda con balance de pagos, o ventas sobretasadas de chatarra marítima o aviones en período experimental), y nueve décimas partes de envíos nuestros al mercado británico.

Antes de tener la planilla referida, que llegó a nuestras manos a mediados de 1956, planteamos el problema de los saldos argentinos bloqueados en Londres, que se arrastraba desde la época de la guerra en una absoluta incertidumbre estadística. Pedimos una investigación que nos fue negada. Nuestros escasos medios de propaganda hicieron que la grave denuncia cayera en el vacío. Pero la medida de la importancia que el problema tenía para el régimen, la dio la reacción del gobierno provisorio ante el Informe del representante argentino en la UN, contralmirante Olivieri, cuyos datos confirmaban los nuestros. Otra prueba congruente se dio a fines de 1956, cuando el coronel Nasser, jefe del gobierno egipcio, nacionalizó la Compañía del Canal de Suez. Esta daba a ingleses y franceses una renta anual de cien millones de dólares. Ante la perspectiva de perder esa suma, Francia y Gran Bretaña le movieron guerra al Egipto, que habría sucumbido a no ser por el veto norteamericano y ruso a aquella descabellada acción bélica en defensa de crudos intreses financieros. ¿De qué no será capaz la finanza internacional que hace en la Argentina las veces de superestado, por conservar para sí los cientos o miles de millones de dólares anuales que saca de nuestros puertos en la más noble mercadería?

La campaña electoral de 1958 se desarrolló sobre la base de discusiones ideológicas. Entre todos los candidatos de los diversos partidos tradicionales, no llegaron a completar un programa nacional. El que se aproximó más fue Arturo Frondizi, quien dijo en uno de sus discursos, que de cada tres kilos de carne que mandábamos a Inglate-

Escaneado con CamScanner

rra, perdíamos uno, cuando él sabía mejor que nadie (por nosotros, e incluso por sus asesores jóvenes) que la pérdida seca era total. Pero así y todo, con un programa nacional retaceado, polarizó el anhelo de reconstrucción que animaba a la parte más ilustrada de la opinión y logró la conquista del poder, para traicionar los ideales que había profesado durante toda su actuación pública conocida.

Escaneado con CamScanner

XXVII

EL GRAN CAMBIO, NUEVA MASCARA DEL REGIMEN

Como para mostrar lo que es el Régimen con el mejor reactivo, llegó al gobierno Arturo Frondizi en 1958. Entre los políticos actuantes, con ribetes de intelectual y fama de caudillo por haberse procurado la presidencia de un partido tradicional, era el que había planteado con más decisión el problema esencial de la Argentina: su dependencia colonial de la finanza internacional. Su viraje de ciento ochenta grados para transformarse de campeón del antiimperialismo izquierdista, en el sumiso agente del más crudo imperialismo económicofinanciero, es una acabada demostración del poder omnímodo que ejerce en nuestro país el interés privilegiado extranjero, que hace las veces de superestado por sobre la autoridad aparente de magistrados y funcionarios instituidos según la Constitución y las leyes vigentes.

Arturo Frondizi en su introducción a *Petróleo y política,* había interpretado la historia y la actualidad argentinas con el criterio de un discípulo, el más ortodoxo, del marxismo-leninismo. Lo había hecho con tanta exageración, que no dejaba ni el mínimo margen a la voluntad de los dirigentes argentinos que procuraban los cambios políticos en las sucesivas etapas de la evolución nacional. Y como para probar la verdad de su juicio desmesurado, su candidatura fue auspiciada por una conjunción de opiniones internacionales, que pareció amañada para lograr el fruto que daría su gobierno: comunistas, católicos, nacionalistas, radicales izquierdistas, conservadores, se pronunciaron abiertamente en su favor, o lo votaron en secreto, dándole un sufragio plesbicitario que lo invistió con poder omnímodo. Pero la omnipotencia no resultaría suya, sino de la finanza internacional, que, desde meses antes de la elección, decía tenerlo en el

Escaneado con CamScanner

bolsillo. Por supuesto que el candidato no abandonó su programa antiimperialista, aunque lo redujo a enfáticas declaraciones de principios, carentes de una relación precisa con la circunstancia argentina. Enganchó así a muchos que ya se habían confundido ante programas de "antiimperialismos verbales y entregas de hecho"; entre ellos a Raúl Scalabrini Ortiz, quien abonó con su campaña de la revista *Qué* la sinceridad de las declamaciones nacionalistas que el candidato prodigaba para satisfacer el anhelo de progreso que alentaba en la mayoría de la opinión.

El gobernante supuestamente renovador no tardó en despejar la gran incógnita de nuestro electorado: ¿el candidato aparentemente más revolucionario, había de insertarse en el Régimen, o lo haría saltar en pedazos, de acuerdo con sus antecedentes conocidos? Desde que se supo presidente electo, declaró su propósito de *no innovar*, lo que era una burla a la voluntad de cambio manifestada en las urnas, a instancias del ex candidato. En la primera conferencia de prensa como presidente en ejercicio, contestó a las preguntas de los periodistas sobre la posibilidad de abastecer nuevos clientes (aparecidos entre las delegaciones americanas que habían concurrido a la transmisión del mando) como lo habría podido hacer cualquier funcionario de gobiernos anteriores: que no había excedentes agropecuarios para enviar a nuevos mercados, y que éstos no pedían ni carne ni cereal, sino que les recibiéramos su petróleo.

La integración que prometía el candidato, no resultó sino una restauración parcial del peronismo, con los peores consejeros fracasados con Perón. La continuidad del régimen quedó patente, al vérselo seguir las huellas del gobierno provisorio. El plan de los gobiernos de facto, trazado por el ex asesor económico Prebisch, seguía en planta: liquidación de empresas estatales, compra de la chatarra y los aviones británicos en período de prueba, ejecución del programa petrolero de Alsogaray y Cueto Rúa. Entre tanto, decretaba un demagógico aumento de los salarios (en escala insólita del 60 %) sobre la base de emisiones de moneda papel, con su secuela de conflictos laborales y sociales. Mientras se alentaba a la opinión católica con la perspectiva de la enseñanza libre, el *no innovar* amparaba el continuismo en la universidad, copada por los marxistas, y enemiga del humanismo tradicional. El desconocimiento por las camarillas predominantes de los concursos para proveer cátedras de latín y griego, mostraba la desaprensión de la izquierda para rever sus propias decisiones, cuando conviene a sus objetivos. El *no innovar*

Escaneado con CamScanner

no regía para conservar en la universidad lo poco que en ella quedaba de bueno.

Este continuismo con retoques perversos, dio nuevo vigor a las fracasadas medidas sobre los alquileres urbanos, que traban la construcción de viviendas; sobre arrendamientos agrícolas, que atentan contra la producción agraria; sobre asociaciones profesionales, que devuelven el gobierno de los gremios al Estado; sobre cupos de importación y múltiples tipos de cambio para la exportación, que restaurarían los monopolios de carácter medieval para los paniaguados del Régimen, como en los peores tiempos del dictador derrocado en 1955. El continuismo triunfante en 1955 y en 1958 quedó patente en los contratos de Arturo Frondizi y sus emisarios con las compañías petroleras internacionales, que en sus ambiguas estipulaciones parecían destinados, como en el de Perón con la California, a hipotecar el futuro nacional por medio de compromisos que nos obligan a pagar en plazo cierto, servicios dudosos. Como en los restantes contratos para recibir ayuda extranjera, nos obligábamos en algunos de ellos a efectuar pagos en efectivo antes de empezar las obras.

No corresponde aquí el examen pormenorizado de los contratos, que merecieron el repudio de toda la opinión competente, incluso de los especialistas en la materia, mejor dispuestos a acogerla favorablemente. Por ellos nuestro propio petróleo nos iba a costar más caro que el importado, y lo íbamos a perder como reserva. La exención de impuestos debía agravar nuestra situación de país en el que las explotaciones más cuantiosas no contribuyen a sostener el Estado. La entrega de las áreas ya exploradas por Y. P. F. a las compañías privadas, les daba a los extranjeros un negocio seguro y provechoso, mientras el compromiso de comprarles a las concesionarias toda la producción, reducía la actividad del ente estatal de los hidrocarburos. Pero más que los defectos particulares de los contratos, importa señalar el error de fondo, que consistía en descuidar la desastrosa experiencia nacional en materia de inversiones extranjeras. Si en los países que supieron aprovecharlas, como los Estados Unidos, ellas estuvieron en proporción de uno a cuatrocientos, en relación con el capital nacional (principal motor de la expansión económica), en el nuestro fueron en su mayor parte juegos de papeles para contabilizar el trabajo nacional a nombre de firmas extranjeras. Así construimos la mayoría de los ferrocarriles, usinas eléctricas y compañías de transporte, para dejarlas pasar a manos extrañas por valores apenas superiores en algún caso al importe de la coima que facilitaba la

Escaneado con CamScanner

operación. Una novedad habría en adelante, gracias al hombre que había denunciado con vigor el carécter esterilizador de aquellas seudoinversiones: que éstas se iban a hacer con capital argentino (con préstamos de los bancos oficiales o acciones tomadas por ahorristas nacionales) y se iban a llamar extranjeras, para que pudieran exportar ganacias de capitales que no habían ingresado al país, a no ser en forma de máquinas introducidas sin recargo, mientras los productores locales sufrían gravámenes de importación hasta del 300 % y de réditos, superiores al 50 % del valor de su producción.

Frondizi pretendió justificar su evolución con el socorrido argumento de que la experiencia del gobierno le aconsejó rectificar sus errores de opositor. Una triste escapatoria. No nos remontemos a los genios políticos, como nuestro San Martín, quien anunció con cuatro años de anticipación, y al pie de la letra, lo que iba a hacer en sus campañas de los Andes. O como Cavour y Bismarck, quienes, compartiendo un programa nacional con toda una generación de dirigentes, no sueñan con tener la ocasión de realizarlo, pero que si ella se les da, la aprovechan con éxito. La consecuencia entre el programa de oposición y la acción de gobierno es condición indispensable del adelanto político. En los regímenes más regulares y mediocres, los errores censurados por los opositores, que dan a éstos el gobierno, deben ser corregidos por quienes los señalaron, so pena de absoluto estancamiento. Así se explica que la evolución de Frondizi, del antiimperialismo al servicio de los intereses imperialistas, hicieran retrogradar al país a la situación de endeudamiento en que se hallaba un cuarto de siglo antes de su gobierno. La dialéctica de las cosas prácticas, que por la corrupción de lo mejor llega a lo peor, hizo que el gobierno del protorrevolucionario radical intransigente, resultara el más obsecuente con el interés privilegiado extranjero, que él había denunciado con ardor.

Por otra parte, su abandono de la tesis nacional sobre las inversiones extranjeras, que él había sostenido durante veinticinco años de actuación conocida —en la que se basaba todo su prestigio—, constituyó un motivo de profundo desaliento para las esperanzas del pueblo argentino. Apenas redimida la hipoteca que los supuestos capitales extranjeros habían hecho pesar sobre el país, con los ferrocarriles y los teléfonos, y que luego de drenar nuestra riqueza durante cien años, debimos pagar con sobreprecios de carácter "sentimental"; aún pendiente el pleito con la C. A. D. E. (que llegó con una modesta suma para montar una empresa municipal, y lograría

que le reconocieran un ingente capital, comparable a la red nacional de ferrocarriles), Frondizi declaró la incapacidad del organismo público que según él mismo, había servido para mostrar por contraposición cómo se logra la capitalización nacional, en una empresa iniciada con una inversión oficial insignificante, para llegar a un activo de cifras astronómicas. Cuando el país se aprestaba a expandir su economía por sus propios medios y con sus propias capacidades, los contratos que arrebataban la extracción del petróleo de manos de Y. P. F. para entregarla a la finanza internacional, constituían una verdadera capitulación. Tan graves errores no podían prestigiar el civilismo que él pregonaba, para afianzar su administración. El hecho mismo de que el sucesor de la dictadura y del gobierno provisional no hiciera más que seguir servilmente los planes trazados por los militares Perón y Aramburu, no revelaba superioridad por parte de la inteligencia civil argentina. Así pudimos juzgar muy pronto su gobierno, como los anteriores, fiel expresión del régimen imperante hace tres décadas, a saber: un interés privilegiado extranjero, que nos gobierna como superestado extranacional, a través de dictaduras, provisoriatos y gobiernos seudoconstitucionales.

Para ser lógico con su *new-deal,* aunque no consigo mismo, Frondizi llamó para dirigir su política al que en el gobierno provisorio había proyectado el arreglo con la C. A. D. E. que ésta pedía: Alsogaray. Esta confesión del fracaso radical para resolver los problemas nacionales, prestigió de inmediato a su antecesor en la presidencia. Confirmábase una constante de nuestra política, la de que para hacerse añorar entre nosotros hay que tener un sucesor. Así crecieron en estatura histórica Yrigoyen con el fracaso de los septembrinos, los conservadores con el de Perón, Perón con el de Aramburu, y Aramburu con el de Frondizi. Otra manera de parecer gran estadista, y hacerse añorar, incluso por sus críticos, no se ha conocido en la Argentina, por lo menos en lo que va del tiempo para los más antiguos componentes de las generaciones contemporáneas.

Esta circunstancia nos permitía decir en vísperas del 1º de mayo de 1958: "Todavía lo vamos a añorar a Pedro Eugenio". No tardaron en cantar esa añoranza en una bella elegía heroico-burlesca algunos de los más incisivos censores del gobierno provisorio. Ella explica que quien la víspera de su partida de la Casa Rosada confesó dejar al país estancado, a la espera de que un gobernante más capaz lo moviera (en seis años, cuando él no había podido hacer nada en tres), adoptase las poses de un Warwick, de un hacedor y conservador

Escaneado con CamScanner

de reyes, o Protector de la República. Un país con la opinión dirigente capaz de confundir de aquel modo a su pueblo, no puede resolver sus problmeas mejor de lo que iba haciéndolo el gobierno que Aramubu nos había legado.

Así se explicaba también , por un lado, que quienes acompañaron a Aramburu en su fracaso, se nos ofrecieran como únicos salvadores posibles, y por otro, que Alsogaray nos presentase como nuevo equipo gubernamental a un grupo de los más conocidos caballos de calesita económico-financiera que mantiene el país en el estrecho círculo vicioso en que gira hace treinta años. Sin establecer responsabilidades personales, la mayoría de ellos aceptaron que el gobierno septembrino estancara al país con el pacto Roca-Runciman, la coordinación de transportes, el control de cambios, las juntas reguladoras, el comercio orientado hacia Inglaterra en el bilateralismo, y la inflación para representar el valor de nuestros suministros de guerra a los aliados durante la segunda guerra mundial del siglo XX. Si los radicales no podían, según Alsogaray, aplicar bien el plan de liberalización económico-financiera, por su estatismo de izquierda, no se veía cómo lo podrían los estatistas de derecha o de centro que habían implantado entre nosotros la economía dirigida.

El gran cambio prometido por el equipo demasiado conocido no podía ser sino lo que se suponía: un parto de los montes. Bajo las diversas máscaras que usó en nuestro tiempo, el Régimen no hizo del país sino lo que era hace cien años, el mejor abastecedor de Inglaterra. La evolución que en parte lo ha transformado, se produjo siempre a pesar de las trabas opuestas por el régimen a la actividad privada, y no por iniciativa del Estado, se declarase éste liberal o estatista. El afán de progreso manifestado por los particulares siempre fue contrarrestado por la tendencia estatal a estancar el país. Las similitudes entre los diferentes gobiernos, pese a sus opuestos rótulos, son ilustrativas: Perón tuvo el mismo asesor que Lonardi, Aramburu y Frondizi, los mismos planes de radicación de capitales extranjeros, de entrega de nuestras fuentes de riqueza al aventurero internacional; las mismas palabras a favor del cambio y el desarrollo, y los mismos hechos en procura del estancamiento.

Durante más de un siglo, los conservadores se lo pasaron diciendo lo que el capital extranjero, sobre todo británico, había hecho al país. Durante más de una década, Perón dijo, para consumo interno, que aquél lo había deshecho. Pero cuando le tocó hablar delante de los ingleses, repitió casi al pie de la letra las expresiones

Escaneado con CamScanner

de Julio A. Roca sobre la deuda vital que teníamos supuestamente con Inglaterra, cuando ésta se había endeudado con nosotros en un lustro lo que nosotros llegamos a deberle en un siglo. Proseguida la liquidacin nacional a conciencia entre radicales, conservadores, peronistas y frondizistas, para abastecer gratuitamente a Inglaterra, el ingeniero Alsogaray se estrenó diciendo que "vivimos de los préstamos extranjeros", cuando se podía decir que Inglaterra vivía en parte de prestarnos lo que nos debía. Si en aquellas palabras del primer ministro de Frondizi había algún cambio, era sin duda en el aumento del cinismo.

El continuismo que hizo fracasar a tantos gobiernos de las más opuestas denominaciones, no nos promete mejores resultados que los obtenidos hasta aquí. Tanto es así que la función destiñe sobre el órgano. A poco de haber combatido sañudamente la vigilancia de precios dirigida por López Serrot, Alsogaray anunció que combatiría a muerte a los acaparadores y agiotistas, sin cambiar las causas del agio y el acaparamiento, de las que no dijo palabra. ¿Cómo iba a evitar que se especulase y acaparase, si la economía argentina, cuyo nivel artificialmente envilecido se destina, como siempre, a abastecer gratuitamente a Inglaterra, provocando el contrabando y la especulación, la evasión de capitales nacionales y la entrada de los aventureros del capital internacional, y la corrupción de los gobernantes, era dejada como estaba en sus líneas esenciales? Perón se mostró más sensato cuando confesó que si nombraba sesenta mil inspectores de agio, se los coimearían a todos.

El único gran cambio posible en la Argentina es que ésta deje de ser factoría de especulación para la finanza internacional. Y no había la menor probabilidad de que el hombre que se llamaba a sí mismo campeón del gran cambio, fuese capaz de procurar dicho resultado. Pero la misión de Alsogaray era precisamente la opuesta. Desde que fue ministro de Industria con Aramburu, había proyectado un arreglo con la C. A. D. E. por el cual se le iban a pagar a la empresa veinte mil millones de pesos por las instalaciones que debía entregar sin cargo para el Estado al término de la concesión, el 31 de diciembre de 1957. —Plan que era, punto por punto, idéntico al que presentó el presidente de S. O. F. I. N. A.— C. A. D, E, al sucesor de Alsogaray, Dr. Cuento Rúa (Memorial del Dr. Juan Pablo Oliver al ministro de Industria, el 5 de junio de 1957, en copia mimeografiada.) Esta coincidencia entre el interés de la empresa concecionaria de la electricidad en la capital, y las ideas del campeón libreempre-

sista, arroja suficiente luz sobre los motivos del llamado que le hizo Frondizi, para encomendarle la tarea que le fue asignada en su dictadura de la economía. La charla sobre estabilidad financiera, no pasaba de ser eso: palabras, palabras, palabras.. Hábil para inventar *slogans* de propaganda, el ministro de Economía era incapaz de acción positiva. Incluso *La Nación,* por lo común tolerante con su gestión, debió reconocer al cumplirse el aniversario de aquélla, que había pasado un año hablando, sin hacer nada.

Al *speaker* de televisión que dirigía las finanzas de Frondizi, no se le caía de la boca la palabra "estabilidad", y en los doce meses de su ministerio se emitieron veinte mil millones de pesos papel. La estabilización monetaria de que se jactaba, era cierta exclusivamente respecto de la cotización del dólar. Pero eso mismo era artificial. Pues se debía a la escasa demanda de dólares, a causa de los enormes recargos a la importación, y a los préstamos exteriores. Y era una seudo estabilidad que no influía para nada en el mantenimiento de los precios, ni en el poder adquisitivo del salario, ni en la reactivación del comercio ni el aumento de la producción. Estabilidad que para lo único que servía era para que los pseudoinversores extranjeros exportaran sus ganancias con dólares baratos, a costa de un mayor endeudamiento argentino.

El ritmo de la productividad disminuyó, aumentando pavorosamente las quiebras. Menudearon los pedidos de aumentos salariales, y cuando los precios no aumentaban por sí solos, el gobierno los hacía rebotar a las alturas con sus decretos. So pretexto de libre empresa y libre competencia, se había instaurado el gobierno del Fondo Monetario Internacional sobre nuestra economía y nuestras finanzas, haciéndose espejear a nuestros ojos una rebaja de precios, como fruto de la mayor productividad solicitada al pueblo trabajador, en el juego de la oferta y la demanda. Luego resultó que hubo superproducción de azúcar, pero que el precio del artículo subió. El libre empresismo fracasaba tan estrepitosamente como antes el dirigismo.

Escaneado con CamScanner

XXVIII

LO PEOR ESTA POR VENIR

Como no podía menos de ocurrir, el desastre económico trajo desórdenes políticos y sociales que configuraron la situación más peligrosa vivida por el país en los últimos años. El peronismo, defraudado en las esperanzas que le había hecho concebir el pacto Perón-Frondizi para las elecciones de 1958, reaccionó violentamente, cometiendo atentados terroristas que necesitaron la aplicación del Plan Conintes. Las fuerzas armadas, conscientes de su incapacidad política para asumir la responsabilidad directa del gobierno, se decidieron a ejercerlo bajo la máscara del gobierno seudoconstitucional de Frondizi. El desconcepto en que cayeron los poderes del Estado a raíz de la entrega que el presidente les hizo avalar con sus votos o sentencias, fue tal que la legalidad se hizo trizas. La falta de autoridad en el Poder Ejecutivo, en el Congreso, y las sospechas que la renuncia del Dr. Orgaz dejó pesar sobre la Suprema Corte, crearon una situación llena de peligros. La falta de respeto al cargo presidencial, implícito en la intromisión de las fuerzas armadas en la política y la economía, eran los mayores incentivos a la anarquía. Pues el ejercicio recto de la autoridad es la piedra sillar del orden. Pero sea cual fuere la explicación del fenómeno, el hecho es que el presidente de la República no era acatado ni por las fuerzas armadas, ni por los gremios, ni por el ciudadano común, ni por la opinión más ilustrada. Y esta manera de vivir a espaldas de la ley es sumamente peligrosa. Si las palabras relativas a la organización de la ciudad —derecho, constitución, justicia, libertad, etc.— tienen algún contenido trascendente y son verdades sustanciales que presiden la convivencia civilizada, su desmentido en los hechos no puede sino acarrear catástrofes.

Escaneado con CamScanner

Recuérdese las consecuencias que tuvo otro período similar a éste: el fraude de una década, instituido a fines de 1931, nos trajo a Perón. Si el mucho más grave del gobierno seudoconstitucional cuyo único sostén eran la finanza internacional y el ejército, se acercaba en algo a la duración del anterior, nos traería algo mucho peor. Esto no significa desconocer las razones que los herederos de la Revolución del 55 tenían para precaverse de las acechanzas del cuervo que criaron. Pero la manera de arreglar las cosas no es embarullarlas más. Un gobierno sostenido en las bayonetas es la negación del régimen constitucional. Decía el filósofo británico Burke que no es el nombre lo que hace a los gobiernos sino la obediencia que se les presta. Y como al de entonces se la rehusaba la mayoría, no había mayor fraude que llamarlo constitucional.

El origen del mal, la causa de que fracasen todos los gobiernos que agravan, cada uno a su turno, la situación siempre catastrófica, está en el servicio que todos prestan al interés privilegiado extranjero, que ahora suma a la expoliación inglesa, la norteamericana. Evidentemente, Norte América ha abandonado, respecto de la Argentina, el criterio del presidente Wilson. Y sus aventureros de las finanzas están siguiendo las huellas de sus predecesores británicos, que en el pasado crearon con juegos de papeles un imperio ferroviario, comercial y financiero en nuestro país. Con maniobras que la historia esclarecerá, como para el caso de los ferrocarriles, esos aventureros llegan munidos de fondos para "promover el negocio"; obtienen concesiones, algunos —como el Banco Loeb—, las venden ganando una diferencia, al estilo de Wheelwright, que vendió la del Central Argentino; los demás reciben generosos créditos de los bancos oficiales (por intermedio de los bancos extranjeros locales) o emiten acciones en la Bolsa de Buenos Aires, que suscribe con creces las enormes sumas pedidas, como cuando Wheelwright exigió que los ahorristas argentinos tomaran acciones por la mitad del capital reconocido a su ferrocarril antes de emitir en Londres la otra mitad. Y así el desarrollo se hará, aunque peor que antes, con nuestros recursos, pero sus frutos serán ganancias exportables en dólares, aunque el país no los tenga, y deba pedirlos prestados a quienes los van a recibir.

Evidentemente los yanquis están por crear un imperio petrolero y petroquímico en la Argentina. Y sus ganancias drenarán nuestra riqueza, como antes los ferrocarriles y demás empresas británicas. Pero de ahí a comparar la expoliación británica, que hoy no tiene

compensación ni justificación alguna, con la expoliación yanqui, que es una amenaza para el futuro, hay un abismo. Norteamérica paga lo que compra, por engañosas que sean sus seudoinversiones. Inglaterra se lleva el 40 % de nuestras exportaciones, descontando gastos por dos tercios del valor nominal de la mercadería, tasada a vil precio, y arruina nuestro comercio exterior con los demás compradores. Sólo en el caso de una eventual redención de la nueva hipoteca que se está construyendo con la misma artería que la anterior, y de que los yanquis lograran llevarse nuestros frutos con el mismo sistema de pago que el actual de los ingleses, podríamos equiparar las situaciones de unos y otros. Pero de todos modos, los Estados Unidos incurren en grave responsabilidad al olvidar la opinión de Wilson, que tuvo su continuador en Franklin Roosevelt, cuando obligó a Gran Bretaña a pagarnos sus deudas de guerra y sus importaciones a partir de 1945 en dólares. Si nosotros no aprovechamos mejor aquellas enseñanzas, nuestra fue la culpa. Ahora sería de ellos, si cuando esperábamos que el capitalismo yanqui acendraba sus métodos para mejor enfrentar al comunismo, lo vemos retrogradar a sus épocas peores.

La incorporación de los aventureros yanquis a la comida de las fieras que es la Argentina, empeoró gravemente nuestra situación. El interés privilegiado extranjero parece poderlo todo entre nosotros. La aceptación por los responsables de la conducción nacional (gobierno y parte de la oposición) de las imposiciones del Fondo Monetario Internacional sobre nuestras finanzas, mucho peores que las que valieron a Pellegrini y Roca ser apedreados en sus casas a principios de siglo, muestra el grave quebranto sufrido por la soberanía y el orgullo nacionales. Ese interés privilegiado extranjero, que paga las elecciones, no las paga para nosotros, sino para sí. Y no influirá para sanear nuestra economía, sino para pudrirla más. Sería inacabable enumerar todos los contrasentidos de la situación. Exportamos cada vez más riquezas y ganamos cada vez menos. Exportamos técnicos, y nos declaramos país subdesarrollado. Hay en Norteamérica miles de técnicos argentinos, cuya formación costeamos nosotros, y en su mayoría serían aprovechados por los norteamericanos, confirmando el dicho francés de que no se presta más que a los ricos. Los réditos que paga el pequeño productor o capitalista local son los más altos del mundo civilizado. Pero a los grandes consorcios que vienen a hipotecarnos por cientos de millones de dólares, los eximimos de todo gravamen. Pedimos aumento de la producción, y la desalentamos con impuestos o recargos de importación.

Escaneado con CamScanner

Hablamos de estabilización, y nos ahogamos con moneda papel. Hablamos de desarrollo y todos los índices de la producción están en baja. Situación tan desastrosa no fue obra de un solo gobierno, sino de todos los que se sucedieron en los últimos treinta años. Y claro está que los partidos, no pudiendo innovar, como lo muestran los casos de Justo, Ortiz, Castillo, Perón, Aramburu, Guido, Frondizi e Illia, se arrojan a la cabeza comparaciones entre una y otras fechas de ese período. Y que los más alejados de la responsabilidad actual, se ofrecen al país como una esperanza. Pero todos son responsables. No sólo porque nada costaría mostrar la parte de mal por el que deberá responder cada uno de ellos, sino porque los más jactanciosos son los creadores del sistema, y están de acuerdo con lo peor de estos gobiernos, que era Alsogaray.

La ilusión de resolver la crisis con ensalmos y fórmulas verbales —como antes la de pagarnos un gran caudillo, que nos salió caro— arrastró al país en 1958 y en 1959, tras la promesa de restaurar el Estado de Derecho. Y el resultado fue que en el primer caso nos dimos un gobierno que al cabo de sus culpas, no tuvo otro apoyo que una fuerza que al parecer no lo quiso nada bien. No sólo no quiso un Estado de Derecho, sino que ni siquiera tuvo un Estado.

Lo que ahora recibe ese nombre entre nosotros es un mero aparato para enriquecer a los extranjeros y privilegiados y favoritos y expoliar a la población. Por sus agentes fiscales saca a los contribuyentes más del 50 % de sus entradas —sin tener en cuenta la magnitud o insignificancia de las mismas—, dejando enriquecer al rico, sobre todo si es extranjero, y empobreciendo cada vez más al pobre, sobre todo si es nacional. Y de los frutos de esa tremenda expoliación, el Estado no aplica ni el 20 %, no ya a obras de desarrollo, pero ni siquiera a que el país no retrograde más; y despilfarra el restante 80 % en sueldos miserables y gastos improductivos. La fiscalidad abusiva provoca el fraude impositivo y el contrabando, que a la vez causan la evasión de capitales, la disminución de la renta producida por las exportaciones y la dilapidación de las divisas fuertes. Lo que mal se llama Estado argentino se ha convertido en el sistema de enriquecimiento sin causa más escandaloso que se conozca en la historia del mundo, si se exceptúa el ignominioso régimen comunista. Si la Argentina no quiere perecer, ese escándalo debería cesar.

Pero él no cesará mientras no cobremos la exportación a Inglaterra. Pues al regalarla, debemos vivir de nuestra propia sustancia, y seguir haciendo inflación. Durante los diez años que van de 1940 a

Escaneado con CamScanner

1950, el maravilloso sistema de enviarle a nuestro cliente tradicional todo lo que nos pidiera, obligándonos de antemano a darle preferencia sin exigirle ninguna reciprocidad, alcanzó proporciones siderales. La interrupción del orden regular en el curso de la década no introdujo ningún cambio, sino para agravar la situación. A Perón, y no a los conservadores (iniciadores del sistema en 1940), le cupo la responsabilidad de continuarlo y empeorarlo una vez terminada la guerra. El acuerdo era tan perfecto que por sobre las violentas diferencias que los separaban con sangre y cárceles de por medio, los jerarcas del régimen que estaba en la oposición aplaudían los tratados con los ingleses, y el caudillo expurgaba de su edición oficial de los tratados de la República algunos de los peores hechos antes de su advenimiento, como el que nos comprometió a arruinar la moneda para alimentar a Inglaterra sin cobrarle. Finalmente, compensados los créditos y deudas recíprocas en forma desastrosa, había que hallar la manera de seguir prestando el mismo servicio: primero, vendiendo la carne a un precio siempre inferior al costo de producción que siempre arrojaba pérdidas cuantiosas, confesadas por Ares, Miranda, Hogan, etc., con deducciones en el viaje y subsidios a los frigoríficos, que lo reducían a cero; luego con ventas a consignación en mercado comprador libre (mientras nosotros quedábamos obligados a mandar allí el 80 % del saldo exportable), en el que echábamos abajo los precios mundiales con el movimiento de nuestras propias exportaciones. Perón prometió llegar a una cuota de quinientas mil toneladas en 1955 y Aramburu lo cumplió.

Para justificar su abandono del programa nacional, Frondizi y los frondizistas suelen aludir a los intereses de los importadores de petróleo, para tachar de espúrea la oposición a sus contratos con los norteamericanos. No faltó algún panegirista suyo que intentara justificar la apertura hacia Norte América, como juego diplomático de oponer un imperialismo a otro. Nada más deleznable. Él mismo había censurado esa política, como destinada a un fracaso seguro, en su discurso de 1949 contra el Tratado Andes. Por otra parte, así en su política petrolera como en la del comercio, todo lo dejó como estaba a favor de los ingleses. Y si éstos se beneficiaban con la importación de petróleo (como los yanquis), unos y otros fueron favorecidos por sus concesiones, sin perder ninguna ventaja en el mercado consumidor argentino. El único cambio que introdujo en la conducción nacional fue aumentar la expoliación, sumando la norteamericana a la británica.

Escaneado con CamScanner

Los dos años de la administración de Frondizi serían increíbles, si no viviéramos en la Argentina. El censor de los venales que prorrogaron la concesión de la sociedad cohechadora de nuestros gobernantes, le dio a la CADE todo lo que pedía. El que reprochó a Perón lo que llamó "antiimperialismos verbales y entregas de hecho", no hizo nada por remediar el malbaratamiento de las exportaciones a causa de los envíos a Londres en carácter de ventas forzosas. El que durante veinticinco años reclamó la nacionalización del petróleo, lo entregó en meses, negando el tenor de toda su vida. Hizo más. Nos hizo perder el terreno duramente ganado casi un siglo atrás, sobre los principios que rigen el cobro de las deudas entre Estados.

A raíz de Caseros, las potencias que habían debido tratar con Rosas se precipitaron como buitres sobre nuestro país a cobrar indemnizaciones por daños y perjuicios sufridos durante la guerra civil. Los liberales mismos, los que habían llegado en la escuadra brasileña, no cedieron al reclamo, y lograron someterlo a un arbitraje, en el que Chile nos dio la razón. Esa doctrina sobre la inculpabilidad de los gobiernos por daños acarreados a los súbditos del extranjero en una guerra civil, afirmada luego por Bernardo de Irigoyen en 1876, fue desvirtuada por Frondizi, en el compromiso que contrajo con el Departamento de Estado de Washington, de que en caso similar los inversores norteamericanos traspasarían sus créditos al gobierno de la República del Norte, que se convertiría en acreedor de Estado a Estado. Hizo más aún. Lo que le costó a Pellegrini su reelección a la presidencia, lo que provocó la pedrea a los hogares de dicho personaje y de Roca, la entrega de la dirección de las finanzas nacionales al extranjero, lo hizo, no digamos el radical Frondizi, sino un picapleitos de mentalidad internacional.

Como lo decimos en el título de este parágrafo, lo peor está por venir. Y llegamos a la negación de lo que significaban los aforismos de Saavedra, sobre el aprovechamiento de las ocasiones doradas. En nuestros días, el dictador económico Miranda dijo frente a los ingleses: "la oportunidad no da derechos", forma perfecionada de aquel otro dicho funesto de un hijo emigrado, a cuyo padre no le interesaba si una provincia seguía siendo argentina o secesionada de la nación, sino la prosperidad que pudiese alcanzar por sí sola.

Ahora no interesa si la prosperidad será nuestra o ajena.

Dos males mayores nos amenazan: la venta de todos los bienes nacionales, anunciada por el primer ministro rematador de bienes estatales, Alsogaray, y la casi unanimidad de la clase dirigente, sobre

Escaneado con CamScanner

el principio de que lo importante son la expansión y el desarrollo, pero no en beneficio de quiénes se lograrán.

Lo primero es un clamor de la justicia inmanente. La exportación a Inglaterra, sin contraparte alguna, choca con la naturaleza humana. Maynard Keynes tenía razón, aunque menos de la que tendría ahora. Entonces los ingleses habían constituido un imperio económico-financiero (para no hablar del político) en la República Argentina. Pero él no les alcanzaba para saldar más que la mitad de los frutos que de aquí se llevaban. Ahora han perdido ese imperio (no el que silenciamos), llevan más que antes, y no pagan más que con los desechos de sus diversas armas, chatarra naval, descarte de experimentos aéreos, o artículos no esenciales, en su mayoría de fabricación local y contrabandeados. Esta situación, por su carácter de expoliación pura y sin mezcla, es incompatible con la naturaleza humana, y con la civilización del siglo, como decía Maynard Keynes. Aunque los argentinos no lo sepan en la medida necesaria para crear una conciencia colectiva, remuerde la de los poderosos del mundo. Pese a las censuras del gran economista británico, un tributo medieval por el 50 % de nuestras exportaciones a Inglaterra, ahora resultaría lo bello ideal. En consecuencia, lo aconsejable es retrotraer la situación a la época anterior a la compensación de deudas por créditos en sumas equivalentes. De ahí la necesidad de fabricar una crisis insoluble, sin precedentes en los anales argentinos o extranjeros, la que fue perfeccionada entre todos los gobiernos, unos dilapidando los recursos que tenían, otros sin hacer el mínimo esfuerzo por detener la carrera al abismo. Una vez que el aforismo rivadaviano sobre la *utilidad de endeudarse* se tradujese en una deuda externa gigantesca (mientras nada se hace por defender el valor de nuestras exportaciones, sino todo lo contrario) habría llgado el momento de rehacer la hipoteca de aquellos divinos "capitales extranjeros invertidos en el país", cuyos réditos representarán (no como antes el 50 %) el 100 por 100 de nuestro comercio exterior. Esta parece haber sido la misión asignada a Frondizi en las turbias tratativas que precedieron a su candidatura. Como le estaba reservado al protoenemigo de la CADE, al denunciador de los que en 1936 le votaron por dinero la prórroga de su concesión, otorgarle en un arreglo las condiciones que ella pedía; como le estaba reservado al campeón del antiimperialismo entregarle a los petroleros yanquis la extracción del petróleo, así le estaba reservado al crítico de las pseudoinversiones extranjeras en la Argentina, la reconstitución de la hipoteca sobre la economía nacional,

Escaneado con CamScanner

que el país acababa de redimir (muy a desgano por cierto) con sus saldos de guerra. La responsabilidad de Frondizi a este respecto será más evidente si se tiene en cuenta que él no podía ignorar las circunstancias especiales de la experiencia argentina, que hacen de nuestro país el más incapaz de desenredarse de compromisos exteriores. Norteamérica, por ejemplo, tuvo una ingente deuda exterior, contraída en la época de la emancipación, porque Francia, Holanda y España le prestaron decenas de millones de francos, florines y pesetas desde su declaración de independencia, pero con una generosidad inusitada en operaciones similares. Pero al cabo de medio siglo ella había pagado la deuda exterior. En 1836, los yanquis no debían un dólar a ningún país extranjero. Luego en el curso del siglo XIX se endeudaron, pero volvieron a pagar sus deudas. Los rusos recibieron ingentes préstamos exteriores antes de 1914, y los comunistas desconocieron esas deudas. Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, se endeudaron con Norteamérica por los créditos de guerra; pero en la posguerra remolonearon para cumplir los pagos a que se habían comprometido; y si reconocieron algunos saldos, se declararon en moratoria por la mayoría del dinero recibido. Alemania pagó una parte de su deuda de guerra (la que le fue impuesta por el tratado de Versalles) con créditos norteamericanos, cuyas amortizaciones cesaron al estallar la guerra de 1939. La Argentina, en cambio, jamás supo ingeniarse para aliviar la carga de su deuda exterior. Avellaneda, cuando dijo que había que economizar sobre el hambre y la sed de los argentinos para cumplir con los compromisos exteriores, no hizo más que dar forma de aforismo a un dogma financiero nacional existente antes de ser proclamado en una encíclica. Así se contrató en 1824 el primer empréstito con el *slogan* rivadaviano ya citado sobre la utilidad de endeudarse, se prestó oídos sordos al plan de Mariano Fragueiro en 1852 para repatriar la deuda inglesa, se contrató en 1872 el empréstito de treinta millones (por un monto igual al del presupuesto nacional de entonces) que Sarmiento dijo no saber en qué emplear, se pagó en 1931 la deuda externa con la mitad del oro de la Caja de Conversión, en un mundo quebrado financieramente, en el que ningún país que se respetara cumplía sus compromisos con los acreedores.

Pero hubo algo peor. La coincidencia entre un ex dirigente popular, envejecido en la propaganda contra la oligarquía servidora del extranjero, el imperialismo yanqui, la explotación de los petroleros, etc., etc., con los hombres del Régimen. Pero entendámonos.

Escaneado con CamScanner

Cuando hablo de Régimen, no me refiero a lo que Hipólito Yrigoyen designaba de ese modo, en antítesis con la causa que él decía encabezar. Como hemos visto, aquellos contemporáneos del caudillo radical que le allanaron el camino al poder y él mismo, podían estar equivocados, ver mal las causas de las dificultades que atravesaba el país, no atinar con los remedios. La prueba de la calidad que todos tenían está en la continuidad de la obra gubernativa argentina a favor de la institución del petróleo, de Figueroa Alcorta, época en que el oro negro apareció en el país, hasta Yrigoyen, pasando por Sáenz Peña, Plaza y Alvear. Si recordamos lo que dijo Magnasco sobre el sabotaje de las compañías ferroviarias británicas a la producción del petróleo argentino, se comprenderá que ninguno de aquellos gobernantes consentía la situación existente sino con reservas, y la voluntad de remediarla, si alguno de ellos comprendió de lo que se trataba. Por lo menos lo vieron sus representantes en YPF, como el general Mosconi; y Alvear e Yrigoyen lo apoyaron, pese a lo que dijimos de este último, con motivo de los créditos de guerra.

Pero la variante introducida por los regiminosos de hoy, por los que se dicen herederos de aquellos hombres que presidieron el cuarto de siglo en que la Argentina capitalizó y pareció "una gran potencia en esbozo", difiere totalmente del criterio que sostenían aquellos antepasados a que nos hemos referido. Éstos han hecho una verdadera transmutación de valores. Lo que para los hombres del Centenario, para los Magnasco, para los Seguí, los Pinedo, los Moreno, los Zeballos, los Sáenz Peña de entonces, era una etapa en el camino, un mal pasajero, un fruto de la inexperiencia juvenil, un defecto que la pujanza nacional permitiría remediar, es ahora un bien codiciable, el dogma intangible de la religión política nacional. Es una situación agravada. Pues antes no sólo sentían sus inconvenientes los criollos viejos, sino que además los argentinos nuevos como Frondizi y Perón la denunciaban como intrínsecamente mala. *La Prensa* combatió las diferencias de cambio, el revalúo del oro, las reformas financieras, la coordinación de transportes, el bilateralismo con Gran Bretaña, la prórroga de la concesión de la CADE. Frondizi fingió estar contra la entrega. La posterior alianza entre los peores conservadores y los peores radicales, sobre las ventajas de que el desarrollo argentino se haga en beneficio exclusivo de los pseudos inversores extranjeros, a expensas de la miseria de nuestros compatriotas, es realmente peligrosa. Porque los males mayores que pueden afectar a los países, son los espirituales. Los pueblos son lo que los hacen sus dirigentes.

Escaneado con CamScanner

Si éstos tienen mentalidad colonial, los conservarán bajo el mando de virreyes. Si afirman la vocación de libertad, pueden orientar la lucha de las colectividades que aspiran al gobierno propio, o la voluntad de potencia de pueblos dueños de sus propios destinos que aspiren a la grandeza.

Escaneado con CamScanner

XXIX

EL REGIMEN AGONIZA ENTRE CUARTELAZOS Y ELECCIONES CONDICIONADAS

Las vicisitudes sufridas por el país entre los sesquicentenarios de la libertad y de la independencia aportaron confirmaciones decisivas para la tesis sostenida en este "balance de siglo y medio": a saber, que la empresa iniciada el 25 de mayo de 1810 y formalmente declarada el 9 de julio de 1816, de constituirnos en nación soberana, se malogró en gran parte, por obra sobre todo de los gobiernos posteriores a la revolución de 1930. En los ciento cincuenta años de vida independiente, los gobernantes no supieron organizar un sistema de política nacional que, por la acumulación de los aciertos y el descarte de los errores, ofreciese nociones claras y seguras sobre el interés argentino, y fuese capaz de encuadrar las voluntades individuales responsables de la conducción colectiva. Por regla general, no es común, ni siquiera en los países más afortunados, el acceso de los mejores a la suprema magistratura. Pero en los países que fueron protagonistas de la historia universal, nunca faltó una clase asesora con suficiente imaginación de lo hacedero como para hallar en los momentos decisivos el expediente oportuno para neutralizar la presencia en el trono o la silla presidencial, del rey insano o el presidente deshonesto: Juana la Loca en España, Jorge III en Inglaterra, Warren Harding en los Estados Unidos.

En los dos primeros tercios del siglo y medio examinado, el país llevó a cabo acciones positivas, que entre infinitas dificultades nos dieron gloria, y luego prosperidad. Pero ninguno de los responsables de la conducción nacional, ni el mejor, supo dejarnos un testamento político, en que se hallase reducido a fórmulas precisas y exactas, el sentido de una experiencia afortunada. Con todo, se había alcanzado

Escaneado con CamScanner

un desarrollo que daba asidero al mayor optimismo, y que parecía asegurarnos un porvenir venturoso. Pero aquella falta influyó en el deterioro constante de los cuadros directivos. Y el resultado de estos factores en juego es la situación de crisis en que nos hallamos.

No voy a repetir lo expuesto en parágrafos anteriores, para llevar mi demostración hasta su conclusión lógica. Pero no puedo menos de reiterar que hasta 1930 todos los gobernantes, incluso el que hubo que derrocar para evitar males mayores, cuidaron algo esencial del interés argentino: por ejemplo, el aludido en último término, conservó intacta la ingente reserva de oro acumulada por el país en su Caja de Conversión.

Lo que siguió fue la triste historia narrada en las páginas precedentes, hasta llegar a la inextricable situación que parece sin salida, luego de los cuartelazos y las elecciones condicionadas entre los que agoniza el Régimen.

La deposición de Frondizi no fue un derrocamiento, sino una mera defenestración, que luego de responder al anhelo de la mayoría pudo parecer absolutamente inmotivada y sin sentido, a tal punto el cambio de personas a la cabeza del Estado dejó las cosas como estaban. Los jefes de las fuerzas armadas que asumieron la responsabilidad de la operación, no osaron encargarse del gobierno, conscientes de su incapacidad para la tarea. Y cuando ante la total acefalía del poder, estuvo a punto de ocupar la presidencia el comandante en jefe del ejército, general Poggi, no opusieron la menor resistencia a la maniobra con que el partido del mandatario depuesto se conservó en las posiciones públicas urdiendo en la sombra la instalación de un gobierno seudolegal, según las aparentes prescripciones de la ley que regula el caso. La propaganda contra la política exterior de Frondizi selló la suerte de su persona, pero no la del régimen de entrega que representaba. Y todo siguió como él lo había dejado. Bajo un aparente juego de disensiones intestinas en la UCRI, ésta siguió en el interior la política de su fundador y jefe: rehacer la hipoteca sobre los bienes nacionales a favor de la finanza extranjera, y condicionar el funcionamiento de las instituciones, para que cualquiera fuese el resultado de las elecciones, la conducción económica no sufriese la mínima alteración. Los grandes negociados, como los contratos de petróleo, el arreglo con la infame sociedad CHADE, la privatización de empresas estatales, etc., quedaron impunes y siguieron su curso. La liquidación de las fuentes de riqueza argentina (para no decir nada del malbaratamiento de la exportación) continuaba.

Escaneado con CamScanner

En cambio, el gobierno de José María Guido desplegaba una gran actividad intelectual, que en medio del juego de las facciones militares gastaba a varios ministros, para condicionar el funcionamiento de las instituciones representativas. Con un doble objetivo: por un lado, preparar un frente popular de modo que los peronistas se viesen obligados a votar por el frondizismo (aparentemente dividido pero en el fondo unificado en el izquierdismo y las comunes responsabilidades asumidas en el gobierno del presidente depuesto), y por otro estancar la democracia, con una reglamentación de los partidos políticos que hiciera imposible la formación y consolidación de nuevas agrupaciones ciudadanas; un ejemplo de las arbitrariedades cometidas por el Poder Ejecutivo, en complicidad con la justicia electoral parda, que había quedado intacta pese al violento cambio de personal directivo, está patente en que se quitó personería política a la Unión Republicana, por disposición de un juez, mientras se la acordaba a muchos micropartidos que habían obtenido menos sufragios que ella en las últimas elecciones generales.

Entretanto, las facciones militares se disputaban la dirección de las fuerzas armadas, sin aparente divergencia acerca de la conducción nacional. Pese a la falta de ambición mostrada por el comandante en jefe Poggi, sus críticos dentro de la institución alegaron contra él que las fuerzas armadas prevalecían sobre el gobierno civil, conculcando el principio de la subordinación, base de todo ordenamiento regular. Luego de varios choques no muy sangrientos, ganaron los azules, que se decían legalistas, contra los colorados, entre quienes había sin duda muchos jefes que querían y sabían la urgente necesidad de una revolución nacional.

Con motivo de esas vicisitudes agudizóse el debate público que desde 1930 estaba en el tapete de la discusión política, sobre las sucesivas intervenciones de las fuerzas armadas en el gobierno, de que fuimos testigos en nuestro tiempo. El ciudadano medio, que ha recibido nociones elementales acerca de la primacía del poder civil sobre el militar (desde el famoso discurso de Don Quijote sobre las relaciones entre las armas y las letras) se siente predispuesto a considerar la repetición del fenómeno con ojos desfavorables. Pero olvida las condiciones de aquélla relación entre los poderes del Estado y la historia que ha vivido. Algunos prudentes varones, como don Nicolás Repetto, que no podía ser sospechado de militarista, dijo en un reportaje posterior a la caída del peronismo, que debía darse

un lugar en la Constitución a la ingerencia de las fuerzas armadas en política.

El prejuicio de que las fuerzas armadas deben siempre mantenerse quietas en los cuarteles, indiferentes a todo lo que no sea la práctica de sus tareas específicas, se basa en el principio de la obediencia pasiva, inaceptable para todo espíritu verdaderamente republicano. Los juramentos que prestan sus componentes no son ahora, como en tiempos de las monarquías absolutas, de fidelidad a un príncipe con el que quedaban ligados para toda la vida, sino de dar la vida por la patria, y defender instituciones basadas en la ley y la justicia. Compromiso que obliga a ejercitar el propio discernimiento, como en toda actividad responsable, y comporta para las fuerzas armadas de un país libre el deber de no prestarse a ser instrumento de opresión y tiranía.

De no haber existido circunstancias que volvían urgentes aquellas intervenciones, ellas no se habrían producido. Los errores de los representantes de las fuerzas armadas extraviados en el gobierno, producen la añoranza del gobierno civil. Pero no se repara en que la responsabilidad de la mala conducción nacional, aún cuando los hombres de armas la asumen directamente, incumbe a los políticos que no supieron afianzar un sistema colectivo de adelanto nacional, capaz de encuadrar las voluntades individuales, cualquiera fuese la profesión del personaje encumbrado, hacia el bien común. El problema de la resistencia al poder arbitrario no es nuevo, ni se planteó entre nosotros antes que en otras partes. Está en el origen de los gobiernos constitucionales, monarquías o repúblicas. Sobre todo, desde el derrocamiento de los Estuardos en Inglaterra. Ningún inglés ilustrado, ni antes ni ahora, ni conservador ni liberal, se atrevió a negar el derecho de insurrección contra la tiranía. El propio Dr. Johnson, campeón del absolutismo, decía que "si el abuso del gobierno era enorme, la naturaleza se levantaría, y reclamando sus derechos originarios, daría por tierra con el corrupto sistema político". A la inversa, y con el mismo equilibrio, sus amigos liberales, Burke y Fox, sostenedores del constitucionalismo, y en consecuencia negadores de la obediencia pasiva, aconsejaban suma prudencia en el ejercicio de la resistencia armada al poder. El primero decía: "Imposible fijar con precisión las condiciones en que un mal gobierno debe ser derrocado". Y el segundo prefería que el derecho de resistencia jamás fuera recordado por los pueblos, ni olvidado por los gobernantes. Pero ninguno negó la legitimidad de su ejercicio, en condiciones de extrema urgen-

Escaneado con CamScanner

cia. Y Fox se atrevió a declarar en el Parlamento, en plena guerra exterior, que llegado el caso aconsejaría la insurrección contra la tiranía.

En vez de prestar atención a los males que aquejan al cuerpo político argentino, el ciudadano común tiende a olvidar sus propios descuidos, su tendencia a votar por consignas ajenas, a veces recibidas desde el exterior, o descargar en un caudillo providencial la tarea que a él le compete; y a buscar una víctima propiciatoria en una institución que no tiene otro defecto que el de estar entrañablemente unida a un pueblo que no ha sabido afianzar sus instituciones.

Por sobre la responsabilidad de haber sostenido un régimen de fraude (desconocimiento de las elecciones de abril de 1931, voto compulsivo en Buenos Aires y cambio de urnas en la mayoría de los otros distritos) se solía achacar a las fuerzas armadas la más grave, de haber dado apoyo al gobierno de Justo, cuyos tremendos errores hemos reseñado en este libro. Pero se olvida que la decisión de esa política no la tomó el general Justo como militar en cuanto tal, sino como jefe de un gobierno cuyos asesores civiles inspiraban (y siguen inspirando) las grandes líneas del plan seguido. Sobre todo, se olvida que el partido mayoritario más poderoso de entonces abandonó la tarea de contralor que debía realizar en aquel terreno, para sumarse al oficialismo en la prórroga de la concesión a la CHADE. Las fuerzas armadas entretanto, en su esfera específica, aconsejaban a los mismos gobiernos la creación de las fábricas necesarias al reabastecimiento militar: de aviones, de municiones, de armas y varias otras de carácter eminentemente nacional; la formación de técnicos argentinos en el extranjero, entre quienes se hallan algunas de las mejores capacidades con que el país cuenta hoy.

El cargo de haber actuado como guardia pretoriana de un gobierno tiránico, entre 1945 y 1955, es más infundado que el anterior. Pues el coronel que en dos años se hizo famoso, hasta prevalecer sobre todos sus colegas y volverse ídolo, halló su primer obstáculo en las fuerzas armadas, que en 1945 lo defenestraron y redujeron a prisión, pero no hallaron en los dirigentes civiles, a la cabeza de los grandes partidos, la colaboración capaz de ayudarlas a consolidar ese resultado. Y el obstáculo decisivo también cuando ellas lo derrocaron en 1955, prestando al país un servicio que ni sus beneficiarios parecen haber apreciado como es debido.

La última intervención de las fuerzas armadas en el gobierno está sujeta al mismo enfoque matizado. Muchos errores cometieron, según lo vimos en parágrafos precedentes. Pero el más garrafal,

Escaneado con CamScanner

consistente en haber llamado a un asesor internacional (como en tiempos de Justo, aunque en el caso se tratara de un indígena, pero desarraigado), fue compartido por ellas con los dirigentes de la mayoría de los partidos, representados en la Junta Consultiva, como hoy lo comparten el oficialismo y la oposición, en el Poder Ejecutivo y en el Congreso, según lo veremos enseguida. Y si el plan de aquel asesor (que comportaba la venta de todo el patrimonio nacional, excepto en un primer momento YPF y en una tardía rectificación, los ferrocarriles) no se cumplió al pie de la letra, debióse a la resistencia interna de las mismas fuerzas armadas, más que a la de los políticos. Hay en aquellas, proporcionalmente al número de sus respectivos cuadros, más capacidad, mayor comprensión de los intereses nacionales, que en los restantes cuerpos del Estado o agrupaciones civiles (aunque sabemos que en rangos subalternos, la administración está llena de funcionarios que conocen los problemas y sus soluciones). Y si las fuerzas armadas no orientan mejor a los gobiernos sobre los cuales se les atribuye influencia preponderante o decisiva, no es sino porque la institución jerárquica no tiene misión política, y acepta el sistema de la conducción nacional establecido por los civiles, guiados en general por la finanza internacional, como ellos guían a las fuerzas armadas.

Al prevalecer los azules, después de los choques ocurridos entre marzo y setiembre de 1962, su jefe Onganía exhibió la misma falta de ambición de su antecesor Poggi. Cierto, aquéllos podían alegar que su abstención política obedecía a los principios legalistas proclamados, y ahora sostenidos por fracciones militares de todas las tendencias: los que mantenían su lealtad a Perón, los que habían acompañado a Menéndez en su pronunciamiento de 1951, y se le apartaron y los que se habían opuesto a negarle el poder a Frondizi en 1958, y a quitárselo en 1962.

El cambio de influencia militar sobre el gobierno, de los colorados a los azules, no introdujo el menor cambio en lo esencial de la conducción nacional. Las líneas generales del plan fijado por la finanza internacional, y llevado a la práctica por sus hombres ligios de afuera y de adentro, siguió su curso "inexorable". El único matiz diferencial se advirtió en que si los primeros parecían dispuestos a atajarle el camino al retorno electoral del peronismo, los segundos se mostraban indiferentes a esa eventualidad. La política de confinar las fuerzas armadas a sus tareas específicas en sus bases navales o cuarteles de tierra, dejaba plena libertad a los planificadores

Escaneado con CamScanner

del condicionamiento del régimen representativo para amañar una fórmula que permitiera reincorporar las huestes de Perón al régimen ahora dirigido ostensiblemente por quienes lo habían derrocado. Un nuevo pacto Perón-Frondizi, que recibió el nombre de "frentismo". Si los intereses creados en las fuerzas armadas por la nueva situación no se ofuscaban ante aquella perspectiva, los de la finanza internacional quedarían satisfechos.

El nuevo pronunciamiento del general Menéndez hizo abortar la maniobra. Como lo escribí al otro día de su fracaso del 3 de abril, muchos de los que lo acompañamos con nuestra opinión lo hacíamos porque, desaparecido Lonardi, era uno de los pocos argentinos que siempre estuvo dispuesto a servir al país, jugando todo, y no tenía compromisos con partidos o facciones, sino con la Nación. Por añadidura, él compartía el programa nacional de nuestro tiempo, que por ser tal no es monopolio de nadie, y está difundido en todos los sectores de la opinión, pero que muchos proclaman para ganar elecciones, o para disimular su traición al interés nacional. La revolución del 3 de abril de 1963 lo adaptó para ejecutarlo. Y tal vez a eso debió su fracaso.

Escaneado con CamScanner

XXX

NUEVA FRUSTRACION: EXPERIMENTUM CRUCIS SOBRE LA IMPOSIBILIDAD DE EJECUTAR EL PROGRAMA NACIONAL

A último momento, el gobierno de Guido, ahora circunvenido por los azules, no se atrevió a dar vía libre al "frentismo", y debió condicionar el régimen representativo de modo que el retorno peronista no quedara asegurado antes de la elección, como el plebiscito a favor de Frondizi. La consulta electoral, hecha de nuevo por el sistema proporcional, provocó la dispersión de los sufragios. Y ninguna de las agrupaciones autorizadas a presentar candidaturas obtuvo la mitad más uno de los votos.

La primera minoría fue para el único partido que llevó a todas las tribunas del país los puntos del programa en que la mayoría del pueblo está de acuerdo, con más osadía de lo que jamás se lo había hecho por los partidos mayoritarios. En comparación con esa propaganda, la de Frondizi en 1958 había sido un pálido remedo. Recuerdo que en la elección de dicho año, yo señalaba que entre todos los candidatos presidenciales apenas habían llegado a plantear la totalidad de las impostergables exigencias nacionales. El Radicalismo del Pueblo planteó con acierto casi todos los problemas de la actualidad. Los discursos escuchados en los lugares más modestos precipitaban las voluntades. Los que no podíamos votar por nuestros partidos, rechazados del comicio por la democracia condicionada, no podíamos hacer otra cosa que darle nuestros sufragios, pese a la triste experiencia que tenemos todos los argentinos de lo que son los programas de oposición, traicionados en el gobierno. Sobre aquella base pronosticamos poco menos que a ciencia cierta el triunfo de quienes habían adoptado esa estrategia electoral.

Escaneado con CamScanner

Los primeros sorprendidos por el resultado del comicio fueron sus beneficiarios. Antes de la elección habíamos escuchado a algunos dirigentes del partido vencedor, que la fórmula con que iban a la lucha era nada más que eso: pro-forma, negociable en el colegio electoral, en la transacción que se preveía como una salida posible de las condiciones en que los ciudadanos concurrían al comicio.

El triunfo de la fórmula Radical del Pueblo en el colegio electoral dio asidero a las ilusiones de los que pese a su mayor escepticismo sobre la capacidad del Régimen para rectificarse y arreglar en algo el país que ha deshecho, jamás pierden la esperanza de una solución. Lo que para algunos de sus correligionarios era motivo de duda sobre las condiciones del primer mandatario —su modesta posición de médico de campaña— era para los espíritus anhelosos de un cambio, una especie de garantía. Habiendo vivido la mayor parte de su vida adulta en un pueblo del interior, se lo podía suponer libre de compromisos con los intereses creados que abruman al país con el férreo aparato de expoliación que le impide levantar la cabeza hace tantos años, enteramente ajeno a la finanza internacional que lo domina como super-Estado. En su caso no había nada parecido a los pactos y contrapactos con que Frondizi fue sospechado desde el comienzo, de llegar a la presidencia comprometido a hacer lo contrario de lo que había pregonado en su campaña electoral, y proclamado abiertamente durante su actuación conocida como dirigente radical.

La entrega del ministerio de Economía a un hombre que había sido ministro de Aramburu, que era conocido como ligado a la finanza internacional, impugnador del Informe Olivieri, y cómplice de Mercier en fabricar la crisis ganadera de 1956, y de todos sus colegas en consentir la inflación galopante que aflige al país, era un deplorable indicio de lo que era capaz de hacer el partido restaurado en el gobierno después de treinta años de ostracismo. Como los postseptembrinos en 1932, como los hombres de la Revolución Libertadora en 1935, los viejos radicales no tenían un economista que se atreviera a asumir la responsabilidad de resolver la crisis con acción novedosa, y sin haber participado, ni en mínima parte, en los errores que habían contribuido a agravarla. Debieron acudir a un fracasado con los gobiernos inmediatamente anteriores, y que por añadidura era extrapartidario, con simpatías, si no afiliado, al socialismo democrático. El clásico escapismo de los dirigentes argentinos a afrontar los problemas nacionales por sí mismos, el no innovar explícitamente decla-

Escaneado con CamScanner

rado por Frondizi al otro día de su elección, estaba implícito en el nombramiento de Blanco y su gente para el equipo económico.

La anulación de los contratos de petróleo con las compañías extranjeras, pareció la firme promesa de cumplir el programa que le había dado al partido el triunfo en las elecciones. Pero lo que siguió en seguida, la falta de ocupación de las áreas, el silencio acerca de las ganancias obtenidas por las compañías desde que se firmaron los convenios, el planteamiento del problema ante la Justicia sin esperar a que las empresas presentaran sus demandas, y la conservación en Y.P.F. de la mayoría del equipo frondizista que había intervenido en los negociados y debía interesarse en hacer fracasar la anulación, confirmaron el propósito de no innovar implícito en el nombramiento de Blanco para el Ministerio de Economía.

Este, por otra parte, no desmintió en un ápice sus antecedentes, bajo la presidencia de Aramburu. Todas tretas varias veces fracasadas: los aumentos de precios oficiales, de gravámenes fiscales, el despilfarro de los dineros públicos y la inflación incontrolada, se repitieron como si el país no tuviera experiencia concluyente acerca de su inutilidad. El ciudadano menos informado decía y comentaba entonces que nada de eso servía para nada; pero el gobierno se prometía los mejores resultados, como si se tratara de las soluciones más novedosas y originales.

El emisionismo llegó a ser proclamado como panacea de todos los males. Y como el primer efecto del alcaloide inflacionista es reactivante de la economía (antes de trastornarla del todo), las primeras inyecciones de billetes a dosis masivas (después de la casi cesación de pagos en que consistió el propósito estabilizador del precedente gobierno) parecieron darle la razón a Blanco: los primeros meses de su gestión no fueron tan catastróficos como los posteriores. Pero el mayor absurdo de aquel emisionismo desenfrenado consistió en que se combinaba con el aumento de la voracidad fiscal, que es paralizante.

Esa reincidencia en todos los errores de los gobiernos precedentes (así de Perón como de los postrevolucionarios a que Blanco había pertenecido), permitía no ser muy aventurado pronosticando el fracaso de los Radicales del Pueblo, como el de sus correligionarios o adversarios en el seno del Régimen. Lo esencial de la conducción económica quedó igual, si no empeoró. El afán de abaratar los consumos, a la vez que se agravaba el emisionismo que los encarece, llevó al gobierno a controlar los precios, cuando todas sus medidas financieras provocaban aumentos. Poco a poco la tendencia a reincidir en la

Escaneado con CamScanner

economía dirigida que había caracterizado a la tiranía derrocada en 1955, se acentuaba, a la vez que por el vano intento de captar votos peronistas se abandonaban otras partes del programa partidario, como la oposición a la ley de asociaciones profesionales.

Paulatinamente el agro fue quedando sometido a un régimen que combinaba los males del peronismo con los de las administraciones postrevolucionarias. Perón despojaba a los productores con las diferencias de cambio, y las ventas a pérdida en el mercado de Londres, sobre la base de precios fijos inferiores al costo de la producción. Sus sucesores lo despojaban con recargos de importación sobre todos los materiales indispensables a la producción, y las ventas a consignación en Smithfield, que el dictador derrocado admitió en las postrimerías de su gobierno. El de Illia acumuló los defectos de los dos sistemas: el precio máximo fijo para la carne de exportación, los recargos de importación que gravitan sobre los costos, las diferencias de cambio abandonadas por Frondizi, y el aumento de los gravámenes fiscales so pretexto de que la inflación aumenta las ganancias (cuando las del agro están estabilizadas con la intervención en los precios) y el mantenimiento de las ventas a consignación en Londres.

El productor agrario, ganadero o colono, pierde al vender, la diferencia entre el valor del dólar oficial, y el del mercado paralelo; y al comprar, la diferencia entre lo que vale el artículo importado, en el país o en el mercado internacional. Pérdida por ambos lados, que unida a los descuentos sobre cada venta y a los aumentos anuales sobre la contribución territorial y sobre el impuesto a los réditos (por el aumento de la escala, debido a la inflación galopante), convierte al productor agropecuario en mero agente del Ministerio de Hacienda.

Por supuesto, el monopolio frigorífico extranjero siguió disfrutando el privilegio de que estaba en posesión hacía medio siglo. El nuevo gobierno no hizo nada por modificar la situación que halló al estrenarse. La guerra de carnes estaba en plena marcha, de los llamados productores tradicionales, en su mayoría extranjeros, contra los nuevos frigoríficos, pequeños pero modernos, que durante el *lock-out* de 1962 llegaron a abastecer el mercado inglés con prescindencia de las grandes fábricas. La empresa nacional de navegación siguió asociada a las compañías foráneas en el monopolio del flete frío organizado por los grandes exportadores de carne, contra sus pequeños competidores. Pese a serle conocidos los detalles de la guerra de carnes (por sus servicios técnicos de información) no intervino para arbitrarla. Dejó que los grandes compradores pagaran en el mercado

Escaneado con CamScanner

interno un precio excesivo, y que abarrotaran el mercado de Smithfield, para echar abajo los precios, de modo que los pequeños exportadores quedaran, por sus escasos capitales, excluidos de la competencia, hasta que el gobierno inglés debió limitar las importaciones; momento en que aquéllos reclamaron la parte del león en el reparto de la cuota. La Junta de Carnes se negó a vender a Francia diez mil toneladas, perdiendo, como dijo *La Nación* (29 de setiembre de 1964), "la posibilidad de un cliente permanente que paga los más altos precios". Fijó el de seiscientos dólares para la tonelada que saliera para cualquiera otro mercado que el de Londres; pero para éste no fijó ninguno. Entonces ocurrió el sonado episodio español, cuando el señor Reynal O'Connor fue a vender carne en España, pidiendo el precio fijado por el organismo que preside; y el ministro de Comercio de Franco le probó que Inglaterra ofrecía en Europa nuestro producto a cincuenta dólares menos que el que dicho señor pedía. Y firmó contrato violando la disposición de la Junta sobre precio mínimo. El diario ya citado, en la edición de que hablamos, comenta hacia la misma época: "Sería el caso de preguntarse —nos advierten— si la Junta sabe que Italia, Francia y Alemania están comprando carne en Inglaterra gracias a la ayuda que nosotros le prestamos para abastecer sus necesidades locales". Y hace poco se anunció que una de las condiciones de la refinanciación de la deuda era que se encareciera la carne en el mercado interno, para abaratar aún más la de exportación. Entre tanto se le hace al pueblo el cuento de que privándose dos días de carne (como en tiempos de Perón) entrarán más divisas. Privación que no le dará al país un dólar más de los poquísimos que recibe por la mayor cuota de exportación ganadera.

Aunque nunca se lo dijo con la difusión necesaria y pública para que todo el mundo se enterase, se sabe que los préstamos financieros están condicionados: nos obligan a no defender los precios de nuestra exportación. El Día de la Industria lo admitió implícitamente el ministro de Comercio, al decir: "No se ha querido seguir el fácil camino del endeudamiento externo, que no sólo se ha de pagar con su correspondiente carga de servicios financieros, sino también frecuentemente con la pérdida de la independencia necesaria en lo que se refiere a decisiones sobres aspectos fundamentales que hacen a la vida económica del país... Persistiremos por ese camino no como expresión de rechazo del aporte exterior, sino como expresión de nuestro deseo de que dicho aporte no afecte los lineamientos de nuestro crecimiento." Sí. Pero al no dar un paso por

Escaneado con CamScanner

cambiar el sistema vigente, las refinanciaciones de la deuda mantienen la economía argentina condicionada por la finanza internacional.

Esta situación siempre dio pie a los opositores para conmover la fibra patriótica contra los gobiernos que la toleraban. Para no ser menos que Frondizi, sus correligionarios del radicalismo del Pueblo gritaron en el llano contra el Fondo Monetario Internacional, y lo acataron en el gobierno. Esos organismos internacionales, generalmente presididos por los mismos hombres que dirigieron los monopolios que agobian a la Argentina con sus expoliaciones (como aquel señor Burke Knap, vicepresidente del Banco Mundial y a la vez presidente de SOFINA, que intervino en los arreglos con la CHADE) no prestan más que a los ricos. La mayor beneficiaria de sus préstamos es Inglaterra, que nunca paga todo lo que debe, mientras a los pequeños emprestadores se los mantiene sujetos por el condicionamiento de las ínfimas sumas que les dan con cuentagotas de los mismos dólares que ellos aportan.

Pero simbolizan uno de los dioses que se adoran entre nosotros: el capital extranjero. ¿Cómo se podría negar que en principio ha podido ser fecundante? Ya dijimos algo sobre los casos norteamericano y ruso. Pero la historia financiera argentina, con sus deplorables episodios, prueba que para nosotros fue esterilizador y expoliador. Pues es de toda evidencia, hay capital extranjero y capital extranjero. Las cuentas de vidrio que Colón y los primitivos colonizadores daban a los indios, a cambio de sus tesoros en oro y plata; las armas y bebidas espirituosas que los negreros de los siglos XVIII y XIX daban a los reyes africanos vendedores de esclavos, a cambio del ébano humano a colocar en las Indias Occidentales, eran sin duda inversiones de capital extranjero en América y Africa, pero no se pueden llamar fecundantes, ni compararse con las inversiones españolas en caballos, vacas, cerdos, plantas, etc., ni con las aportaciones de los inmigrantes europeos que trajeros a las dos Américas, hispana y sajona, sus ahorros en giros por moneda convertible en especies metálicas, y sus habilidades profesionales, sin reclamar privilegios especiales, y se nacionalizaron entre nosotros.

En la Argentina, lo que se llama capital extranjero, supuesto constructor del país, fue y sigue siendo nada más que contabilización del trabajo nacional a nombre de empresas extranjeras: antes los ferrocarriles; ahora las fábricas de automotores y demás grandes empresas del desarrollo, con pseudoinversiones del capital extranjero.

Escaneado con CamScanner

Cualquiera sea la fecundidad de ese capital en los países subdesarrollados, no se puede negar que la experiencia nacional al respecto no fue sino una colosal estafa, a cuyo lado las cuentas de vidrio colombinas eran un legítimo trueque de ilusiones por realidades. La crisis argentina se resolverá por obra del capital argentino, o no se arreglará jamás.

Obsérvese la profusión con que se nos dice que el capital extranjero va a cooperar a sacarnos del pantano: van a venir dólares para vivienda, para tecnología agropecuaria, etc. Las mayores tajadas del desarrollo quedan para los pseudoinversores; a nosotros nos van a dar la propiedad de los objetos de consumo.

Para completar el ciclo de las tonterías con que nos embrutecen, al desgobierno de los técnicos económicofinancieros (todos admiradores de Prebisch) se sumó el pregón de los técnicos agropecuarios. No se advierte que una de las grandes ventajas de nuestra producción es su bajo costo, por las excepcionales condiciones climáticas del país, distorsionada por la irracionalidad del Estado caro e inútil. El progreso tecnológico agrario cuesta mucho; y es un lujo que se pueden dar los países ricos. Norteamérica produce dos cosechas; pero debe financiarlas con subsidios. Así, a la vez que gasta con precios de sostén para sus productores, gasta en hacer *dumping* contra los países cerealistas del mundo entero. Si tenemos éxito en producir más carne y cereal, perderemos más. Si malbaratamos la producción existente, peor ocurrirá con la mayor que obtenga el progreso tecnológico. ¿Y con qué lo vamos a pagar? ¿Con dólares tomados a préstamo?

Estas cosas pueden ocurrir en un país cuyo gremio agricultor está encandilado por ideólogos partidarios de la reforma agraria; y por un gremio ganadero manejado por aseguradores o fabricantes de tejido, cuyas principales entradas no provienen del campo. Y ninguno de los dos supo lograr el control de la exportación de sus productos. Señores agropecuarios: los problemas del agro no se resolverán con tecnología, sino con política. O aprenden a conocer el régimen de infamia que agobia al país, e intentan sustituirlo por otro mejor, o pueden esperar lo peor.

Cómo será el vacío en que gira el Régimen, como una polea loca, que los poderes públicos (luego de asesorarse con los mismos técnicos nacionales e internacionales que hace años nos desgobiernan), han convocado a todos los responsables del desastre aún vivos para

Escaneado con CamScanner

que aporten ideas a fin de reparar sus entuertos. Podemos esperar sentados la inefable solución.

Lo más asombroso en la rutina que carcome al país es la falta de sentido experimental en quienes hacen las veces de clase dirigente. A ninguna persona o entidad que tenga audiencia ante la opinión se le ocurre pensar que, si el asesoramiento que se tiene por autorizado nos trajo a la situación en que nos debatimos, sería tal vez provechoso cambiarlo. El debate de los intereses nacionales, cuya libertad es de la esencia de la democracia, no se admite. El disidente es aplastado de inmediato, y puesto en la condición de paria. A ningún gobernante se le da por pensar que las causas que provocaron las vicisitudes inmediatamente anteriores, acarreando la caída de sus antecesores y su propio encumbramiento, tienen algo que ver con la rutina entronizada, que él combatió en la oposición y continúa en el gobierno.

La ideología que es el alimento intelectual de mayor consumo en el país, transforma a los candidatos a los cargos gubernativos, por lo general censores realistas de los errores ajenos, en los oficiantes del culto democrático, convencidos de que la práctica formal de la religión que profesan los exime de toda preocupación por las cosas temporales, y les asegura la salvación. La unción electoral es una imposición de las manos, como en la sucesión apostólica. La legitimidad de aquella unción (cualquiera sea su origen condicionado) que no respetaban contra sus rivales se vuelve para ellos sagrada en cuanto la encarnan.

No comprenden que nunca, ni en ninguna parte, la legitimidad fue otra cosa que una creación continua, fruto del acertado ejercicio de la autoridad. Dicho acierto crea la legitimidad, mientras que una legitimidad formal no asegura el acierto.

La duración del gobierno constitucional, las conjeturas acerca de su suerte, son de nuevo materia de todos los comentarios. Y ya se habla de la salida probable para el caso de que se lo reemplace, ahora, o al término de su período, legal. Las combinaciones barajadas no apuntan a las soluciones (que no las hay dentro del Régimen) sino en la unción electoral. ¿Se la logrará para un personaje del actual partido oficialista? ¿O como se lo ha dicho estos días, para un militar preponderante, con todos los votos de todos los partidos? Este parece ser el ideal. Parecen guiarse por la famosa frase de Pascal: "no pudiendo hacer lo que es justo sea fuerte, se ha hecho que lo que es fuerte sea justo". No advierten que es una mera frase,

Escaneado con CamScanner

dejada caer por un místico extraordinario pero dual y muy escéptico respecto al ámbito estrictamente humano. Lo justo, cuando es tal de verdad, es fuerte. Y la fuerza, cuando es justa, no existe. Ella es un complejo espiritual, que responde mejor a otro aforismo, esta vez exacto, del mismo gran escritor francés: "la fuerza es la reina del mundo, y no la opinión; pero la opinión es la que usa de la fuerza". Para que las armas de que ésta depende, funcionen, es preciso que se den órdenes, y que se cumplan; y ello depende de la opinión.

Y la opinión argentina (pese a su mala información y a la falta de libre debate), condena al régimen de infamia que nos desgobierna y espolia. Y las mejores combinaciones que se logren, no prevalecerán contra ella. Ni darán estabilidad a ningún gobierno surgido de su seno.

Escaneado con CamScanner

XXXI

PRINCIPALES CARACTERISTICAS DE LA SITUACION

Uno de los rasgos salientes de la crisis en medio de la cual nos debatimos, es la de parecer insoluble. En la reanudación del diálogo político, a la caída de Perón, no se quiso reflexionar en las causas permanentes de los males sufridos, y se insistió en atribuirla exclusivamente a un hombre, transformado en cuco para asustar a los niños, y obligarlos a portarse bien. Nosotros hicimos lo que estuvo a nuestro alcance para ahorrarle al pueblo argentino un nuevo desengaño, y anunciamos que si no se reflexionaba sobre las secretas complicidades entre el gobierno depuesto y sus enconados opositores, sobre lo que unía a esos hermanos enemigos por encima de sus disputas a veces sangrientas, "las consecuencias serían más catastróficas que las conocidas hasta ahora... Si no se resuelve el problema esencial de la crisis argentina que trajo a Perón, y que éste agravó", dije en mi libro sobre el caudillo contemporáneo, "ella se agravará más". Lamento haber tenido razón. Pues los gobiernos surgidos de la revolución de 1955, a fuer de regiminosos, realizaron el milagro de superar la desastrosa gestión de la dictadura. Los dirigentes peronistas confesaron todos que la exportación a Gran Bretaña se hizo siempre a pérdida; los libertadores nos hicieron perder más. Los salarios se deterioraron durante los doce años de Perón; el deterioro se agravó bajo Aramburu, Frondizi, Guido e Illia. La inflación parecía haber llegado bajo el dirigismo dictatorial al máximo soportable por la Argentina; y los que se decían liberadores de nuestra economía emitieron en menos tiempo veinte veces más moneda papel que Perón. El país siguió bajando la misma pendiente, con un ritmo uniformemente acelerado, como el de los cuerpos sólidos en plano inclinado. De la dictadura a la Revolución Libertadora, el go-

Escaneado con CamScanner

bierno tuvo el mismo asesoramiento económico-financiero, la misma creencia en la incapacidad nacional para resolver sus problemas sin ayuda ajena, la misma voluntad de entregar el petróleo, etcétera, etcétera. El único cambio consistió en la acentuación de esos errores funestos.

Ahora la situación amenaza con volverse catastrófica y hace desesperar de que haya una salida para la tremenda crisis. Pero como decía un gran escritor de nuestro tiempo, la mente política es inaccesible a la desesperación. Y ese aforismo inclina a reflexionar que la mayoría de los países, aun los que llegaron a la grandeza, pasaron por épocas similares de anarquía, desorden, inmoralidad y desorientación totales, en apariencia también insolubles, pero de las que salieron airosos y hasta les sirvieron de acicate para grandes reacciones nacionales. Francia en tiempos de los Valois, Inglaterra en la época inmediatamente posterior a la independencia americana, otra vez Francia al fin del Directorio y al principio de la Restauración y ahora antes del general De Gaulle, Alemania después de sus derrotas en los siglos XIX y XX, se hallaron en situaciones más desesperadas que la nuestra; y salieron del paso. En todos esos casos, la solución fue dada por el buen sentido, en compañía de la honradez heroica.

Imposible hacer un curso de historia para esclarecer el tema. Pero el denominador común de los medios necesarios para afrontar esas crisis, es la rebaja impositiva. Los malos gobiernos, sucediéndose en una larga serie, llevan la fiscalidad al abuso y abruman a los pueblos con impuestos, hasta desalentarlos del trabajo y el ahorro. Esa expoliación fiscal provoca de rechazo todos los desórdenes de que se queja un régimen incapaz de reformarse a sí mismo: el contrabando, la evasión del impuesto, la fuga de los capitales al exterior, en suma la aniquilación de la materia imponible; y como forzoso corolario, la corrupción administrativa.

Aparte de esas líneas generales, la crisis argentina presenta otra más singular, que la caracteriza como única en el mundo: la desigualdad de trato para los nacionales y los extranjeros. Mientras los primeros producimos bajo una presión fiscal abrumadora, y no proporcionada al capital con que trabajamos, los segundos son llamados con privilegios excesivos, que les dan toda la ganancia del trabajo nacional.

El proceso de reacción tal como se ha producido en la historia se efectúa de esta manera: un gobierno nuevo, encabezado por un jefe de antecedente intachable, muestra desde el primer día de su

Escaneado con CamScanner

instalación una honestidad heroica o corneliana, vale decir que no conoce padre o hijo, hermano o hermana. Caso típico, el ministro de Hacienda de Enrique IV de Francia, que refundió en la cárcel a un hermano suyo, empleado de aduana, que era cómplice de los contrabandistas. Ese ejemplo haría que nadie se llamara a engaño sobre la voluntad de sanear la administración. Y en poco tiempo, la vigilancia de la inversión del presupuesto permitiría equilibrarlo, sin necesidad de rebajar los sueldos, ni echar a nadie a la calle, ni subir los gravámenes. Las partidas secretas, que se destinan exclusivamente a comprar conciencias y a hacer propaganda oficial, y son ingentes, deben ser eliminadas. Las licitaciones, abultadas por los contratistas para cubrirse de las demoras del Estado mal pagador, se rebajarían en cuanto el gobierno, con su esfuerzo moralizador total, se pusiera en condiciones de cumplir fielmente con todos sus compromisos. Equilibrado el presupuesto, el gobierno debería anunciar una rebaja impositiva sustancial, para aliviar al productor y reactivar el comercio. Por supuesto que en el primer momento, esa reforma reduciría la recaudación fiscal. Pero a la vuelta de pocos meses se podría cosechar los frutos de una medida de esa especie, que siempre y en todas partes se ha producido a consecuencia de la rebaja impositiva: el aumento de la materia imponible y el producido de los impuestos.

Para hacer el puente entre esos dos momentos, el gobierno que hubiese mostrado su decisión heroica de administrar honradamente y de cortarles las uñas a todos los ladrones públicos, podría apelar al crédito interno, que entre nosotros es ingente, y por ahora no sirve sino para alimentar las arcas de los pseudoinversores extranjeros, quienes con sus contratos de concesión, emiten acciones que son tomadas en la Bolsa por los ahorristas, cada vez más conscientes de la necesidad de colaborar en el desarrollo nacional. La deuda pública interna es insignificante en proporción a la cuantía de los valores que se hallan en poder de los inversores locales, que no se deben medir únicamente por las sumas depositadas en la caja de ahorro nacional o en los bancos, sino por lo que la crónica policial muestra acerca de lo que las víctimas de los ladrones atesoran en roperos y colchones de lana y, presumiblemente, en las cajas de seguridad de los bancos, para sustraerse a la voracidad fiscal. Por otra parte, todo ese dinero que se aplica a la usura, o a las turbias maniobras del contrabando y los negociados fáciles y rápidos, en combinación con los funcionarios corrompidos, quedaría disponible en cuanto

el incentivo del contrabando o cualquier otro fraude, desapareciese a consecuencia de la rebaja sustancial de los impuestos; y no sería difícil ofrecerle condiciones favorables para que tomara títulos del Estado, con lo que éste dispondría de dinero suficiente no sólo para hacer frente a los gastos fiscales, sino también para financiar el desarrollo nacional sin necesidad de apelar a la inflación o a los préstamos extranjeros.

Una vez saneadas las finanzas, el gobierno debería acometer la reestructuración del comercio exterior, que se realiza a pérdida hace veinte años, como lo dijimos al comienzo, y cuya reforma es tan urgente, que sin ella no hay solución posible, como lo reconoció en una de sus ediciones de estos años el diario *La Prensa*. La Argentina exporta diez millones de toneladas de "frutos del país", y cobra casi la misma cantidad de cientos de millones de dólares que cuando exportaba la mitad de aquella suma: cincuenta millones de dólares más, sobre un promedio de mil millones de dólares. De ahí que los salarios se hayan reducido entre 1949 y 1965, de un promedio de doscientos dólares mensuales a otro de cuarenta dólares mensuales, y que los argentinos en general no podamos pagarnos ni el transporte (abaratado con precios políticos), ni la sanidad, ni la educación, ni las fuerzas armadas (cuyo presupuesto es objeto sempiterno de injustas críticas), ni la energía necesaria a la producción y a la vida civilizada, ni los caminos, ni nada. Somos un país sin renta, y mientras no se acometa la reestructuración del comercio exterior, no se podrá resolver la crisis económica, ni siquiera con empréstitos exteriores. Pues así fueran éstos más efectivos y cuantiosos de lo que se dice, nada resolverían si no hubiese algún día con qué pagarlos.

Claro está que el plan de los gobiernos, que lo es del Régimen puesto que se halla en planta desde Perón hasta ahora, se dirige a rehacer la hipoteca que la finanza internacional, principalmente británica, tenía sobre el país, para justificar la expoliación pura y simple a que estamos sometidos. Cuando Inglaterra tenía aquí su imperio ferroviario, nos pagaba doscientos millones de dólares sobre la plaza de Nueva York; ahora que lo ha perdido, no cobramos de ella un céntimo.

Con esto, dicho queda que no serán los gobiernos, aconsejados por la finanza internacional, con la que se ponen de acuerdo antes o después de la elección, los capaces del esfuerzo descripto para hallar una salida a la dramática crisis en que se debate el pueblo argentino.

Escaneado con CamScanner

La política es esencialmente problemática. Porque teóricamente sea conveniente que se encuentre solución a la angustia de tantos millones de seres humanos como padecemos en esta tierra privilegiada, no quiere decir que la vamos a encontrar. Nuestra sociedad puede retrogradar aún más que hasta ahora, si los responsables de su conducción se obstinan en no innovar y en repetir los errores que nos trajeron a la situación presente. Los métodos del cambio pueden ser legales o extralegales. Pero éstos no darían la solución por sí solos, si no aparece alguna vez al frente del Estado un hombre que comprenda que el mal argentino no es cuestión de forma de gobierno, constitucional o dictatorial, sino cuestión de régimen.

Escaneado con CamScanner

XXXII

CONDICIONES DE UNA SOLUCION

1. No es necesario encarecer mucho lo desastroso de la situación que atraviesa el país. Por hartos que estemos de oírlo, se lo debe repetir. Pues es la pura verdad, que con el tiempo lejos de mejorar, empeora. Y esto mismo es un indicio acerca de la calidad de la crisis. Si un país con las riquezas de la Argentina, no sólo potenciales, sino efectivas, no puede superar una mala situación en lustros o décadas, cuando los países azotados por la guerra se hallan florecientes al cabo de pocos años, quiere decir que no se quiere, y no que no se puede arreglarlo. Cuando estaba Perón, podíamos creer que un loco desorbitado tenía la culpa. ¿Qué han hecho los sabios y los sensatos? Peor que él. Ello significa que la solución no está en la inteligencia o en la sensatez, sino en la *voluntad de bien.* Que es lo que ha faltado desde el tirano depuesto para acá.

2. Principales características del mal: carestía del Estado. La voracidad fiscal absorbe casi el cincuenta por ciento de la renta nacional, pero los servicios que devuelve a la comunidad no están en relación (ni lejos) con lo que cobra por prestarlos. Así siempre cierra su presupuesto con déficit, pese a que, por efecto de la inflación, la recaudación fiscal aumenta de año en año por lo menos en un 25 ó en un 30 % sobre el producido del presupuesto anterior. Al subir los precios, junto con el aumento del circulante, los réditos de cada contribuyente son mayores en apariencia, aunque las ganancias sean las mismas; en consecuencia, la Dirección General Impositiva los tasa sobre la base de una escala más elevada y les cobra más; de donde el aumento anual de la recaudación fiscal. Si de un año a otro se dejara fijo el mismo presupuesto, éste se equilibraría en meses. Si no se lo ha hecho en tantos años, es porque no se lo ha

Escaneado con CamScanner

querido. Como los caranchos viven de la osamenta, el régimen de infamia vive del caos. La situación económico-financiera insoluble autoriza a mendigar empréstitos en dólares, que siempre dejan un reguero de dinero en coimas para los tramitadores.

3. Consecuencia inexorable de la voracidad fiscal, es el contrabando. Este no depende de la mayor o menor inmoralidad de los habitantes de un país, a no ser en la medida que una serie de factores (como los que sufre el nuestro) concurre a desmoralizarlo del todo. Grávese a una población cualquiera en la forma que se lo hace con la nuestra, y el resultado será idéntico. Cuando los gravámenes sobrepasan el tanto por ciento que hasta las sentencias judiciales llaman inconstitucional y confiscatorio, superando un 33 %, y llegan a más del 50 %, el incentivo ofrecido por el fraude al fisco es demasiado grande para que el gran contribuyente se resista a intentarlo. Si a ello se agrega que el contrabandista obtiene ganancias fabulosas, y tiene dinero de sobra para sobornar a los funcionarios encargados de vigilarlo, el cuadro quedará completo.

Hasta la supresión de algunos recargos a los productos del agro, los gravámenes a la exportación y la importación eran entre nosotros tan elevados, que ellos solos explican el auge del contrabando. Una firma contrabandista puede ganar un 30 % o más sobre sus competidores, y arrebatarles los clientes con rebajas sobre el artículo importado o exportado, que a ella le son posibles por su amplio margen de ganancia. Está en la conciencia de todo el público hasta qué punto los artículos de importación entrados al país con fraude perturban el comercio, y aún la conciencia nacional. Cuanto a los artículos de exportación, los casos de irregularidades son aparentemente menos numerosos, aunque en los últimos tiempos volvióse frecuente el descubrimiento de embarques de carne hechos sin previo pago de los gravámenes fiscales, que recibían severas sanciones de las autoridades. Pero conociendo las facilidades que hay para embarcar mercadería en mayor cantidad que la estipulada en los certificados de carga, y sabiendo que los grandes exportadores en los principales renglones de nuestras ventas al exterior tienen flotas propias, o están estrechamente relacionados con las compañías de navegación extranjeras, no es suspicacia excesiva suponer que regularmente se producen cuantiosas filtraciones en los embarques de los grandes exportadores. Un pequeño exportador sorprendió en el puerto uno de estos fraudes: estando al lado de un barco, en una cola de camio-

Escaneado con CamScanner

nes, con uno de mijo, entre varios de una firma cerealera del pulpo internacional, supo por el empleado de la Aduana, que él con su camión único y su poderoso vecino con varios habían cargado la misma cantidad de cereal.

4. La cantidad de recursos fiscales, y de riqueza nacional que se evade, es incalculable. A eso se deben atribuir las cifras decrecientes de la estadística de exportación. Cierto, los precios de los productos de nuestra exportación han bajado en Europa, por causas ajenas a nuestra voluntad. Pero no es menos cierto que nuestro sistema de ventas a consignación en el principal de nuestros mercados, equivale a una especie de *dumping,* de que siempre se han quejado nuestros competidores australianos y neozelandeses, sistema que ha arruinado los precios en Europa, y contra el cual se defiende el Mercado Común, más de lo que se cierra espontáneamente a nuestros frutos. En vísperas de la última licitación italiana de carnes, llegaron al país innumerables telegramas de Italia, publicados por *La Nación,* de Buenos Aires, en los cuales se nos advertía que nuestra preocupación para intervenir en ella debería ser, no una rebaja excesiva, sino formular una oferta conveniente, pero que no hiciese competencia ruinosa al productor italiano, a quien su gobierno defiende en su nivel de vida.

5. La evasión fiscal contra los gravámenes excesivos produce los mismos efectos en el orden interno, que en el de la exportación. Contra un Estado voraz que de año en año aumenta la escala de los gravámenes, sobre la base de aumentos ficticios de ganancias nominales, fruto de la inflación, debida al mismo Estado, el contribuyente aplica su ingenio a evadir el impuesto confiscatorio. Aparte del fraude liso y llano, que hacen miles de productores que ni siquiera están fichados en la Dirección General Impositiva, los recursos para evadir el impuesto nunca faltaron a las poblaciones agobiadas por la voracidad fiscal. Uno de ellos, y el más socorrido, estaba legalmente al alcance de los más inteligentes en la política oficial de promover la pseudofabricación de automotores, con la liberación de impuestos para todo cliente de una de las nuevas fábricas que compre una camioneta de trabajo, un tractor, etc., etc., descontándole de la suma sobre la que debe pagar réditos, el 100 % del precio pagado.

La mayoría de esas fábricas son pseudoinversiones, a las que se les permite importar repuestos de automotor (uno de los rubros de importación más gravados con recargos: hasta del 80 %) y vender

Escaneado con CamScanner

las unidades al precio elevadísimo que resulta de esos recargos que exigen del comprador argentino de automotores dos, tres o cuatro veces más de los que éstos valen en el mercado internacional.

6. Otra consecuencia de los altos gravámenes que cobra el Estado argentino, es la evasión de divisas. El fruto de las fabulosas ganancias realizadas por los contrabandistas y los privilegiados del desarrollo o pseudoinversores extranjeros, emigra del país: en el primer caso, porque en las ventas al exterior, el beneficiario deja sus ganancias netas depositadas en el extranjero; en el segundo, porque el pseudoinversor tiene derecho a exportar sus ganancias con dólares baratos que el Estado argentino se ha comprometido a darle aunque no los tenga (tomándolos prestados), y gracias a la sobrevaloración del peso respecto del dólar, mientras se desvaloriza en todo lo demás.

Por el juego combinado de esos factores, la Argentina parece no exportar sino por valores de crecientes y no tener capital propio para financiar su desarrollo por sí misma. Pero si nos compenetramos de la verdad de lo antedicho podemos asegurar que el país exporta por dos o tres mil millones de dólares, que no pueden figurar en las estadísticas, porque son el fruto del fraude fiscal; y que sus ahorristas atesoran ingentes sumas que no pueden figurar en los depósitos bancarios, porque no quieren caer bajo la guillotina de las exacciones impositivas o están destinados a invertirse en colocaciones usurarias, a un interés del 4 ó el 5 % mensual. La prueba está en la facilidad que hallan los pseudoinversores para colocar en la plaza de Buenos Aires ingentes emisiones de títulos para integrar con capital argentino (en empresas extranjeras) las inversiones que se comprometen a traer del exterior. Un caso típico: una de las mayores firmas mundiales en la producción automotriz comprometióse a realizar una inversión de mil millones de pesos; su filial en el país tenía un taller de montaje, que valía cuatrocientos millones de pesos. La compañía internacional compró a su agencia local ese taller por un peso moneda nacional (sobre ese monto pagó el impuesto a la organización de una sociedad anónima); y emitió acciones por seiscientos millones de pesos: la inversión de mil millones de pesos estaba cumplida. Eran alrededor de doce millones de dólares que debieron venir de afuera, pero en realidad proceden del interior; sin embargo, los extranjeros dueños de la empresa tienen derecho a exportar sus ganancias en dólares, como si se tratara de una efectiva radicación de capital importado, cuando lo único que entró al país fueron las

Escaneado con CamScanner

piezas de automotor exentas del gravamen del 80 % al repuesto (privilegio anexo a la radicación de capital) y el precio que cobran por las unidades montadas y vendidas será doble o triple del que vale la mercadería en el mercado internacional.

7. Así el desarrollo se hace con nuestro capital (disfrazado de extranjero), pero sus ganancias, como de empresas consideradas extranjeras, son exportables; lo que significa que no se capitalizará en beneficio del país, sino en su contra, y será un factor agravante de la ya deficitaria balanza de nuestros pagos al exterior.

Todo lo referente a la pseudoinversión en la industria automotriz vale para las que se hicieron en los primeros años de la presidencia Frondizi, en la del petróleo y anexos de la producción de energía. Y produce los mismos efectos de atraer el ahorro nacional hacia empresas de rótulo extranjero, que exportarán sus ganancias con dólares baratos, estabilizados con préstamos externos, que luego de enriquecer al extranjero nos dejarán endeudados en forma irremediable, de continuar el comercio exterior con balanza de pagos desfavorable para nosotros como hasta ahora.

8. El contraste entre el dólar estabilizado para exportar ganancias (pero no para importar bienes de capital, puesto que éstos tienen recargos abusivos, de que se eximen únicamente los pseudoinversores extranjeros), y el declinante valor del peso en el orden interno, debido a la desenfrenada inflación que el gobierno continúa haciendo cuando le conviene, es una ventaja más que se otorga a los privilegiados del desarrollo. Con una contabilidad en dólares, la mano de obra y en general los costos locales se abaratan, mientras las ganancias exportables de las empresas extranjeras aumentan.

9. La cesación de pagos a que llegó el gobierno por períodos alternados con otros de euforia inflacionaria sella el fracaso de esa política. Proporcionalmente y absolutamente, la Argentina recibió más aporte aparente de capital extranjero que Alemania. Según confesión del ministro Webhe, debíamos dos mil quinientos millones de dólares. La República Federal debe tres mil quinientos millones de dólares de 1945 a 1955. Allá se produjo el milagro alemán de la restauración económico-financiera, acá el milagro argentino de la bancarrota. ¿No será porque lo que en Alemania fue realidad, aquí fue apariencia? Allá no hubo gobernantes capaces de prestarse a comprometer al país en deudas ficticias, en seudoinversiones que no

Escaneado con CamScanner

son sino maniobras de malos argentinos, cómplices de aventureros internacionales, asociados para repartirse los despojos del trabajo nacional, según el modelo dejado por Perón y Jorge Antonio.

10. Con ser gravísimos, todos estos aspectos de la crisis no lo son tanto como la corrupción administrativa y la tortuosidad política, que son causa y efecto de aquéllos.

11. De todos los aspectos de la situación, el más peligroso es sin duda la posición asumida por las Fuerzas Armadas como órgano de control permanente para un Poder Ejecutivo que no inspira confianza. Aunque tal contralor sea indispensable para evitar males mayores, no hay tal vez ninguno peor que el de alterar las bases de nuestro régimen constitucional, que hacen del magistrado supremo el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. La subversión implícita en el hecho de que quienes deben obedecer impongan directivas al que los debe mandar, es un ejemplo funesto para el pueblo, que no puede leer sino a manera de letras grandes —como decía Platón— la acción de los gobernantes, para guiarse por la enseñanza que de ella resulta. Como del *fraude patriótico* de 1930 a 1943 salió el peronismo, de la situación irregular que acabamos de describir en este acápite puede salir algo peor.

12. Un nuevo gobierno de hecho corregirá el mal señalado en último término, y no el menos peligroso, pero nos dejaría la tarea de remediar todos los demás.

13. Remontando en la enumeración de los aspectos de la situación, nos tocaría hablar en seguida de la crisis moral, a la que la mayoría de la opinión atribuye la permanencia y el agravamiento continuo de nuestros males, pese a la negación que de ella hacen sus principales culpables.

La crisis tiene causas anteriores al aumento de la corrupción generalizada que el país sufre; pero sin duda ha pasado ahora a ser su principal característica, según módulos espirituales que se han dado y repetido en los grandes países civilizados. Para no citar sino un ejemplo, la Francia de Enrique IV, al cabo de tres ignominiosos reinados de los Valois, había puesto a ese gran pueblo en situación que parecía irremediable. La inmoralidad entronizada en la cumbre del Estado parecía haber hecho de la nación que había tenido santos coronados, una Sodoma o una Gomorra. Y, sin embargo, Enrique IV

Escaneado con CamScanner

la saneó en cuanto subió al poder, y al cabo de diez años de reinado dejó una situación tan floreciente, que la imaginación popular la sintetizó en dicho proverbial: que en cada hogar francés había una gallina en la olla. ¿Cómo se operó el milagro? ¿Por la sabiduría? Ni el rey ni su gran ministro Sully eran sabios. Pero eran héroes. según el aforismo de Santo Tomás cuando decía: que nos enseñe el sabio, pero que nos gobierne el prudente. La prudencia, en medio de todas las otras virtudes que adornan al héroe, es la que en él preside las demás.

No sólo: estas crisis, en apariencia insolubles, sirvieron a los países predestinados a la grandeza, de trampolín para saltar a mayores alturas con la ambición de alcanzarla. Una nación privilegiada por la naturaleza, y con veinte millones de habitantes (base de la que partieron las grandes potencias para entrar en la carrera de la supremacía) no necesita sino aprovechar sus recursos con heroísmo durante período razonable para llegar a una meseta de la que después no se desciende sino como todas las dominaciones y poderes que en el mundo han sido. Como decía Vico, primer estudioso de las sociedades en la época moderna, los obstáculos suelen ser oportunidades para las naciones afortunadas.

14. La medida más urgente de un buen gobierno en las actuales circunstancias es el abaratamiento del Estado. La rebaja impositiva, cuya necesidad intuye a veces la propia administración, es impostergable si se quiere reactivar el comercio, aumentar la producción, permitir al contribuyente argentino capitalizar el fruto de su trabajo y suprimir la irritante desigualdad entre el seudoinversor extranjero, que viene a producir exento de gravámenes y a exportar ganancias, mientras el habitante del país (nacional o extranjero) produce bajo una presión fiscal abrumadora que lo descapitaliza y desalienta. Las formas de la rebaja impositiva deberían estudiarse de inmediato como el camino real para encaminarse a una solución.

Al poco tiempo arrojaría un aumento de la recaudación fiscal, pues desalentaría el contrabando y la evasión de los impuestos, quitándoles sus incentivos. Pero en el momento produciría un déficit. Para remediarlo en seguida, hay dos factores: la vigilancia heroica de la inversión del presupuesto, que es un árbol podrido, lleno de ramas muertas, cuya savia es secada por la corrupción administrativa, en complicidad con los aventureros; y la relativa pequeñez de

Escaneado con CamScanner

la deuda interna, en un país cuyos ahorristas detienen cantidades de dinero incalculables, que no pueden figurar en las estadísticas oficiales, porque financian el contrabando y la usura, pero que al quedar éstos desalentados por la rebaja impositiva, deberían orientarse al crédito oficial para invertirse con provecho, a la vez que contribuirían a la solución de los problemas económico-financieros nacionales. Un gobierno que inspire confianza desde el comienzo, y no se desviase de esa conducta, no hallaría dificultad en apelar al crédito interno para resolver los problemas más urgentes.

15. En segundo lugar, se impone una revisión o renegociación de las inversiones extranjeras, reales o supuestas. Porque el país no puede soportar en las condiciones actuales de las balanzas de comercio y de pagos, la hemorragia financiera que aquéllas provocan.

16. Cuanto a la moneda, la valorizaría de inmediato la confianza merecida por el gobierno. Así lo mostró el cambio de Perón a Lonardi. De mantenerse la opinión entre el público de que la administración es incorruptible, el factor psicológico, esencial en la cotización de las monedas, permitiría no sólo estabilizar el signo monetario sin afectar las reservas, sino valorizarlo paulatinamente, como ha sucedido en Alemania. Con lo que se valoriza el salario y se atenúan los conflictos laborales.

17. Una vez arreglada la casa, y robustecida la posición económico-financiera del gobierno, habría llegado el momento de acometer otra de las tareas impostergables de una administración que tenga la voluntad de resolver el problema, y no meramente de conservarse en el poder, dividiendo para dominar: a saber, la reforma o reestructuración del comercio exterior.

En parte, ésta quedaría hecha por la rebaja impositiva, que al quitar incentivo al contrabando y el fraude fiscal, haría aflorar a las estadísticas el verdadero monto de nuestras ventas al exterior, y nos daría pronto los recursos necesarios para financiar las importaciones sin quebranto. Pero siempre quedaría el hecho de que malbaratamos nuestras exportaciones, con ventas a consignación en el principal mercado comprador, con lo que provocamos la incesante baja de los precios para los mejores frutos del país, y la imposibilidad de cobrar más en los otros mercados exteriores.

Pero esto sería oportuno únicamente cuando la economía y las finanzas estuviesen saneadas, y hubiésemos dejado de ser mendigos

Escaneado con CamScanner

de dólares en todas las plazas financieras del mundo. Porque en cada problema de comercio hay implícito un problema de diplomacia. Y siendo deudores pródigos, no podríamos negociar con nuestros acreedores para resolver la crisis de los precios que nos dejan sin renta. Se sabe que una de las condiciones del Club de París, es no intentar la menor defensa de nuestras posiciones en el comercio mundial. Sin embargo, el Mercado Común ha introducido un cambio en esa política de Europa respecto de Hispanoamérica. Al revés de lo que dicen los agoreros, en vez de ser una amenaza para nuestras ventas les abre brillantes perspectivas futuras. Como tiende (con éxito ya logrado) a elevar el nivel de vida europeo, los mejores observadores han afirmado que aumentará el consumo de carne *per capita* y que nos comprarán mayores cantidades de este producto a mejor precio. Las restricciones a la introducción de la carne argentina en la Europa del Mercado Común se han establecido como medidas defensivas contra el *dumping* que australianos y neozelandeses siempre nos acusan (y con razón) de hacer en el mercado internacional del producto.

18. Antes de poner punto final, conviene insistir en la principal característica que deberá tener cualquier gobierno que quiera disipar el caos fabricado por todos los anteriores. *No se necesitan sabios para resolver la crisis; es indispensable la voluntad de bien. Y para esto se necesita el héroe.* Si el país *no lo tiene* para colocarlo a la *cabeza del Estado* tendrá que resignarse al caos, la otra alternativa que por desgracia nos ofrece el porvenir inmediato.

Escaneado con CamScanner

EL CAMBIO DE GOBIERNO Y LA OPINION DE UN VISITANTE

EL SOL, de Concordia, 29 de junio de 1966

Anoche, aprovechando la presencia en Concordia del historiador argentino, señor Julio Irazusta, EL SOL le formuló dos preguntas sobre lo que acontecía en el orden nacional: 1º) impresión sobre el cambio y opinión sobre los posibles nuevos gobernantes.

Sobre lo primero, dijo: " Tengo ya expresada por escrito en libros y en reportajes periodísticos, desde hace varios años, acerca de una situación que se perpetúa indefinidamente, mi opinión de que, cualquiera que sea el modo de cambio que se produce en el país, como en los casos anteriores, la única perspectiva es de que sea para empeorar, porque dadas las condiciones que conocemos, a través de las opiniones vertidas ante la opinión pública, casi a ciencia cierta se puede predecir que el gobierno que viene será peor que el anterior; por malo que haya sido éste. Porque si no se comprende que la cuestión no es ni de personas, ni de partidos políticos, ni de formas de gobierno, sino del régimen imperante en el país, que es un régimen contra la Nación, el cambio empeorará las cosas. Aquí se trata de recuperar la conducción nacional para los argentinos. Si este gobierno no comprende que la cuestión es de régimen, no resolverá nada.

—Circulan versiones de que formarían el gabinete nacional, entre otros el general Osiris Villegas (Interior), Martínez de Hoz (Economía), General Señoranz (Defensa Nacional) y general Repetto (Secretario de Guerra). Si se confirmara esta versión, usted ¿qué opinaría del nuevo gabinete?

"No conozco a todos los supuestos candidatos. De uno de ellos, el que se rumorea como posible ministro de Defensa, tengo la mejor

opinión: no lo conozco personalmente, pero sé por personas autorizadas, que es uno de los mejores oficiales generales con que cuenta el país. Del que suena para ministro del Interior, lo que puedo decir es que no creo que personas que hayan formado parte de los anteriores gobiernos tengan la menor "chance" de acertar, porque ya antes se asociaron a fracasos de gobiernos fracasados y no es probable que acierten en el futuro. En cuanto al que suena como ministro de Economía (Martínez de Hoz), creo que le corresponde el mismo pensamiento, porque tengo entendido que formó parte del gobierno de Guido, con el agravante de que recientes opiniones de él en la conferencia del CIES, lo muestran como uno de los representantes típicos de la clase de gentes que, entre todos, ha traído al país a la situación en la que se encuentra".

IDEOLOGIA Y POLITICA

Con motivo de la visita del Dr. Erhard

Escrito para *Ulises* en abril de 1969

Con las últimas medidas fiscales del gobierno en los órdenes nacional y provinciales, llega a su término el gigantesco fraude sostenido hasta ahora por la mal llamada Revolución Argentina.

En efecto, nunca habíamos asistido a un espectáculo tan afligente como el que llega a su fin con los recientes aumentos de los precios oficiales. Durante más de un año se le venía diciendo al país que la administración había logrado la estabilidad; que esa primera etapa de consolidación económico-financiera estaba lograda, y sobre esa base iba a comenzar la de un extraordinario desarrollo, para marchar hacia la meta de la grandeza. El gobierno, con sus poderosos medios de difusión y propaganda, y la complicidad de la gran prensa, con su auto-censura, lograron persuadir a una buena parte de la opinión, que aquellas referencias sobre hechos controlables expresaban verdades incontrovertibles.

Ahora bien, todo eso era mentira. Por la sencilla razón de que el gobierno actual es el que ha emitido más dinero papel sin res-

Escaneado con CamScanner

paldo alguno que cualquier otro, en igual período de tiempo. El anterior había dejado un circulante que oscilaba alrededor de los trescientos cincuenta mil millones de pesos. El de Onganía lo duplicó en menos de tres años. Pues hoy circulan más de setecientos mil millones de pesos. Y con la canilla abierta de los aumentos decretados por el gobierno, la inflación (supuestamente controlada) va a seguir su ritmo enloquecedor, en cuanto se sienta la repercusión de los nuevos precios en los costos de la industria y el transporte.

¿Cómo ha sido posible semejante fraude? En materia de cinismo, el régimen nos tiene acostumbrados a los mayores estupros. Pero nunca se había cometido uno semejante. El gobierno de Illia, por ejemplo, no sólo no engañaba, sino que decía que la inflación era buena. Hasta los últimos rincones provincianos, llegaban voceros oficiales u oficiosos, que predicaban las bondades de la política inflacionaria, públicamente proclamadas cuando el gobierno del doctor Illia pidió al Congreso que elevara el tope de las emisiones del Banco Central. Y algunas veces el paisano del Uruguay solía dejar sin réplica a los doctores que venían a predicar esa buena nueva en los pequeños comités departamentales.

Pero ahora el fraude se había llevado a cabo en medio del silencio y la falta de discusión. Cierto, los datos que habrían permitido a la opinión denunciarlo, se publicaban en los diarios. Pero quedando en sus columnas especiales como meros hechos, sin elaboración conceptual, no podían ser interpretados debidamente por el gran público no especializado en materia financiera y económica. Y cuando el gobierno propalaba a los cuatro vientos que había dominado la inflación, ni los órganos de opinión que pasan por más autorizados comentaban que no puede hablarse de estabilidad monetaria cuando se ha seguido emitiendo moneda papel hasta duplicar el circulante en plazo mínimo, como lo había hecho este gobierno.

No era difícil pronosticar el fracaso del plan Krieger, como el de los anteriores ministros de hacienda. No sólo porque todos reincidían en los errores antes cometidos; sino porque todos, todos, todos, son empleados de la finanza internacional, que no va a elaborar planes para nuestro beneficio, sino para surtirse con nuestras riquezas y expoliarnos sin pensar en las consecuencias, para ella como para nosotros. Ya lo dijimos en un reportaje del 14 de junio de 1967: "La incongruencia de esta conducción se demuestra al observar que no hace otra cosa que repetir a las anteriores. Por un lado sostiene que hay que aumentar los impuestos para cubrir el déficit presu-

Escaneado con CamScanner

puestario y por el otro crea inflación, porque ahora, aunque dicen que hay estabilidad monetaria, se siguen emitiendo decenas de miles de millones... Una estabilización verdadera no consiente la emisión de un solo peso más por encima del nivel alcanzado por el circulante... De manera que la estabilización es una mentira: si se sigue haciendo inflación no hay porqué aumentar los impuestos... Hacer las dos cosas a la vez es auténtico dislate".

Para poner enteramente al descubierto el gigantesco fraude de la propaganda a favor de una pseudo-estabilidad monetaria, llegan los aumentos de precios oficiales, que confiesan el fracaso de una política. Si algún efecto seguro produce la estabilidad monetaria, es la baja de los precios, oficiales o privados, y el aumento automático de los salarios reales, sin que la cifra nominal de los mismos varíe. Si al cabo de tres años de un plan de estabilización puesto en marcha con bombos y platillos, hay que aumentar precios y salarios, quiere decir que dicha política ha fracasado.

Para cohonestar ese fracaso estrepitoso (que la gente del gobierno no podía no prever, como lo previmos nosotros) se tramita el cambio de moneda; fraude tan escandaloso como el de la supuesta estabilidad. Pues en efecto, los gobernantes que han llevado adelante el plan de pseudo-estabilización comentado, que seguían desaforadamente emitiendo moneda papel, que no equilibraban el presupuesto, que no podían hacer nada para beneficiar al país, pues estaban puestos para dañarlo, no podían ser tan estúpidos que no supieran el resultado previsible de lo que hacían. A mayor cantidad de moneda, mayor inflación —por más que ellos dijeran lo contrario—. En previsión de ese vencimiento, hacían espejear a los ojos del público el reemplazo de la moneda depreciada por una moneda fuerte: el dólar a tres pesos cincuenta. Pero la gente que ha mantenido años el fraude de la pseudo-estabilización con la duplicación del circulante, no tiene la menor probabilidad de hacer una conversión como la de que se trata. Nadie les puede creer que una vez reducida la moneda de cien a uno, van a cesar las emisiones. Si a la vez que emitan trescientos cincuenta mil millones decían haber dominado la inflación, se puede suponer que al tener las dos emisiones marchando a la par, la van a continuar en las dos monedas, la vieja y la nueva. O en el mejor de los casos, ante el peligro de seguir emitiendo pesos viejos hasta cifras astronómicas, emitirán pesos nuevos, hasta que el fraude se descubra, más pronto que el anterior.

La injusticia de esta situación es flagrante. Los aumentos sala-

Escaneado con CamScanner

riales del 8 % para los obreros, estaban destinados a enjugar el aumento del costo de la vida, que supuestamente no había pasado de aquella cifra, según el gobierno. Pero ahora los aumentos de precios oficiales, que repercutirán en todos los demás, duplican o triplican el monto de aquella pobre compensación. Y en el caso del agro, el desnivel es infinitamente mayor. A la repercusión que los precios tendrán en los costos se sumará la suba de las contribuciones territoriales, aumentadas en un trescientos por ciento, y el impuesto territorial, para incidir en productos alimenticios cuyo precio de venta se mantiene invariable desde 1964.

Vale la pena dedicar unas líneas a la visita del doctor Erhard. Este practicón de un país que tiene en su clase dirigente hombres de reemplazo para las necesidades de cada época, ha venido a darnos lecciones de economía teórica, cuando para sus compatriotas, y los europeos en general no ha podido hacer, que sepamos, sino firmar un centón de reseñas, informes, memoriales redactados por sus colaboradores en el ministerio de comercio de la República Federal [1].

Sus disertaciones ante los diversos públicos que lo escucharon, para luego dialogar con él, no brillaron por la coherencia. Ante los empresarios habló sobre todo de la estabilidad monetaria, de la confianza que ella inspira a la población para planear el desarrollo sobre bases sólidas; pero su público estaba compuesto de gente que ha vivido en medio de una inflación desenfrenada como el pez en el agua, sin jamás atacar a los gobiernos que la hacían con el vigor necesario para atajar el mal: siendo conspicuo entre ellos, el capitán ingeniero Alsogaray, que en los últimos lustros fue dos veces ministro de economía sin frenar en seco la inflación por el emisionismo, ni siquiera disminuir su ritmo acelerado. Pero ya en esa oportunidad Erhard deslizó una sugestión sobre la conveniencia de la división del trabajo internacional, ponderando nuestras condiciones para la producción agropecuaria, superiores a las de Europa; sugestión que habría de ser su último consejo de despedida para los argentinos.

Ante los sindicalistas estuvo más flexible y matizado. Reconoció sin ambages que la única solución para la falta de mercados que afec-

[1] *L'Expansión Economique Allemande*, Ed. Domet, París, 1953.

taba a nuestras materias primas estaba en el desarrollo industrial. Insistiendo en su tesis de que este debe lograrse sin proteccionismo, dijo:

"Ustedes tienen un gran mercado internacional y deben conquistarlo". Pero en Mendoza se pronunció contra la integración de América latina, basado en el hecho de que las grandes distancias y la escasa población dificultaban el desarrollo industrial.

Estas, como la mayoría de sus lecciones, son discutibles. La escasez de consumidores se remedia con el desarrollo industrial, como en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Sin dirigismo y sin proteccionismo monárquico o republicano, ninguna de esas naciones habría logrado su desarrollo industrial. Los ingleses fueron hechos, primero elaboradores de su lana (que mientras fueron pastores, exportaban para que les volviera industrializada en el exterior); luego comerciantes internacionales, y por último, imperialistas, por sus reyes. Los yanquis, por los fundadores de la República. Los alemanes por Bismarck y Tirpitz, quienes aún a fines del siglo XIX se quejaban de que sus compatriotas eran cosmopolitas, y no creían que su país fuera capaz de fabricar barcos de guerra y centrales de tiro tan buenos como los astilleros ingleses. Una consolidada industria nacional, puede competir en los mercados exteriores; antes, parece difícil. No creo haya hasta ahora una experiencia feliz que lo pruebe.

Que "los poderes policiales nunca podrán resolver asuntos que requieren el sentido común"; otro aserto discutible. Se comprende que lo diga por demagogia internacional, un ministro del régimen que sucedió a Hitler. Pero el doctor Erhard tendrá que probar aún que, además de administrar bien, con ayuda yanqui y sin gastos militares, que sobre la estabilidad monetaria y la expansión económica, su República Federal es capaz de hacer una guerra victoriosa durante varios años contra la más poderosa coalición mundial, para negar capacidad de buen sentido a los regímenes policiales. Estos son espantosos cuando se vuelven contra la nación, como en nuestro caso; pero cuando se proponen ampararla, como medida de extrema necesidad pueden exhibir tanto buen sentido como los regímenes liberales dirigidos por patriotas.

Que "en economía el Estado no tiene por qué meterse" lo desmiente su proteccionismo aduanero contra la carne importada, que él mantuvo mientras fue ministro. Que lo hizo por imposición de los socios de Alemania en la Comunidad Económica Europea, nada cam-

Escaneado con CamScanner

bia en la situación. Si lo aceptaba, pese a su absurdo, por la conveniencia de armonizar con aquellos, era porque le convenía a su país. Por otra parte, muchos peritos en comercio internacional aseguran que la intromisión del gobierno alemán en la economía es, y fue durante el ministerio del doctor Erhardt mucho más extensa de lo que se dice y se cree.

Pero sobre todo, lo que invalida todas sus lecciones acerca de la economía argentina, es que habla de ella como si fuera la de un país cuyos intereses más ingentes tuviesen dirección propia; y no un país sometido, como lo estuvo Alemania después de su derrota en 1945, aunque nosotros no sufrimos una ocupación militar extranjera. Más aplicable a nuestro caso es toda la extensa parte de su libro que se refiere a la economía alemana cuando los gobernadores militares de los sectores yanqui, británico y francés expoliaban alevosamente a la nación derrotada, hasta que después del atraco ruso a Checoslovaquia los ocupantes occidentales aflojaron el dogal que le tenían echado al cuello, para que restaurase su economía como base para una futura restauración del poder germánico, allende el muro de Berlín.

Si el doctor Erhard sabía que las condiciones económicas latinoamericanas no se prestan para una integración regional, es extraño ignore que los monopolios internacionales dirigen con estrecha vigilancia nuestro comercio exterior, y ahora están comprando las empresas industriales y las propiedades urbanas y rurales, bancos y almacenes de toda especie, hasta que la ingente riqueza de nuestra producción y de nuestro ahorro pase a manos de los exportadores de ganancias.

El ejemplo que aduce contra las empresas estatales, la entrega de las acciones del Volkswagen a los obreros, es digno de reflexión. Aquí no se habría hecho un traspaso de esa especie, en beneficio de una masa trabajadora, sino del capitalista extranjero; como ocurrió en el pasado y sigue ocurriendo en el presente.

Como político práctico, el ex ministro alemán mereció el nombre de estadista, que no puede sustentar una teoría económica, al estilo de un profesor y por el contrario, procede como librecambista o proteccionista, como partidario de la libertad o del dirigismo, según las conveniencias nacionales. Como teorizador, se nos mostró como un ideólogo adocenado.

Escaneado con CamScanner

EL PORQUE DE LA CRISIS

REPORTAJE A JULIO IRAZUSTA

Azul y Blanco, 16 de junio de 1969

Azul y Blanco: Habiendo consultado desde estas columnas a varios representantes de la primera generación nacionalista, no podía faltarnos su tan autorizada opinión sobre el por qué de la crisis presente. ¿Cómo la ve uste?

J. I.: La razón fundamental de esta situación de crisis permanente que sufre el país en tantos años, a través de tantas vicisitudes y cambios de gobierno, se debe a que el país no tiene autonomía de dirección. Es dirigido desde afuera, por las centrales de la finanza internacional, las capitales de los grandes monopolios, que son las que trazan la política del país. Llama la atención la permanencia del equipo dirigente, siempre el mismo, tanto en los gobiernos constitucionales como en los gobiernos de hecho. Si no se trata en todos los casos de las mismas personas, siempre se trata de los mismos intereses, extraños a los nacionales.

Por ejemplo, en una revolución que estuvo a punto de triunfar, en 1963, el ministro de economía del futuro gobierno iba a ser uno de esos hombres del elenco permanente de la corrupción económica nacional. Fracasada la revolución, apareció como ministro de economía del gobierno constitucional establecido tras ese fracaso. Casos como éste se han repetido infinidad de veces, y ahora mismo tenemos a un titular de esa cartera que fue, igualmente, miembro del gabinete revolucionario de 1955. Esto se debe a que, haciendo política los grandes intereses extranjeros, que constituyen uno de los más grandes volúmenes dentro de los negocios del país —el monopolio frigorífico, los bancos y las compañías de seguros extranjeras, las empresas de navegación, el monopolio ceeralista, algunas grandes tiendas y fábricas, inclusive las de embotelladoras de refrescos, el petróleo, etc.—, se sientan obligados a controlar neustra vida pública. Estos intereses se ocupan da atraer a todos aquellos que podrían dirigir la política económica de la Argentina, confiándoles la gerencia o las asesorías de sus empresas —con algunas retribuciones, prácticamente vitalicias— pagándoles mucho más de lo que podría hacerlo el Estado, es decir, comprándolos, contratándolos a su servicio. Esos

grandes intereses internacionales pagan la influencia que estos hombres ejercen en su país, porque no se puede pensar que los monopolios extranjeros necesiten de la inteligencia argentina aplicada a la economía —representada por estos señores— para el éxito de sus asuntos. Muchas de esas empresas cuentan con asesores de *todos* los partidos políticos y de todos los factores de poder (frondizistas, peronistas, radicales, católicos, conservadores, etcétera).

Ello impide la capitalización del país, porque estos monopolios están organizados de forma tal que no sostengan al estado, que no prosperen las inspecciones de réditos que los investigan; muchos de ellos están legalmente exentos —como radicaciones— del pago de impuestos, y en consecuencia, lo único que hacen es ganar y exportar ganancias. Pero con semejantes márgenes de ganancia pueden muy bien pagar la influencia política, lo que les permite dirigir el país según sus propios intereses.

Azul y Blanco: ¿Y cuál es la suerte, ante esta situación, del capitalismo argentino?

J. L.: Bueno, los más grandes intereses radicados en el país que no pertenecen a los extranjeros (o por lo menos a extranjeros exportadores de ganancias), como asimismo los argentinos de tradición que conservan extensiones territoriales, más los industriales —en su mayor parte nuevos, mal educados por el sistema de formación intelectual del país, que desde hace 100 años está orientado en contra de la Nación— han sido incapaces de impedir el dominio de las finanzas internacionales sobre nuestra vida pública.

Por el contrario, su arraigo sólo les reporta una carga: la de sostener al Estado argentino, con unos gravámenes tan excesivos que alcanzan —aún cuando afecten a pequeños productores y propietarios— hasta a más de un 50 % del valor de su producción y hacen que el interés nacional no capitalice y, en consecuencia, la expansión no se produzca.

La única solución a la crisis consiste en que los intereses nacionales (que son muy poderosos y muy grandes, pero que no han llegado a comprender que la política rige a la economía y que para tener una economía sana hay que tener una buena política), reconozcan su error. Como le dijo el barón Louis, ministro de Napoleón, al Emperador —en 1800—: "Hágame usted una buena política y yo le hare buenas finanzas"; del mismo modo los representantes de los intereses argentinos deben procurar y exigir una política acorde con

Escaneado con CamScanner

sus aspiraciones, independiente del dirigismo extranjero. Mientras no lo hagan, persistirá la crisis.

Azul y Blanco: ¿Y cómo ve, Irazusta, el papel de las fuerzas armadas en un proceso revolucionario?

J.L.: Como lo he dicho en algunos de mis libros, las fuerzas armadas constituyen el último baluarte del orden que queda en el país.

Por su tradición de gloria, conservan un prestigio que no ha sido tocado —hasta ahora— pese a la aparente responsabilidad que les cabe en la historia de los últimos 37 años. Hablo de responsabilidad "aparente" porque de hecho los gobiernos instalados por intervención militar fueron dirigidos por miembros de las fuerzas armadas que abdicaron su poder en grupos de economistas que, dada la situación del país, aparecían —ante ellos— como los únicos capaces de hacerse cargo de la conducción nacional.

Si se examina bien la historia de esos gobiernos "de facto" se comprobará que siempre han sido controlados por esos empleados de la finanza internacional que pasan por estadistas y conocedores de la economía argentina. Sus empleadores les obligan a observar siempre las mismas directivas. Hay, por ejemplo, un caso típico de esta rutina que carcome al país en el hecho de que todos los gobiernos posteriores a 1955 hayan intentado resolver la crisis por un idéntico medio: el aumento de los gravámenes. Receta que ha fracasado por lo menos diez veces, pero que se insiste en repetir, cada vez con mayor denuedo... Porque uno de los elementos esenciales para resolver la crisis es, precisamente, la rebaja de los impuestos.

Proporcionalmente, el argentino paga más impuestos que cualquier otro contribuyente del mundo. Aunque es verdad que en algunos grandes países industriales el impuesto a los réditos alcanza a cerca del 80 % de las ganancias, este porcentaje sólo afecta a enormes consorcios financieros, mientras que el contribuyente medio paga la mitad de lo que se le exige en la Argentina; pudiendo así capitalizarse y desarrollarse el país con sus propios recursos, que es la única manera de conseguirlo. Por su parte, la voracidad fiscal impide corregir algunos aspectos fundamentales de la crisis como ser el mercado negro, la usura, el contrabando y la corrupción administrativa. El incentivo para que esas lacras perduren está en que el particular sólo puede enriquecerse rápidamente violando las leyes. A medida que aumenten los impuestos —y a pesar de cualquier represión policial— estos vicios también se incrementarán.

Escaneado con CamScanner

Ante todo esto, el papel de las fuerzas armadas en el gobierno se enfrenta con una dificultad de tipo institucional, ya que por la misma índole de la formación militar no se permite el libre debate interno acerca de las orientaciones dadas por los jefes. Estando al frente del gobierno un jefe militar es muy difícil que —aunque todo el cuerpo de oficiales esté en disidencia con una conducción nacional impartida por tal presidente— se produzca una influencia de los subalternos en los altos mandos, a no ser que la situación se vuelva caótica, como ha ocurrido en cierto momento, y la opinión esté tan sublevada contra ese gobierno militar que el clamor llegue a los cuarteles y se produzca un cambio.

Por otro lado, yo creo que dentro del cuerpo de oficiales existe —proporcionalmente— más gente que esté atenta a los intereses nacionales que en los cuadros de, por ejemplo, los partidos políticos, u otras entidades de opinión, como la prensa. Por su propia formación, dedicada a la defensa de lo noble y de los intereses fundamentales del país, las fuerzas armadas han respondido a la transformación que sufre la inteligencia argentina, más que otros estratos o clases de nuestra sociedad. A pesar de ello, cuando un país está dirigido por un jefe militar, se ven impedidos de influir en la dirección, por razones disciplinarias. Esto se debe, en parte, a que el criterio mundial sobre lo que es un ejército está viciado —como lo ha demostrado el gran perito inglés Liddle Hart— por una idea que es nueva, en realidad, en la historia del mundo. Liddle Hart dice que no hay gran capitán que no sea, a la vez un político y hasta un filósofo. Todos los grandes militares de la historia han sido, por lo pronto, políticos; Julio César, por ejemplo, habrá hecho apenas una academia militar como la que cursaban todos los políticos de Roma que seguían el "cursus honorum". Este *cursus* los obligaba a interiorizarse de la mayor parte de las profesiones de la administración: tenían que ser magistrados judiciales, directores de hacienda militares y, por último, políticos. Julio César fue, fundamentalmente, un político y aprendió la milicia en la acción, en la guerra. Federico II, otro de los grandes capitanes de la historia, era jefe de la nación por haber heredado la corona de Prusia, e hizo la guerra porque el jefe del estado siempre comanda las fuerzas armadas y las dirigió con criterio político, como no puede menos de ser. Por otra parte, la idea de que el ejército es un bloque monolítico, dirigido de arriba para abajo, es un error; porque en la historia de to-

Escaneado con CamScanner

das las guerras vemos que no hay gran capitán —inclusive entre nosotros— que no haya debatido con sus subalternos sobre la acción que habrían de desarrollar durante la batalla. La libre discusión no puede desaparecer en las altas esferas del estado, so pena de que la acción resulte nociva. No basta la *acción*, sin *dirección* de la inteligencia. Para que la voluntad tome un rumbo, es imprescindible el debate libre e inteligente.

Otro ejemplo clásico de lo que es el espíritu militar en la acción, es el de "La Retirada de los 10 mil", de Jenofonte. La famosa Anábasis se realizó mediante la discusión de cada una de las medidas que Jenofonte proponía a su Estado Mayor: sólo gracias al debate permanente pudieron los griegos volver al mar en una operación tan difícil como es la de un gran ejército en retirada. De la misma forma se realizó la campaña de Cortés en México: en continua deliberación con sus propios soldados y con los que incorporó de la expedición —enviada contra él— del gobernador de Cuba, a los que logró sumar a su campaña de conquista. Siempre ha sido la inteligencia, afilada por el libre debate, la que iluminó la acción militar en el curso de la historia. En nuestro tiempo se cree que el militar subalterno no debe abrir la boca ante su jefe: error funesto que priva al dirigente de sus auxiliares naturales.

Azul y Blanco: ¿Y cómo describiría usted, Julio, a la revolución, entendida como la solución política necesaria a nuestro país?

J. L.: Yo creo que la revolución indispensable consiste en la recuperación de la dirección nacional. Los argentinos arraigados en el país, los que tenemos un interés concreto y directo como trabajadores, propietarios, industriales, terratenientes, etc., los que carecemos del instituto de especulación —en un país abierto a todos los aventureros— y vivimos asociados a la suerte argentina, debemos recuperar la dirección de la república. Tenemos que ser nosotros los que, en cada caso, propongamos y llevemos a cabo las soluciones a los problemas que la historia nos propone. No podemos estar supeditados siempre a los asesores internacionales, que nunca nos aconsejarán lo que nosotros conocemos mejor que ellos.

Esos argentinos carecemos, prácticamente, de diarios, revistas, emisoras de radio y televisión y hasta de partidos políticos libres de la dirección extranjera.

Escaneado con CamScanner

Azul y Blanco: ¿Usted cree, por otra parte, que la conciencia nacional es más fuerte ahora que años atrás?

J. L.: Sí, estoy seguro. Esa conciencia está despierta a las conveniencias del momento. Es más, han dado un paso gigantesco hacia adelante, aunque no haya podido concretarse en la política porque esos procesos suelen ser lentos. En algunos casos de grandes transformaciones, como en la Italia y la Alemania del siglo XIX, los hombres que hicieron la unidad nacional eran muy pocos; es decir, los había precedido un movimiento como el que inició nuestra generación en la inteligencia argentina —los filósofos alemanes, la escuela histórica prusiana, los hombres de *Risorgimiento* en Italia, etc.— preparando los espíritus para la transformación ocurrida entre 1850 y 1860 en uno de esos países y entre el 60 y el 70 en el otro. Bismarck obtuvo el apoyo aún de los liberales cuando demostró que —por métodos no liberales— también podía obtenerse el ideal general de unidad de los reinos germánicos.

Otra cosa que conviene recordar de esos hombres es que —tanto Bismarck como Cavour— aunque tenían idea de lo hacedero, de un programa nacional compartido por todas las clases sociales y las minorías dirigentes, jamás soñaron que ellos iban a realizarlo. Sin embargo, a ambos se les dio la ocasión y en cuanto se les presentó, la aprovecharon. La gran tarea —indispensable— de esclarecimiento intelectual les había allanado el camino, más de medio siglo antes. Por eso yo no desespero de que las cosas cambien, cuando las nuevas generaciones comprendan lo que es el interés nacional, la verdadera constitución del país.

Nuestra prédica va a tener éxito, a la larga, porque es imposible que la Argentina, con las riquezas *reales*, no potenciales, que tiene viva en crisis permanente, y no pueda disfrutar de la prosperidad que merece. Con 2 vacas por cada habitante, 2 o más ovejas *per cápita*, ½ tonelada de cereal por persona, vino, fruta, arroz, maíz, algodón, azúcar, petróleo, hierro, fuerza hidráulica en cantidad, etc., el país dispone de una abundancia *real* fabulosa, de una riqueza de ensueño.... No es posible que un país así, con poco más de 20 millones de habitantes, no ofrezca una de las mayores prosperidades del mundo. Lo que pasa es que la parte del león de la riqueza nacional se exporta como ganancia ajena, y nosotros no podemos capitalizarnos porque apenas nos alcanza para pagar los impuestos y subsistir.

Escaneado con CamScanner

Azul y Blanco: De ello resulta que la batalla cultural está ganada por el nacionalismo, no así la política.

J. L.: Eso es. Así puede sintetizarse.

Azul y Blanco: Volviendo al tema económico, podríamos deducir de sus palabras que el ministro Krieger Vasena fracasará en su intento de contener la inflación...

J. L.: Por supuesto, esa es una cosa fácil de prever desde el primer momento. La incongruencia de esta conducción se demuestra al observar que no hace otra cosa que repetir a las anteriores. Por un lado sostiene que hay que aumentar los impuestos para cubrir el déficit presupuestario y por el otro crean inflación, porque ahora, aunque dicen que hay estabilidad monetaria, se siguen emitiendo decenas de miles de millones, aunque no al mismo ritmo que antes.

Una estabilización verdadera no consiente la emisión de un peso más por encima del nivel alcanzado por el circulante... De manera que la estabilización es una mentira: si se sigue haciendo inflación no hay por qué aumentar los impuestos, ya que se la priva de su capacidad de reactivar la economía. Hacer las dos cosas a la vez resulta un auténtico dislate.

Azul y Blanco: ¿Y cómo ve usted la salida de esta gestión militar confiada y dependiente del éxito de un equipo económico?

J. L.: De esto sólo puede salir algo muy tremendo. No tanto por los detalles de administración que hemos comentado, cuanto por la entrega masiva de los bienes nacionales que es, parece, el plan último que orienta la política del gobierno. Que es el mismo plan impuesto desde 1955. La actual subasta de los bienes nacionales es una cosa infame, porque se establece para no ganar nada, como se ha hecho siempre en el país, como por ejemplo cuando se vendió el ferrocarril Oeste —costeado por la nación— y que no reportó un solo peso a nuestra tesorería. La actual "privatización" o venta de los bienes nacionales se va a realizar *por las deudas*, ya que el endeudamiento masivo —que tampoco nos trae dinero, porque esos préstamos para proteger la moneda, como el *stand by*, no son realmente divisas que ingresan al país— precede a su entrega a cambio de nada.

La administración privada no es necesariamente mejor que la

estatal y existen en Italia, por ejemplo, verdaderas empresas modelo —como las organizaciones E. N. I. e L. R. I.— que pertenecen al estado.

Azul y Blanco: En cuanto al Mercado Común Europeo, ¿lo cree usted una esperanza para la Argentina?

J. I.: Como el MCE está orientado al aumento del nivel de vida europeo, también está orientado al incremento del consumo de productos argentinos, de alimentos argentinos especialmente. Pero previamente debemos *encarecer* nuestras carnes y cereales destruyendo el "dumping" virtual que ocasionan nuestros bajísimos precios en el mercado inglés, Mientras continuemos vendiendo barato, jamás podremos aprovechar la oportunidad de enriquecernos que nos ofrece la colocación en el mercado europeo de los productos del país.

Azul y Blanco: Para terminar, quisiéramos adelantar a nuestros lectores alguna información sobre sus tareas actuales en el campo de la investigación del pasado argentino. ¿Qué podría decirnos?

J. I.: Bueno, actualmente me ocupo de dar fin a mi obra sobre Rosas. Estoy trabajando en eso con mucho entusiasmo y tratando de llevar adelante otros proyectos, como por ejemplo, publicar mis memorias, de las cuales ya he redactado un tomo. Quiero escribir de nuevo también, un libro sobre política que he elaborado durante toda mi vida y que se llamará "La política, cenicienta del espíritu".

Un libro sobre Alberdi, en preparación, una relación sobre el pueblo de Gualeguaychú y una historia argentina en un tomo —que sirva como síntesis del programa nacional—, completan el cuadro de tareas que intento cumplir en el futuro.

LA REFORMA MONETARIA

Proyectado como Declaración de *Unión Republicana* el 4 de enero de 1970.

Los ciudadanos agrupados en la ex Unión Republicana, consideran necesario aportar al debate sobre la situación actual, su opinión acerca del cambio monetario en trámite, porque estiman que no se ha hecho del problema un enjuiciamiento rigurosamente exacto.

Escaneado con CamScanner

El gobierno de la mal llamada revolución argentina llegó a fines de 1969, poco menos que en estado de bancarrota. Déficit superior al estimado en los cálculos presupuestarios previstos; despojo de las cajas jubilatorias; servicios impagos debidos a las clases pasivas; inflación galopante; aumentos de precios oficiales. El mentis más rotundo a la pseudo estabilidad económico-financiera de que se jactaba el gobierno, dado por este mismo de modo irrefragable. Vale decir, las condiciones diametralmente opuestas a las en que se puede hacer una operación como la que se ha emprendido, cuando se la quiere hacer para el bien de la comunidad, y no sólo para resolver los problemas fiscales de una administración desastrosa.

No vamos a explayarnos acerca de los grandes estupros de la entrega, que muestran a este gobierno como el más regiminoso de todos los que hemos conocido en el espacio de una vida: representante del régimen del interés privilegiado extranjero, que agobia al país. Ni a describir éste, como nuestra comunidad partidaria, y algunos de sus componentes lo hemos hecho en repetidas oportunidades. Para ser breves, nos ceñiremos al caso en cuestión, mostrar con un ejemplo reciente, ofrecido en un país bien administrado, cómo se acomete con éxito un cambio de moneda. El de la Francia degaullista.

No desconocemos los aspectos negativos de la carrera del famoso general. Pero no podemos negar la honradez de su administración. Cómo llegó al gobierno para resolver una crisis de régimen, no pudo hacer cuestión de partido, ni de simpatías personales, para emprender la reforma monetaria. Y llamó a colaborar en el ministerio de Hacienda, al hombre para el puesto: el único político de la cuarta república (la posterior a la segunda guerra mundial) que había endicado la inflación y no emitido un solo franco durante el año que duró su jefatura del gabinete francés de tipo parlamentario, anterior a las leyes constitucionales instauradas a raíz del plebiscito que entronizó al caudillo de la resistencia francesa. Antoine Pinay. Su nombre bastaba para inspirar confianza a la nación. Pero además sus hechos probaron que dicha confianza era merecida. Desde que llegó al ministerio de Hacienda bajo la presidencia del general, dijo que Francia era pordiosera de dólares, y que esa indigna situación debía cesar. Al año, los capitales franceses emigrados a Norteamérica o Suiza, retornaban al país, el tesoro nacional había acumulado divisas fuertes propias (y no prestadas) en miles de millones de dólares, la administración estaba saneada, el presu-

Escaneado con CamScanner

puesto equilibrado como para acometer el cambio del viejo franco al nuevo franco sin que la población dudara de la buena fe de la autoridad que osaba una reforma tan importante.

El contraste con lo que se hizo aquí, provocó la crisis a que hemos asistido en el reciente fin de año: corrida a los bancos, restricción drástica del crédito, desorientación en el comercio. La caótica situación, visible hasta para los menos informados, debíase sin duda a la sorpresa causada en el público por el reventón de la crisis, después de dos años en que todos los órganos de información, prensa, cuerpos gremiales constituidos (aún en medio de quejas sobre insignificancias o reclamos de intereses particulares), apañaban las mentiras oficiales sobre una estabilidad que no existió un solo momento. Un gobierno que duplica el circulante en tres años y medio (sin equivalente incremento de la riqueza efectiva de la nación) no podía estabilizar, ni mucho menos cambiar la moneda, sin que se produjera el *caos* a que ha llegado la situación económico-financiera del país.

Las consecuencias deben ser catastróficas. El gobierno emitirá en dos monedas. La inflación seguirá el ritmo uniformemente acelerado que es de su esencia, y sus repercusiones sociales aumentarán, en comparación con las de 1969.

Este *caos* financiero no es sino la consecuencia de los errores fundamentales en que persiste el gobierno, como instrumento del régimen antinacional del interés privilegiado extranjero: la ruina y el endeudamiento masivo del comercio exterior. Al no cobrar la renta, tenemos que vivir de préstamos (jauja de los comisionistas favoritos) y de nuestra propia sustancia. Como para corroborar la tesis hace tiempo sostenida por la ex Unión Republicana, ocurrió en setiembre del año pasado un episodio que no llamó la atención de nadie, a no ser la nuestra, que no tenía dónde manifestarse: la declaración del subsecretario de comercio inglés. Mr. Dell, quien dijo que en los últimos tres años, Inglaterra nos había comprado por 80 millones de libras y vendido por 30 millones; lo que hacía una deuda de 150 millones de esterlinas, como el saldo de la cuenta bloqueada durante la guerra. Y que venía a arreglar ese problema, con créditos para asesoramiento técnico. Vale decir, que nos iban a prestar la plata que nos debían. Como en tiempos de la denuncia de Miranda en el Senado, en el año de 1947.

Esta ominosa situación no puede cesar con un cambio de guardia en los personeros del pseudo gobierno militar, ni con una elec-

Escaneado con CamScanner

ción que nos dé un mal llamado gobierno constitucional, enfeudado a los mismos conmpromisos con el amo exterior; sino con una revolución nacional verdadera, que acabe con el régimen que agobia a la nación, convertida en mendiga de dólares a la vez que en exportadora de ilegítimas ganancias ajenas.

HISTORIA DE LA ENTREGA

Escrito en 1971

La entrega es un dogma nacional, revelado por los negadores del dogmatismo religioso, esfera del espíritu en que tal actitud mental es comprensible; y declarado indiscutible en el plano de la contingencia económica. A este respecto los pseudo-profetas que lo implantaron, son acatados por sus seguidores con mayor reverencia que la mostrada por muchos católicos a los dogmas de nuestra Iglesia.

En concreto, la entrega resulta del sistema formado en un siglo largo, de admitir que la dirección del país, y en gran parte, la propiedad de sus fuentes de riqueza se hallen en poder del extranjero.

Hasta el fin de la época del tasajo, la industria de la carne había quedado en manos nacionales Cuando empezó la exportación del congelado y del enfriado, una fábrica levantada en Quilmes, superior a las norteamericanas, fue arruinada por gravámenes municipales según denuncia del vicepresidente Quirno Costa; y en cambio se dejó establecer un monopolio frigorífico inglés, más tarde anglo-yanqui, que reguló a su antojo nuestro mercado, y ejerció tanta influencia política como el ferroviario. En un discurso de Vidal en el Senado, del 1º de julio de 1924, se denuncia con incomparable vigor el monopolio frigorífico extranjero, y se dice que durante la primera guerra mundial, la ganadería argentina ganó la mitad que la norteamericana. Era todavía una situación ideal. Pues más tarde llegó a trabajar a pérdida, según lo reconocieron autoridades nacionales de todos los partidos. No hace más de año y medio, un ministro británico de comercio, Mr. Dell, confesó que en 1966, 1967 y 1968, Inglaterra había quedado debiéndonos 50 millones de libras anuales, o sea el valor de la exportación de carne, alrededor de 100 millones de dólares anuales. Y nadie le preguntó ni nadie ha dicho cómo se

Escaneado con CamScanner

saldó esa deuda de 300 millones de dólares. En cambio los diarios hablaron de préstamos británicos a la Argentina, que serían como aquellos de que Miranda dijo en el Senado que nos prestaban la plata que nos debían. Para dejar todo como estaba. Conducta que Frondizi calificó en la cámara de diputados: "Antiimperialismos verbales y entregas de hecho". Calificativo que mereció su gobierno, que asimismo dejó todo como estaba, después de haber denunciado la expoliación británica mejor que Vidal y Lisandro de la Torre.

El ex ministro Ferrer, que algo sabe de eso, puesto que dejó sin imprimir su Informe sobre Carnes (en colaboración con Monsalve), aunque amenazó no pagar un peso por empresas quebradas, pagó las garantías horarias debidas por el monopolio. Y pese al nacionalismo de su lenguaje, se estrenó con una receta fracasada veinte veces, la de aumentar los precios oficiales, lo que significaba que nada cambiaría en la conducción nacional establecida por los agentes de las empresas extranjeras.

En materia de petróleo, la entrega es menos patente, pero no menos desventajosa para el país. La rentabilidad del producto es la mayor de todas. Después de haber fracasado la ley del monopolio estatal en tiempos de Yrigoyen, de haber sufrido los embates de las concesiones leoninas (alguna, p.e. la del Banco Loeb vendida de inmediato, como Wheelwright lo había hecho con la del Central Argentino), la empresa jamás cesó de ser nacional. Y aún es la tercera de las industrias continentales, después de Pellmex y Petrobras. Puede que si dura el régimen antinacional, la mala administración y un endeudamiento masivo, en combinación con una prédica de privatización que cuenta con el mayor número de órganos de opinión, logren hacer pasar esa fuente de riqueza a poder del extranjero.

En materia de automotores, cuando amenazaron el riel inglés, fueron detenidos en su expansión al ser coordinados. Al nacionalizarse los ferrocarriles, y quedar libres de ese obstáculo, se admitieron 22 empresas extranjeras de nombre, hechas con la venta de coches importados a precio de lista en el mercado internacional, y vendidos al doble o triple de su valor, con cuya ganancia compraban dólares en el Banco Central. Por añadidura, las empresas emitieron acciones compradas por inversores locales. Con lo que el dinero argentino financiaba la pseudorradicación, para que las fábricas fuesen extranjeras, y exportaran sus ganancias como ajenas.

En la petroquímica, e infinidad de otros rubros industriales, la entrega se concreta por medio de créditos, avalados por el Banco

Escaneado con CamScanner

Central. Negocios que empresas argentinas podrían hacer si disfrutaran las mismas ventajas.

El banqueo hecho con dinero de los depositantes locales, y a intereses usurarios, es otro de los rubros de la entrega. Los vaciamientos de empresas poco significan al lado del vaciamiento del país, como dijo mi amigo Beveraggi Allende.

En suma, la exportación de ganancias ajenas, hechas en el país, significan un drenaje de dinero que deja al país sin la mayor parte del fruto de su esfuerzo, y en la imposibilidad de capitalizar, para impulsar el desarrollo con nuestros propios medios, único ventajoso.

Frente a esa riqueza ajena, enquistada en el país, y que hace política permanentemente, el interés radicado en el país: terratenientes, agricultores, comerciantes, que viven mendigando del Estado lo que tienen derecho a exigir, son absolutamente impotentes. Y seguirán gimiendo bajo el peso de una fiscalidad que cada día es más voraz y presta menos servicios, mientras el interés privilegiado extranjero sigue dominando a los sucesivos gobiernos, en los cuales influye por sus agentes, considerados por el ex presidente Onganía como los únicos capaces de conducir la economía nacional. El aparato montado para evitar el cambio es más poderoso que el soviético. Pues un disidente argentino jamás alcanzará la fama mundial, que se le fabrica al primer escritor ruso que logra hacer pasar sus quejas al extranjero.

La entrega argentina es *tabú* para el mundo occidental.

Escaneado con CamScanner

INDICE

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner